

Taha Husein

LOS DÍAS

MEMORIAS DE INFANCIA Y JUVENTUD



Taha Husein

LOS DÍAS

MEMORIAS DE INFANCIA Y JUVENTUD



 BAJA

Tal vez la obra más importante de Taha Husein (1889-1973) sea su propia vida. Nacido en una familia modesta de Magaga (Egipto Medio), séptimo de trece hermanos, con sólo tres años es tratado de una leve afección ocular por un barbero local, el cual le provoca definitivamente la ceguera. Debido a su aguda inteligencia y su extraordinaria memoria, pronto memoriza el *Corán*, y destaca de entre los alumnos de la escuela local (*kuttab*). Posteriormente es enviado a la gran escuela coránica de El Cairo: Al-Azhar. Allí vive el niño con un hermano mayor, que hace a desgana de lazarillo, y se introduce en la ciencia que tanto le intriga y tanto le fascina. En condiciones de extrema pobreza su vida discurre entre los corros de las lecciones de la mezquita y el rincón de su cuarto en el mísero caserón donde viven los estudiantes... y poco a poco va renegando de un sistema de enseñanza oscurantista y anclado en el pasado.



Taha Husein

Los días

Memorias de infancia y juventud

ePub r1.0

Titivillus 28.04.17

Título original: *Al-Ayyam*

Taha Husein, 1929

Traducción: Emilio García Gómez

Fotografía de portada: Un corro de jóvenes estudia el *Corán* en el patio del Azhar, en El Cairo. Autor y fecha desconocidos, Egipto

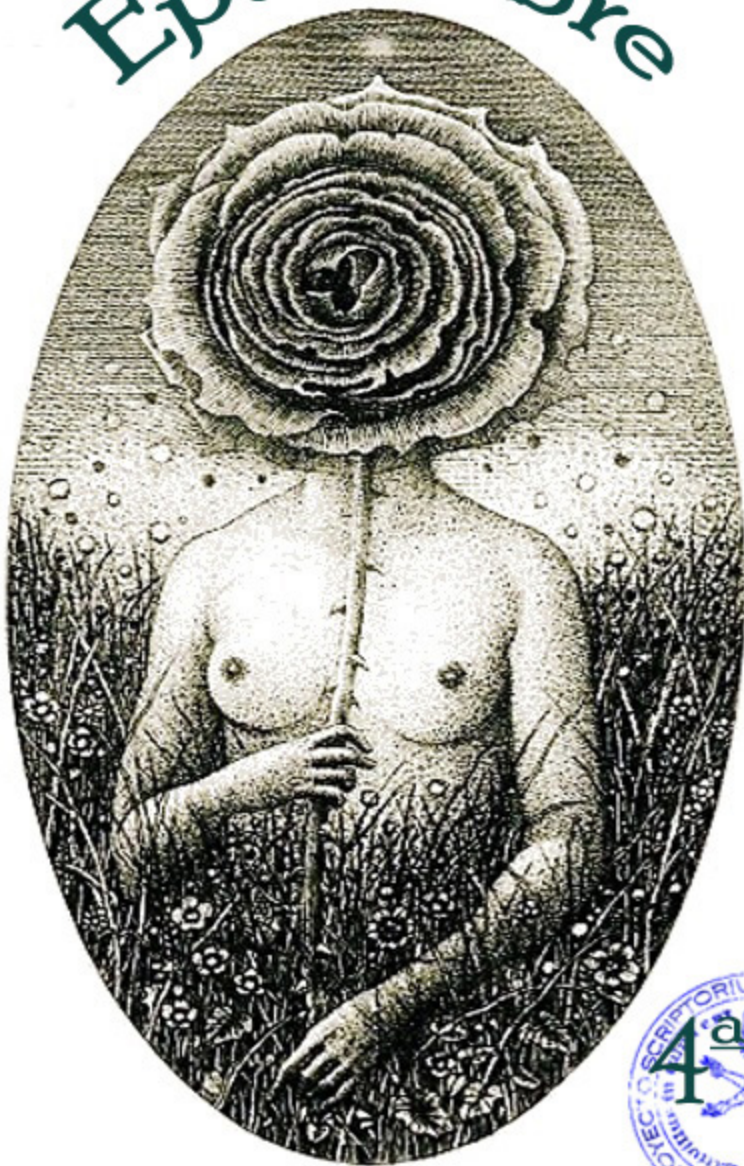
Retoque de cubierta: Castroponce

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en Bajaebooks.com

Epub Libre



EDICIÓN
CONMEMORATIVA



Prólogo^[1]

Los Días, de Taha Husein, son una de las obras maestras de la prosa árabe contemporánea. Pero de esto hablaremos luego. Lo primero que interesa decir del libro es que constituye un documento psicológico e histórico de primer orden.

Nada hay que contar de la infancia Taha Husein, nacido en Magaga (Egipto Medio) el 14 de noviembre de 1889. *Los Días* henchirán al lector español las medidas de la curiosidad sobre las primeras impresiones que del mundo tuvo este niño víctima de la ceguera —el terrible azote del Oriente— por impericia de un curandero; este niño, reconcentrado, desgraciado, con el alma en carne viva, un poco arisco y terriblemente observador, que, resbalando por una pendiente fatal, cae en el Azhar hasta que, hartado del Azhar, se rebela. Nada tampoco hay que contar al lector español de lo que es hoy Taha Husein en el Oriente árabe, porque el gran escritor ha visitado por dos veces España —la segunda como Ministro de Instrucción Pública de su país— y la prensa ha divulgado a todos los vientos su ascensión prodigiosa. Entre unos y otros hechos podríamos aquí amontonar los datos de una extensa ficha bibliográfica: la tesis doctoral, primera que se leyó en la Universidad Fuad I de El Cairo; el viaje a París con el doctorado en la Sorbona; el matrimonio con una dama francesa, que ha sido su ángel tutelar, y a la que tan delicadamente alude al final de la primera parte; el recorrido por todos los grados de la jerarquía científica y administrativa de su país, desde la cátedra al Ministerio, pasando por rectorados, subsecretarías y academias; la publicación de varias docenas de volúmenes (estudios críticos, obras de erudición, ensayos, historia, meditaciones, novelas, epigramas, artículos, conferencias, traducciones del griego y del francés) que, junto con su influjo personal, como pocos penetrante, hacen de él

actualmente la figura intelectual de más relieve en el mundo árabe contemporáneo. *Los Días*, que ahora aparecen en español, han sido también traducidos al francés, al inglés, al alemán, al ruso, al chino, al malayo y al hebreo. Téngase, además, en cuenta que la autobiografía literaria, y en especial los recuerdos de adolescencia, son un género rarísimo en la literatura árabe de cualquier tiempo.

Pero estos datos, todos fácilmente halladeros y reducibles a listas fechadas, con ser valiosa información, no nos darían la clave del enigma biográfico. De desear es que el autor, como deja entrever en las líneas finales de la obra, reanude el apasionante relato donde ahora lo interrumpe y nos aclare las etapas de la que se diría inexplicable metamorfosis. Porque no todo ha sido fácil ni por dentro ni por fuera, y la vida de Taha Husein, al lado de los éxitos, ha estado llena de batallas, persecuciones y disputas, de todas las cuales ha salido triunfante este hombre inerme, a quien hay que llevar siempre del brazo y que jamás ha visto el rostro de sus enemigos, aunque los dos más encarnizados no tienen rostro, porque son la ignorancia y la pereza. Y mentira nos parece que el niño triste de Magaga sea el mismo sabio que hoy igual acompaña entrañablemente a Mutanabbi y a Abu-l-'Ala' que traduce a Sófocles y a Racine. Es una delicia oír cómo la voz de Taha Husein —su fuerte y honda voz de campesino egipcio— pasa del árabe al francés: diríase una gran orquesta donde de pronto quedaran en holganza todos los instrumentos guturales para abrir paso a la sedosa voz de unos cuantos violines. Mucha fe tenemos en la fuerza del arte y del espíritu, pero a veces pensamos si Taha Husein no logró por fin que un genio sirviente le entregara esa varita mágica de Hasan de Basora que pedía en su infancia con tan insistentes sahumeros.

Otro interés indudable tiene el libro de Taha Husein, y es el de abrirnos una cala en el conocimiento del inmenso progreso que ha realizado Egipto en la primera mitad del siglo XX. También aquí basta comparar lo que hoy dice cualquier periódico con lo que cuentan las páginas de estas Memorias, en lo que tienen de acerada y entrañable, aunque indirecta, crítica del país. En muchos aspectos es una literatura que recuerda a la de nuestra generación del 98. Como ella ha sido fundamental, triste, hermosa, fecunda... y efímera.

* * *

Si *Los Días* tienen un evidente protagonista, que es Taha Husein, éste tiene un antagonista no menos evidente: el Azhar. La lucha contra la rutina y el fanatismo, que el niño inicia en el ambiente rural —contra Sayyidna, contra los ulemas pueblerinos, contra las cofradías místicas—, acaba por encontrar un gran adversario, un Goliath gigante, cuya frente aguardaba la piedra disparada por la honda del David pastorcillo. Y ese adversario era la universidad venerable que, desde el siglo X, en que fue fundada, vive hasta ahora, primero activa y en vanguardia, luego con el sopor de todo el Islam, más tarde con el agobio de nuestra época, tras de la crisis cuya culminación pintan acaso *Los Días* de Taha Husein.

¡El viejo Azhar, gran seminario del Islam! Una mezquita maravillosa, un luminoso patio, unos sinuosos «pórticos» llenos de estudiantes en andrajos, una buena biblioteca, una administración entonces rudimentaria... Pero, sobre todo, unos corros —el maestro sentado en un sillón; los alumnos, en el suelo— en medio de las columnas. Maestros y alumnos viven mal, sin higiene, sin saciar su hambre: se alimentan de habas, de puerros y de encurtidos. Los maestros exponen —y los alumnos les objetan con ferocidad— «glosas» a «comentarios» de «textos», cuyas fechas van del siglo VIII al siglo XIX (las breves notas que he puesto no tienden más que a subrayar estas curiosas fechas). El conjunto de eso que hacen se llama «la ciencia»; término que en mi traducción aparece siempre entre comillas, de un lado, porque la palabra árabe correspondiente (*al-'ilm*) se refiere a la ciencia tradicional religiosa en toda su amplitud, y no a la profana ni a la moderna, y, de otra parte, porque Taha Husein lo emplea siempre en tono irónico. ¿Es todo malo en ese ambiente, pintado a maravilla en documento tan único como excepcional? El lector juzgará, y podrá observar que, a pesar de todo, hay en algunas personas dedicación noble, afán desinteresado y pasión sincera, a través de durezas y de ergotismos. En el capítulo XVI de la segunda parte podrá, además, notar —cosa típica y excelente en el Islam— que la fe oficial y consciente no alienta ni prohija, sino que hostiliza y coarta, las deformadoras y supersticiosas devociones populares.

Lo que sí puede decirse del Azhar descrito en *Los Días* es «su carácter medieval». Desde fuera, estas tres palabras pueden pronunciarse de modos muy distintos: el arqueólogo pondrá los ojos en blanco ante la milagrosa perduración de antiguas instituciones; el reformista dibujará un despectivo rictus en su sonrisa ante la increíble supervivencia de usos incompatibles con la altura de los tiempos. Pero Taha Husein no habla desde fuera, sino desde dentro. Es un niño ciego, campesino, sensible, que llega al Azhar porque parece que es el único sino de su vida, y que, además, llega colmado de ilusiones. Oye, observa, sufre y espera. Ahora bien, ese niño es un hombre genial que, apenas hace pie en «la ciencia», se impacienta, se irrita, se rebela, y acaba por descubrir que más allá de las «glosas» a los «comentarios» de «textos» del año de la nana están la Vida y la Literatura, con mayúscula, la antigua y la moderna, la de los clásicos y la de las traducciones de obras europeas; que el mundo del espíritu es libre y está formado de otras cosas.

El camino hacia este nuevo mundo estaba ya abierto, y dentro del Azhar se hallaba el fermento de la novedad: las enseñanzas del gran reformador Muhammad 'Abdo (1849-1905), el «maestro imam» de quien tanto se habla en *Los Días*, heredero de al-Afgani, precursor de Rashid Rida y de tantos otros, el hombre a quien habían de echar del Azhar poco antes de su muerte. Fuera del Azhar empezaba también la «lucha de los turbuses contra los turbantes». El Islam moderno despertaba de su sopor y el nuevo Egipto se ponía en pie, se incorporaba, que es lo que significa *la Nahda*. ¿Se unió Taha Husein a este movimiento para coronarlo intelectualmente, o estaba el movimiento esperando a Taha Husein para que intelectualmente lo coronase? Sólo la Providencia lo sabe; pero Taha Husein luchó y triunfó. Hoy el Azhar, aunque remoloneando, se ha transformado, y hay en El Cairo no menos de otras dos Universidades modernas, a la europea, si bien decidir sobre su rumbo actual nos llevaría muy lejos. Taha Husein preside sin disputa la vida intelectual del país. Claro es que en el célebre artista se reúnen, aunque en distinta valoración, las dos culturas: la del Azhar y la otra. Imaginar lo que haya de pasar, cuando él desaparezca y ambas culturas se vuelvan a disociar, nos llevaría muy lejos también.

Los Días son una pieza capital en la historia de la pedagogía, y sus cuadros están tan prodigiosamente escritos, que alcanzan la suma virtualidad de la obra literaria verdadera: hacer que todos los lectores, aun los más alejados del medio que pintan y para el cual fueron escritos, se puedan reconocer en ellos y se sientan en ellos aludidos. «*Yet there is so much universality in them, that at many points in the story Englishmen will seem to relive their own boyhood and youth, at school or university*», decía Hilary Wayment en 1943. A André Gide, en 1947, le recordaban el pasaje de los *Cahiers de Jeunesse*, en que dice Renán: «*Oncques ne vis rien de plus sot, de plus pédant, d'une fadeur plus exaspérante que ces professeurs du Collège Henri IV... L'éducation en est au point ou elle était dans les premiers siècles de notre ère, livrée à des pitoyables trafiqueurs de paroles*». De hecho, al leer sus páginas, pocos lectores occidentales dejarán de pensar que ellos han conocido también, sobre un fondo mate o pedante, almas tan nobles como la del «maestro imam» u hombres de letras tan puros como al-Marsafí. No hablemos de los dómines costosos y hartos de ajos, ya que por desgracia no faltan en ninguna latitud.

Pero la experiencia pedagógica de *Los Días* nos llena el alma de esperanza. Porque, sea cual sea el espesor del medio intelectual, basta que Dios meta dentro de él un granito de levadura —un niño ciego, campesino, sensible— para que ese medio salte en pedazos.

* * *

La lengua árabe literaria parece haber estado siempre distante de la lengua árabe hablada. Para colmo, la prosa árabe de arte se divorció muy pronto de la vida. Ese divorcio, instigado por la tendencia islámica al arabesco —un arte abstracto «avant la lettre»—, por la pasión de las gramatiquerías y del léxico «raro», por la afición, juntamente sabia y pueril, a las rimas internas, fue amortiguando la prosa, acecinándola, fajándola con vendas como a una momia que reposó en su sarcófago varios siglos. Su resurrección, hecha también a ritmo vertiginoso mediante inyecciones de prosa europea, empezó con el siglo XIX; pero no ha culminado hasta nuestros días, sobre todo en la pluma de Taha Husein. La lengua del gran escritor es, a la vez,

exquisita y sencilla. Poblada de viejos ecos, vagamente dentro de la tradición —tan árabe— de «enjuagarse» con las palabras, es, al mismo tiempo, llana, sobria y se mueve con elegante naturalidad. Tiene «cuerpo», que la prosa árabe hacía tiempo no tenía; pero la desnudez está velada por unos paños mojados en el agua diáfana del clasicismo.

Con esa prosa, manejada por un alma ardiente, noble e incisiva, se describe la vida, tanto material como espiritual, y se remueven con maestría hasta los últimos posos del pensamiento. Incluso en una traducción creo se puede advertir que nada tiene esa prosa que envidiar a las mejores de Occidente. Pero su calidad de «obra maestra» no radica sólo ahí, ni puede apreciarse plenamente más que en su perspectiva histórica, cuando se sabe lo que por tradición tiene esa prosa detrás. La admiración por el lápiz ágil o por el buril poderoso, por el escorzo captador o por la raya expresiva, se reduplica al reflexionar en que ese dibujante viene de una larguísima escuela que sólo hacía con compás y regla lavados arquitectónicos o composiciones geométricas.

Hablamos de lápiz o de buril, y no de pincel, porque, por desgraciadas razones que todos sabemos, Taha Husein no conoce ni puede dar el color. Su prosa es una prosa de ciego, y en ello radica su suprema originalidad, no ya dentro del árabe, sino creo que —en ese alto nivel— dentro de todas las lenguas. ¡Qué extraña una pintura del Oriente sin color, cuando en nuestras pinturas del Oriente apenas hay más que color, y al deslumbrante color se sacrifica la exactitud del dibujo! Pero esa forzosa limitación tiene prodigiosas compensaciones, ensanches literarios que son tal vez únicos en la literatura universal: ensanches por el tacto, por el oído, por el olfato. Nosotros, gracias a Dios, vemos lo que tenemos en torno; pero cuando Taha Husein nos coge en *Los Días* de la mano para llevarnos por los caminos de Magaga o por las calles de El Cairo, para hacernos subir por la escalera del caserón o para movernos entre los corros de oyentes en el Azhar, somos tan ciegos como él. Nunca hemos visto la acequia Ibrahimiyya, ni la escuela de Sayyidna, ni el callejón de los murciélagos. Los conocemos como el autor, a tientas, con la mano extendida buscando las esquinas o las rugosidades de la pared, para saber si hemos de torcer a la derecha o a la izquierda, con los pies alerta para amoldarlos a las cuestas arriba o abajo, para percibir dónde

la alfombra de la mezquita tiene un roto por el cual asoma la refrescante lisura del mármol. Otro tanto nos ocurre con los personajes. Nunca hemos visto ni veremos a Sayyidna, o a los estudiantes del caserón, o a los *cheijs* del Azhar. No sabemos sus facciones ni el color de sus ropas. Como Taha Husein somos ciegos, y hemos de conocerlos por la voz, y a cierto *cheij* primero por el tacto que por la voz, ya que antes de hablar ha tropezado con nosotros, y hemos puesto la mano sobre la áspera piel de sus pies descalzos. Sabemos que estamos cerca del tenducho del Hachch Firuz porque olemos a manteca rancia; que entramos en el caserón porque nos da en las narices el tufillo del narguile; que en la escalera, subida a tentones, estamos cerca del cuarto del niño porque oímos garrir al loro del persa. Es una experiencia literaria inolvidable.

Y también es de ciego la prosa de Taha Husein porque tiene la influencia del discurso dictado (Taha no nos escribe, sino que nos habla); del discurso largo tiempo embutido y represado en la memoria, y que luego se vierte caudaloso, rico, sin pausas, con unas repeticiones jamás enfadosas, fruto de la emisión oral en árabe y que en la versión española ha parecido a veces oportuno cercenar un poquito.

* * *

Porque traducir es interpretar. Es como sentarse al piano, ponerse delante un papel de música y tocarlo. Se dirá que la partitura está silenciosa y es ininteligible mientras no se toca, y que, en cambio, la obra traducida habla en su lengua. Pero esta objeción no hace sino reforzar la metáfora: la obra traducida habla, en efecto, en su lengua, pero si se traduce es porque en otras lenguas no habla, y en ellas está tan muerta como la partitura. Hay que hacerla hablar, tocarla, interpretarla, convertirla en música viva.

En todo intérprete o ejecutante musical hay que distinguir dos cosas: el mecanismo y la inspiración o el gusto. Las dos son necesarias y sin las dos no hay placer estético. Otro tanto ocurre con la traducción. No hay, desde luego, traducción mientras no se produce la transposición mecánica con arreglo a técnicas filológicas, de una lengua a otra. Pero menguadas traducciones son las que sólo se atienen al mecanismo, o sólo al mecanismo

quieren atenerse. Hay que elegir los vocablos, y puntuar de nuevo, y hacer una distinta división en párrafos; que suprimir allí para añadir acá; que dar paso a una palabra, entonada o familiar, la cual ilumine a cierta luz todo el contexto; que usar de la sordina o que forzar el pedal; que acomodarse al auditorio. Hay, en suma, lo mismo que en la música, que poner «alma».

Es una falaz ilusión creer que las traducciones son simple mecanismo. Tal cosa podrá acaso ocurrir —y lo dudo— traduciendo un tratado de Álgebra, pero no una obra de creación literaria. Dejemos aparte mil razones obvias, porque no es cosa de hacer ahora una vivisección del tema. Baste decir que una obra literaria no es nunca la misma en dos lenguas distintas. *Los Días*, de Taha Husein, hablan para los egipcios de cosas entrañables y conocidas, que para unos son recuerdos vivos y para otros, más jóvenes, recuerdos asimilados que se llevan en la masa de la sangre. Para los españoles tienen que ser, al contrario, cosa muy distinta: descubrimiento, avizoramiento de un mundo nuevo, ampliación del horizonte mental con aspectos de vida que son en principio inéditos, aunque —como todo lo humano— puedan despertar viejos ecos de nuestra conciencia. Y esto puede graduarlo el traductor, y del traductor depende que se gradúe: puede reflejar el hecho extraño en su vocablo original, transcrito como término técnico y explicarlo en nota, puede verterlo en una palabra sabia y distante; puede ahormarlo, con una ligera adaptación, en un término corriente; puede... Traducir es interpretar.

¡Y qué fallas las del mecanismo! He aquí un ejemplo. El día musulmán empieza a la puesta del sol del anterior: lo que para nosotros es «la noche del jueves» (o, en todo caso, «la noche del jueves al viernes») es, para los musulmanes, «la noche del viernes», anterior, claro es, al «viernes». Yo había traducido mecánicamente del último modo; pero el corrector de imprenta ha tenido la bondad de llamarme la atención. Un lector español no entendería, en efecto, sin explicación, que «la noche del viernes» precediera al «viernes», que sale a poco. Podía haberlo explicado como aquí; pero he preferido corregir sin más: «la noche del jueves».

* * *

Si me he acercado, para traducirlos, a *Los Días*, de Taha Husein, no ha sido por encargo editorial, ni por obligación profesional, ni por ejercitar un mecanismo exánime. Lo he hecho por amistad a su autor —en relación, primero de discípulo y luego de amigo, que ya rebasa el cuarto de siglo— y por amor a la obra, que evoca en mí muchos recuerdos. (Lo he hecho también —pero esto entre paréntesis, ya que nadie va a agradecermelo— porque creo que es de las obras que por muchas razones debe conocer el público español). He puesto en la tarea amor, buena voluntad, lealtad para el trabajo y unos conocimientos modestos. La he cumplido «con alma», dando mi interpretación personal del libro. Así pido que se la juzgue.

EMILIO GARCÍA GÓMEZ

PRIMERA PARTE: EN EL PUEBLO

I Sensaciones

No se acuerda qué día era de la semana, ni puede colocarlo en el mes ni en el año en que Dios lo puso. Más aún: no puede recordar siquiera la hora cabal dentro de aquel día, y sólo se acuerda de ella sobre poco más o menos.

Cree lo más probable que, dentro de aquel día, la hora fuera el alba o bien la prima noche, y estriba para ello en que se acuerda haberle dado en la cara, justo en aquella hora, un vientecillo algo fresco, no estorbado por el calor del sol. Nace la duda de que, en realidad, hace tiempo que no sabe lo que es luz ni lo que es oscuridad. Lo que sí se acuerda casi con certeza es que, al salir de la casa, la luz debía de ser sosegada, débil, sutil, como si la sombra le royese un tantico los bordes. Y lo supone, además, porque casi también recuerda que al recibir aquel vientecillo y aquella claridad no percibía en torno suyo ninguna agitación despierta ni agria, sino sólo una agitación soñolienta, como recién levantada o a pique de dormirse.

Y, si de aquella hora le ha quedado un recuerdo claro y distinto, que no deja lugar a dudas, es el del seto de cañaveral que se alzaba ante él y al que separaban muy pocos pasos de la puerta de la casa. Sí; se acuerda de aquel seto como si lo hubiera visto ayer. Las cañaveras del seto eran más altas que él, y no podía franquearlas. Recuerda bien que las cañaveras estaban tan juntas y como pegadas unas a otras, que no podía deslizarse por entre medio de ellas. Recuerda también que las cañas del seto se extendían por la izquierda hasta el infinito, y se alargaban a la derecha, hasta donde acababa el mundo por aquella parte, porque el mundo por aquella parte acababa muy cerca, en un canal que conoció cuando tuvo más años y que dejó en su vida, o al menos en su imaginación, un rastro muy hondo. Se acuerda de todo esto, y se acuerda de la envidia que sentía por los conejos que, al salir como

él de la casa, se saltaban el seto o se filtraban a través de las cañaveras para roer las verdes hortalizas que tras ellas había, sobre todo las coles.

Se acuerda asimismo de que le gustaba salir de casa a la puesta del sol, mientras cenaban las gentes, y que se apoyaba en las cañas del seto a pensar y a engolfarse en sus sueños. Sólo le volvía a la realidad circundante la voz del poeta vagabundo que se sentaba un poco más allá, a la izquierda. En su derredor hacían corro las gentes para que les recitase, con dulce y rara melodía, las aventuras de Abu Zaid, de Jalifa y de Diyab. Le oían en silencio, hasta que, fuera de sí por el entusiasmo o excitados por la pasión, algunos pedían que repitiera un trozo, y los otros les coreaban o se oponían. Callábase el poeta entonces, poco o mucho, mientras se sosegaba el alboroto, y luego cogía de nuevo el hilo de la dulce recitación, con aquella su melopea inalterable.

También recuerda que ninguna noche salía a aquel sitio suyo, en el seto, sin una angustia que le abrasaba el alma, por temer que, en tanto oía la melopea del poeta, su hermana le llamase para entrar. Llegado el momento, se resistía; pero ella salía, luchaba con él, arrastrándolo por el vestido, y al cabo lo levantaba en vilo como una brazada de heno y corría con él hasta dejarlo por tierra, posándole la cabeza en el regazo de su madre. Esta entonces se curvaba hacia sus ojos medio cegatos y se los abría, uno tras del otro, para verter en ellos unas gotas que le escocían y que jamás le hicieron bien. Y él sufría, pero sin quejarse ni llorar, porque no le gustaba ser, como su hermanita pequeña, llorón y quejumbroso.

Más tarde, su hermana lo llevaba a un rincón en un cuartito, y allí lo acostaba sobre una estera sobre la cual había tendida una manta, y lo cubría con otra. Y allí lo dejaba, con el alma llena de desazones. Él alargaba la oreja, con una tensión casi capaz de perforar el muro, por si podía percibir aún aquellos dulces sonsonetes que el poeta seguía repitiendo al aire libre, bajo las estrellas. Pero, al cabo, el sueño lo vencía. Algunas veces, si se despertaba mientras todos dormían, oía sólo, en torno suyo, a sus hermanos y hermanas estrepitosamente roncar. Si apartaba la manta de su cara, lo hacía con temor e inquietud, pues tenía por seguro que, si destapaba su cara durante la noche o sacaba parte de ella de la manta, lo haría rabiar uno de esos muchos *'ifrīts*^[2] que anidan en los rincones de la casa y se arraciman

en todas sus partes y recodos. Porque estos *'ifrīts* se meten bajo tierra cuando el sol luce y las gentes están en movimiento; pero cuando el sol se retira a su caverna, y los hombres se meten en la cama, y se apagan las bujías, y las voces se callan, vuelven a salir de bajo tierra y pueblan el vacío con su ir y venir, su tumulto, sus cuchicheos y sus gritos.

Muy a menudo también, al despertarse, oía el diálogo vibrante de los gallos y los tumultuosos cacareos de las gallinas, y se despabilaba por distinguir, unos de otros, estos confusos ruidos. Porque algunos eran de veras el canto de los gallos; pero eran otras voces de *'ifrīts*, que, por juego o por engaño, tomaban aspecto de quiquiriquíes o los imitaban. En todo caso, no acaparaban estos cantos su atención ni le espantaban, porque le llegaban de lejos. Lo que de verdad temía eran otros ruidos que no distinguía sino con fatiga y esfuerzo; que procedían —débiles, levísimos— de los rincones de la alcoba, y que tan pronto imitaban el borboteo de una caldera que hierve en el hogar, como el chirrido que hace un pequeño trasto al que mudan de sitio, o el crujir de una antigua viga, o el chasquido de cuando parten leña.

Y todavía le daban mayor miedo unos bultos que le parecía ver erguidos a la puerta de la habitación, como obstruyéndola, y que empezaban a agitarse con confusos ademanes, como los de los cofrades místicos en los círculos de sus ceremonias. Contra estos terribles fantasmas y aquellos ruidos horrorosos no creía tener otro refugio que arrebujarse en la manta, tapado de pies a cabeza, sin dejar entre él y el aire de fuera brecha ni resquicio, pues estaba convencido que, si dejaba en la manta la menor abertura, por ella deslizaría la mano un *'ifrīts* hacia su cuerpo para hacerle cosquillas y pellizcarle.

Así pasaba toda la noche temeroso e inquieto, salvo los ratos en que el sueño lo vencía. Pero dormir, dormía poco, y se despabilaba temprano. Siempre estaba despierto al alba. Pasaba, pues, una buena mitad de la noche en estos terrores y sobresaltos, y con ese miedo de los *'ifrīts*. Sólo cuando llegaban a su oído las voces de las mujeres que volvían a sus casas, tras de haber llenado sus cántaros en el canal, y que venían cantando: «¡Alá, oh noche de Alá...!», es cuando se daba cuenta de que había clareado el día y de que los *'ifrīts* habían bajado a su mansión soterraña.

Él mismo entonces se tornaba un *'ifrīts*, que hablaba solo en voz alta, o canturreaba la melopea que había aprendido del poeta vagabundo, o soliviantaba en torno suyo a sus hermanos y hermanas, despertándoles a uno tras de otro. Consumada esta hazaña, eran de oír los gritos, y las canciones, y la algazara, y el bullicio, y el tumulto espantable, al que sólo ponía coto la voz del *cheij* que, al tirarse de la cama, pedía la jarra de agua para sus abluciones. Porque entonces se callaban las voces y se sosegaba el alboroto, hasta que el *cheij* se lavaba, hacía la oración, recitaba la correspondiente parte del Alcorán, sorbía su café y se iba a sus asuntos.

Pero cuando se cerraba la puerta tras de él, toda la pequeña comunidad saltaba de sus yacijas y se derramaba por los aposentos, gritando y saltando hasta mezclarse con el averío y con las bestias de la casa.

II Primera idea del mundo

Bien convencido estaba de que concluía el mundo, a su derecha, en aquel canal del que no le separaban más que unos cuantos pasos. Y, ¿por qué no había de creerlo? Jamás había visto la anchura de aquel canal, ni se le había ocurrido pensar que esa anchura era tan angosta, que un mozalbete ágil hubiera podido saltar de una a otra de sus orillas.

Tampoco se le había ocurrido pensar que del otro lado del canal, lo mismo que del lado de acá, seguía habiendo hombres, animales y plantas; ni que un hombre podía atravesar aquel canal sin que el agua le llegase al sobaco; ni que el agua se cortaba en aquel canal de vez en cuando, y que entonces se convertía en una hoya alargada en la que jugaban los niños, que buscaban en su fondo lodoso los pececillos rezagados que morían al quedarse sin agua.

No; no se le había ocurrido pensar en nada de esto. Lo único que sabía, con una certeza no veteada de la menor duda, es que ese canal era otro mundo independiente del mundo en que él vivía; un mundo poblado de tantos seres extraños y distintos, que nadie podría contarlos: cocodrilos que se tragaban a un hombre de un bocado; criaturas encantadas, que viven bajo el agua en pleno día o en plena noche, pero que, cuando sale el sol o cuando se pone, se asoman a tomar el aire, con grave peligro de los niños e indecible seducción de hombres y mujeres; así como pescados anchos y largos, que, si atrapan un niño, se lo tragan de una vez, pero en cuyos vientres ciertos niños pueden topar con el anillo del rey; un anillo al que el hombre no puede dar vueltas en su dedo sin que, en un abrir y cerrar de ojos, no surjan ante él dos genios sirvientes que realizan todos sus deseos, y mediante el cual Salomón, cuando lo llevaba puesto, sometía a los genios, y al viento, y a cuantas fuerzas de la naturaleza quería.

¡Cuánto le habría gustado a él tirarse a aquel canal por ver si alguno de esos peces se lo engullía y en su barriga topaba con el anillo! Y, ¡cuánto necesitaba de éste! ¿No deseaba, por lo menos, que uno de los dos sirvientes lo trasladase a la otra orilla del canal, para ver alguna de las maravillas que en ella había? Bien es verdad que preveía tener que pasar grandes terrores antes de llegar a aquel bendito pez.

De otro modo no le era posible explorar gran distancia a la orilla del canal, porque esta orilla estaba rodeada, a derecha e izquierda, de peligros. A la derecha se hallaban allí los 'Adawies, gentes venidas del Alto Egipto, que vivían en una gran casa suya, a cuya puerta había siempre dos perrazos, que ladraban sin tregua y de los que todo el mundo hablaba sin cesar, porque los caminantes no escapaban de ellos sino tras grandes trabajos y fatigas. Y por la izquierda se levantaban las tiendas en que vivía Sa'id el Beduino, del que se hacían lenguas las gentes, ponderando su maldad, sus astucias y su afición al derramamiento de sangre, junto con su mujer, llamada Kawabis, que llevaba en la nariz un gran arete de oro. Esta mujer venía con frecuencia a la casa, y cuando besaba de vez en cuando a nuestro amiguito le hacía daño y le asustaba con aquel extraño anillo. El mismo miedo le daba, pues, avanzar por la derecha y tropezarse con los perros de los 'Adawies, como por la izquierda y exponerse a las maldades de Sa'id y de su mujer Kawabis. Sin embargo, dentro de su mundo estrecho, brevísimo y limitado por todas partes, encontraba especies de juegos y diversiones que colmaban por entero su jornada.

Claro es que la memoria de los niños es extraña; o, mejor dicho, la memoria del hombre es extraña cuando trata de reconstruir lo que le pasó en la infancia, pues mientras unas cosas se las representa claras y lúcidas como si acabaran de ocurrir, otras, en cambio, quedan borradas por completo, como si nada hubieran tenido que ver con él.

Nuestro amigo se acuerda del seto y de la huerta que tras él había; del canal en el que terminaba el mundo; de Sa'id y de Kawabis, así como de los perros de los 'Adawies; pero, por más que intenta recordar qué fue de todo eso, no saca nada en limpio. Diríase que se durmió una noche, y que, al despertar de su sueño, ya no volvió a ver ni seto, ni huerta, ni a Sa'id, ni a Kawabis, y que, en cambio, sólo vio, donde estaban el seto y la huerta,

casas bien edificadas y calles urbanizadas, que bajaban todas desde el puente del canal y se extendían por algún espacio de norte a sur.

De muchos de los habitantes de estas casas, hombres y mujeres, se acuerda, así como de los niños que jugaban con él por aquellas calles. Se acuerda también de que ya podía avanzar a derecha e izquierda por la orilla del canal, sin miedo de los perros de los 'Adawies o de las astucias de Sa'id y de su mujer. Se acuerda de que pasaba todas las horas del día, feliz y contento, oyendo las cantinelas de Hasan, el poeta, que salmodiaba en sus versos las historias de Abu Zaid, de Jalifa y de Diyab, mientras la bomba elevaba el agua con que regar la otra ribera del canal. Se acuerda de que más de una vez pudo cruzar el canal, a hombros de uno de sus hermanos, sin necesidad del anillo del rey, y de que más de una vez fue, detrás del canal, a un sitio en que había unas moreras y que comió unas moras deliciosas. Se acuerda de que más de una vez, fue por la derecha, a orillas del canal, hasta el huerto del maestro, y de que más de una vez comió en él manzanas, y más de una vez cogió hierbabuena y arrayán...

Lo que le es del todo imposible recordar es cómo cambiaron las cosas, y cómo se alteró para él la faz del universo, pasando de su primer aspecto a este otro nuevo en absoluto.

III La familia

Era el séptimo de los trece hijos de su padre y el quinto de once hermanos de doble vínculo; pero se daba cuenta de que entre este dilatado número de mozallones y de chiquillos ocupaba un lugar especial que le distinguía de sus hermanos y hermanas.

Y este lugar especial, ¿le satisfacía o le dolía? La verdad es que la cosa andaba bastante oscura e incierta, y que aun ahora mismo no podría formular un juicio certero en la cuestión. Sentía que su madre le tenía compasión y ternura; encontraba en su padre dulzura y benevolencia, y notaba que sus hermanos le hablaban y le trataban con cierta solicitud. Pero en su madre encontraba a veces, junto con la ternura y la compasión, un no sé qué de negligencia, y en ocasiones, de dureza; y en su padre, de vez en cuando, al lado de la dulzura y de la benevolencia, un algo también de despego y de desprecio, y la misma solicitud de sus hermanos y hermanas le hacía sufrir, porque encontraba en ella cierta piedad mezclada con cierto desdén.

Y, al cabo, no tardó en comprender la causa de todo, porque se dio cuenta de que las demás gentes le llevaban ventaja; de que sus hermanos y hermanas podían lo que él no podía, y hacían cosas que a él no le era dado hacer; de que su madre permitía a sus hermanos y hermanas cosas que a él le vedaba. Todo esto engendraba en él algún rencor; pero este rencor se convirtió pronto en una tristeza honda y callada. Porque oyó a sus hermanos hablar de cosas que él ignoraba por completo, y comprendió que ellos veían lo que él nunca podría ver.

IV Amarguras y diversiones

Era en su primera infancia un curioso atolondrado que, sin darse cuenta de sus circunstancias, trataba de averiguar lo que no sabía, y de aquí le vinieron no pocos sufrimientos y sinsabores; pero un solo suceso bastó para poner coto a su afán de saber y llenó su corazón de un sonrojo que hasta ahora le dura.

La cosa fue que un día se sentó a cenar con su padre y sus hermanos. Su madre, como tenía por costumbre, atendía a la mesa y daba órdenes al criado y a las hermanas, que ayudaban al criado en el servicio de los comensales. Él comía como los demás; pero de pronto le vino una idea peregrina: ¿Qué ocurriría si en vez de coger como siempre su bocado con una mano lo cogía con las dos? Y, ¿qué iba a vedarle a hacer la prueba? Nada. Cogió, pues, el bocado con ambas manos, lo mojó en la fuente común y se lo llevó a la boca. Sus hermanos se echaron a reír; pero su madre casi rompió a llorar y su padre le dijo con voz serena y triste:

—Hijo mío, así no se debe comer.

En cuanto a él, no sabe cómo pasó aquella noche.

Desde aquel instante sus movimientos se vieron coartados por cierta reserva y timidez, así como por una vergüenza sin límites. Y desde aquel momento conoció que tenía una firme voluntad, pues a partir de entonces se prohibió a sí mismo ciertos platos, que no volvió a comer hasta pasados los veinticinco años, entre ellos los caldos y el arroz, y, en general, todos los alimentos que se comen con cuchara, pues sabía que no podía manejar bien este utensilio, y no quería ni que se rieran sus hermanos, ni que llorase su madre, ni que su padre, con triste serenidad, tuviera que darle lecciones.

Este suceso le ayudó a comprender de veras lo que los autores refieren del poeta ciego Abu-l-'Ala' de Ma'arra^[3]. Comiendo éste cierto día, se manchó el pecho de mosto, sin darse cuenta de ello. Al salir para explicar su lección, uno de sus discípulos le preguntó:

—¿Comiste hoy mosto, maestro?

Él se llevó en seguida la mano al pecho y exclamó:

—¡Así es, maldiga Dios la gula!

Y desde entonces y hasta su muerte no volvió a catar el mosto.

También le ayudó su experiencia a entender como es debido uno de los rasgos de Abu-l-'Ala'. Este, en efecto, se escondía para comer hasta de su criado, y comía en una especie de subterráneo: ordenaba a su criado que le preparase allí la comida, le hacía luego salir, y comía entonces solo, según le apetecía. Cuentan que, cierta vez, sus discípulos hablaron en su presencia de la exquisitez de las sandías de Alepo, y que Abu-l-'Ala' se tomó el trabajo de enviar a dicha ciudad a alguien que comprara algunas para ellos. Comieron los discípulos y el criado guardó para su señor una raja de sandía y se la puso en la cueva; pero debió de ponérsela en sitio distinto de aquel en que solía depositar la comida del maestro, y éste debió de sentir reparo en preguntar por su parte. Lo cierto es que la sandía se quedó sin tocar hasta pudrirse, sin que el maestro la probara.

Nuestro amigo comprendió bien en su día estas singularidades de la vida de Abu-l-'Ala', porque él también incurrió en ellas. ¡Cuántas veces, siendo niño, deseó poder comer a solas! Pero ni siquiera osaba comunicar a su familia este deseo. Con todo, bastantes veces tomaba a solas ciertos alimentos, sobre todo en el mes de ramadán y en las fiestas sonadas, cuando la familia tenía platos de dulce de los que se comen con cuchara. Como él se negaba a participar de ellos en la mesa, y su madre no consentía esta privación, le servía en plato aparte y le dejaba solo con él en un cuarto, que él cerraba por dentro con llave, para que nadie pudiese verlo mientras comía.

Más tarde, cuando fue dueño de sus destinos, se habituó a hacer siempre otro tanto. Empezó esta rutina en su primer viaje a Europa, pues, fingiendo hallarse mareado, rehusaba sentarse a la mesa del barco y hacía que le llevasen la comida al camarote. Una vez llegado a Francia, tanto en los

hoteles como cuando vivía en familia, siguió los mismos usos de que le llevasen la comida a su cuarto, sin que tuviera que ir al comedor común; usos que no abandonó hasta que al comprometerse con su actual mujer ésta le quitó muchos hábitos que había adquirido.

El suceso en cuestión le hizo imponerse severas normas de conducta, que se hicieron proverbiales en la familia, y una vez que pasó de la vida familiar a la social, también entre cuantos lo conocían. Siempre comía poco, y no porque no tuviese apetito, sino porque temía pasar por glotón y por no dar que hablar a sus hermanos. Obrar así le costaba trabajo en un principio; pero acabó por acostumbrarse y por encontrar que lo penoso era para él comer como los demás. Los trozos que cogía eran exageradamente pequeños. Uno de sus tíos se enfadaba siempre que lo veía comer así, y, enojado, lo reprendía, insistiendo, entre las risas de los hermanos, para que cogiese mayores bocados; pero no logró sino que nuestro amigo le cogiese vehemente aversión. También se avergonzaba de beber en la mesa, por miedo de verter el vaso cuando se lo llevaba a la boca, o de no cogerlo bien cuando se lo alargaban. Comía, pues, en seco, mientras estaba sentado a la mesa, y sólo, al alzarse de ella y lavarse las manos en un grifo que allí había, es cuando bebía de aquella agua lo que Dios quería que bebiera; y como aquella agua no siempre era pura y, además, aquella manera de aplacar la sed no era conveniente para la salud, acabó por padecer del estómago, sin que nadie pudiese averiguar el motivo.

Se vedó del mismo modo todo género de juegos y diversiones, salvo aquellos que no pedían de él ningún esfuerzo y que no podían exponerlo a la chacota o a la conmiseración ajenas. Su juego favorito consistía, por ejemplo, en recoger trozos de hierro, y, retirado con ellos en un rincón de la casa, juntarlos, desapartarlos o golpearlos unos con otros. En esta ocupación pasaba horas enteras, y, cuando se aburría, se iba al lado de sus hermanos o de sus amigos, mientras éstos jugaban, y tomaba parte en sus distracciones con la cabeza, que no con las manos. Así llegó a conocer la mayoría de los juegos sin intervenir en ellos.

Este su apartamiento del juego propiamente dicho le aficionó a otra especie de diversión, que consistía en escuchar cuentos y relatos. Nada había para él más grato que oír la recitación del poeta, o la conversación de

los hombres con su padre, o las parlerías de las mujeres con su madre; todo lo cual le enseñó el placer de escuchar.

Su padre gustaba muchísimo de conversar con sus amigos, y una vez que habían rezado la oración de la media tarde se juntaban para que uno de ellos leyese a los otros, en voz alta, relatos de expediciones de guerra y de conquista, las hazañas de 'Antara y de al-Zahir Baibars, historias de profetas, ermitaños y santos, o libros de devoción y de piedad. Nuestro amiguito se acurrucaba cerca, como un perrillo despreciado, donde no se daban cuenta de su presencia, pero donde él no perdía una palabra, ni dejaba de advertir la honda impresión que hacían estas historias en el ánimo de los oyentes. Al ponerse el sol, el grupo se disolvía para que cada cual fuese a comer; pero, una vez rezada la oración de prima noche, volvían a reunirse para conversar parte de la velada, y el poeta venía a recitarles las aventuras de los Hilalies y de los Zanata. Y nuestro amiguito seguía allí sentado, escuchando siempre, lo mismo al comienzo de la noche que al final de la jornada.

Por su parte, las mujeres, en los pueblos de Egipto, aborrecen el silencio y no se dan a él. Incluso si una de ellas se queda sola, sin tener con quien pegar la hebra, acaba por hablar en voz alta consigo misma, cantando si está alegre o lamentándose si está triste. En Egipto, además, toda mujer está triste siempre que quiere, y a las mujeres de los pueblos, cuando se quedan a solas, nada les gusta más que acordarse de sus cuitas y de sus muertos, y lamentarse en verdaderas retahílas que no pocas veces terminan en llanto verdadero. Nuestro amiguito era el ser más feliz con oír los cantos de sus hermanas o las lastimosas letanías de su madre; pero los primeros acabaron por enfadarle, sin dejar rastro en su ánimo, por encontrarlos vacíos y sin sustancia, mientras que las quejumbres maternas le conmovían con violencia y a menudo le hacían llorar.

De esta suerte acabó por saber de memoria no pocas canciones y lamentaciones, así como historias serias o jocosas. Y otra cosa, además, que nada tenía que ver con todo esto, a saber: los trozos del Alcorán que, mañana y tarde, recitaba su abuelo, el *cheij* ciego.

Este abuelo suyo, que le era cargante y odioso, y que pasaba en la casa todos los inviernos, se había dado a la devoción y a la piedad cuando la vida

no le había dejado ya otro recurso. Rezaba las cinco oraciones a sus horas, y su lengua jamás desmayaba en la plegaria. Se dormía muy tarde, tras de haber rezado la oración de prima noche y de haber recitado no pocos trozos del Alcorán y jaculatorias, y ya estaba despierto antes de amanecer para mascullar la recitación del alba. Nuestro amiguito dormía en un cuarto contiguo al suyo, y así escuchaba sus oraciones, que se le quedaban grabadas, con lo cual llegó a saberse de coro no pocas recitaciones y jaculatorias de aquellas.

Por último, los campesinos gustaban de las cofradías místicas y celebraban ceremonias devotas de esta índole. Tales cosas agradaban no poco a nuestro amiguito, que encontraba placer en la ceremonia en sí y en las poesías que durante ella se recitaban.

Con todo esto, aún no tenía nueve años cuando ya había amontonado en su memoria una buena suma de canciones, retahílas quejumbrosas, historias, relatos en verso de Hilalies y Zanata, plegarias, jaculatorias e himnos místicos. A todo lo cual hay que añadir el Alcorán.

V La escuela alcoránica

No puede saber cómo aprendió el Alcorán, ni se acuerda de cómo empezó a retenerlo, ni de cómo repitió su aprendizaje, si bien recuerda muchos rasgos sueltos de su vida en la escuela alcoránica. Algunos le hacen ahora reír, mientras otros le entristecen.

Se acuerda bien de cuando iba a la escuela, a hombros de uno de sus hermanos, porque la escuela estaba lejos y él era demasiado pequeño para salvar andando aquella distancia; pero no se acuerda de cuándo empezó a ir por su pie. Y se ve, una cierta mañana, sentado en el suelo, ante Sayyidna^[4], rodeado de multitud de babuchas, con algunas de las cuales jugaba, y hasta se acuerda de los remiendos y piezas que las babuchas tenían.

Sayyidna se sentaba en un pequeño estrado de madera, ni muy alto ni muy bajo, situado a la derecha de la puerta de la escuela, ante el que todo el que entraba tenía que pasar. La costumbre de Sayyidna al entrar en la escuela era quitarse la *aba'a*, o, mejor dicho, la *diffia*, y doblarla como si fuese un cojín, que ponía a su derecha. Luego se quitaba las babuchas, se sentaba a la moruna sobre su estrado, encendía su cigarrillo y principiaba a pasar lista.

Jamás desechaba unas babuchas, sino cuando ya no quedaba más remedio. Mientras tanto, las remendaba poniéndoles piezas a diestro y siniestro, por encima y por debajo. Cuando cualquiera de ellas estaba inservible, llamaba a uno de los niños de la escuela, y, babucha en mano, le decía:

—Vete al remendón, que está ahí al lado, y le dices de mi parte: «Sayyidna te hace saber que esta babucha necesita un remiendo por el lado

derecho». ¿Te fijas bien? Aquí donde pongo el dedo. Y cuando el remendón te diga: «Muy bien; pondré la pieza», tú le añades: «Sayyidna te dice que es menester que el cuero sea fuerte, grueso y nuevo, y que pongas la pieza de modo que no se note, o que se note apenas». Y cuando te diga: «Muy bien; así lo haré», todavía le añadirás: «Sayyidna te recuerda que es cliente tuyo desde hace mucho tiempo, y espera que lo trates bien en el precio». De todos modos, dígate lo que te diga, no lo ajustes por más de una piastra, y vuélvete aquí en un abrir y cerrar de ojos.

El niño se iba; pero Sayyidna no se ocupaba ya más de él. Cuando volvía, Sayyidna había abierto y cerrado los ojos una, dos y aun muchísimas veces.

Claro es que podía cerrar y abrir los ojos sin ver o sin apenas ver nada, porque era casi ciego y no le quedaba más que un débil hilillo de luz en un ojo, gracias al cual podía percibir vagamente los bultos sin distinguirlos. Pero el bueno del hombre era feliz con aquel vislumbre de luz, y se engañaba a sí mismo creyéndose con buena vista. A pesar de ello, para ir de su casa a la escuela, o de la escuela a su casa, tenía que apoyarse en dos alumnos. Les echaba los brazos por los hombros, y así iban los tres por la calzada, que tapaban casi por completo, hasta el punto de que los transeúntes tenían que apartarse a un lado para dejarles paso.

Este espectáculo de Sayyidna, cuando iba, mañana y tarde, a la escuela o a su casa, era maravilloso. Porque Sayyidna era grueso y corpulento, y la *diffia* le hacía parecer todavía más obeso. Como he dicho, iba con los brazos echados sobre los hombros de sus dos lazarillos. Los tres andaban a compás, marcando el paso. Para esta comisión Sayyidna, a quien gustaba mucho cantar, escogía, de entre sus alumnos, a los más distinguidos y de mejor voz, porque le gustaba enseñar a sus discípulos el canto y darles estas lecciones por la calle. Unas veces cantaba él y los dos lazarillos le acompañaban; otras veces, en cambio, éstos se limitaban a oírlo, o bien era uno de ellos el que cantaba y el otro y el maestro le hacían el coro. Por su parte, Sayyidna no cantaba sólo con la voz y la lengua, sino, además, con el cuerpo y la cabeza, pues la cabeza badajeaba arriba y abajo o cencerreaba a derecha e izquierda. Cantaba también con las manos, marcando con sus dedos las cadencias sobre el pecho de sus acompañantes. En ocasiones, a

Sayyidna le gustaba un aire y, pensando que no le convenía ser cantado en marcha, se paraba hasta terminarlo. Pero lo más asombroso de todo era que Sayyidna creía tener buena voz, cuando nuestro amiguito pensaba que Dios no había creado voz más horrible que la suya. Siempre que nuestro amiguito recitaba las palabras de Dios Honrado y Poderoso (XXXI, x 8): «En verdad, la voz más desagradable es el rebuzno de los asnos», se le representaba Sayyidna cantando unos versos de la *Burda*^[5], al ir a la mezquita para rezar la oración del mediodía, o al regresar a su casa desde la escuela.

Volviendo a lo que íbamos diciendo, nuestro amiguito se ve sentado en el suelo, jugando con las babuchas que le rodeaban, mientras Sayyidna le recitaba la azora de *al-Rahman*, si bien no se acuerda si se la recitaba en el primero o en el segundo aprendizaje del texto. Y en otra ocasión se ve también sentado, pero no en el suelo ni entre las babuchas, sino a la derecha de Sayyidna, sobre otro largo estrado. Sayyidna le recitaba (II, 41): «¿Ordenaréis a las gentes la piedad, y la olvidaréis vosotros mismos, que recitáis el libro? ¿Es que no tenéis juicio?». Cree lo más probable que esto ocurriese cuando ya había terminado el Alcorán por primera vez y había comenzado la revisión; pero no es de extrañar que nuestro amiguito no se acuerde bien de cómo aprendió el Alcorán, porque terminó de aprenderlo de memoria cuando aún no tenía nueve años.

Lo que sí recuerda con claridad y precisión es el día en que dio remate al Alcorán, porque Sayyidna unas fechas antes le había hablado del asunto, de lo contento que se pondría su padre y de las condiciones que pensaba exigir reclamando sus derechos. ¿No había, en efecto, enseñado, antes que a nuestro amiguito, a cuatro de sus hermanos, uno de los cuales estaba en el Azhar y los otros en las escuelas, siendo nuestro amiguito el quinto? ¡Cuántos derechos tenía, pues, Sayyidna en la familia! Y estos derechos de Sayyidna en nuestra familia se traducían siempre en comida, bebida, ropas y dinero. Lo que pensaba exigir al terminar nuestro amiguito el aprendizaje del Alcorán era, ante todo, una succulenta cena; luego una chupa y un caftán, más un par de zapatos, más un fez magrebino, más un gorro de la misma tela de que se hacen los turbantes, más una reluciente libra de oro. Sí; no se contentaría con menos de eso, y, si no se lo daban todo, renegaría de la

familia y no cogería nada de ella ni volvería a entrar con ella en relación. Lo juraba por lo más sagrado.

Por fin llegó el sonado día, que era un miércoles. Sayyidna había anunciado desde por la mañana que nuestro amiguito terminaría ese día el Alcorán. A media tarde la comitiva se puso en marcha. Sayyidna iba apoyado en sus lazarillos, y, tras de él, nuestro amiguito, llevado de la mano por uno de los huérfanos del pueblo. Al llegar a la casa, Sayyidna empujó la puerta, dando antes la acostumbrada voz para que se ocultaran las mujeres, y se encamino a la galería. Allí el *cheij*, que ya había acabado la oración de la media tarde, y que recitaba como de costumbre algunas jaculatorias, les recibió sonriente y sosegado, con una voz serena, que contrastaba con la estentórea de Sayyidna. Nuestro amiguito no decía nada, y el huérfano estaba azorado.

El *cheij* hizo tomar asiento a Sayyidna y a sus lazarillos, puso una moneda de plata en la mano del huérfano, y llamó al criado para ordenarle que lo llevase, además, adonde le diesen algo de comer. Luego pasó la mano por la cabeza de su hijo, diciéndole:

—¡Dios te bendiga! Ve a decir a tu madre que Sayyidna está aquí.

Pero su madre, que ya había oído la voz de Sayyidna, tenía preparado lo que es de rigor en una ocasión parecida: es, a saber, un enorme y largo jarro de jugo de caña de azúcar, sin nada más. Cuando se lo presentaron a Sayyidna se lo sorbió ruidosamente, mientras sus dos lazarillos bebían también sendos vasos de lo mismo. A seguida vino el café, que Sayyidna tomó con el *cheij*. Sayyidna insistía con el *cheij* para que éste pusiese a prueba al niño sobre el aprendido Alcorán; pero el *cheij* le respondía:

—Déjalo jugar, que todavía es muy chico.

Sayyidna se levantó entonces para marcharse, y el *cheij* le dijo:

—Rezaremos juntos la oración de la puesta del sol, si Dios quiere. Era ésta la fórmula para convidarlo a cenar.

Y no creo que Sayyidna lograra ninguna otra recompensa por el hecho de que nuestro amiguito hubiese terminado el Alcorán. Bien es verdad que conocía a la familia hacía veinte años y que se seguían con él costumbres inmutables. Todo convencionalismo había desaparecido entre la familia y

él, y estaba seguro de que si aquella vez le había fallado la suerte, en otra oportunidad podría tomarse el desquite.

VI Se le olvida el Alcorán

A partir de aquel día nuestro niño, aunque no había cumplido aún los nueve años, se convirtió en un *cheij*, puesto que se sabía de memoria el Alcorán, y todo el que se lo sabe *cheij* es, sean cualesquiera sus años. Su padre le llamaba *cheij*, lo mismo su madre, y también Sayyidna tomó por costumbre darle este título estando delante de sus padres, o cuando se hallaba satisfecho de él, o necesitaba conciliárselo para cualquier asunto, si bien, fuera de estos casos, lo llamaba por su nombre, o a veces simplemente «mocosito».

Nuestro infantil *cheij* era pequeño, escuálido, desmedrado, de aspecto bastante lamentable. Nada, ni poco ni mucho, tenía de la gravedad ni del hermoso coranvobis de los verdaderos *cheijs*. Sus padres se contentaban con gratificarle y honrarle con este título, unido a su nombre, más bien por orgullo y vanidad suya que por amabilidad ni ternura para con él. En cuanto a él mismo, confesemos que en un principio le gustaba el título, pero en espera de algunas otras manifestaciones de recompensa y de mayor consideración. Aguardaba, en efecto, ser un *cheij* de verdad, de los que llevan turbante y visten chupa y caftán, y apenas le contentaban con decirle que era demasiado chico para sostener el turbante y para embutirse en el caftán. ¿Cómo iba a quedarse satisfecho con este pretexto, siendo como era un *cheij* que se sabía de coro el Alcorán? ¿Cómo iba a ser chico siendo *cheij*? ¿Es que quien se sabe el Alcorán puede ser pequeño? Se le trataba con injusticia, pues no podía haberla mayor que estorbar su derecho a usar turbante, caftán y chupa.

Pocos días bastaron, por consiguiente, para aburrirle del título de *cheij* y detestar que se lo dieran. Se percató de que la vida está llena de iniquidades y de falsías; de que al hombre lo trata injustamente hasta su propio padre, y

de que ni la paternidad ni la maternidad libran al padre ni a la madre de mentir ni de ser frívolos e impostores. Su intuición de estas verdades no tardó en convertirse en un verdadero desdén por el famoso título y en el convencimiento de que las almas de sus padres se habían llenado de extravío y de orgullo. Pero, a la postre, pronto acabó por olvidar todo esto, entre muchas otras cosas que también olvidó.

De otra parte, y en realidad, no merecía ser llamado *cheij*, y lo único que merecía, a pesar de saberse el Alcorán, era seguir, como lo hacía, yendo a la escuela, mal arreglado, llevando en la cabeza un gorro que se lavaba un día a la semana, y en los pies un calzado que sólo se renovaba una vez por año y que no dejaba hasta que de nada le servía, teniendo que andar descalzo, durante una o varias semanas, hasta que Dios le deparaba otro par nuevo.

Sí, sí; merecía todo eso, porque lo de saberse el Alcorán no le duró mucho. ¿La culpa era sólo suya o debía compartirla con Sayyidna? La verdad es que Sayyidna lo tuvo abandonado por algún tiempo, por dedicarse a otros alumnos que todavía no habían concluido el aprendizaje del Alcorán; por dejarle descansar, y porque no había obtenido ninguna recompensa de que nuestro amigo hubiese terminado de sabérselo todo de coro. Y nuestro amigo también se durmió en este abandono, y empezó a ir a la escuela tan sólo para pasar en ella el día entero en descanso absoluto y juegos continuos, en espera de que a fines de año viniera de El Cairo su hermano el azharista, y que luego, terminadas las vacaciones, al volver su hermano a El Cairo, se lo llevara consigo para convertirse en un *cheij* de veras y un estudiante del Azhar.

Así fueron pasando un mes, y otro, y otro. Nuestro amiguito seguía yendo a la escuela y volviendo de ella sin haber hecho nada. Estaba convencido, sin embargo, de que se sabía el Alcorán, y Sayyidna también estaba confiado en que se lo sabía, cuando de pronto llegó aquel día nefasto. Y en verdad que lo fue, pues en él gustó por vez primera la amargura de la ignominia, de la vergüenza y de la humillación, y aborreció la existencia.

Había vuelto de la escuela, a la media tarde de aquel día, contento y satisfecho; pero apenas entró en la casa cuando su padre, dándole el título de *cheij*, se vino para él acompañado de dos amigos. Lo acogió sonriente, lo

hizo sentar con bondad, y, tras de hacerle las preguntas de siempre, le pidió que recitara la azora de los Poetas. Caerle encima esta petición y caerle un rayo fue todo uno: pensó, recapacitó, se dispuso a arrancar, pidió refugio en Dios contra Satán el apedreado, llamó a Dios Clemente y Misericordioso, pero no pudo acordarse de la azora de los Poetas, sino que es una de las tres azoras que comienzan por las letras «Ta-Sin-Mim». Entonces empezó a repetir «Ta-Sin-Mim», una y otra y otra vez, sin poder pasar adelante. Su padre vino en su ayuda apuntándole la palabra que sigue; pero no logró avanzar un paso.

—Recita entonces —prosiguió su padre— la azora de la Hormiga.

Él se acordaba de que la azora de la Hormiga empezaba también, como la de los Poetas, por «Ta-Sin-Mim», y se puso de nuevo a repetir esta palabra. Su padre volvió a venir en su ayuda, pero una vez más le fue imposible seguir adelante.

—Recita entonces —insistió su padre— la azora de los Relatos.

Y él se acordó que era la tercera de las que empezaban lo mismo, y siguió repitiendo «Ta-Sin-Mim». Pero en esta ocasión su padre no vino en su ayuda, sino que con serenidad le dijo:

—Vete. Creí que te sabías el Alcorán.

Se levantó avergonzado y sudando a mares. Los dos hombres trataban de excusarlo, aduciendo la vergüenza que le había acometido y su corta edad; pero él se alejó, sin saber si debía reprocharse a sí mismo por haber olvidado el Alcorán, o a Sayyidna por haberlo abandonado, o a su padre por haberlo puesto a prueba.

De todos modos, aquella tarde fue para él espantosa. No compareció en la mesa a cenar, y su padre no preguntó por él. Su madre sí le llamó como a hurtadillas para que cenara con ella; pero, como rehusara, marchóse la madre y él se durmió.

Y, con todo, aún fue mejor aquella tarde maldita que la mañana siguiente, cuando, al entrar en la escuela, Sayyidna le interpeló con dureza:

—¿Qué te pasó ayer? ¿Cómo fuiste incapaz de recitar la azora de los Poetas? ¿Es que de verdad la has olvidado? A ver, recítamela.

Nuestro amiguito empezó a balbucear el «Ta-Sin-Mim», y repitió con Sayyidna la misma historia que con su padre.

—¡Dios me pague el tiempo que gasté contigo y la fatiga que me costó enseñarte! —exclamó entonces Sayyidna—. Se te ha olvidado el Alcorán y has de aprenderlo de nuevo. Con todo, la culpa no es tuya ni mía, sino de tu padre. Si el día en que remataste el Alcorán me hubiera dado lo que me debía, Dios le habría bendecido conservándote la memoria; pero como rehusó darme lo que se me debía, Dios borró el Alcorán de tu pecho.

A continuación tuvo que ponerse de nuevo a aprender el Alcorán desde un principio, unido a quienes ni eran *cheijs* ni sabían nada.

VII Segunda memorización del Alcorán

Esta vez, en cambio, no hay duda de que memorizó muy bien el Alcorán en un plazo muy corto. Y se acuerda de que un día volvió de la escuela acompañado de Sayyidna, porque éste mostró deseos de que fuese así. Al llegar ante la casa, Sayyidna se dirigió a ella, empujó la puerta, que cedió a su presión, y dio el acostumbrado grito para prevenir a las mujeres. El *cheij*, como de costumbre, se hallaba en la galería una vez rezada la oración de la media tarde. Cuando se retrepó en su asiento, Sayyidna le dijo:

—Te creíste que a tu hijo se le había olvidado el Alcorán y me censuraste por ello gravemente. Yo te juré que no lo había olvidado y que todo era vergüenza por su parte; pero no me creíste y te burlaste de mis barbas. Pues bien: hoy he venido para que pongas a prueba a tu hijo delante de mí, y te juro, si no demuestra saberse el Alcorán, que me raparé estas barbas y me convertiré en la irrisión de los alfaquíses del pueblo.

El *cheij* le respondió:

—No te alborotes. ¿Por qué no dices más bien que olvidó el Alcorán y que se lo has enseñado otra vez?

—Por Dios juro tres veces —replicó Sayyidna— que no se le olvidó y que no se lo he vuelto a enseñar.

Lo único que he hecho es escuchárselo entero, y me lo ha recitado como agua corriente, sin pararse ni vacilar.

Nuestro amiguito oía este diálogo, satisfecho de que su padre tuviese razón y de que Sayyidna mintiera; pero no dijo palabra y aguardó al examen, que fue difícil y penoso.

Pero ese día nuestro amiguito se lució bravamente. Apenas le preguntaban por un pasaje, respondía sin vacilar y recitaba tan de prisa, que

el *cheij* tuvo que decirle:

—Despacito, que correr con el Alcorán es pecado.

Y cuando terminó el examen, le dijo:

—¡Dios te ayude! Ve a tu madre y dile que ahora te sabes el Alcorán de verdad.

Y nuestro amiguito corrió a su madre; pero ni le dijo nada, ni ella le preguntó nada. En cuanto a Sayyidna, ese día salió de casa con una chupa de paño que le regaló el *cheij*.

VIII Convenio con Sayyidna

Al otro día, Sayyidna entró en la escuela orondo y contento, llamó al niño *cheij* por este título y le dijo:

—Hoy sí que mereces ser llamado *cheij*, porque desde ayer me has hecho ir otra vez con la cabeza alta, has desfruncido mi ceño y has honrado mis barbas, obligando incluso a tu padre a regalarme la chupa. Ayer brotaba de tu boca el Alcorán como cadenillas de oro. Yo andaba en ascuas, por miedo de que tropezases o te equivocases, e invocaba en tu ayuda al Vivo, al Subsistente por sí mismo, al Que no duerme, hasta que se acabó el examen. Hoy te dispenso del estudio. Pero quiero hacer contigo un pacto, y has de prometerme que lo cumplirás.

El niño, todo colorado, dijo:

—Claro que lo cumpliré.

Sayyidna le ordenó entonces:

—Dame tu mano.

Y cogió la mano del niño. Este se quedó turulato de tener en la mano una cosa rara, que jamás había tocado; una cosa ancha y temblona, toda ella pelos, en los que se hundían sus dedos. Era que Sayyidna había puesto la mano del niño en su barba.

—Esta barba —le dijo— te la entrego, y no quiero que la afrentes. Jura tres veces por Dios el Grande y por el Alcorán Glorioso que no la afrentarás.

El niño juró como le mandaba, y, cuando acabó de su juramento, Sayyidna le dijo:

—¿Cuántas partes tiene el Alcorán?

—Treinta.

—¿Cuántos días de la semana trabajamos en la escuela?

—Cinco.

—Si quieres recitar el Alcorán una vez por semana, ¿cuántas partes has de recitar al día?

El niño calculó un momento y respondió:

—Seis.

—Pues bien; jura que cada día de trabajo recitarás al fámulo seis partes del Alcorán, tan pronto como llegues a la escuela. En cuanto acabes, no hay inconveniente en que juegues y te diviertas, con tal que no distraigas a los niños de sus trabajos.

El niño se comprometió a cumplir lo pactado. Entonces Sayyidna llamó al fámulo y le hizo prometer otro tanto, o sea que cada día tomaría al niño seis partes del Alcorán, añadiéndole que con ello le dejaba en depósito su buena fama, la honra de sus barbas y la reputación de la escuela en el pueblo. El fámulo aceptó el depósito, y con ello terminó aquel desacostumbrado espectáculo, que los niños de la escuela contemplaban atónitos.

IX El fámulo de la escuela

Aquel día terminó la relación pedagógica del niño con Sayyidna, y empezó la entablada con el fámulo, no menos extraño, por otra parte, que su jefe.

Era un joven larguirucho y flaco, negro como el carbón, hijo de padre sudanés y de madre mestiza. Tenía muy perra suerte y nada le salía bien en la vida. Había probado todo género de trabajos, sin acertar en ninguno. Su padre lo había puesto de aprendiz en casa de muchos artesanos, para que adquiriera un oficio, y todo fue en vano. Había intentado colocarlo en la fábrica azucarera como obrero, como guarda, como portero y hasta como criado, sin conseguir nada. En consecuencia, su padre no podía soportarlo, lo odiaba, lo despreciaba, y prefería a sus otros hijos que todos trabajaban y ganaban.

De niño había ido a la escuela, en la que había aprendido a leer y escribir y había memorizado algunas azoras del Alcorán, que no tardó en olvidar. Cuando luego la vida no quiso nada de él, ni él con la vida, vino a ver a Sayyidna y a franquearle sus cuitas. Sayyidna le aconsejó entonces:

—Quédate aquí de fámulo. Tomarás a tu cargo enseñar a los niños a leer y escribir, vigilarlos e impedir que jueguen, así como hacer mis veces, cuando falte. Yo, por mi lado, les recitaré el Alcorán y haré que se lo aprendan de memoria. Tú abrirás la escuela antes que salga el sol y vigilarás su limpieza antes que vengan los niños; la cerrarás luego, cuando reces la oración de media tarde, y guardarás las llaves. Además, serás en todo mi brazo derecho. Como sueldo tendrás la cuarta parte del dinero que entre en la escuela, que cobrarás por semanas o por meses.

Hecho, pues, este contrato entre los dos, y leída la *Fátiha*^[6], el fámulo comenzó su trabajo.

Su relación era extraña, porque el fámulo sentía por Sayyidna un odio profundo y lo despreciaba, aunque lo servía, y Sayyidna detestaba cordialmente y sentía el mayor desdén por el fámulo, aunque lo adulaba. El aborrecimiento del fámulo se basaba en que Sayyidna era egoísta, truhán y embustero; en que le ocultaba parte de los ingresos de la escuela; en que se quedaba con lo mejor de la comida que traían los alumnos; y su desprecio se cifraba en que Sayyidna, siendo ciego, pretendía ver, y en que, teniendo una voz horrorosa, se las echaba de tener buena voz. En cuanto a Sayyidna, su odio por el fámulo se basaba en que era trapacero y astuto; en que le ocultaba muchas cosas que hubiera debido saber; en que era un ladrón que le privaba de parte del almuerzo que les servían a ambos, birlándole los mejores bocados, y en que se conchababa con los mozállones mayores de la escuela para divertirse con ellos, sin que Sayyidna se enterara, y así, una vez rezada la oración de media tarde y cerrada la escuela, se juntaban junto a la morera, o cerca del puente, o en la fábrica de azúcar. Pero lo raro del caso es que ambos resultaban dos amigos perfectos, que tenían que ayudarse uno al otro, a pesar del odio y de las desavenencias, pues el uno necesitaba vivir, y el otro no podía pasarse sin alguien que le llevase los asuntos de la escuela.

Quedó, pues, confiado nuestro niño al fámulo y comenzó a recitar el Alcorán delante de él, a razón de seis partes cada día. Pero la cosa no duró así más de tres días, porque el niño se aburrió de esta recitación desde el primero, y el fámulo desde el segundo, y al tercero ambos se comunicaron su mutuo aburrimiento, y al cuarto se pusieron de acuerdo en que el niño recitase para sus adentros las seis partes del Alcorán, aunque en presencia del fámulo, para poder preguntarle si se embarullaba o le fallaba una palabra. En consecuencia, el niño llegaba todos los días, saludaba al fámulo, se sentaba en el suelo delante de él y movía los labios, moscardoneando, como si recitase el Alcorán. De cuando en cuando preguntaba una palabra al fámulo, que unas veces le contestaba y otras se hacía el remolón. Por su parte, Sayyidna, al llegar todos los días un poco antes de la hora meridiana,

lo primero que hacía, luego de saludar y sentarse, era llamar al niño para preguntarle:

—¿Recitaste?

—Sí.

—¿Desde dónde hasta dónde?

Y el niño respondía, si era sábado, que desde la azora de la Vaca hasta *La-tachidanna*^[7]; si era domingo, que desde *La-tachidanna* hasta *Wa-ma ubarri'u*^[8], y así sucesivamente. Porque tenía repartido el Alcorán en cinco grupos de seis secciones, conforme a la distribución técnica de los alfaquíes, y cada día de los cinco laborables lo dedicaba a cada uno de los grupos, para poder contestar a Sayyidna cuando le preguntaba.

Ahora bien; el fámulo no era capaz de guardar fielmente este convenio, tan favorable para él como para el alumno, pues su ambición era aprovecharse de la situación del niño a él confiado. De cuando en cuando lo amenazaba con acusarle ante Sayyidna de que no se sabía bien tal o cual azora, fuese la de Hud, la de los Profetas o la de los Partidos. Y como, en realidad, el niño se sabía mal todo el Alcorán, por tener abandonada su recitación hacía meses, y como no le gustaba que Sayyidna lo examinase, tenía que comprar el silencio del fámulo con cualquier cosa. ¡Cuántas veces le entregó lo primero que tenía en el bolsillo, fuese pan o galletas o dátiles! ¡Cuántas veces hubo de pasarle la piastra, que, de cuando en cuando, le daba su padre y con la que tenía pensado comprarse pastillas de menta! ¡Cuántas veces se las arregló para sacarle a su madre un gran pedazo de azúcar, y en cuanto llegaba a la escuela se lo entregaba al fámulo, cuando a él le habría gustado comérselo todo o, al menos, parte! Y el fámulo lo cogía, y pedía agua y echaba en ella el azúcar, y se sorbía ruidosamente el agua, y luego se engullía el azúcar que no se había disuelto... ¡Cuántas veces en fin, a costa de su grande hambre, separaba parte del almuerzo que le traían todos los mediodías de su casa, para que se la comiera el fámulo y no le fuera a Sayyidna con el cuento de que el Alcorán del niño andaba muy mediano!

Con todo, esta continua relación concilio al niño el afecto del fámulo, que terminó por ser su amigo. Con frecuencia se lo llevaba consigo a la mezquita, después del almuerzo, para rezar juntos la oración de mediodía

incluso acabó por buscar su ayuda y poner en él su confianza, pidiéndole que enseñase el Alcorán a algunos niños pequeños, o que tomase la lección a ciertos otros que ya se lo sabían y andaban por la segunda vuelta. De esta suerte, nuestro amiguito tuvo ocasión de seguir con sus discípulos el mismísimo camino que el fámulo había seguido con él. Hacía, en efecto, sentar a los niños delante de él, los obligaba a empezar la recitación, y él entonces se desentendía para hablar con sus camaradas. Una vez acabada la charla, volvía a prestar atención a los niños, y, si sorprendía en ellos la menor broma, lentitud o confusión, venían primero las advertencias, luego los insultos, luego los golpes y, por fin, las amenazas de decírselo al fámulo. La verdad era que él no se sabía el Alcorán mejor que sus discípulos; pero, como el fámulo seguía con él la misma línea de conducta, él tenía que imitar en un todo al fámulo. Y si éste no le insultaba, ni le pegaba, ni le acusaba a Sayyidna, bien sabía él que todo esto lo pagaba a un precio bien caro.

Los niños alumnos de nuestro amiguito también aprendieron este expediente liberatorio y comenzaron asimismo a pagar un precio muy caro, con lo cual nuestro amigo empezó a recobrar por el cohecho lo que por el cohecho entregaba al fámulo. Salvo que lo que él recibía era mucho más variado. De hecho, él no vivía en una casa pobre, ni tenía necesidad de pan, ni de dátiles, ni de azúcar. De otro lado, no podía aceptar dinero, porque, como no podía gastarlo solo, nada podía hacer con él, y, si le encargaba a otro que le comprara algo, se delataría y descubriría. Resultaba, pues, difícil y complicado de contentar, y los niños se desvivían para conciliárselo, comprándole pastillas de menta, azúcar cande, almendras o cacahuètes, parte de las cuales golosinas pasaban a manos del fámulo.

Y aún había otro género particular de cohecho que le placía hasta el disloque y le animaba a abandonar su deber de la peor manera; es, a saber: los cuentos, las historias y los libros. Siempre que un niño podía contarle una conseja, o comprar para él un libro al hombre que iba vendiéndolos por las aldeas, o leerle un capítulo de la historia de al-Zir Salim o de Abu Zaid, podía estar seguro de obtener de su benevolencia, de su simpatía y de su amistad la prueba que quisiera.

El más hábil de sus alumnos en estas maniobras era una niñita ciega, por nombre Nafisa, a la que su familia había enviado a la escuela para aprender el Alcorán y que, en efecto, lo había aprendido de maravilla. Sayyidna se la había confiado luego al fámulo; éste a nuestro amigo, y nuestro amigo empezó a tratarla como el fámulo lo trataba a él. La familia de esta niña era rica, pero de una riqueza improvisada. Su padre, que había sido arriero, y se había convertido en un comerciante opulento, gastaba sin tasa en su familia y le proporcionaba una vida desahogadísima. A Nafisa no le faltaba nunca dinero. Por eso era, de todos los niños, la que podía escoger mejor los cohechos. De otra parte, era la alumna que sabía más historias y la que las inventaba con mayor desparpajo; la que tenía más extenso repertorio de alegres canciones y de aflictivas quejumbres, y la que cantaba unas y otras con igual perfección. Sus maneras eran extravagantes, como si no tuviese muy sano el juicio. Y era ella quien, la mayor parte del tiempo, entretenía a nuestro amiguito con su charla, con sus tristes melopeas, con sus cuentos y con sus variados cohechos.

Pero mientras nuestro amiguito vivía así, cohechando y víctima del cohecho, engañando y dejándose engañar, se le iba el Alcorán borrando de la memoria, versículo a versículo y azora a azora... Hasta que vino el día fatal. ¡Qué día aquel, señores!

X Otra vez se le olvida el Alcorán

Era un miércoles. Nuestro amigo lo había pasado feliz y contento. A primera hora le había hecho creer a Sayyidna que había concluido la recitación semanal del Alcorán. Luego se había dedicado a oír consejos e historias, y había jugado hasta acabar la clase. Al salir de la escuela no fue a casa, sino a la mezquita, con una tropa de sus amigos, para rezar la oración de media tarde. Le gustaba mucho, en efecto, ir a la mezquita, y subir al alminar y cantar con el almuédano el *taslim*, que es la invocación que sigue a la llamada canónica. Ese día fue, pues, también a la mezquita, y subió al alminar y cantó con el almuédano, y rezó. Pero, citando quiso volver a casa, no pudo encontrar sus babuchas. Las había dejado junto al alminar, pero, al acabar la oración e ir a buscarlas, resultó que se las habían robado. Algo le entristeció el suceso; pero, como ese día estaba feliz y contento, no se afligió demasiado ni pensó que la cosa tendría otras consecuencias. Volvió a casa descalzo. La distancia entre la casa y la mezquita no era cosa mayor. Además, el ir así no le importaba, porque muchas veces solía andar descalzo.

Al entrar en casa, el *cheij*, que, como de costumbre se hallaba en la galería, le interpeló:

¿Dónde están tus babuchas?

Le contestó:

—Se me han olvidado en la escuela.

El *cheij* no dio importancia a esta contestación, ni pareció volver a ocuparse del niño, que entró a hablar un poco con la madre y las hermanas, y a comerse un zoquete de pan, como tenía por costumbre al volver de la escuela. Pero a poco el *cheij* volvió a llamarlo, y, cuando acudió al punto y lo tuvo bien sentado junto a él, le preguntó:

—¿Qué parte del Alcorán has recitado hoy?

—Hoy me tocaba acabar y he recitado las seis últimas partes.

—Y, ¿te sigues sabiendo bien el Alcorán?

—Claro que sí.

—Muy bien. Recítame entonces la azora de Saba’.

Nuestro amiguito había olvidado la azora de Saba’, lo mismo que todas las demás, y Dios no le inspiró ni una letra.

—Bueno —dijo el *cheij*—; recítame la azora del Creador.

Pero tampoco Dios le inspiró ni una letra. Entonces el *cheij*, con una calma burlona, le dijo:

—Acabas de asegurarme que te sigues sabiendo el Alcorán. Recítame la azara de *Ya-Sin*.

Esta vez Dios le inspiró las primeras aleyas de la azora; pero la lengua no tardo en trabársele y secársele la saliva. Le acometió un gran temblor y un sudor frío le bañó la cara. El *cheij* le dijo entonces con todo sosiego:

—Levántate y ten cuidado de no perder todos los días tus babuchas, porque me parece que las has perdido lo mismo que has perdido el Alcorán. Pero ya me las entenderé yo con tu maestro.

Nuestro amiguito salió de la galería cabizbajo, lleno de angustia, titubeante, y siguió andando hasta llegar al *karar*, que era la despensa de la casa, en la que se guardaban las comidas y en la que se criaban los pichones. Allí, en un rincón estaba la *qurma*, que era un madero grande y ancho, como un tronco de árbol, en el que su madre partía la carne y donde solía dejar los cuchillos, largos o cortos, pesados o livianos, de que se servía para este menester. Al llegar al *karar* y torcer hacia el rincón de la *qurma*, se abalanzó hacia el *satur*, que era el más grueso, cortante y pesado de todos los cuchillos. Asiéndolo con la mano derecha se dio veloz con él un golpe en la nuca, y gritó. El *satur* se le cayó de las manos. Su madre, que andaba cerca, pero que no se había dado cuenta de dónde iba al verlo pasar, acudió en seguida, y lo encontró de pie, convulso, con la sangre manándole de la nuca, y el gran cuchillo en el suelo, a su lado. Lo primero fue mirarle con ansia la herida y cerciorarse que no había sido nada. Y entonces, ¡qué alud de insultos y de regañinas! A continuación tiró de él por una mano, lo llevó a un rincón de la cocina, lo tiró allí, y se fue a sus faenas. Y nuestro

amiguito se quedó allí quieto, sin moverse ni hablar; sin llorar y sin pensar; como si no existiese. En derredor suyo los hermanos y las hermanas alborotaban y jugaban, sin hacerle el menor caso y sin que él les prestara atención.

Llegada la puesta del sol, le llamaron para que fuera adonde estaba su padre, y salió tembloroso y vacilante, encaminándose a la galería. Pero su padre no le preguntó nada. Fue Sayyidna el que le abordó:

—¿No me recitaste ayer las seis partes que te tocaban del Alcorán? —
Sí.

—¿No me recitaste ayer mismo la azora de Saba’?

—Sí.

—Entonces, ¿qué te pasa que no puedes recitarla hoy?

Esta vez no contestó. Sayyidna insistió:

—Recítame la azora de Saba’.

Dios no le inspiró ni una letra.

—Recita la Sachda —le ordenó su padre. Pero tampoco pudo.

Entonces explotó la ira del *cheij*, si bien fue contra Sayyidna, y no contra el niño:

—Luego está claro que no va a la escuela para aprender, ni para saberse el Alcorán, ni para que te cuides de él, ni para que lo vigiles. A lo que va es a jugar y a perder el tiempo. Hoy ha vuelto descalzo, diciendo que se le han olvidado las babuchas en la escuela. Y a mi me parece que pones el mismo celo en enseñarle el Alcorán que en ocuparte de si va descalzo o calzado...

Sayyidna le interrumpió:

—Tres veces juro por Dios el Grande que no lo he dejado de la mano ni un solo día. Si no hubiese tenido que salir hoy de la escuela antes que los niños, no habría vuelto descalzo. Me recita el Alcorán entero una vez por semana, a razón de seis partes cada día, y escuchárselas es lo primero que hago al llegar por la mañana...

—No creo ni una palabra de todo eso, le atajó el *cheij*.

Pero Sayyidna continuó:

—Que mi mujer quede tres veces repudiada, si te he mentado alguna vez, y ahora tampoco te miento. Todas las semanas le oigo recitar una vez el Alcorán entero.

—No te creo.

—¿Piensas entonces que lo que me pagas al mes vale más para mí que mi mujer? O, ¿es que crees que por eso que me pagas voy a cometer un sacrilegio y a vivir con una mujer que he repudiado por tres veces delante de ti^[9]?

—Eso no es cosa mía. Pero este niño, a partir de mañana, no volverá a pisar tu escuela.

Y, dicho esto, se levantó y se fue. Por su parte, Sayyidna partió también triste y pensativo. En cuanto a nuestro amiguito, se quedó allí, en su sitio, sin pensar en el Alcorán ni en lo que había pasado. Tan sólo pensaba en la capacidad de mentir que tenía Sayyidna, y en ese triple repudio que había lanzado al aire con la misma tranquilidad que la colilla de un pitillo.

Aquella noche el niño no compareció en la mesa, y por tres días anduvo evitando verse delante de su padre y sentarse a comer con los demás. Pero, al cuarto día, su padre fue a verlo a la cocina, en el rincón que había escogido para esconderse, al lado del horno. Y le habló con tanta broma, dulzura y cariño, que el niño acabó por contentarse y por desfruncir el ceño. Entonces el padre lo tomó de la mano y lo llevó a su puesto en la mesa, ocupándose de él, durante la comida, de manera particular. Pero, una vez terminada la comida y cuando el niño se levantó para irse, su padre le dijo, en tono de cruel chacota, una frase que no ha podido olvidar jamás, porque hizo reír a todos sus hermanos, y éstos se la aprendieron de memoria y siguieron repitiéndola de vez en cuando para hacerle rabiar. Le dijo:

—¿Te sabes bien el Alcorán?

XI Humillante retorno a la escuela

El niño no volvió a la escuela ni Sayyidna apareció más por la casa. El *cheij* buscó otro alfaquí que venía todos los días a recitarle una azora del Alcorán, en sustitución de Sayyidna. Así, el niño trabajaba una o dos horas, y luego quedaba libre para divertirse y jugar en casa, una vez que se iba el alfaquí nuevo. A la hora de la oración de media tarde venían a verlo sus amigos y camaradas, de vuelta de la escuela, y le contaban lo que ocurría en clase. Él se divertía con estos relatos y se burlaba de ellos y de la escuela, de Sayyidna y del fámulo, imaginándose que se habían roto del todo sus relaciones con la tal escuela y con los que en ella había; que jamás volvería a ella y que nunca más vería a Sayyidna ni al fámulo. Con esta idea desataba ferozmente su lengua contra entrambos; ponía de resalto sus defectos y maldades que hasta entonces había callado; los maldecía delante de los niños y los tildaba de embusteros, ladrones y voraces. Contando de ellos las mayores perrerías encontraba solaz y, al mismo tiempo, divertía a los escolares. Y, ¿por qué no iba a hablar con claridad contra los dos maestros si sólo quedaba un mes para su viaje a El Cairo? Dentro de unos días volvería de la capital su hermano el azharista, y, en cuanto concluyesen las vacaciones, se iría con él al Azhar, en el que se quedaría a vivir, sin saber ya nada del alfaquí ni de su ayudante.

La verdad es que por aquellos días se sentía feliz y creía llevar notable ventaja a sus compañeros y camaradas. Nunca más iría a la escuela, como ellos seguían yendo, porque era el alfaquí quien venía a verlo a él, y pronto iría a El Cairo, donde se hallaban el Azhar, y Sayyidna al-Husein, y Sayyidna Zainab, y tantísimas otras tumbas de santos. Para él entonces El Cairo no era más que eso: el sitio donde se hallaban el Azhar y los sepulcros de los santos venerados.

Pero esta felicidad duró apenas y fue sucedida por una atroz desgracia. Sayyidna, en efecto, no pudo soportar por más tiempo la ruptura, ni resignarse con la victoria sobre él del *cheij* 'Abd-al-Chawwad, y comenzó a enviar a Fulano y a Zutano para aplacar al *cheij*. Y en cuanto el rigor del *cheij* se ablandó, ordenó al niño que volviese otra vez a la escuela, apenas amaneciera, el día siguiente. Y allí hubo de volver, a regañadientes, calculando lo que Sayyidna le haría pasar al enseñarle el Alcorán por tercera vez. Y para colmo, no pararon ahí las cosas, porque los niños habían ido al alfaquí y al fámulo con el cuento de todo lo que habían oído a su camarada. ¡Qué largos fueron esa semana los momentos del almuerzo! ¡Con cuántos reproches no le abrumó Sayyidna, y cuántas veces no le repitió el fámulo aquellas mismas palabras que él había soltado alegremente, como si nunca más hubiese de volver a ver ni al uno ni al otro!

En esa semana aprendió el niño a frenar sus palabras y se percató de lo frívolo y necio que es fiarse de las promesas de los hombres y de los compromisos con que dicen atarse. Pues qué, ¿no había jurado el *cheij* que el niño no volvería nunca a la escuela? Y allí estaba, de vuelta en ella. ¿Qué diferencia había entonces entre el *cheij*, que juraba para hacer perjurio, y Sayyidna que lanzaba a voleo los repudios y los juramentos, a sabiendas de que mentía? Y, ¿qué decir de los niños, que habían venido a hablar con él, diciendo pestes del alfaquí y del fámulo, para pincharle a él a que dijera peores cosas, y que, apenas las había dicho, corrían a contárselas a entrambos hombres, como medio para conciliárselos? ¿Y de su madre, que se reía de él, y que excitaba contra él a Sayyidna, cuando éste venía a contarle lo que le habían dicho los niños? ¿Y de aquellos hermanos que no paraban de meterse con él y de repetirle, de cuando en cuando, las palabras de Sayyidna, para hacerle rabiar y sacarlo de sus casillas?

Todo lo soportó, sin embargo, con paciencia y resignación. ¿Cómo no iba a aguantarse y resignarse si, para abandonar para siempre aquellos ambientes, le quedaba sólo un mes o quizá menos?

XII Entusiasmo por la *Alfiyya*

Pero el mes se pasó, y el azharista volvió a El Cairo, mientras nuestro amiguito se quedó donde y como estaba, sin ir a El Cairo, sin ponerse el turbante, sin embutirse en chupa ni caftán.

Aún era pequeño y resultaba difícil mandarlo a El Cairo. A su hermano no le gustaba cargar con él, y aconsejó que todo siguiera lo mismo por otro año. Y, en efecto, se quedó, sin que a nadie le importara si lo hacía a gusto o a disgusto.

Con todo, algo cambió de vida, pues el hermano azharista aconsejó también que pasara ese año preparándose para entrar en el Azhar, y le dejó dos libros, uno de los cuales tenía que aprendérselo todo y del otro sólo algunas páginas. El libro que era menester aprendérselo entero era la *Alfiyya* de Ibn Malik^[10], y el otro una colección de textos. Antes de partir, el azharista había recomendado que empezase por la *Alfiyya*, y que, cuando concluyese con ella y se la supiera a conciencia, aprendiera en el otro ciertas cosas raras que se llamaban «la piedra preciosa», o «la perla no perforada», o «la de la antorcha», o «la espaciosa», o «la *lamiyya* de los verbos^[11]».

Todos estos nombres producían en el alma del niño una sensación de misterio y asombro, porque no sabía qué significaban, pero calculaba que eran la llave de «la ciencia» y sabía que su hermano el azharista, por sabérselos y entenderlos, se había hecho un sabio y había logrado aquella singular estimación de que disfrutaba en el ánimo de sus padres, de sus hermanos y de todo el pueblo. ¿No hablaban todos de su regreso un mes antes de que volviera, y, apenas llegado, no iban todos a verlo, contentos, felices y hechos mieles? ¿No se sorbía el *cheij* todas sus palabras para

repetírselas luego a todo el mundo, lleno de ufanía y de orgullo? ¿No le importunaban todos los del pueblo para que les diese un lección sobre Teología o Derecho, cosas ambas que el niño ignoraba lo que podrían ser? ¿No le rogaba el *cheij*, con insistencia cariñosa, multiplicando las promesas y concediéndole de antemano lo posible y lo imposible, para que predicase a las gentes en la mezquita el sermón del viernes?

Y, luego, en el día solemne del nacimiento del Profeta, ¿qué pruebas no recibía el azharista de miramientos, de honor, de veneración y de respeto? Previamente le habían comprado para ese día un caftán nuevo, un chupa nueva, un tarbús nuevo y unas babuchas nuevas. Desde muchas fechas antes se hablaba de ese día y de lo que en él iba a ocurrir.

Y cuando llegaba el mediodía de la fiesta, la familia comía de prisa y corriendo, y el joven azharista, que apenas había probado el almuerzo, se ponía sus ropas nuevas, se ceñía su turbante verde y se echaba por los hombros un chal de Cachemira, mientras la madre rezaba y recitaba exorcismos, y el padre salía y volvía a entrar, inquieto y como azogado. Por fin, cuando el muchacho salía, tras de vestirse y acicalarse a su placer, encontraba un caballo a la puerta; los hombres lo tomaban en vilo para colocarlo en la silla; echaba a andar, rodeado de multitudes a derecha e izquierda, mientras unas gentes corrían delante y otras le seguían; se disparaban los fusiles al aire; las mujeres hacían albórbolas por doquiera; el aire se perfumaba de incienso; las voces se elevaban entonando las alabanzas del Profeta, y toda aquella procesión avanzaba con tanta lentitud, que se diría que no era ella, sino el suelo mismo, con todas sus cosas, el que se ponía en movimiento. La razón de todo aquello era que el joven azharista había sido elegido ese día para ser el *jalifa*, al que se pasea por la ciudad y por las aldeas vecinas en esa brillante festividad. Y ¿por qué le habían hecho *jalifa* a él, y no a otro cualquiera de los mozos? Pues, nada más que por ser azharista y por haber estudiado y saberse de memoria la *Alfiyya*, «la piedra preciosa» y «la perla no perforada».

¿Cómo no iba, por tanto, a alegrarse el niño al pensar que iba a estudiar las mismas ciencias que su hermano y a distinguirse de sus camaradas y amigos con saberse de memoria la *Alfiyya*, «la piedra preciosa» y «la perla no perforada»? ¡Bien alegre y ufano estaba, cuando el sábado por la mañana

entró en la escuela, llevando en la mano un ejemplar de la *Alfiyya*, que, aun siendo mezquino, mugriento y mal encuadernado, le realzaba muchos grados, y que, a pesar de esa pequeñez y cochambre, valía a sus ojos más que cincuenta Alcoranes de los que sus compañeros llevaban!

¡El Alcorán! Se lo sabía de memoria, y ninguna ventaja había sacado de sabérselo. También se lo sabían muchos otros mozos, y nadie les daba la menor importancia, ni nadie les elegía *jalifas* el día del nacimiento del Profeta. La *Alfiyya*, en cambio... ¿Cómo decir lo que era la *Alfiyya*? Baste decir que Sayyidna no se sabía de ella ni una letra, y que el fámulo era incapaz de leer bien sus primeros versos. Porque la *Alfiyya* estaba en verso, mientras que en el Alcorán no había versos. Empezaba:

*Muhammad, que es Ibn Malik, nos dice:
Alabo a mi Señor, Alá, el mejor rey...*

La verdad es que este verso le producía un contento que jamás había sentido ante ninguna de las azoras del Alcorán.

XIII Tedio de la *Alfiyya*

¿C ómo no iba a sentirse ufano si desde el primer día advirtió que había ganado puntos y que Sayyidna era incapaz, no solo de vigilar su aprendizaje de *la Alfiyya*, sino incluso de leérsela? En toda la escuela no había nadie capaz de enseñarle la *Alfiyya*, y el niño tuvo que ir todos los días al Tribunal canónico para que el cadí le tomase la lección de la *Alfiyya*, que quería aprenderse.

Era este cadí un ulema del Azhar, más importante que su hermano el azharista, aunque el padre de nuestro amigo no quisiera creerlo, ni le pareciese que podía medirse con su hijo. De todos modos, era un ulema del Azhar; era el cadí canónico, título de sonoras letras, y además residía en el Tribunal y no en la escuela. El estrado en que sentaba era muy alto y estaba lleno de tapices y de almohadones. A su lado, la tarima de Sayyidna nada valía. Además, no había en torno suyo babuchas llenas de piezas. La puerta de la sala estaba guardada por dos hombres en pie, que impedían el acceso, y a los que las gentes daban un nombre extraordinario y no exento de majestad: «los emisarios».

Sí, el niño tenía que ir todas las mañanas al Tribunal, para que el cadí le explicase uno de los capítulos de la *Alfiyya*. Y ¡qué bien que las leía el cadí! ¡Cómo se le llenaba la boca con las kaes y las erres! ¡Qué bien modulaba la voz recitando las palabras de Ibn Malik!

Nuestro lenguaje son vocablos significativos, como: «Marcha derecho», nombres, verbos y partículas.

Un vocablo se llama «palabra», y «discurso» a su conjunto, aunque a veces se llame «palabra» al total.

Logró el cadí hacer mella en el alma del niño y llenarle de humildad, con recitarle estos versos:

*Merece mi poema beneplácito sin cólera,
y supera a la Alfîyya de Ibn Muti^[12],
aunque ésta tiene el mérito de la precedencia,
y se le debe alabanza condigna.
¡Dios otorgue sus copiosos favores
a ambos en las filas ultraterrenas!*

Leía estos versos con una voz entrecortada por el llanto, y los apostilló ante el niño, añadiendo:

—Al que se humilla ante Dios, Dios le ensalza. ¿Sabes lo que quieren decir estos versos?

El niño contestó que no.

—Verás —dijo entonces el cadí—: el autor (¡Dios el Alto lo tenga en su misericordia!), al empezar a componer su poema se dejó llevar del extravío y del orgullo con decir que superaba a la *Alfîyya* de Ibn Muti; pero luego, por la noche, vio en sueños que Ibn Muti se le aparecía y se venía para él reprochándole con aspereza sus palabras. Entonces, al despertarse, enmendó su extravío añadiendo que Ibn Muti tenía el mérito de la precedencia.

¡Qué contento y feliz se sintió el *cheij* cuando el niño volvió a la hora de la oración de media tarde, le contó lo que le había oído al cadí y le recitó los primeros versos de la *Alfîyya*! El *cheij* interrumpía los versos con esa sola palabra con que las gentes suelen expresar su admiración:

—¡Alá! ¡Alá!

Pero todo tiene su límite. Nuestro amigo seguía aprendiéndose la *Alfîyya* con todo contento y regocijo hasta llegar al capítulo del sujeto, porque allí se aguó su entusiasmo. Todas las tardes su padre le preguntaba:

—¿Fuiste al Tribunal?

—Sí.

—¿Cuántos versos te has aprendido?

—Veinte.

—Recítame los que te has aprendido.

- el niño se los recitaba. Pero, a partir del capítulo del sujeto, empezó a encontrar aquello cargante, a echarse para atrás y a ir al Tribunal remoloneando y a regañadientes, y, cuando llegó al capítulo del complemento directo absoluto, ya no pudo dar un paso más adelante, ni grande ni chico. Seguía yendo al Tribunal todos los días y aprendía con el cadí uno de los apartados de la *Alfiyya*; pero, al volver de la escuela, tiraba la *Alfiyya* en un rincón y se dedicaba a jugar y divertirse y a escuchar cuentos e historias. Su padre le seguía preguntando todas las tardes:

—¿Has ido al Tribunal?

—Sí.

—¿Cuántos versos te has aprendido?

—Veinte.

—¿De qué capítulo?

- el niño respondía que del de la anexión, o del del adjetivo, o del de los plurales fractos, y cuando su padre le pedía: «Recítame lo que has aprendido», le recitaba veinte versos de entre los doscientos primeros, unas veces sobre la declinación, otras sobre la determinación y la indeterminación del nombre, otras sobre el sujeto y el atributo. El *cheij*, claro es, no entendía poco ni mucho y no se daba cuenta de que su hijo le engañaba: tenía bastante con oír el sonsonete de la rima y confiaba en el cadí. Y lo raro era que el *cheij* no pensó ni una sola vez en abrir la *Alfiyya* para comprobar lo que el niño recitaba. Si un día cualquiera se le hubiese ocurrido hacerlo, se habría repetido para el niño la historia de la azora de los Poetas, o la de Saba', o la del Creador.

Sólo en una ocasión estuvo a dos dedos de este peligro, y, de no ser por la intervención materna, habría tenido con su padre una escena memorable. Porque el niño tenía un hermano que asistía a las escuelas civiles y, habiendo vuelto de El Cairo para pasar el verano, ocurrió que estuvo presente a este examen diario durante varias veces consecutivas. Tuvo,

pues, ocasión de oír que, cuando el *cheij* preguntaba al niño el capítulo que se había aprendido ese día, el niño decía, por ejemplo, que el de la coordinación, y luego, al ordenarle el *cheij*, que recitase lo aprendido, soltaba el de los nombres propios o el del pronombre relativo. Calló el mozo al primer día y aun al siguiente; pero viendo que la cosa se repetía, una vez que el *cheij* se fue, dijo al niño delante de su madre:

—Tú engañas a padre y le mientes. Te pasas el día jugando en la escuela y no te sabes nada de la *Alfiyya*.

El niño protestó:

—¡Tú eres el embustero! ¿Qué te importa a ti esto? La *Alfiyya* es para los azharistas y no para los alumnos de las escuelas. Pregúntale al cadí si no voy al Tribunal todos los días.

Pero el mozo insistió:

—¿Qué capítulo te has aprendido hoy?

—El capítulo tal.

—Pues ése no es el que le has recitado a padre, sino otro. Trae acá el libro de la *Alfiyya* para que te examine.

El niño se quedó cortado sin saber qué decir, y el mozo anunció que se lo contaría todo al *cheij*; pero la madre intervino. Y como aquel hermano era muy cariñoso con su madre y tenía lástima de su hermano, se calló.

El *cheij* siguió, pues, en su ignorancia hasta el regreso del azharista, quien, al volver, examinó al niño y conoció al punto la verdad. Pero no se incomodó, ni amenazó, ni dijo nada al *cheij*. Se limitó a mandar al niño que dejase de ir a la escuela y al Tribunal. Y en diez días le hizo aprender de memoria todo el poema.

XIV Los ulemas del pueblo

En los pueblos y en las ciudades provincianas tiene «la ciencia» una aureola mayor sin comparación que en la capital o en los medios científicos. Y la cosa nada tiene de raro ni de extraordinario. Es la simple ley de la oferta y la demanda. A «la ciencia» le sucede como a todo lo que se vende y se compra. Los ulemas andan de un lado para otro en El Cairo sin que nadie les haga caso, o apenas se lo hacen, y hablan, peroran y dan mil vueltas a sus disciplinas, sin que nadie, salvo sus discípulos cairotas, les presten la menor atención. En cambio, los ulemas campesinos y los jeques de las aldeas y de las ciudades provincianas se mueven rodeados de veneración y de respeto, y, cuando hablan, las gentes los escuchan poseídos de cierta reverencia impresionante y presta al convencimiento.

Nuestro amiguito, influido por esta psicología rural, veneraba a los ulemas igual que los campesinos, y creía casi casi que habían sido hechos de un barro puro y escogido, distinto del barro de que han sido hechos los demás. Los escuchaba, cuando peroraban, poseído de un asombro medio extático, que luego intentó en vano sentir en El Cairo delante de los grandes ulemas y de los jeques más ilustres. Y estos ulemas de la ciudad, que se repartían la admiración y el afecto de las gentes, eran tres o cuatro.

Uno de ellos, secretario del Tribunal canónico, era rechoncho y corpulento, de voz recia y tronante, y las palabras le llenaban las comisuras de la boca cuando hablaba. Esas palabras te llegaban rotundas y recias como su dueño, y con la misma fuerza con que chocaban entre sí sus inflexiones chocaban también sus ideas. Era uno de los *cheijs* que no habían podido prosperar en el Azhar, pues, tras de haber pasado en él no sé cuantos años, ni logró ser maestro ni cadí, y tuvo que contentarse con el puesto de secretario del Tribunal. Uno de sus hermanos, en cambio, era un cadí

distinguido, que desempeñaba el cadiazgo en una provincia. No podía este *cheij* tomar asiento en una tertulia sin cantar las alabanzas de su hermano y sin meterse con el cadí al que servía. Era de rito hanafi^[13], y, como los secuaces de Abu Hanifa eran escasos en la ciudad, o, por mejor decir, no los había, esto le sacaba de quicio y le llenaba de rencor contra sus rivales, los otros ulemas, que, por ser de rito shafi'í o malikí, encontraban entre los habitantes de la ciudad quienes servían de eco a su ciencia o les pedían dictámenes sobre puntos de derecho. Jamás perdía la menor ocasión de glorificar la doctrina jurídica de Abu Hanita, rebajando de paso las de Malik o al-Shafi'í. Como las gentes del campo son astutas y listas, se daban perfecta cuenta de que, si este *cheij* decía lo que decía y hacía las cosas que hacía, era movido del rencor y del despecho, y así, a la par, lo compadecían y se reían de él.

Sentía este *cheij* una emulación enconada y violenta contra el joven azharista. Le irritaba, entre otras cosas, que le eligieran *jalifa* todos los años, sin acordarse de él. Cuando las gentes empezaron a hablar de que el joven iba a echar el sermón del viernes, no dijo nada; pero así que llegó el viernes, cuando la mezquita estaba atiborrada y el joven se dirigió al almimbar para subir a él, el *cheij* se incorporó, avanzó hasta el imam, y dijo con voz tan alta que la oyó todo el mundo: «Este mozo es muy ternezuelo, y no está bien que suba al púlpito, ni que predique, ni que dirija la oración de las gentes, habiendo entre ellas jeques y personas de respeto. Si le dejas subir al almimbar y presidir la oración, me iré». Y, volviéndose a los fieles, añadió: «Aquel de entre vosotros que quiera no hacer oración nula, que me siga». Los circunstantes, al oír estas cosas, se alborotaron, y hubieran estado a punto de enredarse unos con otros, si el imam no se hubiese levantado y les hubiese predicado y rezado con ellos.

De esta manera el *cheij* impidió al joven que aquel año subiera al púlpito. Y eso que se había tomado no floja fatiga en retener de memoria el sermón, preparándose durante muchos días para ese momento, y recitando la homilía a su padre más de una vez. Su padre, por su lado, había esperado la tal hora con el más vehemente deseo y con la más grande ansiedad que pueda pensarse. En cuanto a la madre, andaba desazonada y temerosa del mal de ojo. Apenas había salido aquel día su hijo para la mezquita cuando

fue por unas brasas, las puso en un cacharro y comenzó a echar sobre ellas diversos sahumerios y a recorrer toda la casa, cuarto por cuarto, deteniéndose en cada habitación unos momentos a mascular conjuros. Así seguía cuando volvió su hijo, que todavía se la encontró tras de la puerta sahumando y canturreando, mientras el *cheij*, lleno de cólera, maldecía a aquel hombre, de corazón comido por la envidia, que había estorbado a su hijo subir al alminbar y presidir la oración.

Había en la ciudad otro ulema shafi'í que era imam, predicador y director de la oración en la mezquita. Llevaba tanta fama de devoción y de piedad, que las gentes le veneraban y respetaban con extremos rayanos en la beatificación, porque creían en su influjo milagrero y buscaban en él la medicina de sus dolencias y la solución de sus apuros. Y diríase que aun él mismo se encontraba también algo de santo. Después de muerto, las gentes de la ciudad siguieron recordándole con encomio y hablaban con unción de que, al ser metido en su tumba, clamó con una voz que oyeron todos los del entierro: «Dios mío, haz que éste sea un lugar milagroso». También comentaban algunos haber visto en sueños la fortuna que este hombre había alcanzado junto a Dios, y las delicias que se le habían deparado en el paraíso.

El tercer ulema de la ciudad, de escuela malikí, ni se dedicaba sólo a la ciencia ni tenía oficio. Era no más que un labrador, comerciante a sus horas, que solía acudir a la mezquita, en la que rezaba las cinco oraciones diarias, y que, de vez en cuando, formaba un corro de gentes para explicarles la Tradición profética, o para darles orientaciones de derecho canónico; todo ello con simplicidad, sin desvanecimiento ni orgullo. Tal vez por ello sólo le hacían caso unos pocos.

Tales eran los ulemas propiamente dichos. Pero había, además, otros ulemas desparramados por la ciudad y por sus aldeas y campos, que tenían tanta influencia como los oficiales entre las clases bajas y gobernaban asimismo las inteligencias populares. Uno de ellos era el Hachch^[14] x el sastre, cuyo obrador estaba casi frente por frente de la escuela, al que las gentes estaban acordes en motejar de avaro y miserable. Siempre andaba con el *cheij* de una de las más importantes cofradías místicas, y miraba por encima del hombro a todos los demás ulemas porque tomaban su ciencia de

los libros y no de los jeques místicos, pues para él la verdadera ciencia era la ciencia íntima, que bajá derecha de Dios al corazón, sin necesidad de libro, y, mejor aún, si no se sabe leer ni escribir.

Otro de ellos era el *cheij* y, el cual, tras de ser un arriero que acarreaba las mercancías y efectos de sus clientes, se convirtió en un comerciante cuyos asnos quedaron limitados al transporte de sus mercaderías. Las gentes andaban unánimes en decir que se comía el dinero de los huérfanos y que se había hecho rico a costa de los pobres, si bien repetía de continuo el texto y el comento del versículo que dice (IV, II): «Los que se comen con injusticia el dinero de los huérfanos, no comen sino algo que será fuego en sus barrigas y habrán de calentarse en una terrible hoguera». No le gustaba rezar en la mezquita aljama, porque detestaba al imam y a los ulemas que lo rodeaban, y prefería hacer la oración en cualquier mezquitilla sin ningún relieve ni importancia.

Otro de ellos, el *cheij* z, no sabía leer ni escribir y apenas era capaz de recitar bien la *Fátiha*. Pero era shadhilí, miembro de esta cofradía mística, y reunía a los adeptos para las ceremonias de la orden y para guiarles en sus asuntos temporales y espirituales.

Había, por último, otros alfaquíes que leían el Alcorán y se lo recitaban a las gentes, y que hacían rancho aparte de los ulemas, llamándose «portadores del Libro de Dios». Estaban en continua relación con las clases bajas, y en particular con las mujeres. Casi todos eran ciegos que iban por las casas recitando el Alcorán, y a quienes las mujeres se confiaban hablándoles de sus cosas y pidiéndoles parecer sobre la oración, o el ayuno, y los demás deberes. La ciencia de estos alfaquíes se distinguía de raíz de la de los ulemas, que sacaban su ciencia de los libros y que habían tenido con el Azhar alguna relación, por poca que fuese. Asimismo su ciencia difería de la de los cofrades místicos y los de la ciencia interior. Porque ellos sacaban su ciencia derechamente del Alcorán, si bien lo entendían como podían, que no como es de verdad ni como hay que entenderlo. Lo entendían, más o menos, como Sayyidna, que era uno de estos alfaquíes, aunque más agudo, más sabio y con mayor capacidad de interpretación. Un día, por ejemplo, el niño preguntó a Sayyidna cómo había que entender las palabras de Dios Altísimo (LXXI, 13): «Os creamos por fases», y Sayyidna

contestó con todo sosiego y tranquilidad: «Os creamos como toros, que no comprendéis nada». O bien entendían el Alcorán como el abuelo de nuestro propio niño, que era uno de los que mejor se lo sabían y de los que más descollaban en entenderlo, comentarlo y explanarlo. En cierta ocasión su nieto le consultó sobre las palabras de Dios Altísimo (XXII, II): «Hay entre las gentes quien adora a Dios sólo en un filo (harf); si le acaece un bien, lo disfruta tranquilo, y si le acaece una tentación, da media vuelta, con lo cual pierde este mundo y el otro». Y el abuelo contestó: «Se entiende que le adora en el borde de una tarima o en el de un poyo de piedra: si le acaece un bien, se queda tranquilo en su sitio, y si le acaece un mal, cae boca abajo».

Nuestro niño frecuentaba a todos estos ulemas y de todos aprendía, de suerte que llegó a reunir una suma de conocimientos tan imponente como heterogénea, confusa y contradictoria. Y me atrevo a pensar que este aprendizaje hizo no poca mella en la formación de su inteligencia, nunca libre de inquietud ni de discrepancia ni de incoherencia.

XV Las cofradías místicas

Y los jeques de las cofradías místicas, ¿qué era de ellos?

Muchísimos en número, andaban repartidos por todas partes y apenas había semana en que no asomaran por la ciudad. Sus cofradías eran muy diferentes, y cada una tenía sus adeptos, partidarios muy celosos y separados por un abismo de sus congéneres. En aquella provincia la rivalidad era aguda entre dos especies de cofrades místicos: la una que dominaba en la parte del norte y la otra en la del sur. Pero como las gentes de la provincia se trasladaban de continuo y no sentían empacho en moverse de una a otra aldea y de una a otra ciudad, dentro de la misma circunscripción, solía ocurrir que los secuaces de uno de los dos grupos se establecieran en el territorio dominado por el otro, y así, los respectivos jeques tenían que recorrer la provincia para visitar a sus adeptos y correligionarios. ¡Y sólo Dios sabe las cuestiones a que daba lugar el que el jeque de arriba bajase, o el que el jeque de abajo subiese!

El padre del niño era secuaz del jeque de la cofradía del norte, ante quien había prestado juramento. Como antes lo había hecho su propio padre. La madre del niño era también secuaz del jeque de la cofradía alta, con la particularidad de que su padre había sido uno de sus apoyos y apóstoles más allegados. Al morir el jeque de la cofradía alta, le había sucedido al frente del grupo su hijo el *cheij* x, que resultó más emprendedor que su difunto padre, así como más capaz de engaño y avaricia, más amigo de armar pendencias, más apegado a los bienes terrenos y más distante de la verdadera religión. Y, como el padre del niño se había corrido a la zona baja de la provincia y había asentado en ella, este jefe de la cofradía alta tomó por costumbre venir a visitarle una vez al año.

Cuando venía, no venía solo, ni tampoco entre pocas personas, sino en medio de una enorme hueste, que, si no llegaba a los cien individuos, le faltaría muy poco. Y no hacían el viaje en ferrocarril ni por las barcas del Nilo, sino montados en caballos, mulos y borricos. El jeque, rodeado de sus acompañantes, iba cruzando aldeas y villorrios, sentando y levantando sus reales con toda pompa y aparato, como triunfadores donde la autoridad era suya, y apretados y compactos donde sus enemigos tenían cierto arraigo. Al visitar a la familia del niño venían para hacer noche. La calle se tapaba con ellos y con sus caballos, mulos y asnos, y la ocupaban desde el canal mismo hasta su extremo sur. En la propia calzada se degollaban las ovejas, y se extendían los bárbaros manteles sobre los que engullían con una voracidad sin ejemplo. Mientras tanto, el jeque estaba sentado en la galería teniendo en su derredor a sus más fieles allegados y ante sí al dueño de la casa, que, junto con sus familiares, se ponía a su servicio. Terminada la colación, todos se retiraban para que echase la siesta allí mismo, y cuando se levantaba y hacía las abluciones, habrías de ver cómo todos se abalanzaban y peleaban por ver quien le vertía el agua, y una vez acabados los lavatorios disputaban y reñían por beber un trago del agua de sus abluciones. Él, sin parar siquiera mientes en ellos, rezaba largamente y añadía una plegaria supererogatoria de no menor longitud. Una vez concluido este rito es cuando se sentaba para recibir a las gentes, que desfilaban ante él: unos le besaban la mano y se alejaban en recogido silencio; otros le hablaban uno o dos instantes; alguno le pedía alguna cosa. Y el jeque contestaba a éste y a aquél con razones extrañas y enigmáticas, que daban lugar a mil interpretaciones para entenderlas y explicarlas. Así, por ejemplo, cuando nuestro niño fue introducido a su presencia, le pasó la mano por la cabeza y recitó las palabras de Dios Altísimo (IV, 113): «Te enseñó lo que no sabías y el favor de Dios fue sobre ti inmenso»; sentencia que puso muy contento al padre del niño, que desde ese día creyó a su hijo llamado a grandes cosas.

Rezada la plegaria de la puesta del sol, se ponían las mesas para todo el mundo, y, al acabar la oración de prima noche, es cuando empezaba la sesión. Con esta frase de «empezar la sesión», se quiere indicar que las gentes se congregaban en corro para las invocaciones místicas. Sentados todos e inmóviles, empezaban por repetir el nombre de Alá; luego movían

la cabeza y elevaban un poco la voz; luego movían el torso y alzaban el tono otro poco; luego era una especie de temblor que les corría por todo el cuerpo y que les ponía en pie, disparados al aire como por un resorte. Por entre el corro andaban desparramados jeques que recitaban versos de Ibn al-Farid^[15] o poesías del mismo tipo. El jeque en cuestión tenía particular debilidad por una casida bien conocida, en que se narra el viaje nocturno y la ascensión al cielo del Profeta, y que empieza:

Desde la Meca y la Casa gloriosísima

de Jerusalén viajó una noche Ahmad.

Los jeques la declamaban con una salmodia que hacía moverse rítmicamente a todos los presentes, los cuales se inclinaban y luego se enderezaban, como si aquellos jeques les hicieran improvisar pasos de danza.

Entre las cosas que el niño nunca olvidará, por muchas que olvide, es una noche en que uno de los que recitaban se equivocó y trocó por otra una palabra de la casida. Al oírlo, el jeque se alzó y se revolvió, rabioso y espumajante, gritando a voz en cuello:

—¡Hijos de perros! ¡Dios maldiga a vuestros padres, y a los padres de vuestros padres, y a los padres de los padres de vuestros padres, hasta Adán! ¿Es que queréis arruinar la casa de este hombre?

Y tampoco el niño, por mucho que olvide, olvidará la impresión que este arrebató produjo en el ánimo de los actantes y aun en el de las gentes que les rodeaban, como si todos estuvieran convencidos de que aquel yerro en la declamación de la casida habría de ser fuente incomparable de desgracias.

En esta ocasión el padre del niño dio primero muestras de gran impresión y zozobra, a las que muy pronto siguió cierta tranquilidad y calma. Y luego, a otro día, partido el jeque y cuando la familia comentaba lo sucedido y la escena que se produjo entre el jeque y los actantes y recitantes en la sesión, el dueño de la casa soltó una carcajada, tras de la cual no le cupo duda al niño de que la fe de su padre en aquel jeque no andaba libre de cierta duda y menosprecio. Duda y menosprecio, sí; porque

la codicia y la rapacidad del jeque eran demasiado claras para poder engañar a quien tuviera un tantico de serenidad y de capacidad de reflexión.

Pocos, sin embargo, sentían por el jeque mayores odio y cólera que la madre del niño. Esta aborrecía su visita y no podía soportarlo. Hacía cuanto era menester y preparaba todo lo que había que preparar, pero a la fuerza y a remolque, refrenando la lengua a duras penas. Y es que la visita del jeque resultaba harto costosa para una familia que, aunque vivía con cierta holgura, al fin y al cabo era pobre. La tal visita acababa, en efecto, con buena parte del trigo, de la manteca, de la miel y de las otras provisiones de la despensa. Obligaba, además, al dueño de la casa a acudir al crédito para comprar los corderos y las cabras indispensables. Eso sin contar con que el jeque nunca se hospedaba en la casa sin que al día siguiente se marchara llevándose todo lo que le había gustado o se le había apetecido, lo mismo un tapiz que un chal de Cachemira o cualquiera otra cosa por el estilo.

En resumen, la visita de este jeque y de sus acompañantes era, al mismo tiempo, deseada con ardor por la familia, ya que le permitía sentirse orgullosa, llevar la cabeza alta y marcar las distancias frente a las gentes de su misma clase, y detestada de corazón, ya que imponía considerables molestias y gastos. Era uno de esos males inevitables, traídos por inmemorial costumbre, que las gentes acaban por aceptar. La relación de la familia con aquella cofradía mística era, en efecto, fuerte y sólida, y había dejado en ella el perdurable rastro de mil noticias y anécdotas, así como historias de portentos y milagros, que los padres del niño hallaban vivo placer en referir a sus hijos. La madre del niño, por ejemplo, no desperdiciaba ocasión de contarles lo siguiente:

«Mi padre, junto con mi abuela, hizo cierta vez la peregrinación a la Meca en compañía del jeque Jalid. Ya había hecho mi padre tres veces la peregrinación con el jeque; pero esta vez, como digo, le acompañaba su madre. Al terminar la peregrinación, cuando se encaminaban a Medina, la vieja, en el camino, se cayó de su cabalgadura y se quebró los lomos, quedando incapaz de andar y de moverse. Fue su hijo el que tuvo que llevarla a costas y trasladarla de un sitio a otro, con tanta fatiga y trabajo, que cierto día hubo de quejarse al jeque. El jeque le preguntó: “¿No dices que es descendiente del Profeta por el lado de al-Hasan ibn 'Alí?”^[16], y

como mi padre le contestase que sí, prosiguió: “Puesto que ahora va a ver a su antepasado, cuando llegues con ella a la mezquita donde está la tumba del Profeta, ponía allí en un rincón y déjala sola con su antepasado, para que haga con ella lo que le plazca”. Así lo cumplió el hombre, pues dejó a su madre en un rincón de la mezquita, diciéndole con esa sequedad campesina que, al mismo tiempo, está llena de cariño y de ternura: “Ahí te quedas con tu abuelo. Yo no tengo por qué mediar entre vosotros dos”. Y allí la dejó para irse con el jeque a dar las vueltas en torno a la tumba del Profeta. Y mi padre contaba: “Por Dios, que apenas di unos cuantos pasos cuando oí que mi madre me llamaba, y, al volver la cabeza, la vi de pie y andando hacia mí. No quise entonces volver a por ella; pero ella corrió tras de mí y hasta me adelantó en incorporarse al jeque y dar con él las vueltas rituales en torno al sepulcro con los demás que las hacían”».

Por su lado, el padre del niño tampoco perdía oportunidad de relatar esta historia:

«Hablaron delante del jeque de que Algazel^[17] dice en uno de sus libros que no es posible ver al Profeta en sueños, y el jeque, encolerizado, exclamó: “Por Dios, que no me esperaba yo esto de ti, Algazel, porque yo, con estos ojos de mi cara, lo he visto montado en su mula”. Si bien, como lo dijese lo mismo otra vez, aseguró: “Por Dios, que no me esperaba yo esto de ti, Algazel, porque yo, con estos ojos de mi cara, lo he visto montado en su camella”».

Deducía de aquí el padre del niño que Algazel andaba errado; que todo el mundo puede ver al Profeta en sueños, y que los santos y virtuosos pueden llegar incluso, estando despiertos, a verlo. Y siempre que contaba la historia, la remachaba con esta tradición profética: «El que me ve en sueños, me ve de veras, porque el diablo no puede tomar mi apariencia».

Por este modo aprendió el niño muchos relatos de portentos, milagros y secretos sueños de la cofradía del norte. Pero cuando quería contar algo de esto a sus compañeros y camaradas de la escuela, ellos le referían otros parecidos que colgaban al jeque de la cofradía del sur, y en los que también firmemente creían.

Los campesinos todos, viejos y mozos, niños y mujeres, tenían una mentalidad especial, hecha de ingenuidad, de supersticiones místicas y de

ignorancia, y en la formación de esta mentalidad ninguna cosa tenía mayor influencia que los santones.

XVI Experiencias de magia

No tardó nuestro niño, por otra parte, en añadir a estos diversos conocimientos otro nuevo, que fueron la magia y los talismanes. Porque los corredores de libros recorrían las aldeas y las ciudades con una saca de volúmenes, que podían tal vez servir como el mejor espejo de la mentalidad campesina por aquellos años. Lo que llevaban en sus alforjas eran, en efecto, milagros de santones, historias de conquistas y de algaras, el cuento del ratón y el gato, el diálogo del hilo y el vapor, el gran *Sol de los conocimientos* sobre la magia, y otro libro que no se acuerda cómo se llamaba, aunque todo el mundo le decía el *Libro de Diyarbi*, sin contar diversas especies de plegarias, más los relatos del nacimiento del Profeta, más recopilaciones de poesías místicas, más libros de exhortaciones y dirección espiritual, más otros de anécdotas y maravillas, junto con leyendas heroicas de Hilalies y Zanatas, de 'Antar, de al-Zahir Baibars y de Saif ibn Dhi Yazan, a todo lo cual había que añadir, naturalmente, el sagrado Alcorán. Y las gentes compraban todos aquellos libros para devorar su contenido, porque sus inteligencias se nutrían de una quintaesencia de todo aquello, como sus cuerpos de la sustancia de lo que comían y bebían.

A nuestro amiguito le leyeron muchas de esas cosas, y no pocas retuvo en la memoria, si bien había dos materias por las que sentía particular afición; es, a saber, la magia y el misticismo. En la mezcla de estas dos ramas del saber nada hay de raro ni de forzado, porque su aparente contradicción no es, en realidad, más que formal. Pues qué, ¿no pretende el místico, ante sí mismo o ante los demás, que desgarrar los velos del misterio, que penetra el pasado y el porvenir y que ha franqueado la raya de las leyes de la Naturaleza para producir toda suerte de prodigios y milagros? ¿Y qué otra cosa hace el mago? ¿No pretende también ser capaz de revelar lo

invisible y de traspasar asimismo las fronteras de las leyes naturales para ponerse en contacto con el mundo de los espíritus? Sí: entre el místico y el mago no hay otra diferencia que la de que el primero entra en relación con los ángeles y el segundo con los demonios, si bien hay que leer a Ibn Jaldún^[18] y congéneres para profundizar de veras en qué consiste la tal diferencia y ajustar a ella las lógicas consecuencias, que son prohibir la magia y tenerla en horror, y amar, en cambio, la vida mística y anhelar llevarla.

Pero nuestro niño y sus amigos bien lejos se hallaban de Ibn Jaldún y de autores así. En sus manos no caían más que libros de magia, de milagros de devotos y de portentos de santones; libros que leían y que les entusiasmaban hasta el punto de que se sentían inmediatamente llevados a dejar atrás la simple lectura y la pura admiración para pasar a la imitación activa y a la experiencia directa, bien recorriendo los senderos de los místicos sufíes, bien acudiendo a las variadas prácticas de los magos. Porque en sus inteligencias había un revoltijo de magia y de sufismo, amalgamados en una sola cosa que tenía por fines hacer la vida más llevadera y acercarse a Dios. Tales deseos eran los que abrigaba nuestro amiguito, que hacía a un tiempo vida mística y se dedicaba a la magia, seguro de que con ella agradaba a Dios y podría conseguir en la vida los placeres que le eran más apetecibles.

Una de las historias que más corrían en manos de los rapaces, y que les procuraban los corredores de libros, era cierto cuento de las *Mil y una noches* que lleva por título *Hasan de Basora*. Se habla en él de un mago que transmutaba el cobre en oro, y de un palacio que se levantaba, tras la montaña límite del mundo, sobre altísimas columnas que taladran el aire; palacio en que moran siete hijas de los genios y al que se acoge Hasan de Basora. Se habla en él asimismo de quién era este Hasan, y de su larga y penosa jornada a las mansiones de los genios. Pero hay en él, además, una noticia que llenó de admiración el alma del niño, y es que al dicho Hasan, durante su viaje, le fue regalada una varita que contaba entre sus propiedades la de que, apenas se tocaba con ella la tierra, ésta se hendía y salían por el agujero nueve personas para ponerse a las órdenes del dueño de la varita. Dichas personas eran, naturalmente, unos genios, a la par

fuertes y ligeros, que volaban y corrían, y mudaban pesos enormes y arrancaban los montes de cuajo; en suma, que llevaban a cabo infinitas maravillas. El niño se entusiasmó con esta varita, y concibió tantos y tan fuertes deseos de poseerla, que le desvelaban de noche y le obsesionaban de día. Se dedicó, pues, a leer libros de magia y misticismo por sí, entre magos y sufíes, podía encontrar el medio de hacerse con la varita famosa.

Tenía nuestro amiguito un pariente como de su misma edad, que iba con él a la escuela y que andaba todavía más ilusionado con la varita mágica. Puestos ambos con empeño a buscarla, no tardaron en hallar descrito un fácil medio de hacerse con el objeto de sus ansias. Este medio se hallaba en el *Libro de Diyarbi*. El peticionario tenía que quedarse a solas, una vez hechas las abluciones; colocar ante sí un brasero y cierta cantidad de perfume, y ponerse a repetir, de entre los nombres divinos, aquel de: «¡Oh Amable! ¡Oh Amable!», echando de cuando en cuando un poco de sahumerio sobre las ascuas. A fuerza de repetir la tal palabra y de quemar el dicho perfume, la tierra acabaría por dar vueltas y por hendirse ante él la pared, dando paso a un genio sirviente, encargado de ese nombre de Dios, que se presentaría a recibir su petición, la cual, sin duda, quedaría satisfecha.

Enterados los dos niños del procedimiento, se resolvieron a ponerlo por obra. Y fue nuestro amiguito el que, una vez compradas por ambos varias clases de sahumerios, se metió en la galería, cerró tras de sí la puerta, se puso delante unas brasas y comenzó a echar en ellas perfume, repitiendo: «¡Oh Amable! ¡Oh Amable!». Pero la cosa se alargaba. Esperaba nuestro héroe que la tierra diese vueltas, que la pared se abriese, y que compareciese el genio sirviente. Sin embargo, ninguna de tales cosas ocurrió.

En esta ocasión, nuestro niño pasó de mago y sufí a embaucador. Salió, en efecto, de la galería todo desazonado, asiéndose la cabeza con las manos y sin que su lengua pudiese apenas pronunciar una sílaba. Su amiguito, el otro niño, le abrumaba a preguntas. ¿Es que había visto al genio sirviente? ¿Le había pedido la varita? Nuestro amigo no le respondía sino temblón y convulso, castañeteándole los dientes, y llegó a asustar a su compañero. Al

cabo, algo más sosegado, comenzó a contarle con palabras entrecortadas y trémula la voz:

—La tierra ha dado vueltas, y casi me caí. La pared se rajó y oí una voz que llenó todos los rincones del cuarto. Entonces perdí el sentido, y, al despertarme, salí escapado.

El amiguito, al oír estas cosas, se llenó de contento y de admiración por su camarada.

—Cálmate —le decía—. Es que te ha entrado miedo y el terror no te ha dejado seguir. Busquemos ahora en el libro algo que te proteja y te dé ánimos para resistir la presencia del genio sirviente y pedirle lo que quieras.

Y volvieron a rebuscar en el libro, hasta que por fin toparon con que el que se encierra debía rezar dos prosternaciones antes de sentarse delante del fuego y repetir el nombre divino.

Al día siguiente el niño lo hizo así, y luego empezó a echar perfume en las brasas y a repetir la invocación: «¡Oh Amable!», esperando que la tierra diese vueltas, que la pared se rajase y que el genio sirviente compareciera. Pero tampoco se produjo nada de esto. Esta vez, sin embargo, el niño salió tranquilo y sosegado, e informó a su amigo de que la tierra había girado, el muro se había hendido y el genio sirviente había comparecido y había escuchado su pretensión; pero que no había accedido a ella hasta tanto que el niño se acostumbrase bien a la soledad, a las oraciones continuadas y a quemar sahumerios invocando a Alá. Un mes entero le había fijado de plazo para acceder a sus deseos, y durante ese mes habría de hacer lo mismo a diario y por su orden, pues, de alterarse el orden, fuerza sería empezar de nuevo por otro mes completo. Su compañero, el otro niño, se tragó aquello, y todos los días porfiaba en que nuestro héroe se quedase a solas con el fuego y repitiese la plegaria. De esta forma, nuestro amigo empezó a explotar aquella debilidad de su camarada, y le imponía cuantas fatigas y trabajos se le ocurrieran, pues, si se negaba o se mostraba reacio, le amenazaba con no quedarse a solas con el fuego, ni rezar: *¡Oh Amable!*, ni pedir la varita, con todo lo cual le hacía al punto someterse.

Por otra parte, nuestro amiguito no se inclinaba por sí solo a la magia y al misticismo, sino que a ello iba ayudado, y cabalmente el que le incitaba era su padre. Al *cheij*, en efecto, no le faltaban cosas que pedir a Dios,

porque, teniendo muchos hijos, queriendo darles a todos enseñanzas y carrera, y siendo persona modesta, que no podía sufragar los gastos de tanta enseñanza, había de entramparse de cuando en cuando, y luego le costaba salir de las deudas. En ocasiones deseaba, pues, que le subiesen el sueldo, o ascender de categoría, o mudar su empleo; cosas todas que pedía a Dios mediante la oración ritual y las plegarias devotas o la invocación que hacen los irresolutos para salir con bien en un negocio. Uno de los medios de pedir que tenía en más era la «letanía de Ya-Sin», y solía encargarse que la recitara a su hijo, nuestro amiguito, porque era niño y además ciego, y estas dos circunstancias habían de hacerlo grato a Dios y acepto a sus ojos. ¿Cómo iba Dios a rechazar a un niño ciego, si le pedía algo al amparo de la recitación del Alcorán?

Este empleo práctico de la «letanía de Ya-Sin» tenía tres grados. Consistía el primero en que el peticionario, quedándose a solas, recitase por cuatro veces esta azora del Alcorán, formulase su petición y se fuera; el segundo en que, quedándose también a solas, la recitase siete veces, formulase su petición y se fuera, y el tercero en que, quedándose asimismo a solas, recitase la dicha azora cuarenta y una veces, sin dejar cada una de las veces de decir, tras de la recitación, la plegaria de Ya-Sin: «¡Oh partidarios del bien en la mejor de las religiones!», y, al terminar de todas las recitaciones, formulase su petición y se fuera. En este tercer grado el sahumero era de rigor. El *cheij* solía encargarse a su hijo la letanía menor para las cosas de poca monta; la intermedia para los negocios graves, y la mayor para los asuntos que afectaban a la vida misma de la familia. Así, para que uno de sus hijos entrase gratis en la escuela, bastaba la letanía menor; para pedir a Dios la manera de pagar una deuda de importancia se acudía a la mediana, y para solicitar un traslado de empleo, o que su sueldo aumentase una libra, y aun menos, se recurría a la mayor. El niño recibía, en cada caso, una recompensa distinta: por la menor, un pedazo de azúcar o de pastel; por la mediana, media piastra, y por la mayor, una entera. Muchísimas veces se quedó a solas para recitar la azora de Ya-Sin cuatro, siete, o cuarenta y una veces. Y lo grande era que lo pedido se conseguía siempre, con lo cual se afianzaba el convencimiento del *cheij* de que su hijo tenía *baraka*^[19] y era acepto a los ojos de Dios.

Pero esto de la magia y el sufismo no servía sólo para arreglar cuestiones materiales y para averiguar lo invisible, sino, aún más allá, para alejar las calamidades y preservar contra las desgracias. El niño aquel de entonces ha olvidado muchas cosas, pero nunca olvidará aquel terror que se apoderó de todos los habitantes de la ciudad y de las aldeas colindantes, cuando les llegó de El Cairo la noticia de que una estrella de rabo iba a aparecer a los pocos días en el cielo, y de que a las dos de la tarde iba a tocar con la punta de su cola la tierra, y ésta se convertiría en polvo que barrerían los vientos. Las mujeres y las gentes más bajas, o no se inquietaron, o se desazonaron apenas. Siempre que comentaban el futuro acontecimiento o que oían hablar de él, sentían un poco de miedo; pero a poco retornaban a su vida de trabajo habitual. Los que de veras se espantaron y atemorizaron fueron los alfaquíes, los «portadores del Alcorán» y los cofrades místicos y sus discípulos. A éstos apenas les cabía el corazón en el pecho y hablaban del asunto sin tregua. Sostenían unos que no sobrevendría la catástrofe, por ser ésta contraria a las sabidas condiciones del fin del mundo, ya que la tierra no perecerá hasta que aparezcan la Bestia, el Fuego y el Anticristo, y mientras no baje el Mesías a llenar de justicia la tierra, que antes se habrá llenado de iniquidad. Para otros, en cambio, la tal catástrofe se ajustaba a las predicciones del fin del mundo. Y no faltó quien afirmara que la catástrofe sobrevendría y que causaría algunas devastaciones en la tierra, pero sin acabar con toda ella.

No paraban de hablar del asunto en toda la jornada, y en cuanto oscurecía, rezada la oración de la puesta del sol, formaban corros en la mezquita o delante de las casas para repetir sin tregua las sagradas palabras (LIII, 58): «Próxima está la Inminente, y nadie sino Dios puede saber cuándo vendrá», y así hasta rezar la oración de prima noche. Pero ocurrió que los días pasaron y que llegó la hora fatal, sin que apareciera en el cielo ninguna estrella de rabo y sin que en la tierra hubiese devastación, ni poca ni mucha. Allí se dividieron las opiniones de los alfaquíes, de los «portadores del Alcorán» y de los cofrades místicos. «Ya decíamos nosotros —afirmaban victoriosos los teólogos, quienes sacaban su ciencia de los libros y procedían del Azhar— que esa catástrofe no podía sobrevenir mientras no se dieran las condiciones prefijadas para el fin del mundo, y

bien os invitamos a que no creyerais en los astrónomos». Pero los «portadores del Alcorán» respondían: «No es eso. La catástrofe estuvo a punto de ocurrir, y hubiera sucedido de no haberse Dios apiadado de los lactantes, de las embarazadas y de las alimañas, movido por las plegarias de los que rezaron y por las súplicas de los que humildemente le impetraron». Y los sufíes y los de la ciencia interior terciaban: «Tampoco es así. La catástrofe habría de cierto ocurrido si no hubiese mediado entre Dios y los hombres el gran “polo místico” de la época, que apartó esta prueba de las gentes, echando sobre sus hombros el fardo de sus iniquidades».

Quien me lee podrá decir: «Y lo que movía a las gentes a precaverse del viento terral, ¿era magia o mística?». Y yo no podría responder sino con los recuerdos del niño que era entonces. Los días anteriores a la fiesta de *Shamm al-nasim*^[20] eran extraordinarios. Un no sé qué de alegría y al par de temor, invadía los corazones de las mujeres, de los niños y de los «portadores del Alcorán». Desde que amanecía el viernes, se abalanzaban a la comida, sobre todo a los platos especiales que se guisaban en esa fecha, y el sábado se despepitaban por comer los huevos pintados de color. Los alfaquies hacían para ese día preparativos especiales. Empezaban por comprar hojas de papel blanco y satinado, que cortaban en pequeños y menudos trozos, en cada uno de los cuales escribían varias letras: «Alif, lam, mim, sad». Luego doblaban esos papelitos y se atiborraban con ellos los bolsillos. Llegado el sábado, recorrían las casas amigas repartiendo a sus moradores aquellos trocitos de papel, con la petición de que cada cual se tragase cuatro de ellos antes de ingerir ninguna comida ni bebida. Querían, en efecto, hacer creer a las gentes que el tragarse los papelitos alejaría de ellos las calamidades que trae consigo el viento terral, y en especial la oftalmía. Y las gentes se lo creían, y se tragaban los papelitos, dando a cambio al alfaquí un huevo colorado o amarillo. Sayyidna, por ejemplo, reunió muchas veces, ese día del «sábado de la luz», más de un centenar de huevos, y nuestro niño nunca supo qué es lo que hacía con ellos.

De otra parte, los preparativos de los alfaquies para este día no se limitaban a disponer dichos pedacitos de papel, sino que se extendían a algo más. Y es que compraban asimismo papel blanco y satinado, pero para

cortarlo esta vez en trozos largos y un tantico anchos, en los cuales escribían el inventario de la herencia del Profeta:

La herencia de Taha fue: dos rosarios, un Alcorán, un pincel de colirio, dos alfombrillas para rezar, un molino de mano y un bastón.

Y así seguían hasta que, al terminar con la herencia, añadían cierta plegaria que empezaba con unas palabras que los alfaquíes decían estar en siríaco: «Dunbud danbi, kara karandi, sara sarandi, sabar sabar batuna, ligad al genio que está lejos para que no venga a nosotros, y al que está cerca para que no nos haga mal, etc.». Luego doblaban estos papeles, como si fuesen exorcismos y amuletos, y los repartían por las casas a las mujeres y a los niños, exigiendo a cambio monedillas de plata, pan, galletas o dulces, porque hacían creer a las gentes que el llevarlos les precavería del mal de los demonios que traen los vientos terrales.

Y, en efecto, las mujeres solían tomar, muy confiadas, los tales conjuros; pero el día de *Shamm al-nasim* tal precaución no les impedía adoptar otras para guardarse de los *'ifrīts*, y así partían por medio cebollas para colgarlas a las puertas de las casas, o sólo comían ese día habas en flor, sin ninguna otra cosa.

XVII La salmodia del Alcorán

La voluntad de Dios fue de afligir con su discípulo a Sayyidna más de la cuenta. No bastaban aquellos disgustos que surgían de cuando en cuando, siempre que el *cheij* examinaba al niño, ni los continuos conflictos que venían de la obstinación del mozuelo en aprender la *Alfiyya* y otros textos; obstinación que hizo al niño cargante e insolente, por creerse superior a sus camaradas y a su maestro, por tenerse a sí mismo en opinión de sabio, y porque desobedecía las órdenes del fámulo. No; no bastó todo esto, sino que vino otra calamidad, que en verdad no esperaba el buen hombre, y que resultó peor que todas las anteriores, porque le hirió en su mismo prestigio profesional. Voy a contar lo ocurrido.

Cierto día cayó en la ciudad un individuo de El Cairo, como inspector de los caminos rurales; hombre de mediana edad, que llevaba turbán, hablaba francés y se decía diplomado de la Escuela de Artes y Oficios. Como era divertido y simpático, no pasó tiempo sin que las gentes le cobrasen afición y le convidasen a sus casas y tertulias, ni sin que trabara relación afectuosa con el padre del niño. Dicho individuo se había concertado con Sayyidna para que éste recitase todos los días en su casa una azora del Alcorán, señalándole un sueldo de diez piastras al mes, que era el más alto que pagaban los ricachos. Sayyidna lo amaba y lo colmaba de elogios.

Pero he aquí que llegó el mes de ramadán, y que por las noches las gentes empezaron a reunirse en casa de un acomodado vecino de la ciudad dedicado al comercio, el cual contrató a Sayyidna para que durante todo el mes recitase el Alcorán en su domicilio. Nuestro amiguito era el que acompañaba a Sayyidna y el que, de vez en cuando, para darle algún

reposo, le sustituía en recitar una azora, o a veces parte. Un día en que recitó, lo oyó el inspector, que dijo a su padre:

—A tu hijo le conviene muchísimo aprender a cantar bien el Alcorán.

—Ya lo aprenderá, cuando vaya a El Cairo con uno de los jeques del Azhar —le contestó el padre.

Pero él insistió:

—Yo puedo enseñarle a cantar bien el Alcorán, según el método de Hafs, y así, cuando vaya al Azhar, ya poseerá los fundamentos de la disciplina^[21], y le será más fácil completar el estudio de los siete métodos, o de los diez, o de los catorce.

—Pero ¿tú eres uno de los «portadores del Alcorán»? —le atajó el padre.

—Y de los buenos —respondió el inspector—. De no andar tan ocupado, yo podría enseñar a tu hijo a recitar bien el Alcorán, con todas sus variantes. En cualquier caso, quiero dedicarle una hora por día para enseñarle el método de Hafs e iniciarle en los fundamentos del arte, dándole una buena preparación para entrar en el Azhar.

Y como los circunstantes se preguntasen cómo era posible que un hombre que llevaba tarbús y hablaba francés pudiese saberse de memoria el Alcorán, e incluso en las siete lecturas, el inspector explicó:

—Yo también he sido azharista y avancé no poco en el estudio de las ciencias religiosas. Lo que ocurre es que me pasé a las escuelas e hice mi carrera en la de Artes y Oficios.

—Pues recítanos algo —le dijeron.

Y el buen hombre se descalzó, se sentó a la moriega y les canto la azora de Hud como jamás la habían oído. No hay que decir la admiración que produjo y el respeto que se ganó, como tampoco la tristeza y la cólera que se apoderaron de Sayyidna, que pasó el resto de aquella noche como herido por el rayo.

A la mañana siguiente, el *cheij* mandó a su hijo que fuese todos los días a casa del inspector, lo cual produjo en el niño una gran alegría. No paraba de repetírselo a sus compañeros en la escuela, ni de contárselo a los niños. Y no hay que decir el poso de tristeza que estas conversaciones dejaban en

el ánimo de Sayyidna. Llegó a reprender al niño y a prohibirle que ni una sola vez mentase el nombre del inspector en la escuela.

Por su parte el niño fue, en efecto, a casa del inspector y continuó yendo por bastante tiempo. El inspector le explicó la *Tuhfat al-atfal* y le explanó los fundamentos de la ciencia de la lectura del Alcorán, enseñándole las prolongaciones de la voz, las nasalizaciones, las sordinas, las contracciones y cuanto con todo esto se relaciona. Y al niño le gustaba esta nueva ciencia. De ella hablaba con sus camaradas en la escuela, explicándoles cómo Sayyidna fallaba en las cadencias y marraba las nasalizaciones, y cómo no sabía distinguir las diferentes clases de cadencias. De todas estas opiniones llegaban a Sayyidna los ecos, que le apesadumbraban, le afligían y hasta en ocasiones le sacaban de sus casillas.

El niño volvió a empezar de nuevo el estudio del Alcorán con el inspector, que le enseñaba los lugares en que hay que hacer pausa o, al revés, enlazar las palabras, y hasta llegó a imitarle en la salmodia y a remedar su melodía. Por este mismo sistema principió también a recitar en la escuela, y, cuando su padre le examinaba, al oírlo salmodiar con el nuevo estilo, se quedaba arrobado y absorto, mientras colmaba de alabanzas al inspector, alabanzas que eran la cosa del mundo que más sacaba a Sayyidna de quicio.

Un año entero fue el niño a aquella casa para estudiar el Alcorán con el inspector, y así llegó a dominar la recitación solemne, conforme a la tradición de Hafs, y estaba a pique de empezar la de Warish cuando ocurrieron ciertos sucesos y tuvo que salir para El Cairo.

Y, ¿es que al niño le gustaba frecuentar aquella casa porque admiraba al inspector, y porque deseaba saberse a fondo el Alcorán y leerlo como es debido, y aun para hacer rabiar a Sayyidna y presumir entre sus compañeros? Así fue, en efecto, durante los dos primeros meses de aquel año; pero, pasados esos dos meses, hubo otra cosa que le atraía a la casa del inspector y se la hacía amable.

El inspector que, como se ha dicho, era de mediana edad e iba a cumplir los cuarenta años, si es que no los tenía ya cumplidos, se había casado con una muchacha de menos de dieciséis. No tenían hijos. En aquel caserón no vivía más que el matrimonio, con una abuela de la muchacha de más de

cincuenta años. Cuando el niño empezó a frecuentar la casa, iba y venía sin que nadie más que el inspector le hiciese caso. Pero, al menudear las visitas, la muchacha acabó por hablarle y le preguntaba por él, por su madre, por sus hermanos y por su casa. El niño le contestaba con vergüenza en un principio, luego con simpatía y a lo último con aplomo. Así acabó por establecerse entre la muchacha y el niño un afecto espontáneo que era tan dulce para el niño y placentero a su corazón como odioso para la vieja. En cuanto al inspector, lo ignoraba en absoluto.

El niño empezó a ir a casa del inspector antes de la hora, para pasar un rato, o al menos algunos momentos, de conversación con la muchacha. Ésta, que lo estaba esperando, se lo llevaba a su cuarto, donde se sentaba, lo hacía sentar y charlaban. Y la conversación acabó por ser juego; un juego como el de los niños, ni menos ni más, pero delicioso. Nuestro amiguito se lo contó todo a su madre, que se rió y se compadeció de la muchacha, diciéndole a la hermana del niño:

—Claro, una chica casada con ese viejo, sin conocer a nadie y sin que nadie la conozca, tiene que aburrirse y sentir ganas de divertirse y de jugar.

A partir de ese día, la madre del niño se las arregló para conocer a la muchacha, y la invitaba a venir a casa y a menudear las visitas.

XVIII Apariciones de la muerte

A sí iban pasando los días del niño entre la casa, la escuela, el tribunal, la mezquita, la casa del inspector, los corros de los ulemas y las ceremonias místicas. Unos días ni dulces ni amargos del todo, porque eran a ratos dulces y a veces acedos; unos días que transcurrían lánguidos y mortecinos. Pero llegó un día en el que nuestro niño conoció de veras lo que es el dolor, y en que se dio cuenta de que, al lado de ese dolor, no eran nada las otras contrariedades que hasta entonces sintió y que le habían hecho aborrecer la vida. Se dio cuenta de que el Destino puede atormentar y afligir a los hombres y, al mismo tiempo, hacerles la vida tan deseable como de poco precio.

Tenía nuestro niño una hermanita, la más chica de toda la familia, con apenas cuatro años, lista, alegre, parlanchina, de dulce hablar y desatada fantasía, que era la distracción de toda la casa. A veces se quedaba sola horas enteras jugando: se sentaba frente a la pared y le hablaba remedando lo que su madre decía a las visitas. Cualquier juego en que ella tomara parte cobraba bríos y se impregnaba de su infantil personalidad. Este juguete se convertía en una mujer; ése, en un hombre; el otro, en un muchacho; el de más allá, en una muchacha, y la criatura iba y venía entre todos aquellos personajes, ligándolos mediante conversaciones, que unas veces eran ligeras y de broma; otras, coléricas y agrias, y otras, en fin, sosegadas y tranquilas. Toda la familia hallaba grande placer en escuchar aquellas historias y contemplar aquellos juegos, si bien lo hacían de hurto, sin que la niña viese, oyese o sintiera que nadie la estaba observando.

Cierto año se acercaba la Fiesta de los Sacrificios^[22]. La madre empezó a adoptar las medidas indispensables, como arreglar la casa y amasar el pan

y las diversas clases de bollos, y los hermanos también iniciaron sus preparativos: los mayores iban unas veces al sastre y otras al zapatero, mientras los pequeños se divertían con aquella animación inopinada. Nuestro amiguito contemplaba a unos y a otros con una cierta filosofía que se había hecho en él habitual, porque ni necesitaba ir al sastre ni al zapatero, ni sentía afición a divertirse con aquellos desusados ajetreos. Se quedaba más bien a solas, para vivir en un mundo de fantasías que se formaba con los cuentos y los libros diversos que se hacía leer cada vez con avidez más pronunciada.

Y cuando la fiesta se acercaba aquel año, la niña amaneció un día con un no sé qué de apatía y de languidez. Nadie le hizo apenas caso, porque los niños de las aldeas y de las ciudades de provincia se hallaban, en cierto modo, expuestos al abandono, sobre todo, cuando la familia es numerosa y la dueña de la casa anda muy afanada. En esos medios, las mujeres tienen una especie de filosofía dañina y una especie de ciencia más dañina aún. Si el niño se queja, la madre no suele hacerle caso, porque, ¿qué niño no se queja? Total, un día y una noche, y al día siguiente amanecerá bueno. Y si la madre le hace caso, es para despreciar al médico o no saber que existe, y acudir, en cambio, a esa especie de ciencia criminal, que es la de las mujeres y congéneres. De esta manera fue como nuestro niño se quedó ciego, pues, habiendo cogido una oftalmía, lo tuvieron por varios días abandonado, para llamar luego al barbero, quien le aplicó una medicina que acabó con sus ojos. Y de esta manera también fue como aquella niña perdió la vida.

La criatura, en efecto, anduvo malucha, desanimada, febril, un día y otro y otro. Tumbada sobre su cama, en uno de los rincones de la casa, sólo de cuando en cuando iban a verla su madre o su hermana, para llevarle un poco de alimento, que Dios sabe si le hacía bien o mal. Por lo demás, la casa se hallaba en revuelo continuo; de una parte, se amasaba el pan y los bollos; de otra parte, había que hacer la limpieza de la galería y de la sala; los niños alborotaban y jugaban; los mozos se cuidaban de sus trajes y de su calzado, y el *cheij* iba y venía a sus asuntos, y al fin de la jornada o en la prima noche hacía tertulia con sus amigos.

Pero, a media tarde del cuarto día de enfermedad, todo aquello se paró bruscamente, y la madre del niño comprendió que un terrible espectro se cernía sobre aquella casa, en la que hasta entonces jamás había entrado la muerte y en la que aquella madre cariñosa nunca había sentido la quemadura del verdadero dolor. Sí; estando la madre en sus faenas, al oír que la niña daba un grito doloroso, dejó todo y corrió a su lado. Pero los gritos seguían e iban en aumento, y también las hermanas hubieron de dejarlo todo y acudir. Y los gritos continuaban y crecían; como la niña se revolvía y se agitaba en brazos de su madre, hubo el padre de dejar a sus amigos y acercarse. Y los gritos no cesaban sino que iban a más, y a la niña le entró un temblor horrible y se le contrajo la carita, bañada en sudor, hasta el punto de que los niños y mozallones interrumpieron sus charlas y sus juegos para ir a ver lo que pasaba. Pero los gritos eran cada vez más desgarradores. Toda aquella familia estaba muda y consternada, rodeando a la niña y sin saber qué hacer. Y aquello duró una hora y otra. El *cheij*, acometido de ese desánimo que se apodera de los hombres en situaciones así, acabó por alejarse mascullando oraciones y aleyas del Alcorán, para implorar la ayuda divina. Los mozos y los niños se fueron escabullendo en silencio, y, sin olvidar aun del todo los juegos y las charlas que tenían, pero sin osar reanudarlos, erraban como almas en pena por la casa. Sólo la madre, sentada en silencio, miraba a su hija y le daba a beber no sé qué potingue. Pero los gritos seguían y crecían, y la agitación continuaba y se agravaba.

Nunca hubiese sospechado que en una criatura que aún no había cumplido cuatro años pudiera haber tal resistencia. Llegada la hora de comer, las hermanas mayores pusieron la mesa, a la que vinieron a sentarse el *cheij* y sus hijos; pero como los gritos de la niña seguían, nadie acercó su mano a la cena, todos se dispersaron y la mesa fue levantada intacta. Y la niña continuaba gritando y removiéndose. La madre la miraba unas veces, y otras levantaba las manos al cielo, con la cabeza destapada, cosa que nunca solía hacer; pero las puertas del cielo se hallaban atrancadas ese día y el Destino se había ya adelantado con lo inevitable. El *cheij* seguía recitando su Alcorán, y la madre implorando la asistencia divina; en lo que nadie de todas aquellas gentes pensó —¡cosa extraña!— fue en el médico. Al

avanzar la noche los gritos de la niña fueron disminuyendo, la voz apagándose, la agitación cediendo. La infortunada madre se hizo la ilusión de que Dios les había escuchado, a ella y a su marido, y de que la crisis comenzaba a resolverse. Y era verdad que la crisis empezaba a resolverse, porque Dios había sentido por aquella criatura una piedad que se manifestaba en el ahogarse de su voz y en el cesar de su agitación. La madre miraba a su hija, imaginándose que iba a dormirse; pero al volver a mirarla, vio que se había calmado del todo, que ya no tenía voz ni se movía, y que no le quedaba sino una respiración ligera, ligerísima, que a intervalos rozaba sus labios apenas entreabiertos. Y, a poco, aquel soplo también cesó. La criatura había muerto.

¿Qué enfermedad fue la suya? ¿Cómo esta enfermedad se la llevó? Sólo Dios lo sabe.

Y entonces se elevaron otros gritos y se produjo otra agitación, que, tanto unos como otra, fueron también continuos y en aumento, pero que ya no eran los de la niña, sino los de aquella madre que había visto la muerte y había sentido cómo perdía a aquel fruto de sus entrañas. Los mozañones y los niños corrieron a donde estaba, y antes que ellos el *cheij*. Llena de angustia y de sufrimiento, la pobre madre pronunciaba palabras inconexas con una voz entrecortada por el llanto, y se abofeteaba las mejillas con incesante violencia, mientras su marido, allí delante, no decía ni hacía nada, sino llorar a mares. Al oír los gritos, las vecinas y vecinos acudieron presurosos. El *cheij* se apartó con los hombres, a recibir sus pésames con resignada firmeza.

Los mozañones y los chiquillos se desparramaron por la casa: algunos, más duros de corazón, se durmieron; otros, más sensibles, velaron. La madre, llena de dolor y de angustia, siguió frente al cadáver exánime de su hija, dando alaridos fúnebres, arañándose el rostro, golpeándose el pecho, rodeada de sus hijas y de las vecinas, que imitaban sus gestos y también vociferaban, se arañaban y se golpeaban. Así pasaron toda la noche.

Pero ningún momento fue mas terrible que aquel en que unos hombres vinieron para llevarse a la niña al sitio de que jamás se vuelve. Era el día mismo de la Fiesta de los Sacrificios.

Estaba la casa dispuesta para la solemnidad y las reses prontas para ser inmoladas; pero nadie pensó en fiestas ni en víctimas. ¡Qué momento terrible aquel cuando el *cheij* volvió a casa, a mediodía, tras de haber escondido a su hija bajo tierra!

Desde aquel día, el luto no desanudó los lazos que lo unían a aquella familia. A los pocos meses, perdió el *cheij* a su anciano padre, y otros cuantos después la madre del niño perdió asimismo a su madre cargada de años. Era un duelo constante y una serie de dolores, vivos unos, otros sordos, que se sucedían sin tregua. Y, para postre, aun vino el día horrible, como el cual no conoció otro la familia; el que marcó sus vidas con un imborrable sello de tristeza; aquel en que encanecieron a la vez los padres; aquel que condenó a la madre a vestir de negro hasta el fin de sus días, a no conocer más el sabor de la alegría, a no reír nunca sino para llorar tras de la risa, a no dormir sin haber derramado unas lágrimas y a no despertarse sin verter otras, a no catar frutas sin dar de ellas a los pobres y a los niños, a no sonreír en fiesta ninguna, y a no recibir una jornada feliz sino con aborrecimiento y a la fuerza.

Era el 21 de agosto de 1902. Aquel año el verano fue abominable. Una epidemia de cólera cayó sobre Egipto y se cebó ferozmente en sus habitantes, dejando desiertas aldeas y ciudades y haciendo desaparecer familias enteras. Sayyidna fabricó más talismanes y más copias de la herencia del Profeta que nunca. Se cerraron colegios y escuelas alcoránicas. Los médicos y las misiones del departamento de Sanidad Pública recorrían el país con medicamentos y tiendas de campaña en que aislaban a los apestados. El terror llenaba los espíritus y cohibía los corazones. A la gente se le daba un ardite de sus vidas. Cada familia hablaba de lo que pasaba en la vecina, esperando que le llegara su turno en la desgracia. Y la madre del niño vivía en perpetua zozobra, preguntándose mil veces por día sobre cuál caería el azote de entre sus hijos.

Uno tenía, de dieciocho años, guapo y de buena figura, atractivo, listo, el más apuesto y despierto de la familia, el de más tierno corazón, el de mejor carácter, el más cariñoso con su madre, el más respetuoso con su padre y el más dulce con sus hermanitos pequeños. Siempre andaba alegre. Acababa de obtener el grado de Bachiller y se iba a matricular en la escuela

de Medicina. Estaba aguardando que concluyera el verano para ir a El Cairo. Al estallar la epidemia se agregó al médico de la ciudad y empezó a acompañarle, diciendo que así haría prácticas en su futura profesión. Al terminar el día 20 de agosto, volvió a casa, sonriente como de ordinario, acarició a su madre, bromeando con ella para calmar su inquietud, y le dijo:

—Hoy no se han dado en la ciudad más que veinte casos, y parece que la epidemia empieza a ceder.

Aunque quejándose de un cierto malestar, salió luego a ver a su padre, y se sentó con él, como de costumbre, para hablar un rato, y aun se fue luego a estar con sus amigos, donde solían reunirse todos los días, a orillas de la acequia Ibrahimiyya. Volvió a prima noche, y todavía pasó un rato jugando y bromeando con sus hermanos. Sostuvo ante toda la familia que comer ajos precavía del cólera, y, así, los comió, y sus hermanos mayores y pequeños le imitaron. Quiso también convencer a sus padres que hicieran lo mismo, pero no pudo conseguirlo.

A media noche, cuando la casa estaba en silencio y dormían todos sus habitantes, grandes, chicos y animales, un ruido extraño desgarró aquella sosegada calma y todo el mundo se puso en pie. El *cheij* y su mujer recorrían el ancho zaguán destechado llamando a su hijo; los chicos mayores de la casa saltaban de sus camas para acudir a toda prisa al sitio del ruido, y los pequeños se sentaban en sus colchones, restregándose los ojos, intentando explicarse, no sin cierta desazón, qué ruido era aquél y a qué obedecía tan extraño alboroto. Y el origen de todo eran las arcadas de aquel muchacho para vomitar. Una o dos horas había estado saliendo de puntillas de su cuarto para vomitar en el retrete, procurando no despertar a nadie; pero al llegar el mal a su punto culminante no fue ya dueño de sí, ni pudo vomitar con sordina, y entonces fue cuando sus padres oyeron aquellas ansias que les espantaron, así como a toda la familia. Ya estaba apestado el muchacho y la epidemia había hallado el camino para entrar en la casa; ya sabía la madre sobre cuál de sus hijos iba a caer el azote.

Aquella noche el *cheij* se hizo digno de verdadera admiración. Resignado y firme, aunque terriblemente asustado, supo conservar su sangre fría, y, si bien había en su voz algo que delataba que tenía desgarrado el corazón, se mantuvo sereno y presto a afrontar la desgracia. Metió al hijo

en su propia habitación, ordenó que ninguno de los hermanos del apestado entrase a verlo, salió rápido a llamar a dos vecinos y al poco tiempo volvió con el médico. La madre, entretanto, aterrorizada, pero al par firme también y piadosa, cuidaba del hijo. En el descanso entre vómito y vómito, salía al zaguán y, levantando brazos y rostro al cielo, se engolfaba en súplicas y oraciones; pero, apenas oía las nuevas arcadas, corría al lado del hijo enfermo, y, apoyándolo en su pecho, le sujetaba la cabeza con las manos, sin dejar las invocaciones y plegarias. No pudo conseguir que los niños y los mayores se aislasen del enfermo. Todos llenaron la alcoba, rodeándolo en silencio, y él, cuando le dejaban las náuseas, chanceaba con su madre y jugaba con sus hermanitos. Llegado, por fin, el médico, recetó y ordenó lo que había de hacerse, y se fue diciendo que volvería por la mañana. La madre no abandonó la alcoba del hijo, y el *cheij* se sentó muy cerca, meditabundo, sin orar, ni rezar, ni contestar a nadie de los que le hablaban.

No tardó en venir el alba. El muchacho empezó a quejarse de un dolor en las piernas, y las hermanas vinieron a darle friegas. Él seguía quejándose a gritos unas veces, y otras ocultaba su dolor. Los vómitos le destrozaban y al mismo tiempo arrancaban el corazón de sus padres.

Toda la familia pasó la mañana aquella como ninguna otra: una mañana silenciosa, oscura, llena de algo terrible y amenazador. Fuera de la casa se agolpaban los hombres venidos a consolar al *cheij*; dentro, se agolpaban también las mujeres venidas a consolar a la madre; pero ni el *cheij* ni su mujer se ocupaban de sus respectivos visitantes. El médico volvía a cada rato. El enfermo había pedido que se avisase por telégrafo a su hermano el azharista de El Cairo y a su tío que estaba en la parte norte de la provincia, y de vez en cuando pedía el reloj, como deseando que fuera de prisa y temiendo morir sin haber vuelto a ver a su hermano mozo ni a su viejo tío.

¡Hora terrible aquella de las tres de la tarde del jueves 21 de agosto de 1902! El médico había salido desesperanzado de la alcoba, y hasta había confiado en secreto a dos de los amigos más íntimos del *cheij* que el muchacho estaba en las últimas. Los dos amigos entraron entonces en la alcoba a ver al enfermo, que estaba con su madre, la cual en ese día mostró por primera vez en su vida su cara destapada a unos hombres ajenos. El

enfermo se retorció en el lecho: tan pronto se incorporaba, como se tumbaba, o se sentaba, o pedía el reloj, o trataba de vomitar. La madre callaba. Los dos hombres le prodigaban consuelos, y él respondía:

—Yo no soy mejor que el Profeta y, ¿acaso el Profeta no murió?

También llamaba a su padre para consolarle; pero el *cheij* no contestaba. Y seguía incorporándose y sentándose y tumbándose en la cama, a veces, y otras, fuera de la cama. Nuestro amiguito estaba también allí, acurrucado en un rincón de la alcoba, callado, triste, absorto, sintiendo que la pena le destrozaba el corazón.

Y, al cabo, el enfermo se tumbó en la cama, incapaz de todo movimiento, lanzando unos ayes que se debilitaban a veces y que se iban apagando poco a poco. Todo lo olvidará nuestro niño antes de olvidar aquel último ¡ay!, suave, tenue, larguísimo, que salió de la boca del muchacho y al que siguió el silencio. En ese instante la madre se levantó, perdida la paciencia, quebrantada la firmeza, y aun no estaba del todo en pie cuando se desmayó o poco menos. Los dos hombres la sujetaron, y ella, dominándose, salió de la alcoba, callada, esforzándose por parecer serena, hasta que, al atravesar la puerta, lanzó de su pecho un lamento que, aún ahora, siempre que lo recuerda el niño, le lacera el corazón. El enfermo se agitó un momento y le recorrió el cuerpo un temblor al que siguió la mudez de la muerte. Aquellos dos hombres lo prepararon, lo vendaron y, tras de cubrirle la cara con un pañuelo, salieron en busca del *cheij*; pero, acordándose uno de ellos que nuestro niño estaba acurrucado en un rincón de la alcoba, volvió a por él, lo sacó a rastras, sin que él se diera cuenta, y, al llegar adonde estaban las visitas, lo dejó allí en el suelo, como una cosa. En una hora o menos estuvo el cadáver listo para el entierro, y unos hombres lo tomaron a hombros. Y, ¡lo que es el Destino!: todavía no habían llegado a la puerta de la casa cuando la primera persona que tropezó con el fêretro fue aquel anciano tío que el muchacho quería ver, pidiendo a la muerte unos minutos de espera.

Desde aquel día una profunda tristeza se enseñoreó de la casa, en la que dar muestras de regocijo o de contento, por cualquiera cosa que fuese, era algo que todos, grandes y chicos, debían evitar. El *cheij* no volvió jamás a sentarse a almorzar ni cenar sin recordar a su hijo y llorarle unos momentos,

ayudado en los sollozos por su mujer, mientras en derredor los hijos y las hijas, tras de intentar en vano consolarles, acababan todos por romper en lágrimas. Y desde aquel día la familia tomó la costumbre de cruzar el Nilo para ir de cuando en cuando a la mansión de los muertos, siendo así que antes censuraban a quienes hacían estas visitas fúnebres.

También desde aquel día la psicología de nuestro niño cambió por completo. Entonces conoció de veras a Dios y ansió acercarse a Él por todos los medios: bien por la limosna, bien por la oración, bien por la recitación del Alcorán. Y Dios sabe que a ello no le movía temor, ni desazón, ni el deseo de vivir, sino que, sabiendo que el di funto, educado en las escuelas civiles, no era muy puntual en el cumplimiento de sus deberes religiosos, quería con esas prácticas piadosas descargar a su hermano de algunos pecados. Como había muerto a los dieciocho años, y el niño tenía oído a sus maestros que la oración y el ayuno obligan al hombre desde los quince, calculó para sus adentros que su hermano era deudor para con Dios de la oración y el ayuno de tres años enteros, y, en consecuencia, se obligó a rezar las cinco oraciones todos los días dos veces, una por sí y otra por su hermano; a ayunar al año dos meses, uno por él y otro por el muerto, y a ocultar aquello a toda su familia, dejándolo como un convenio particular entre Dios y él, así como a dar a un pobre o a un huérfano parte de toda comida o fruta que caía en sus manos, antes de tomar él la otra parte. Y Dios es testigo de que el niño cumplió lealmente su pacto durante muchos meses, y que no alteró esta regla de vida sino cuando salió para el Azhar.

A partir de ese día supo de veras nuestro niño lo que es el insomnio. ¡Cuántas veces pasó entera la noche en vela, pensando en su hermano, o recitando mil veces la azora de la Devoción, aplicándosela a su hermano, o componiendo, a la manera de las poesías que le leían en los libros de cuentos, unos versos en los que hablaba de su dolor y su tristeza por la pérdida de su hermano, con buen cuidado de no rematar nunca un poema sin orar, al final, por el Profeta, para aplicar asimismo a su hermano el mérito de la tal oración! Sí; a partir de ese día conoció el niño las terribles pesadillas, porque no había noche en que no se le representase la enfermedad de su hermano. Y así siguió durante años. Sólo cuando avanzó en edad, y el Azhar ejerció en él su influencia, aquella enfermedad volvía

sólo a su imaginación de vez en cuando. Pero aunque se hizo muchacho y luego hombre, y aunque la vida ha dado con él muchas vueltas, siempre ha guardado a su hermano la misma fidelidad, y todavía hoy lo recuerda, y aún lo ve en sueños por lo menos una vez a la semana.

Las hermanas y hermanos acabaron por consolarse de la muerte de aquel muchacho; muchos de sus amigos y camaradas lo olvidaron; su recuerdo no visitó, sino rara vez, a su padre, el *cheij*. Sólo hubo dos personas que lo recordaron y habían de recordarlo siempre en las primeras horas de todas las noches: su madre y nuestro niño.

XIX El viaje a El Cairo

Esta vez sí que irás a El Cairo con tu hermano, vivirás junto al Azhar y te dedicarás a «la ciencia». Yo espero vivir aún lo bastante para ver a tu hermano cadí, y a ti ulema del Azhar, que te sentarás apoyado en una de sus columnas, en medio de un gran corro que no podrá abarcar la vista.

Así habló el *cheij* a su hijo al final de la jornada, un día de otoño del año 1902. Y el niño lo oyó, sin creerlo del todo ni dejarlo de creer, porque prefirió dejar al tiempo el cuidado de confirmar o desmentir tal anuncio, ya que habían sido muchas las veces en que su padre le había dicha otro tanto, y en que su hermano el azharista le había hecho la misma promesa, y luego el azharista se iba solo a El Cairo, dejando al niño debatirse entre la casa, la escuela, el Tribunal y las tertulias de alfaquíes. Sin embargo, el niño no comprendió nunca por qué este año presintió que se cumpliría la promesa paterna.

Un buen día le dijeron que, al cabo de muy pocos, emprendería el viaje. Y un jueves llegó en que el niño se encontró de veras preparándose para ello, y hasta se vio en la estación, cuando todavía el sol no había salido. Sí; se ve sentado en el suelo con las piernas cruzadas, cabizbajo, triste y afligido, oyendo a su hermano mayor que le reprendía tiernamente:

—No bajes así la cabeza, ni pongas esa cara tan triste, que vas a preocupar a tu hermano.

Su padre también le daba ánimos con benevolencia:

—¿Qué te pasa? ¿Es que no eres ya un hombre? ¿No vas a poder separarte de tu madre? ¿Es que quieres seguir jugando? ¿No te basta lo mucho que has jugado?

Y bien sabe Dios que al niño no le entristecía separarse de su madre ni dejar de jugar, sino que se acordaba de aquel que dormía a la otra ribera del

Nilo y de las muchas veces que había pensado en que los acompañaría a los dos en El Cairo, como alumno de la Escuela de Medicina. Estos pensamientos eran los que le afligían; pero no dijo nada, ni declaró su pena, y hasta se esforzó por sonreír, aunque, si se hubiese dejado llevar de sus sentimientos, habría llorado y hecho llorar a su padre y a sus hermanos que le rodeaban.

Por fin arrancó el tren, las horas pasaron, y nuestro amiguito se vio en El Cairo entre un grupo de estudiantes venidos a saludar a su hermano y a comerse las cosas que les había traído. Y, acabado ese día y llegado el viernes, el niño se halló en el Azhar para la oración. Escuchó al predicador, un *cheij* de voz sonora y llena, que reforzaba mucho las kaes y las erres, pero que, fuera de eso, apenas se diferenciaba del predicador de la ciudad. El sermón fue asimismo como los que en la ciudad solía oír; el *hadith*, idéntico; la peroración, análoga, y la oración no fue ni más larga ni más corta que las de su pueblo.

El niño volvió a la casa, o, mejor dicho, a la habitación de su hermano, con un poco de desilusión.

—¿Qué opinas —le preguntó su hermano— de ponerte a estudiar la salmodia del Alcorán y las siete lecturas?

—No necesito nada de eso —le contestó—. La salmodia la domino y las lecturas no me hacen falta. ¿Acaso las has estudiado tú? Entonces, ¿no me bastará imitarte? Lo que yo necesito es «la ciencia». Quiero aprender Derecho, Gramática, Lógica y Teología.

—¡Despacito! —le atajó su hermano—. Por este año te bastará estudiar Derecho y Gramática.

Amaneció el sábado. El niño, que se había despertado con el alba, hizo sus abluciones y oró, y, cuando su hermano se levantó e hizo también lo mismo, le dijo:

—Vendrás conmigo a la mezquita Tal, en la que asistirás a un curso que no es para ti, sino para mí, y cuando se acabe la lección, iremos al Azhar, a que te busque, entre nuestros amigos, un *cheij* que te tome a su cargo y te enseñe los rudimentos de «la ciencia».

—Y, ¿de qué es esa lección a la que voy a asistir?

El hermano contestó riendo:

—De Derecho, en el libro de Ibn 'Abidin 'Alí al-Darr.

Se le llenaba la boca con todo aquello.

—Y, ¿quién es el maestro?

—El *cheij* Fulano.

El nombre de este *cheij* Fulano lo había oído el niño miles de veces. Su padre lo mentaba a menudo, ufanándose de haberlo conocido cuando era cadí de la provincia, y su madre también lo mentaba, recordando haber tratado a su mujer, una jovenzuela tonta y mal educada que se empeñaba en vestirse a la moda de la ciudad, cuando estas ropas no le iban en modo alguno. Siempre que el azharista volvía de El Cairo, su padre le preguntaba por el dicho *cheij*, por sus clases y por el número de sus discípulos, y el azharista le hablaba de él, de la posición que ocupaba en el Tribunal Supremo y del corro de sus clases en el que los alumnos se contaban por centenas. El padre insistía en que imitara las explicaciones del *cheij*, y, cuando el hijo se esforzaba por hacerlo, reía lleno de admiración y de contento.

—Y, ¿el *cheij* te conoce? —le preguntaba luego.

—¿Cómo no va a conocerme? —le respondía el muchacho—. Mis amigos y yo somos sus discípulos predilectos y favoritos. Asistimos a su curso general y luego a otro particular que nos da en su casa, y muy a menudo nos quedamos a almorzar para trabajar luego con él en las muchas obras que trae entre manos.

Y, a continuación, el muchacho se ponía a describir la casa del *cheij*, su sala de recibo y su biblioteca; todo lo cual oía el padre maravillado, para repetírselo a sus amigos, cuando salía a verlos, con algo de ufanía y de jactancia.

Como el niño conocía, pues, de nombre al *cheij*, se sintió muy feliz de figurar en su corro y de oírle. ¡Con qué placer se quitó las babuchas a la puerta de la mezquita, y caminó primero sobre la estera, luego sobre el mármol y, al fin, sobre la fina alfombra que cubría el suelo del templo! ¡Que delicia ocupar un puesto en el corro, sobre aquella alfombra, junto a una columna de mármol que tocó, admirado de lo liso y pulido de su superficie! Se puso entonces largamente a pensar en las palabras de su padre: «Espero vivir aún lo bastante para ver a tu hermano cadí y a ti ulema apoyado en una

columna del Azhar». Pero mientras, entre el extraño bullicio que hacían los discípulos, soñaba con estas cosas, deseando palpar las columnas del Azhar para ver si eran como las de esta mezquita, sintió de pronto que el rumor se sosegaba y luego cesó. Su hermano le dio con la mano y le dijo en voz baja:

—Ya está ahí el *cheij*.

Toda el alma del niño se agolpó entonces en sus orejas, y se puso a escuchar. Y, ¿qué oyó? Oyó una voz no muy alta, tranquila, reposada, impregnada de algo que no sé si era orgullo, o majestad, u otra cosa; pero algo extraño que al niño no le gustó. Durante unos minutos no le entendió ni una letra; pero, cuando sus oídos se acostumbraron a su voz y a la resonancia del local, sí que le oyó claramente y lo entendió, y luego me ha jurado que desde aquel día despreció «la ciencia».

—Si el marido le dice a la mujer —afirmaba, por ejemplo—: Quedas «repudiada», o quedas «repudiata», o quedas «repuziada», o quedas «repudia», el repudio tiene lugar, sin consideración, al cambio de expresión.

Cosas así las decía como cantando o salmodiando, con una voz un tanto áspera, pero con la intención de que resultase dulce, y cerrando cada frase con esta muletilla que repetía a lo largo de toda la lección:

—¿Comprendes, «chacho»?

El niño se preguntaba a sí mismo qué podría ser esta palabra «chacho», hasta que, al salir e interrogar a su hermano, soltó éste la carcajada y le explicó:

—«Chacho», en el lenguaje del *cheij*, quiere decir «muchacho».

De allí se fueron al Azhar, donde le presentó al maestro que durante un año completo le enseñó los rudimentos del Derecho y de la Gramática.

XX El autor habla a su hijita

Tú, hija mía, eres todavía ingenua. Tu corazón es cándido y tu alma inocente. Tienes nueve años, y a esa edad los niños admiran a sus padres y los toman por ideal de su vida, pues se sienten influidos por ellos en lo que dicen y en lo que hacen, e intentan parecerseles en todo, y se glorían de ellos cuando, entre juego y juego, hablan con sus amiguitos, y se les imagina que allá, en su infancia, sus padres eran también un ideal que les conviene tomar por ejemplo supremo y perfecto modelo. ¿No es así como digo? ¿No crees que tu padre es el mejor y más noble de los hombres, y que asimismo fue el mejor y el más amable de los niños? ¿No estás convencida de que vivía igual o mejor de como tú vives? ¿No desearías vivir tú ahora como él a los ocho años?

Y, sin embargo, tu padre hace cuanto está en su mano y se impone las fatigas que puede, y aún las que no puede, para evitarte que lleves la vida que él llevó en su niñez. Yo lo he conocido, hija mía, cuando se hallaba en aquellos momentos de su vida, y, si te hablara de lo que entonces era, te quitaría muchas ilusiones, marchitaría no pocas de tus esperanzas, y abriría en tu ingenuo corazón y en tu alma inocente una veta de tristeza que no debo abrir mientras te halles en esa deliciosa etapa de tu vida. No te diré, pues, ahora nada de cómo vivía tu padre en aquella época, ni te hablaré de nada de eso hasta que tengas unos pocos más años, que te permitan leer, comprender y juzgar. Sólo entonces podrás saber lo de veras que te quiere tu padre, lo de veras que se afana por tu felicidad, y cómo ha logrado, hasta cierto punto, evitarte lo que fueron sus propias infancia y adolescencia. Porque yo, hija mía, que he conocido a tu padre en aquella etapa de su vida, y que sé lo tierno y dulce de tu corazón, temo, si te cuento lo que sé de

cómo era entonces tu padre, que se apodere de ti la compasión, te llenes de piedad y rompas a llorar.

Me acuerdo que un día estabas sentada en las rodillas de tu padre, mientras éste te contaba la historia del Rey Edipo, es decir, de cómo salió de su palacio, después que le sacaron los ojos, sin saber andar, y de cómo acudió su hija Antígona a guiarle y servirle de lazarillo. Sé que ese día empezaste a escuchar la historia muy contenta; pero que tu color se fue demudando poco a poco, y tu lisa frentecita arrugándose, hasta que rompiste a llorar, te apegaste a tu padre, cubriéndole de besos, y tu madre tuvo que venir a separarte de sus brazos y no te dejó hasta que se te pasó la pena. Tu padre, tu madre y yo también comprendimos que llorabas por ver que, como el Rey Edipo, tu padre era ciego, no veía nada y no podía valerse sin un lazarillo; que llorabas por tu padre al mismo tiempo que por Edipo.

Por otra parte, también sé que hay en ti el mismo afán de todos los niños por jugar, la misma afición a divertirse y a reír, y hasta un poco de su crueldad. Y tengo miedo, hija mía, de que, si te cuento cómo vivía tu padre en algunas épocas de su adolescencia, acabes por reírte de él con divertida crueldad, cuando no me gusta que un niño se ría de su padre, ni que de él se burle cruelmente.

Yo he conocido a tu padre, sin embargo, en una fase de su vida de la cual puedo hablarte sin despertar tu tristeza ni moverte a diversión ni a risa.

Lo conocí cuando tenía trece años y lo enviaron a El Cairo para que recibiera en el Azhar lecciones de «ciencia». Era por entonces un niño serio y trabajador, delgadito, paliducho, mal vestido, más cerca de la pobreza que de la riqueza. Inspiraba cierto desprecio verlo vestido con una túnica sucia, tocado de un gorriño cuya blancura primitiva se había tornado sombrío negror, con una camisa que asomaba debajo de la túnica, manchada de mil colores por las muchas comidas que habían caído sobre ella, y con unas babuchas viejas y pieceadas; pero al mismo tiempo despertaba cierta tierna simpatía verlo ir al Azhar, aunque ciego y tan raído, con el rostro alegre y la sonrisa en la boca, andando de prisa con su lazarillo, sin quedarse rezagado ni vacilar en sus pasos, y sin que se manifestase en su rostro la tiniebla en que vivía, que de ordinario tanto ensombrece los rostros de los ciegos. El mismo desprecio y la misma tierna simpatía, mezclada de no poca

benevolencia, inspiraba también verlo en el corro de la clase, escuchando con unía su alma al maestro, sorbiéndose sus palabras, sonriente, sin dar señales de amargura, ni de fastidio, ni de querer jugar, aun cuando en torno suyo los demás niños jugaban o pugnaban por jugar.

Yo lo conocí, hija mía, por aquel entonces, y me gustaría mucho que tú también lo hubieras conocido, para que vieses la diferencia que hay entre tú y él. Aunque, ¿cómo podría ser eso teniendo tú nueve años y creyendo que la vida no es más que un placer inalterable?

Porque él, al día, y a la semana, y al mes y al año, no comía más que una sola cosa, un poco por la mañana y otro poco por la tarde, sin quejarse, ni aburrirse, ni hacerlo a la fuerza, y sin pensar siquiera que podría haberse quejado. Si tú, hija mía, hubieses tomado un solo día y nada más que un poquito de aquella cosa, tu madre se habría preocupado, te habría dado una purga y habría pensado al punto en llamar al médico.

Porque tu padre, a veces durante una semana y hasta durante un mes, no comía más que el pan del Azhar; ese pan del Azhar en que los pobres azharistas encontraban toda clase de pajas, toda suerte de chinasy toda especie de insectos. Y, en ocasiones, durante una semana, y hasta un mes, y hasta meses, no mojaba ese pan sino en miel negra. Tú no sabes lo que es la miel negra, y vale más que no lo sepas.

Así vivía tu padre, afanoso, sonriendo a la vida y a los estudios; lleno de privaciones, sin darse apenas cuenta de que las sufría. Y, terminado el curso, cuando volvía a casa de sus padres, y éstos le preguntaban cómo comía y cómo vivía, tenía que contarles mil embustes —como ahora se ha acostumbrado a contarte a ti historias—, pintándoles que llevaba una vida que era toda lujo y bienestar. No creas que mentía por el placer de mentir. Es que sentía piedad de aquellos viejos, y no le gustaba decirles las privaciones a que estaba sometido; piedad también de su hermano el azharista, y no le gustaba contar a sus padres que era incapaz de cederle ni siquiera un sorbito de leche.

Así vivía tu padre cuando tenía trece años. Y si ahora tú me preguntas cómo ha llegado a donde ahora está; cómo su aspecto es aceptable y ya no provoca desdén ni menosprecio; cómo puede darte a ti y a tu hermanito la agradable vida que lleváis; cómo ha podido despertar, en el ánimo de los

unos, envidias, rencores y odios, y, en el de los otros, satisfacción, afecto y estima; si me preguntas, en suma, cómo ha pasado de una a otra situación, no podría yo contestarte. Pero ahí tienes otra persona que sí puede darte la respuesta. Pregúntale y ella te dirá.

¿Es que no la conoces? Mírala. Es ese ángel de la guarda que se inclina sobre tu camita, por las noches, para que la sombra te reciba en calma y con un sueño delicioso, y, por las mañanas, para que el día te acoja con alegría y contento. ¿No debes a ese ángel la tranquilidad de tus noches y el encanto de tus días? Pues, hija mía, ese mismo ángel fue el que también se inclinó sobre tu padre, trocando su infortunio en dicha, su desesperación en esperanza, su pobreza en riqueza y su desgracia en serena felicidad. Como ves, la deuda de tu padre con ese ángel no es menor que la tuya. Ayudaos, hija mía, para intentar pagarla, aunque nunca lo conseguiréis sino en muy pequeña parte.

SEGUNDA PARTE: EL CAIRO Y EL AZHAR

I El caserón

Durante dos semanas, o más, vivió en El Cairo sin saber otra cosa sino que había dejado el campo para trasladarse a la capital, y que en ella habría de vivir por mucho tiempo, estudiando «la ciencia» y frecuentando las clases del Azhar. Por la imaginación, que no por la realidad, distinguía cada uno de los tres períodos en que se dividía su jornada.

Vivía en una casa rara cuyo ingreso era por un camino raro también. Para llegar a ella, a la vuelta del Azhar, había que torcer a mano derecha, y se entraba por una puerta, abierta de día, pero en la que, acabada la oración de prima noche, sólo se abría un estrecho postigo. Cruzada la puerta, solía sentir como un calorcillo ligero, que le daba en la mejilla derecha, así como un humo no muy espeso que le cosquilleaba en las narices. Por la izquierda oía, al mismo tiempo, un ruido raro que, al entrarle por los oídos, despertaba en su alma un no sé qué de extrañeza. Por muchos días, al volver del Azhar mañana y tarde, oyó aquel ruido, sin saber qué era, y sintiendo vergüenza de preguntarlo; pero por algunas conversaciones acabó por comprender que era el burbujeo del narguile que fumaba uno de los comerciantes del barrio, al que se lo preparaba el dueño de un cafetucho vecino, que era de donde venían el calorcito y el humillo.

Avanzando unos pasos, tras de aquel portal húmedo y techado, en el que apenas podía afianzarse el pie por la mucha agua con que el del café solía regarlo, se salía a un pasadizo descubierto, pero estrecho y sucio, del que salían extraños y complicados olores, que apenas nuestro amiguito podía identificar; unos olores que, aunque odiosos, eran no muy fuertes al principio del día y al caer la noche, pero que entrado el día y en la fuerza del calor, eran violentísimos e insoportables.

Por aquel angosto pasadizo seguía adelante nuestro amigo. Pero rara vez podía ir derecho, y casi siempre su lazarillo lo desviaba a la derecha o a la izquierda para apartarlo de los desniveles que había acá o allá. Él trataba de orientarse, volviendo la cara hacia aquel muro, a la derecha, o hacia aquel otro, a la izquierda, hasta que, franqueado el obstáculo, volvía a coger el camino como lo empezó, siguiendo adelante con pasitos cortos y trémulos, mientras sus narices recogían aquellos olores asquerosos, y sus orejas recibían ruidos entrecruzados y ensordecedores, que bajaban de lo alto, y subían de lo bajo, y surgían a derecha e izquierda, mezclándose en el aire y como trabándose y juntándose sobre la cabeza del niño en una especie de ligera neblina, en que se superponían, colocándose unos sobre otros. No podían estos rumores ser más dispares. Unos eran chillidos de mujeres que reñían; otros, voces de hombres que se interpelaban con dureza o conversaban con sosiego; otros, ruido de fardos que se cargaban o se descargaban; más el pregón del azacán que cantaba voceando su agua; más la interjección del carretero que arreaba al burro o a la mula o al caballo; más el rechinar de las ruedas del carro; más, a veces, el rebuzno o el relincho que también desgarraban aquella nube de sonidos.

Nuestro amiguito caminaba a través de todo aquello con el espíritu distante, como si nada o muy poco le importase, hasta que, al llegar por aquel camino a cierto lugar, oía muchas conversaciones mezcladas que salían por una puerta abierta a su izquierda. Con ello sabía que, a uno o dos pasos, había de torcer a esa mano para coger la escalera que le llevaba a donde vivía. Era una escalera mediana, ni muy ancha ni muy angosta, con los escalones de piedra; pero tanto se había subido y bajado por ella, sin que nadie la barrera ni fregase, y tanto polvo se había en ella acumulado como capas superpuestas unas a otras, que la piedra había quedado bien oculta, y al que por ella subía o bajaba se le antojaba que era de terrizo.

Aunque el niño, siempre que subía o bajaba una escalera, tenía buen cuidado de contar los escalones, habitó en aquella casa y bajó y subió por aquella escalera cuanto Dios quiso, sin que jamás se le ocurriese contar los que tenía. Lo único que supo, desde que la empleó dos o más veces, es que, luego de subidos unos cuantos escalones, había de torcer un poco a mano izquierda, para seguir luego subiendo, y dejar a la derecha una especie de

boquete, que no franqueó jamás, pero que sabía era el tránsito para el primer piso de aquel caserón en el que había de habitar varios años. Dejaba, pues, a su derecha la entrada a ese piso, en el que no habitaban estudiantes, sino un revoltijo de obreros y vendedores ambulantes, y seguía subiendo hasta llegar al segundo piso. Apenas ponía en él los pies cuando su ánimo cansado recibía algún descanso, debido al aire libre que allí se respiraba y que le consentía tomar aliento, tras del ahogo de la sucia escalera.

Allí también le llegaban los gritos de un loro que no paraba de darlos, como poniendo por testigo a las gentes todas de la injusticia que le hacía un persa, su dueño, con tenerlo encarcelado en una jaula odiosa. Al día siguiente o al otro, era vendido a cualquiera, que lo metía en otra jaula no menos odiosa. Y en cuanto el persa se veía libre de él, y cobraba su precio en metálico, compraba un sustituto, que le sucedía en aquella cárcel y daba los mismos gritos, esperando, como su predecesor, pasar de mano en mano y de jaula en jaula, llevándose siempre consigo su triste garrir que de sitio en sitio servía de distracción a los hombres.

Al llegar nuestro amiguito a lo alto de la escalera, el aire fresco que le daba en la cara y los gritos del loro le decían que había de torcer a mano derecha. Haciéndolo así, tomaba un estrecho pasillo y cruzaba ante los cuartos que habitaban dos persas, uno de ellos joven y otro ya maduro; áspero el uno, grosero y retraído, mientras el otro era tranquilo, delicado y afable. Un poco más allá estaba su piso.

Se entraba por una especie de recibidor, en el que se acumulaban los bártulos materiales del piso, y que daba paso a otra habitación desahogada, aunque no regular, en que andaban reunidos los adminículos intelectuales. Esta segunda servía, a la vez, de alcoba, de comedor, de sala, de tertulia nocturna y de cuarto de estudio. Se hallaban en ella los libros, los útiles para hacer el té y algunas golosinas. En ella, como en todas las habitaciones que habitaba o a las que iba a menudo, tenía el niño su sitio fijo.

Estaba este sitio a mano izquierda, conforme se entraba a la habitación, a uno o dos pasos de la puerta. Allí encontraba una estera tendida por tierra, sobre la cual había una alfombra vieja, pero todavía en buen estado. Sobre ella se sentaba el niño durante el día y en ella dormía por la noche, con una almohada que le daban, junto con una manta para cubrirse. En frente, al

otro lado del cuarto, se hallaba el sitio de su hermano el *cheij*, un poco o un mucho más alto. Consistía asimismo en una estera tendida por tierra, cubierta por un tapiz no malo; pero encima del tapiz había otro de fieltro, y encima todavía un jergón de algodón, ancho y largo, sobre el cual se extendía un cobertor. Encima del colchón se sentaban el muchacho *cheij* y sus amigos, pero tampoco apoyaban sus espaldas en la pared, como lo hacía el niño, sino en unos almohadones alineados sobre el colchón. De noche, esta especie de diván se transformaba en una cama sobre la que dormía el muchacho *cheij*.

De su mundo inmediato nada más conocía el niño. Era ésta una de las fases de su vida.

II El camino del Azhar

La segunda fase era el ajetreo que había de sufrir en el camino que mediaba entre su yacija y el Azhar.

Al salir del zaguán techado, tras de darle en la mejilla izquierda el calor del cafetín y de entrarle por el oído derecho el burbujeo del narguile, encontraba un establecimiento que tuvo gran influencia en su vida. Era el figón del Hachch Firuz, que vendía a las gentes del barrio la mayor parte de los alimentos de que se sustentaban. Allí adquirían por la mañana las diferentes-clases de habas. Las habas de su figón estaban guisadas de diversas maneras, como en los demás figones; pero Firuz se distinguía por su esmero en cocinarlas, que se traducía en un precio más caro. Vendía habas crudas, o con aceite, de diversos modos, o con manteca, o con mantequilla, y, si era necesario, les añadía distintas especias, que las hacían más apetitosas y exquisitas. Movía así a los estudiantes a comer más de las que eran menester, con lo cual ya se sentían pesados para soportar las lecciones de la mañana y se dormían luego escuchando las del mediodía. Llegada la tarde, el Hachch Firuz vendía a los habitantes del barrio lo que solían comer: queso, aceitunas, salsa de sésamo molido y miel. A veces vendía también, a los más adinerados, latas de bonito o de sardinas. Y también, ya avanzada la noche, vendía a algunos otras cosas que no se nombran ni se comen, de las que se hablaba en voz baja y que se arrebatan a porfía. Al oír aquellos cuchicheos, el niño entendía algo, pero la mayor parte eran para él letra muerta. Sólo cuando aquellos días pasaron, y otros le siguieron, y el niño se hizo adulto, y le fue dado comprender aquellos enigmas y a aquellos partícipes del misterio, supo lo que supo, y con ello cambió de opinión sobre el valor de muchas cosas, sobre el patrón de muchos juicios y sobre la reputación de muchas gentes.

Era el Hachch Firuz un hombre negro como la pez, larguirucho y de pocas palabras. Cuando hablaba se le entendía apenas, porque su lengua se trababa en el árabe de un extraño modo, que dejó impresión imborrable en el alma del niño. Ya nunca más pudo leer en el *Libro de la exposición y de la explicación*^[23] cierta historia sin pensar en el Hachch Firuz. Se trata de la historia de Ziyad con su criado. Quería hacerle decir: «Nos han regalado un onagro», pero el criado decía siempre «olagro». Regañándole por ello, le propuso:

—¡Maldito seas! Di entonces: Nos han regalado un burro.

Pero el criado decía «porro», y entonces Ziyad, desalentado, prefirió que siguiera diciendo «olagro».

El Hachch Firuz tenía en el barrio, y en especial entre los estudiantes que lo habitaban, una gran importancia, porque, a fines de mes, o cuando se retrasaba la mesada o se les concluía el dinero, a él acudían para que les alimentase al fiado, o les prestase una o varias piastras, o para otras muchas cosas. Su nombre andaba en todas las bocas, revuelto con los de muchos sapientísimos maestros del excelso Azhar. Y aún tenía otro relevante papel en la vida de aquellos estudiantes, pues a su nombre llegaban las cartas que les traían noticias de sus familias y en cuyo interior venían a veces esos delgados papelitos, con los que, yendo a Correos, se llega con los bolsillos vacíos y se sale sintiendo en ellos un tintineo de plata, tan grato a los oídos como al corazón. Todo estudiante consideraba así un deber inexcusable pasar a ver al Hachch Firuz, para saludarle, mañana y tarde, y para echar de paso una mirada de reojo al sitio en que las cartas aguardaban a sus destinatarios. ¡Cuántas veces volvía uno de ellos a su alojamiento, llevando en la mano un sobre cerrado, con no pocas manchas de aceite y de mantequilla, pero que, a pesar de esta mugre, era para él de más valor que este o aquel pliego del libro tal o cual, bien fuese de Derecho, de Gramática o de Fundamento teológicos!

Como el establecimiento del Hachch Firuz estaba enfrente de la puerta, el niño, al salir del zaguán techado, solía dar unos cuantos pasos con su lazarillo para saludar al Hachch y ver si tenía o no carta, con lo cual se iba sonriente o de mal humor. Luego, torciendo a mano izquierda, echaba adelante por aquella larga y angosta calle, agobiada siempre de transeúntes:

estudiantes, tenderos, vendedores ambulantes, obreros y carros de transporte, tirados por burros, caballos o mulos, cuyos carreteros gritaban advirtiendo, insultando o disputándose con los hombres, mujeres y niños que les estorbaban el paso.

En una y otra acera de la calle había diferentes establecimientos, en varios de los cuales se preparaba comida para los pobres y menesterosos. El aire se cargaba de olores repugnantes, pero que resultaban apetecibles para muchos de aquellos transeúntes, bien se tratase de estudiantes, o de obreros, o de los farderos que llevaban bultos a cuestras. Algunos se encaminaban a los figones a comprar comidas que devoraban en el acto, o que se llevaban a casa, para disfrutar de ellas a solas o compartirlas. Otros, si aquellos olores les abrían el apetito, se resistían, y, si les llamaban, no les respondían: los ojos veían, olían las narices y se les hacía la boca agua; pero la mano no podía alargarse y el bolsillo les traicionaba. Pasaban, pues, de largo, con la insatisfacción en el alma y el corazón lleno de amargura y de un poco de rencor, pero, a pesar de todo, resignados con su suerte y sometidos a su sino.

En otros de aquellos comercios se hacían negocios sosegados, tranquilos y silenciosos en los que no se hablaba apenas. Lo que había que decir se decía en voz baja, apenas perceptible, y en un tono distinguido y cortés, delicado y amable. A pesar de ello, o, mejor, a causa de ello, la clientela se veía que era desahogada y adinerada. Se trataba, por lo común, de almacenes de café o de jabón, y, a veces, de azúcar o de arroz.

El niño atravesaba por todo aquello, llena el alma de sensaciones violentas; pero todo lo hubiera ignorado, de no darle su lazarillo de cuando en cuando ciertas explicaciones. Avanzaba por su camino, con paso unas veces bastante uniforme y otras desigual, porque iba a buen compás cuando el camino estaba despejado, pero otras tropezaba, cuando había que dar un rodeo o el tránsito se cortaba con la aglomeración.

En un cierto punto había que torcer un poco a mano izquierda, y luego seguir por una callejuela angostísima, llena de recodos y no cabe más sucia. Se confinaba en ella un aire fétido en extremo, compuesto de olores hediondos y repugnantes. De vez en cuando se oían unas voces desmayadas y blandas, que hablaban de miserias, pregonaban pobreza y se refugiaban

en la mendicidad; voces que nacían del ruido de los pasos, como si los que las proferían no sintiesen la vida más que por las orejas, y no la solicitasen sino al oírla. Y a esas voces respondían otros sonidos breves, ásperos, como ahogados y entrecortados, que eran el canto de esos pájaros que aman la lobreguez, se aficianan a la soledad y se apegan a las ruinas. Tales gritos solían ir mezclados con un batir de alas, y en ocasiones este batir rozaba la oreja o la cara del niño, poblándole de miedo y de terror. Al mismo tiempo que su mano se alzaba de improviso y sin querer, para defender su cara o su oreja, palpitaba su corazón de un modo apresurado y continuo. Pero seguía caminando con su lazarillo por aquel callejón angosto, lóbrego y retorcido, que subía un poco para bajar otro poco, que iba recto para luego torcer a mano derecha, y después recto otra vez para en seguida torcer a mano izquierda, mientras aquellos gritos variados y abominables le invitaban o le acompañaban, siempre haciéndole daño, y todo hasta un punto en que sentía que el corazón se le sosegaba y el pecho se le ensanchaba, y en que podía respirar a sus anchas y soltar un largo suspiro, como si con él diese suelta a todo el miedo, el dolor y la tristeza que se habían aposentado en su alma.

Al salir del callejón de los murciélagos respiraba, en efecto, a placer y a su gusto, como si aspirara la vida en aquel aire libre que volvía a envolverlo. Y entonces marchaba por su camino cuesta abajo, en el que no se sujetaban bien sus pies, pero por cortos instantes, pues a poco el suelo se allanaba y volvía su paso a ser firme y tranquilo. Su alma se preparaba entonces para recibir la alegría y la animación que le producían las voces extrañas y confusas que oía al recorrer esa calle dulce y sosegada que bordean a la izquierda la mezquita de Sayyidna al-Husein y a la derecha unas tiendecitas. ¡Cuánto había de detenerse en algunas de ellas con el paso del tiempo, y cuántas golosinas probó porque Dios quiso que las probara! Allí, en verano, comía los higos macerados o bebía el agua de higos, y en invierno cató la *basbusa*^[24], disfrutando del calorcillo que derrama por dentro. También se paraba a veces en los puestos de algunos vendedores sirios a comer cosas frías o calientes, dulces o saladas, que le producían un placer inigualable, aunque, si ahora se las presentaran, temería que le hiciesen caer enfermo o que le pusieran a la muerte.

Siguiendo por aquel camino se llegaba a un lugar en que los ruidos eran más confusos y sonoros. Por ello se daba cuenta de que había una encrucijada por la que podía irse en las cuatro direcciones. Su lazarillo se las explicaba:

—Aquí tienes cuatro calles. Por la derecha vas a la Sikka Chadida, al Muski y a la plaza de al-'Ataba al-Jadra. Por la izquierda es la calle Darrasa. Pero nosotros seguiremos todo derecho para tomar la calle Halwagui, que es la calle de la ciencia, del estudio y del trabajo; una calle tan estrecha, que, si abres los brazos, podrás tocar sus dos muros, pero por la que pasarás entre esos tenduchos en que se venden los libros nuevos y viejos, buenos y malos, impresos y manuscritos.

¡Cuántas veces, andando los días y cambiadas las circunstancias de su vida, habría de hacer nuestro niño en aquella estrecha callejuela paradas productivas y beneficiosas, que nunca olvidará! Pero démonos prisa, porque nuestro amiguito debe estar en el Azhar antes de empezar la lección. Ya ha llegado a la Puerta de los Barberos, se ha quitado las babuchas, las ha juntado una con otra, y, llevándolas en la mano, ha entrado con su lazarillo. Avanzando un poco, ha franqueado un umbral de escasa elevación, y ya está en el tranquilo y silencioso patio del Azhar, donde se agita el fresco cefirillo matinal. Ahora ha entrado en lo que era la tercera fase de su vida de entonces.

III Primeras impresiones del Azhar

Esta tercera fase de su vida era la que más le gustaba y la que prefería. Le gustaba más que la que pasaba en su cuarto, que era donde con mayor dureza sentía su extrañamiento, porque ni conocía el tal cuarto, ni los muebles y cachivaches que contenía, a no ser algunos y los más cercanos. No podía vivir en esa casa como en la suya del campo, con aquellas habitaciones y estancias que conocía al dedillo, así como todas las cosas que encerraban. Aquí, en cambio, vivía como extraño para las gentes y para las cosas, como ahogado hasta por aquella cargada atmósfera que respiraba, en la que no hallaba vida ni reposo, sino dolor y pesadumbre. Y también le gustaba más que la fase segunda, o sea el camino entre su casa y el Azhar, donde se encontraba perdido, la atención en mil sitios, vacilante en sus pasos, lleno el corazón de esa perplejidad despistante y abrumadora, que arruina las fuerzas del hombre y lo hace andar sin guía, no sólo en lo material, como para él era inevitable, sino también en lo moral. Las voces y los confusos ajetreos que se producían en torno suyo le sacaban, en efecto, de sus casillas, y caminaba a disgusto por la irregularidad de sus pasos y por su incapacidad para ajustar su andar desigual y vacilante al decidido, firme y afianzado andar de su lazarillo.

En esta tercera fase es donde sólo encontraba reposo, paz, calma y sosiego. La brisita que revoloteaba por el patio del Azhar, al rezarse la oración de la aurora, le daba en la cara como un saludo que llenaba su corazón de paz y de esperanza. La única comparación posible para el roce de esa brisa con su frente, perlada del sudor de la caminata, era con los besos que, de cuando en cuando, le daba también su madre en la frente, durante su estancia en el campo, cuando le recitaba unas aleyas del Alcorán, o le contaba una de las historias que le leían de los libros durante los ratos

de vagar en la escuela, o cuando salía, debilucho y pálido, de rezar a solas la letanía de la azora *Ya-Sin*, para impetrar de Dios la solución de esta o aquella necesidad de la familia. Porque aquellos besos maternos confortaban su corazón, derramando en él paz, esperanza y ternura, y esta brisa que le recibía en el patio del Azhar también vertía en su alma todo eso, devolviéndole el reposo tras de la fatiga y la tranquilidad tras del ajetreo, y desfrunciéndole el ceño hasta hacerle sonreír.

Con todo, aún no conocía nada de lo que encerraba el Azhar. Pero bastaba que sus pies descalzos pisasen el suelo del patio, que la brisa le diese en la cara y sentir en torno suyo al Azhar, como un dormilón que quiere desperezarse o un vago que desea ponerse en movimiento, para volver en sí o que su alma le volviera. Allí se hallaba en su medio y entre los suyos, sin tenerse por extraño ni sentir dolor. Su alma se abría por todos sus poros y su corazón anhelaba con todas sus fibras recibir... ¿Recibir qué? Pues recibir algo que no conocía, pero que amaba y hacia lo cual se sentía atraído; algo cuyo nombre había oído mucho tiempo y que ahora quería buscar tras de ese nombre.

Ese algo era «la ciencia». Percibía de un modo confuso, y al par firme, que «la ciencia» era infinita, y que los hombres consumen sus villas todas sin llegar a poseer más que sus partes más elementales. Y él también quería consumir toda su vida en obtener de esa «ciencia» lo más que pudiese, por muy poco que fuera. De su padre el *cheij* y de sus amigos los ulemas que solían hacerle la tertulia tenía muchas veces oído que «la ciencia» es un mar sin orillas, y él no tomaba esas palabras como una comparación o una hipérbole, sino como la misma verdad. A El Cairo y al Azhar vino queriendo tirarse a ese mar y beber de sus aguas cuanto Dios quisiera, hasta morir en él ahogado. ¿Qué muerte podría preferir un hombre noble a ésta que le venía de «la ciencia» y estando en «la ciencia» sumergido? Todos estos pensamientos eran los que, al surgir de pronto, se le removían en el alma, llenándola, dominándola, haciéndole olvidar la habitación solitaria, y el camino ajetreado y confuso, y aun el mismo campo y sus delicias. Creía, además, que su alma no andaba errada ni exageraba al abrasarse de deseo por el Azhar y sentirse oprimida en el campo.

Avanzaba el niño con su lazarillo hasta cruzar el patio, y, luego de subir ese escaloncillo en que comienza la verdadera mezquita, sentía lleno su corazón de sumisión y de humildad, y su alma desbordante de veneración y respeto. Aflojaba el paso al pisar la vieja estera, que acá y allá, por algunos rotos, deja al descubierto el suelo, como si quisiese dar a los que la huellan ocasión para gozar el privilegio del contacto directo con aquel suelo purificado. Le gustaba al niño el Azhar en ese preciso momento en que los que han rezado la oración de la aurora se desparraman, con los ojos hinchados todavía de sueño, para formar corros en torno de esa o de aquella columna, esperar a tal o cual profesor, y oír su lección de Tradición profética, o de Comentario del Alcorán, o de Fundamentos dogmáticos, o de Teología, porque en ese momento el edificio estaba tranquilo y aún no se había formado en él ese extraordinario bullicio que lo llena desde la salida del sol hasta que se reza la oración de prima noche. Sólo oírlas en él conversaciones en voz baja, o tal vez a un mozuelo que recitaba el Alcorán en tono tranquilo y ponderado. Acaso pasarías junto a alguien que rezaba solo, por haber marrado la oración en común, o porque, luego de cumplido el precepto, hacía otra plegaria supererogatoria. Acaso oírlas también, acá o allá, a un profesor que comenzaba su lección con una voz desmayada, como de alguien que acaba de despertarse para rezar, pero que aún no ha tomado ningún alimento que dé a su cuerpo fuerzas ni energía. Con tono tranquilo, dulce, entrecortado, le escucharías principiar así: «¡En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso! ¡Loado sea Dios, Señor de los Mundos! ¡La bendición divina y la paz caigan sobre el más noble de los Enviados, nuestro Señor Mahoma, y sobre sus familiares y compañeros todos! Dice el autor, de quien Dios Altísimo tenga misericordia y de cuya ciencia nos haga aprovecharnos, amén, que...».

Los estudiantes escuchaban aquella voz con una lánguida tranquilidad muy parecida a la del maestro. Muchas veces el niño ponía en parangón para sus adentros las voces de los maestros cuando hablaban con ese tono en la lección de la aurora y cuando hablaban en la lección del mediodía: al alba sus voces eran desmayadas y suaves, como si hubiese en ellas un poco de sueño, mientras que a mediodía se tornaban recias, llenas y violentas, aunque también con un poco de desgana, que nacía del hartazgo de sus

barrigas, llenas de lo que, a la sazón, era la comida de los azharistas, es a saber, habas y encurtidos, o cosas parecidas. En las voces de la aurora, la invocación en favor de los autores era como una muestra de benevolencia, mientras que en las voces de mediodía resultaba un desafío, casi un ataque personal. Este contraste divertía mucho al niño y le producía verdadero placer.

Siguiendo su avance con el lazarillo, subían luego esos dos escalones en que comienza el liwán^[25]. Allí, al lado de una de aquellas benditas columnas, a la que por una gruesa cadena estaba atado el sillón magistral, lo dejaba sentado el lazarillo:

—Espera aquí —le decía—. Así escucharás una lección de Tradición profética. Cuando yo acabe de mi lección volveré por ti.

La lección del lazarillo era de Fundamentos jurídicos, con el *cheij* Radi, de quien Dios tenga misericordia, el cual enseñaba el *Tahúr* de al-Ramal ibn Humam^[26]. Al escuchar estas palabras, el corazón del niño se llenaba de terror y de miedo, de veneración y de respeto. ¡Fundamentos jurídicos! ¿Qué podría ser esa ciencia? ¡El *cheij* Radi! ¡Quién pudiera ser como él! ¡El *Tahrir*! ¿Qué significaría esa palabra? ¡Al-Kamal ibn Humam! ¡Qué dos nombres tan admirables! Verdaderamente «la ciencia» era un mar sin riberas, y nada mejor podía hacer un hombre inteligente que zambullirse en él. El respeto del niño por ese curso en especial crecía y aumentaba de día en día, sobre todo al oír a su hermano y a sus amiguitos estudiarse la lección antes de asistir a él, pues leían unas palabras extrañas, pero que se metían dulcemente en el alma. Oíalas el niño, encendido en deseos de tener seis o siete años más para poder entenderlas, descifrar sus enigmas, desatar sus dificultades, manejarlas con el mismo desembarazo que aquellos aplicados mozos, y discutir como ellos con sus maestros. Ahora se veía forzado a oírlas, sin saber lo que querían decir.

¡Cuántas veces daba vueltas dentro de sí a esta o aquella frase, por ver si tras de ella encontraba algo, y no conseguía nada! Estos esfuerzos no hacían sino acrecer su respeto por «la ciencia», su veneración por los ulemas, su menosprecio de sí mismo y su voluntad de trabajar con ganas. Había, sobre todo, entre las frases que oyó, una que sabe Dios cómo le desveló más de una noche, le acibaró la existencia más de un día, y le apartó de más de una

de sus lecciones fáciles, pues, en realidad, sus propias lecciones primeras las comprendía sin esfuerzo, y ello le incitaba a desatender las explicaciones del *cheij* para ponerse a pensar en las cosas que había oído a aquellos mozos estudiosos. La tal frase, que se le había quedado bien grabada, era en realidad muy extraña. Le bordoneaba en los oídos cuando empezaba a dormirse y le acompañaba toda la noche hasta despertarse. Decía así: «La verdad es la demolición de la demolición». ¿Qué demonios podía significar aquello? ¿Cómo se podía demoler la demolición? ¿Qué podía ser esa demolición? ¿Cómo la demolición de la demolición podía ser verdad? La tal frasecita le daba vueltas en la cabeza, como el delirio ronda en la del enfermo, y sólo se libró de ella cierto día mediante uno de los «Problemas» del Kafrawi^[27]. Cuando la atacó, la entendió y la discutió, tuvo la sensación de que empezaba a beber de aquel mar sin orillas que era «la ciencia».

Pero volvamos al sitio en que dejamos a nuestro niño. Sentado al lado de la columna y jugando con la cadena, escuchaba al *cheij* que explicaba Tradición profética, y al que entendía con entera claridad. Lo único que no le gustaba en él eran esos nombres que caían en cascada sobre los estudiantes, uno tras de otro, precedidos siempre de las palabras «nos transmitió» y separados por las palabras «tomándolo de^[28]».

El niño no comprendía el sentido de estos nombres, ni de su sucesión, ni de su fastidioso enlace, y estaba deseando que acabase todo aquello y que el *cheij* llegara al texto de la tradición. Cuando por fin llegaba, el niño la oía con toda el alma, la fijaba en su memoria y procuraba entenderla, dando de lado la explicación del *cheij*, porque le recordaba lo que tenía oído en el campo del imam de la mezquita y de aquel otro *cheij* que le inició en los rudimentos del Derecho.

Mientras el *cheij* se adentraba en su lección, el Azhar se iba animando poco a poco, como si lo despertaran las voces de los maestros que explicaban sus cursos, y los diálogos, a veces violentos, que surgían entre ellos y sus alumnos. Porque los alumnos iban llegando, las voces subían de tono y el ruido se iba complicando. Los maestros tenían que subir el diapasón para llegar a las orejas de los discípulos, y pronto se veían forzados a pronunciar las palabras sacramentales: «Sólo Dios sabe la

verdad», que anunciaban el fin de la lección. Otros estudiantes llegaban, en efecto, para esperar el curso de Derecho que iba a dar otro profesor, o bien aquel mismo, y había que acabar el curso del amanecer para iniciar el de la mañana. Entonces venía a por el niño su lazarillo. Lo cogía de la mano sin hablar, tiraba de él sin miramientos, y lo llevaba a otro corro, en el que lo dejaba como un fardo, para irse él en seguida. El niño sabía que lo habían llevado a la lección de Derecho.

Oída ésta y acabada, el maestro partía y los alumnos se desparramaban; pero él se quedaba en su sitio, sin poder moverse de él hasta que volviese a buscarlo su lazarillo, que se hallaba en Sayyidna al-Husein, donde asistía a la lección de Derecho que daba el *cheij* Bajit, de quien Dios tenga misericordia, y como a éste le gustaba prolongar la explicación, sin contar con que los alumnos le planteaban largas discusiones, su curso duraba hasta muy entrada la mañana.

Pero, al fin, volvía el lazarillo. Cogía al niño de la mano sin hablar, tiraba de él sin miramientos y echaban a andar. Al salir del Azhar, el lazarillo lo devolvía a su fase segunda, en la que atravesaba de nuevo el camino que mediaba entre el Azhar y su casa, y luego a su fase primera, depositándolo en su rincón del cuarto, sobre aquel viejo tapiz tendido encima de la estera usada y medio rota.

IV El almuerzo y el té

Al verse de nuevo sentado en el tapiz, en un rincón del cuarto, con la mano o el brazo apoyado en el alféizar de la izquierda, no pensaba el niño en sus cosas, sino que pasaba revista a las impresiones que le llenaban la cabeza; impresiones de la calle, del patio del Azhar y de lo que oía a los maestros de Tradición y de Derecho. Pero todo esto no duraba mucho, porque, si su hermano lo había depositado en su rincón y se había ido, no era sólo para pensar en sus cosas y estudiar, sino porque había que preparar el almuerzo.

El tal almuerzo cambiaba mucho de un día para otro, y no por su materia, que siempre era la misma —habas en manteca o en aceite—, sino por las circunstancias y peripecias que lo acompañaban. Así, era un día silencioso, y otro tumultuoso y parlante; lo primero, cuando el niño se quedaba a solas con su hermano, y ambos hacían un almuerzo rápido y sombrío, en el que ninguno de los dos apenas hablaba, y el niño no respondía al joven *cheij* más que con palabras sueltas y breves; lo segundo, cuando tomaban parte en él los colegas del joven *cheij*, tres, cuatro y a veces cinco, pero este quinto tenía un carácter especial y será mejor no hablar de él por el momento. Eran mozos estudiantes que venían a pasar un rato agradable.

Cuando estaban presentes, el niño quedaba abandonado por completo, porque no le dirigían ni una sola palabra, y él no necesitaba contestar a ninguno. Al él le gustaba que fuera así, y aun lo prefería, porque lo que le apetecía más era escuchar, y muchas eran y bien extrañas las cosas que oía. No cabe variedad mayor de conversaciones que las que el niño oía en torno de aquella mesa bajita y redonda, que llamaban *tablía*. Los comensales se sentaban en el suelo. En medio de la mesa se ponía una ancha fuente llena

de habas, en manteca o en aceite, y al lado un gran frasco de encurtidos nadando en su avinagrado líquido. De este líquido echaban un trago los muchachos antes de ponerse a comer: empezaba uno y pasaba luego el frasco a la redonda, a todos menos al niño. Echado el trago de aquel líquido salado y picante, que, según dicen los aficionados, estimula el estómago, principiaban a comer. Puestos sobre la mesa había también un montón de panes, comprados unos y procedentes otros de la distribución del Azhar.

Los mozos rivalizaban en ver quién comía más, tanto en el número de panes, como en el tamaño de cada pellizco que daban a la hogaza, como en la cantidad, que metían en ese pellizco, de las habas y de la manteca o aceite que las bañaba, como en la abundancia de rábanos, guindillas o pepinillos de que se ayudaban para pasar el resto. Asimismo rivalizaban y se atropellaban en hablar, con gritos y risotadas estentóreas, que desbordaban de la habitación. Por un lado, las tales risotadas y voces atravesaban la ventana de la izquierda, llegando a la calle de detrás. Por la otra parte, a la derecha, franqueaban la puerta, resonaban en todo el piso y desembocaban en el de abajo, donde interrumpían las conversaciones, agrias o cariñosas, de las mujeres de los obreros, las cuales se paraban a escuchar el alboroto de arriba, que les llevaba el aire, con atención y con un placer sólo equiparable al de los mozos que devoraban y engullían sin tasa. El niño se sentaba entre ellos, pero sin hablar, con la cabeza baja y la espalda curvada como un arco. Su mano iba y venía también, aunque con lentitud, miedo y vergüenza, desde el pan que le habían puesto en la mesa delante de él a la lejana fuente de las habas, pero en ésta tropezaba con las otras muchas manos ansiosas que subían y bajaban vertiginosamente, hasta dejar la fuente limpia. Sentía el niño una desagradable extrañeza ante esta gula. Apenas podía compaginar para sus adentros que los que con tal voracidad se lanzaban contra las habas y los encurtidos se dedicasen también vorazmente a «la ciencia» y al estudio, y fuesen un grupo de jóvenes conocidos por su aplicación, su actividad y su penetrante listeza. Dicho se está que los tales mozos no empleaban mucho tiempo en esta colación. Bastaban unos momentos, que no llegaban al cuarto de hora, para dar fin de la fuente y para que en la mesa no quedasen más que unas migajas y medio pan del que había sido puesto delante del niño, que nunca

pudo o no quiso comer más del otro medio. En un periquete se levantaba la mesa, y uno de los comensales salía de la habitación para limpiarla y volverla a poner en su sitio, monda y lisa, aunque llena de gotas de la manteca y del agua de los encurtidos.

Entretanto, otro comensal había ido por carbón vegetal y preparaba el samovar, del tipo del que emplean los persas y los rusos. Iras de haberlo llenado de agua, y haber colocado bien los carbones, le prendía fuego; lo colocaba, donde antes había estado la fuente, sobre la mesa, en cuyo borde había alineado los vasos de té, y se sentaba en su puesto, a esperar que hirviese el agua. Los mozos conversaban entonces con la calma y el desmayo que exigía la cantidad de alimentos sólidos y líquidos, fríos y calientes, que habían echado en sus barrigas. Y aun más: a poco las voces decaían del todo y enmudecían. Un silencio religioso llenaba la habitación, en la que sólo se oía un ruidito sutilísimo, delgadísimo, entrecortado al comienzo, luego continuo. Al oírlo, los mozos expresaban por sus ademanes una especie de arrobó y sus bocas se abrían al mismo tiempo para pronunciar una sola palabra, dicha en voz sorda, pero con continuada reiteración: «¡Alá!». La prolongaban largamente como si una suave música, venida de lejos, derramase en sus almas la enajenación. Y esa música existía, porque lo que oían era el agitarse del agua, cuyo rumor se extendía en torno del hornillo en el que se consumían con diáfana lentitud las brasas. El encargado de la operación se consagraba por entero al samovar y lo vigilaba con sus cinco sentidos. En cuanto el agua empezaba a hervir, cogía una tetera de barro, la acercaba al samovar, daba una vuelta con suavidad a la llavecita y echaba en la tetera agua hirviendo. Cerrada otra vez la llavecita y tapada la tetera, la meneaba con mucho tiento para que el agua caliente la impregnase por entero, y, cuando dejaba en ella su calor, tiraba el agua. El sabor del té se echa a perder, en efecto, si entra en contacto con una superficie fría, sea loza o metal. Luego venían las restantes operaciones: esperar unos segundos; verter dulcemente agua en la tetera, sin llenarla del todo; aguardar otro poco; abrir el paquete del té rojo, coger la cantidad precisa y echarlo en la tetera; volver a verter agua en la tetera hasta llenarla; ponerla después con todo cuidado al fuego unos segundos; retirarla, y advertir que alargasen los vasos sus camaradas. Estos, en el ínterin, habían

estado callados, contemplando y siguiendo los manejos de su compañero y cuidando que ni en una tilde se apartase de las buenas normas. Llenos los vasos, daban vueltas en ellos las cucharillas, produciendo, al roce ligero y suave del metal con el vidrio, un tintineo armónico, no falto de belleza y agradable al oído. Entonces todos llevaban a sus labios los vasos; daban en ellos un largo sorbo que sonaba desagradablemente, no como el ruido de las cucharillas en el cristal, y seguían bebiendo, sin apenas decir más que una sola frase, siempre la misma, que era fuerza que uno pronunciase y que los demás confirmaran: «Esto es lo único que apaga el ardor de las habas». Terminada la ronda, volvían a llenarse los vasos. El samovar era vuelto a llenar de agua, si bien esta vez las gentes, ocupadas con su té, no se cuidaban para nada de aquella pobre agua que, sometida al calor del fuego, primero gemía, se quejaba luego cantando y al cabo rompía a llorar con la ebullición, sin que nadie parase mientes ni se extasiase ante el canto ni ante las lágrimas, entretenidos como se hallaban todos con el té, especialmente en esta segunda ronda. La primera, en efecto, era para aplacar el ardor de las habas, mientras que ésta era la que les liberaba, así como a sus nervios. Con ella hallaban placer sus bocas, sus paladares y hasta sus cabezas. Terminada esta ronda, volvían a sus inteligencias, o, mejor dicho, sus inteligencias volvían a ellos. Se movían las lenguas, sonreían los labios y las voces volvían a subir de tono.

Ya no hablaban de comer ni beber, cosas las dos que habían olvidado. Ahora se acordaban de sí mismos. Cumplidos con sus barrigas, vueltos hacia sus inteligencias, repetían lo que habían oído a los maestros de las lecciones de la aurora y de la mañana, burlándose cuándo del uno, cuándo del otro, y repitiendo la objeción que cualquiera de los presentes u otro cualquiera estudiante había hecho al maestro Tal o al maestro Cual. La objeción era cuidadosamente discutida: éste la encontraba sólida y sin vuelta de hoja; aquél, en cambio, débil y sin valor. Se repartían los papeles: uno hacía de maestro expositor y otro de objetante; el tercero, de juez que, de cuando en cuando, hacía volver al tema a quien de él se había escurrido o reforzaba a un contendiente con un abandonado argumento o con una prueba olvidada. En todo esto participaba asimismo el encargado del té, si bien, al mismo tiempo, atendía su función, sin abandonarla ni olvidarla,

echando té en la tetera y agua en el samovar, El único que permanecía callado y acurrucado en su puesto era el niño. Le daban su té en silencio, y en silencio se lo bebía despacito, observando cuanto pasaba en torno suyo, oyendo lo que se decía, entendiendo algo, dejando de entender mucho, pero siempre asombrado de todo y preguntándose con ansia cuándo podría él hablar y discutir como aquellos mozos lo hacían.

Así pasaba una hora o poco menos. El té se había concluido, pero la mesa seguía en su sitio, con el samovar en medio y los vasos alrededor. El mediodía estaba al caer, y había que separarse para que cada cual diese un vistazo a la lección inmediata antes de asistir a ella, pues si bien la habían preparado juntos la víspera, bueno era repasarla un momento, y afianzar este o aquel concepto complicado o equívoco. Aunque el texto era claro y el comentario nítido, al-Bannan^[29] se las arreglaba para hacer difícil lo fácil y complicar lo sencillo; el Sayyid al-Churchani^[30], hombre perspicaz, sabía sacar misteriosos secretos de las cosas más paladinas; 'Abd al-Hakim^[31] entendía unas veces las cuestiones, mientras otras las embrollaba, y el maestro expositor era un ignorante que no sabía lo que se decía.

No quedaban más que unos minutos para el mediodía. Había que ir corriendo al Azhar, porque los almuédanos ya habrían llamado a la oración, y ésta se habría hecho estando nosotros de camino. Al llegar al Azhar, ya se habrían separado los que rezaron y los estudiantes habrían formado corro en torno a sus maestros. No importaba: si habíamos marrado la oración en común, la haríamos después de la lección y la haríamos también en común nosotros todos. Mejor era no rezar antes de la clase, porque el espíritu, ocupado con ella, con sus dificultades y con sus problemas necesitados de solución, no podía vacar a la piedad. En cambio, terminada, oída y bien discutida la lección, una vez desembarazado el espíritu de sus problemas y dificultades, podíamos vacar a la oración y hacerla con toda el alma.

El hermano del niño llamaba a éste con una fórmula que no dejó de usar durante años y años: «¡Hala, señor mío!».

Levantábase el niño remoloneando, y corría dando trompicones, guiado por su hermano. Éste, al llegar al Azhar, lo dejaba colocado en el corro de la lección de Gramática, y él se iba a la lección del *cheij* al-Salihi, en la capilla de los Ciegos.

El niño escuchaba la lección de Gramática, que entendía sin esfuerzo, incluso harto de las repeticiones y explicaciones en que el maestro insistía. Terminada la clase y disgregados los alumnos, el niño se quedaba en su sitio, hasta que su hermano volvía a por él. Tiraba de él, sin hablarle y sin miramientos, se lo llevaba, salían del Azhar, pasaban por el mismo camino ya recorrido al alba y a media mañana, y lo depositaba en su yacija de la habitación, allá sobre aquella vieja alfombra, tendida encima de una estera usada y medio rota.

A partir de ese instante preparábase el niño a recibir su correspondiente suplicio.

V Soledad

La causa de este suplicio era la continua soledad, porque el niño se quedaba solo en su rincón del cuarto desde un poquito antes de la oración de media tarde. Su hermano se escabullía para ir a otra de las habitaciones de la casa, donde vivía otro de sus amigos. La sede de aquella reunión variaba, en efecto, de habitación según la hora, y era en el cuarto de uno por la mañana, en el de otro por la tarde, y en el de un tercero por la noche. El hermano del niño abandonaba a éste en la habitación después de la clase de mediodía y se iba al cuarto en que podía encontrar de nuevo a sus camaradas, para pasar poco o mucho tiempo dedicado al descanso, a la broma y a contar chistes sobre maestros y discípulos.

El ruido de sus voces desaforadas y de sus risotadas estentóreas, que resonaba en todo el caserón, llegaban hasta el niño, tumbado en su yacija, haciendo que a sus labios asomase la sonrisa, pero metiéndole la tristeza en el corazón. Porque ahora no oía, como antes por la mañana, la chanza o la anécdota que ocurrían en la conversación, ni podía, como antes por la mañana, acompañar aquellas carcajadas violentas y anchas con una sonrisa silenciosa, imperceptible y fugaz. Él sabía que estaban reunidos en torno al té de media tarde para descansar y contar gracias sobre maestros y compañeros; que alrededor de la mesa del té habrían reanudado una conversación ordenada y tranquila; que repetirían, para discutirla y cambiar opiniones, la parte de la leyese un libro. Otras veces, en vez de ir a la tienda, se sentaba, al salir de la casa, en el poyo de la fachada, y allí quietecito escuchaba la conversación de su padre el *cheij* con sus amigos, que le hacían siempre la tertulia desde la oración de media tarde hasta que el almuédano los llamaba para la de la puesta del sol, o incluso hasta la de prima noche. Otras veces, en fin, ni siquiera salía de casa, sino que se

quedaba en ella con un compañero de escuela que había venido a verlo, trayendo este o aquel libro de exhortaciones piadosas o tal o cual historia de expediciones militares, de la que le leía hasta que la puesta del sol lo hacía irse a cenar. El niño, pues, no sentía allí la soledad, ni estaba inactivo a la fuerza, ni tenía hambre, ni sufría privaciones, ni se encendía en deseos por un vaso de té.

Tales eran las añoranzas que se agitaban cruelmente en el ánimo del niño, sometido a la más absoluta inacción. Lo único que acaso le apartaba de ella unos instantes era la voz del almuédano que llamaba a la oración de media tarde desde la mezquita de Baibars; pero era una voz en extremo desagradable, que hacía recordar al niño la del almuédano de su pueblo, el cual no tenía mejor voz, pero consentía a nuestro amiguito mil géneros de juegos y diversiones. ¡Cuántas veces había subido con él al alminar, y había hecho la llamada a la oración, en sustitución suya, o había cantado junto con él la invocación que sigue a la llamada litúrgica! Aquí, en cambio, en la habitación, detestaba la tal voz, porque no podía acompañarla, y ni siquiera sabía de dónde venía, ya que ni había entrado nunca en la mezquita de Baibars ni sabía el camino del alminar, ni había probado la escalera, ni podía decir si era recta y ancha, o tortuosa y angosta, como podía decirlo de su alminar rural. Aquí lo único que conocía a fondo era la quietud; una quietud larga y continua. ¡Qué sufrimiento! En verdad, «la ciencia» impone a los que la buscan bien pesados deberes.

La tal quietud se hacía interminable para el niño y le descomponía los nervios. A veces, allí sentado, le entraba sopor, y si éste se prolongaba y se insinuaba, acababa por tumbarse y dormir. Aunque tenía oído de su madre que la siesta es odiosa y dañina para el cuerpo y alma, no tenía medio de espantar de sí aquella odiosa somnolencia, de la que le despertaba — asustado, sobresaltado — una voz que le llamaba con estas palabras que han resonado años y años en sus oídos: «¿Te has dormido, señor mío?».

Era su hermano, que había venido a ver qué era de él, a preguntarle si quería algo y a traerle la cena.

Durante la semana componíase esta cena, que le resultaba verdaderamente agradable, de un pan y de un trozo de queso fresco, de ése que llaman griego, o de un pastel de sésamo. Su hermano se la ponía

delante y se despedía de él para ir al Azhar, a asistir a la clase del maestro imam. Y el niño se ponía a comerla, con o sin apetito, pero siempre daba buena cuenta de ella. Su norma era comer poco cuando comía con su hermano, que jamás le hablaba ni le hacía preguntas sobre el caso; pero, en cambio, a solas, comer cuanto le daban, aunque no tuviese apetito o le repugnase, para que no quedara nada que pudiera dar ocasión a su hermano, si lo veía al volver, de pensar que el niño estaba enfermo o triste. Nada le fastidiaba más que producir a su hermano cuidado o desazón.

Una vez cenado, volvía a su quietud y a su confinamiento en aquel rincón irremediable. El día empezaba a declinar y el sol a decaer hacia el ocaso. En el alma del niño se filtraban sentimientos de sereno y triste cansancio. Cuando el almuédano llamaba a la oración de la puesta del sol, comprendía el niño que llegaba la noche y suponía que las tinieblas empezaban a rodearlo. Pensaba también que si le hubiera acompañado en la habitación algunos de los que ven, habrían encendido una lámpara para espantar aquellas espesas sombras; pero que, como el niño estaba solo, a juicio de los que ven no tenía necesidad de lámpara. Y en eso los juzgaba equivocados, porque a la sazón el niño distinguía confusamente la luz y la oscuridad. Una lámpara encendida le servía de compañía amistosa, y en las tinieblas sentía una espantable soledad, que tal vez provenía de su razón incipiente o de su sensibilidad exarcebada. Lo más extraño es que, para él, la oscuridad producía un ruido, un ruidito continuo como el bordoneo de un mosquito, sólo que más grueso y más lleno, que le entraba por las orejas, haciéndoles daño, y le llegaba al corazón, llenándolo de terror. Se veía entonces obligado a cambiar de clase de mediodía que quisiesen; que luego prepararían la clase que al atardecer iba a darles el maestro imam, el *cheij* Muhammad 'Abdo^[32], unos días sobre el *Libro de las pruebas de la inimitabilidad del Alcorán*^[33], y otros sobre el Comentario del excelso Alcorán; y que, mientras la preparaban, no dejarían de hablar del maestro imam, repitiendo las anécdotas que sobre él hubiesen oído, o el juicio que él tenía de los profesores y el que los profesores tenían de él, así como las famosas respuestas que daba el maestro imam, y que ellos se sabían de memoria, a quienes le preguntaban o le hacían objeciones; respuestas que los dejaban reducidos al silencio y en ridículo ante los demás estudiantes.

Porque al niño le gustaba todo esto; más aún, lo adoraba y sentía por ello ardientes ansias. Además, allá en el fondo de su alma, también tenía ganas de beber un vaso de té, de los que circulaban en aquel sitio; que también a él le gustaba el té y sentía necesidad de beberlo mañana y tarde, hasta hartarse. Pero todo eso le estaba vedado. Allí cerca, ellos chanceaban, discutían, estudiaban y tomaban té, y él no podía participar de nada de eso. Ni siquiera podía pedir permiso a su hermano para asistir a la juvenil reunión y gozar de sus placeres intelectuales y físicos, porque nada le era más odioso que pedirle algo a alguien. Su hermano le habría dado una respuesta amable o violenta, pero, en todo caso, dolorosa y mortificante. Valía más dominarse; reprimir la necesidad en que se hallaban su inteligencia de ciencia, su oído de conversación y su cuerpo de té; seguir acurrucado en su yacija, cabizbajo y sumido en sus pensamientos. Pero ni aun esto mismo podía hacerlo. Como su hermano había dejado la puerta abierta de par en par, llegaban hasta él las voces, las risotadas, los secos golpecitos delatores de que el encargado del té partía las astillas para encender el fuego, y todo ello le llenaba de deseo y de temor, de esperanza y de desesperación, conturbándole, consumiéndole, sembrando en su corazón el infortunio y la tristeza. Aún aumentaba estos sentimientos el hecho de no poder siquiera moverse de su yacija, ni dar los pocos pasos que le hubiesen permitido llegar a la puerta del otro cuarto y pararse allí, más cerca de aquellas voces, donde pudiera oír algo de lo que los muchachos hablaban. Hacerlo así le hubiera contentado y consolado. Y, sin embargo, no; no podía moverse de su sitio. Claro es que habría logrado ir hasta aquella puerta, pues se sabía de memoria el camino, y hubiese podido franquearlo lentamente y despacito; pero le avergonzaba pensar que alguien que pasara lo sorprendiese y lo viera andar a tientas, con vacilantes pasos. Y, sobre todo, le atemorizaba que quien lo sorprendiera fuese su propio hermano, el cual de cuando en cuando aparecía por la habitación a coger un libro, o un cacharro, o una golosina de las que guardaba para tomarla con el té, fuera de las horas del almuerzo o de la cena. Nada le hubiera resultado más penoso que esto de que su hermano lo sorprendiera, mientras él avanzase a tientas, sin guía, y que le preguntara qué le había pasado o qué quería. No; lo mejor era quedarse en su sitio y huir de esas inquietudes,

rumiando aquellas punzantes contrariedades junto con otras no menos punzantes y dolorosas.

Porque entonces pensaba también con nostalgia en aquella casa suya perdida en su aldea, una de las aldeas rurales. Allí, al volver de la escuela, satisfecha su necesidad de jugar, se comía un zoquete de pan duro, bromeaba con sus hermanos, y contaba a su madre cualquiera de los sucesos de aquel día en la escuela, si le apetecía contárselos. Luego, cuando le entraban ganas, se iba de casa, cerraba la puerta, avanzaba hasta tocar el muro de la casa de enfrente, seguía por él hacia el sur, y en un sitio determinado, torcía a la derecha y luego seguía adelante unos pasos, hasta llegar a la tienda del *cheij* Muhammad 'Abd al-Wahid y de su hermano, el joven Hachch Mahmud. Allí se sentaba a charlar, a chismorrear y a oír las sencillas conversaciones campesinas de los compradores, hombres y mujeres; conversaciones de cuya variedad, ingenio y simplicidad disfrutaba. Si los clientes eran escasos, se ponía a hablar a solas con uno de los dueños de la tienda o le pedía que postura. Sentado a la moruna, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza escondida entre las manos, se entregaba indefenso a aquel ruidito que le invadía por todas partes. Si la quietud de la media tarde le obligaba con frecuencia a dormir, ésta del atardecer le producía una vigilia extraña, no parecida a ninguna otra.

Hubiese llegado a acostumbrarse a ese ruido de las tinieblas y a juzgarlo inofensivo, si en la habitación no hubiera habido otros ruidos, sumamente diversos, que le asustaban y atemorizaban. El caserón pertenecía, en efecto, a las Fundaciones Pías, lo cual quiere decir que era viejo, antiquísimo, inmemorial; que sus paredes estaban llenas de grietas, y que en estas grietas anidaban bandadas de insectos y de otras bestezuelas que, al caer la noche, cuando el niño estaba solo y acurrucado en su rincón, parecían encargadas de mortificarle con todo género de débiles ruiditos. Todo eran crujidos, lentos o rápidos, que llenaban el corazón del niño de zozobra y de terror. Cuando su hermano entraba, solo o con sus amigos, y encendía la lámpara, los ruidos y los crujidos cesaban como si nunca hubiesen existido. Por eso y por otras razones, nunca osó el niño hablar de ellos, pues, de hacerlo, lo menos que temía era que le tuvieran por tonto y que su inteligencia o su valor fuesen puestos en tela de juicio. Prefería callarse y esconder su miedo.

Al llamar el almuédano a la oración de prima noche despertaba en el alma del niño una breve esperanza, a la que seguiría una larga desesperación. En efecto, como ya había terminado la clase del maestro imam, no tardaba en venir el hermano, encender la lámpara, poner su cartera en su sitio, coger el libro, utensilio o golosina que necesitaba y esparcir, entretanto, por la habitación un poquito de vida, ahuyentando aquella soledad espantable. Pero, hecho todo eso, y tras de haber entregado al niño la almohada en que apoyaba la cabeza para dormir y la manta con que se cubría, una vez que lo veía reclinado en la una y arrebuñado en la otra, apagaba la lámpara y se iba, cerrando la puerta y echando la llave.

Creía dejar al niño entregado al sueño, y lo dejaba entregado a un largo y espantoso insomnio. Cuando volvía a las dos horas, o más, tras de haber comido, tomado el té, discutido con sus camaradas y preparado con ellos las lecciones del día siguiente que Dios había querido; cuando desechaba la llave y encendía la lámpara, pensaba que el niño estaba sumido en un sueño tranquilo y placentero. Pero, en realidad, el niño no había probado el sueño, esperando, lleno de angustia y de terror, la vuelta del hermano. Cuando éste se tumbaba en la cama, una vez apagada la lámpara; cuando su respiración, turbada o acompasada, indicaba que ya se había dormido, es cuando el niño sentía paz y sosiego, cuando le venían pensamientos propios del que vive tranquila y serenamente, e ideas del que es feliz y no tiene inquietudes. Insensiblemente, esta vigilia, por fin sosegada, empalmaba con un sueño delicioso.

VI El tío Hachch 'Alí

Sin embargo, dos extraños ruidos solían despertarle de pronto con sobresalto. Era uno de ellos el de los violentos golpes que daba un bastón en el suelo; el otro, una voz humana, trémula y entrecortada, ni recia ni suave, que imploraba a Dios y proclamaba sus alabanzas con una prolongadísima y extraña melopea. Como el silencio era absoluto y la calma nocturna lo envolvía todo, aquella voz humana que surgía de cuando en cuando, entrecortada por los golpes del bastón en el suelo, aunque era temblona y cascada, parecía fuerte, y sembraba en la callada noche algo parecido a la inquietud. Poco a poco se iba acercando, hasta casi llegar al cuarto del niño; luego se desviaba y se debilitaba un poco hasta casi desaparecer; reaparecía, fuerte y continua, cuando su dueño había bajado la escalera del caserón y echaba a andar por la calleja; y, al fin, iba disminuyendo poco a poco hasta esfumarse.

La primera vez que el niño oyó éste, o mejor, estos dos ruidos, se asustó y aun se fatigó pensando en ellos y en su posible causa, pero no consiguió nada más que perder el sueño y pasarse el resto de la noche desvelado e inquieto, hasta que le devolvió el sosiego y la tranquilidad la voz del almuédano que gritaba: «La oración es mejor que el sueño». Saltó, pues, de la cama alegremente, mientras su hermano lo hacía a disgusto y con precipitación, y al cabo de pocos minutos ambos bajaban la escalera y caminaban de prisa, hacia el Azhar, el uno para asistir a su clase de Fundamentos de la Religión, y el otro para la de Tradición profética.

En el último tercio de las noches siguientes ambos ruidos siguieron despertando al niño y asustándolo, pues no sabía su origen ni se atrevía a preguntárselo a su hermano ni a ninguna otra persona. Y, al fin, llegó la noche del jueves. Los dos ruidos, como de costumbre, despertaron y

sobresaltaron al niño, y la voz del almuédano le devolvió la calma y el sosiego; pero esta vez no se tiró de la cama alegremente, ni su hermano lo hizo a disgusto y con prisa, pues la mañana del viernes no hay clases, y ni el *cheij* mozo ni el *cheij* niño tenían necesidad de interrumpir sus respectivos sueños. El del hermano, que ni esa noche ni las anteriores había oído nada, prosiguió plácidamente; pero el del niño bien perdido estaba desde que lo cortaron los dos ruidos. Sin embargo, hubo de seguir en la cama, harto de aquella forzada quietud, incapaz de moverse y deseando que se despertase su hermano para rezar la oración de la aurora, pues ya aumentaba la luz del sol y sus rayos entraban tímidos en el cuarto.

Y, de pronto, he aquí que el niño volvió a oír los dos ruidos, esta vez suaves y ligeros, pues el bastón rozaba apenas el suelo, y la voz, no exenta de cierto desmayo, penetraba dulcemente el aire. No dejó de extrañarle la contradicción de que los tales ruidos fuesen violentos en la calma nocturna, cuando las gentes duermen y es bueno proceder en silencio, y, en cambio, fuesen discretos y mesurados en la agitación de la jornada, cuando todo el mundo está despierto y no hay inconveniente en que las voces se alcen con toda energía y libertad. El niño seguía en su forzada quietud, temeroso, si se movía, de despertar a su hermano. Sólo cuando el calor del sol le dio ya demasiado en la cabeza se incorporó despacito y cambió suavemente de sitio, buscando otro en que no le diera el sol, y se quedó en él sin moverse. Y en él se hallaba desazonado, a disgusto, a regañadientes, mientras su hermano seguía sumido en su sueño, cuando de pronto se oyó un fuerte porrazo en la puerta y detrás de ella gritó una voz alta, colérica, estentórea:

—¡Vamos, vosotros! ¡Vamos, bestias! Despertad. ¿Hasta cuándo vais a estar durmiendo? En Dios busco refugio contra la infidelidad y el extravío. ¿Van los estudiantes de «la ciencia» a dormir hasta media mañana sin cumplir la oración en su hora? ¡Vamos, vosotros! ¡Vamos, bestias! En Dios busco refugio contra la infidelidad y el extravío.

La mano seguía aporreando la puerta y el bastón golpeando en el suelo, mientras en torno surgía un coro de risas. Desde el primer porrazo el *cheij* mozo se había despertado; pero seguía en su sitio, inmóvil, quieto, riéndose a hurtadillas, reprimiendo las carcajadas, como gustoso de lo que oía y deseoso de que aumentara y no cesase. El niño, por su parte, había

reconocido la voz que le desazonaba por la noche y el bastón que, al golpear el suelo, lo despertaba. ¿Qué podrían ser aquel hombre, aquel bastón y aquellas risotadas que lo acompañaban?

Por fin, el mozo se levantó de la cama, soltando la risa, y corrió a abrir la puerta. Por ella se precipitó aquel hombre vociferando:

—En Dios busco refugio contra la infidelidad y el extravío. Dios mío, aparta de nosotros el mal y protégenos contra Satán el apedreado. ¿Sois hombres o animales? ¿Sois musulmanes o infieles? ¿Aprendéis de vuestros maestros la verdadera religión o el error?

Con él se habían colado también en el cuarto unos muchachos amigos del mozo, que reían a gritos sin parar. Así conoció el niño al hombre aquel, que no era otro sino el tío Hachch 'Alí.

Era el tío Hachch 'Alí un hombre bastante viejo, con más de setenta años, pero que conservaba enteros su vigor y sus facultades, tanto las de su inteligencia, que era hábil, astuta, ingeniosa y llena de tacto, como las de su cuerpo, que era de buena talla, agilísimo y robusto. Resultaba tan brusco en sus ademanes como en su manera de hablar, porque no sabía hacerlo en tono normal, ni acertaba a bajar la voz, y había de decirlo todo a gritos. Conforme supo el niño más tarde, había sido comerciante, nacido y hecho hombre en Alejandría, de donde le venía la fuerza y la violencia, la franqueza y el ingenio que distinguen a los alejandrinos. Se dedicaba al arroz, y de ahí le venía su nombre de tío Hachch 'Alí Razzaz. Al entrar en años había dejado el comercio, o el comercio le había dejado a él, y como tenía una casa en El Cairo que le rentaba algún dinero, alquiló un cuarto en aquel piso del caserón, donde él y los dos persas, de que se hizo rápida mención al comienzo de este relato, eran los únicos inquilinos no pensionistas del Azhar. Pero apenas el tío Hachch 'Alí se instaló en aquella habitación suya —situada en lo último del caserón, a mano izquierda conforme subías la escalera— cuando todos estos jóvenes estudiantes, a quienes hacía reír y que le admiraban, se congregaron en su torno. Entre unos y otro se trabó un afecto dulce, sólido y desinteresado, lleno de fidelidad, así como de una ternura y circunspección que de veras se metían en los corazones.

Sabía el viejo la pasión que estos mozos tenían por «la ciencia», su afán por el estudio y su apartamiento de toda diversión frívola, y los amaba por ello. Durante la semana no iba a verlos, como si no los conociera, ni ellos tampoco lo veían, a menos que fuera ocasionalmente o que insistieran con él para que de vez en cuando comiera o tomase el té en su compañía. Pero, al llegar la vacación del viernes, no se separaba de ellos desde muy temprano, pues sólo esperaba a saber, entrado el día, que ya debían estar hartos de descanso y de sueño. Salía entonces de su habitación y, llegándose a la del estudiante más próximo, le despertaba con la brusquedad y el escándalo que quedan referidos; luego, con el estudiante despertado pasaba al siguiente, y así, hasta que llegaba al cuarto del hermano del niño, rodeado por todos los jóvenes, alegres y contentos, que recibían la vocación alborozados, sonriendo a la vida y sonriéndoles la vida a ellos. Ese día tocaba al viejo organizar la comida y los inocentes placeres de los estudiantes. Les proponía lo que habían de almorzar, y a menudo se lo preparaba en su propia habitación, si no se hacía en la de uno de ellos. Asimismo les sugería la cena y lo que debían hacer para disponerla, vigilando los preparativos y subsanando cualquier cosa que se torciese. Por la mañana no se separaba de ellos más que para la oración en común del mediodía; luego, salvo un momento en que iba a rezar la plegaria de media tarde, seguía con ellos todo el tiempo y les acompañaba a cenar y a tomar el té; llegada la puesta del sol, presidía su oración, y a la plegaria de prima noche los dejaba, para que preparasen las clases a que habían de asistir el día siguiente.

Se había impuesto el tío Hachch 'Alí una vida extremadamente pía y devota, y le daba la mayor publicidad posible en gentes de su tipo. Empezaba por esa expedición que renovaba cada noche, en su último tercio, cuando salía de su habitación invocando a voz en cuello el nombre de Dios, proclamando sus alabanzas y golpeando con el bastón, hasta que llegaba a la mezquita de Sayyidna al-Husein, en la que rezaba las letanías de la aurora y asistía a la oración litúrgica del alba. Volvía luego canturreando, rezando entre dientes y rozando apenas el suelo con el bastón, a descansar en su cuarto. En éste rezaba luego las demás oraciones canónicas, pero abriendo la puerta y haciendo a gritos las plegarias, para que lo oyeran

todos los vecinos. Sin embargo, cuando se quedaba solo a comer, a tomar el té o a charlar por la noche con sus jóvenes amigos, era el hombre más ocurrente y divertido, el de lengua más larga, el más bromista, el que sacaba defectos a todo el mundo, el más maldiciente. No se recataba de hablar, ni se paraba en barras por malicias, ni vacilaba en que por su lengua siempre expedita y por su voz constantemente sonora pasasen los vocablos más ruines y obscenos y los que evocaban los pensamientos más disformes y las más torpes imágenes.

Los jóvenes le amaban a pesar de ello, o tal vez a causa de ello. Sí; lo mejor sería decir que esa condición suya les gustaba locamente y que sentían por ella la mayor afición, como si les sacase de sus rutinas, les pusiese una tregua en el penoso esfuerzo de «la ciencia» y del estudio, y les abriese un portillo de diversión en el que ellos no podían penetrar por sí mismos. Es más: ni siquiera penetraban por él cuando se agrupaban en torno del viejo y éste derramaba sin tasa sobre ellos su verborrea, porque, aunque lo oyeran y se rieran hasta casi partirse los ijares de risa, nunca repetían al viejo ninguna de sus disolutas palabras ni de sus obscenas expresiones. Era como si vieran algo asombroso y distraído, de lo que disfrutaban desde lejos, pero sin permitirse, o sin que sus circunstancias les permitieran, acercarse a ello o esforzarse por lograrlo. No era este uno de los menores indicios de una extraña cualidad, digna al mismo tiempo de admiración y de piedad, que distinguía a estos estudiantes de muchos de sus colegas y camaradas, y que consistía en refrenar sus apetitos y moderarse con alguna dureza, para poder seguir sin desmayo en sus estudios y no engolfarse, como tantos otros de sus compañeros, en esos fáciles entretenimientos que mellan el empuje, contrarrestan los buenos propósitos y arruinan las costumbres. Pero nuestro niño, que todo lo oía, entendía y retenía, se asombraba y se preguntaba cómo el estudiar y el esfuerzo que estudiar supone podían compaginarse con aquella propensión a la chanza y aquel complacerse, sin moderación ni cautela, en tales niñerías. Él, en cambio, se comprometió consigo mismo a que, cuando creciera y se encontrara en la misma situación que aquellos mozos a quienes respetaba y cuyo talento estimaba, no seguiría la misma conducta ni se abalanzaría como ellos a la frivolidad.

El viernes era, en fin, el día dedicado a las barrigas en la vida de aquellos estudiantes y en la de su amigo el viejo. Por la mañana se reunían en torno de un almuerzo copioso, grasiento y animado, compuesto de habas y huevos, más el té, sin olvidar las pastas secas que guardaban de aquellas que les habían dado sus madres y en cuya confección y empaquetamiento habían puesto sus sencillos corazones, llenándolas de cariño, de amor y de ternura. ¡Cuántas veces se acordaba el niño del esfuerzo que ponía su padre en ganar el dinero preciso para que la madre pudiera preparar para sus hijos aquellas golosinas, y del trabajo de su madre en hacerlas, y de la alegre fatiga que en ello ponía, y de su muda tristeza, y de las lágrimas que le corrían cuando las empaquetaba y entregaba los paquetes al que había de llevarlos a la estación! Y lo recordaba cuando los mozos se las engullían mojándolas en el té, según les aconsejaba el viejo, o triturándolas con muelas y dientes para dar en seguida un sorbo de té que las humedeciese y las empujase fácilmente por sus gaznates; todo entre risotadas por las bromas y chistes del viejo, sin acordarse para nada de sus padres y de sus esfuerzos, ni de sus madres y de sus fatigas y sus lágrimas.

En cuanto a la cena, la disponían el viejo y sus amigos los estudiantes entre la segunda y la tercera ronda del té del almuerzo. La tal preparación oprimía el alma del niño, llenándola de vergüenza, aunque, al entrar en años y pensar en ella, siempre la ha recordado con una mezcla de asombro y de ternura. Todo eran discusiones y consultas, aunque el tema de que trataban no era vasto ni complicado, pues se trataba de elegir entre dos platos, de los cuales no se salían jamás: o patatas con carne, tomates y cebollas, o calabacines con carne, tomates, cebollas y unos pocos guisantes. Una vez concertados sobre las cantidades que se habían de comprar, calculaban el precio, y cada cual daba su parte a escote, menos el viejo, al que liberaban siempre de ese tributo. Reunido el dinero, iba uno a hacer la compra, y a la vuelta otro se levantaba a por el hornillo, que encendía con carbón vegetal. Cuando los tizones se ponían incandescentes, preparaba este último la comida, bajo la vigilante mirada de sus compañeros, agrupados o dispersos. De cuando en cuando, el viejo le asistía con sus consejos, hasta que, dando por terminada la preparación de la cena, la dejaba que se cociera a fuego lento. Entonces todos se reunían en torno de su amigo el viejo a divertirse, o

se apartaban a estudiar. El cocinero se levantaba a veces a dar un vistazo a la cena, por miedo de que se socarrara o se echara a perder, o a añadir al puchero unas gotas de agua. Conforme avanzaba la cochura, el fuego iba arrancando a la comida y esparciendo un olorcillo penetrante que todos olfateaban, como delicioso prenuncio de una cena deliciosa. Claro es que no eran ellos los únicos en guisar, porque también lo hacían en el caserón otros camaradas, que aspiraban parecido tufillo; pero, en cambio, había asimismo en el caserón otros compañeros que no podían costearse guisos así, y, por último, los obreros que habitaban en el primer piso no podían regalarse ni regalar a sus mujeres e hijos con tales comidas. Lo más probable era, pues, que los obreros viesan a sus mujeres presa, por esta privación, de grave cuidado, y que tanto ellos como los estudiantes menos ricos aspirasen aquellos olores, que llenaban los viernes el caserón, con un placer doloroso o un dolor placentero. Y como el fuego del carbón vegetal era lento y morosísimo, prolongaba el placer de los unos y el dolor de los otros.

Al cabo, una vez rezada la oración de media tarde, cuando ya andaba el sol cerca del ocaso, el guiso estaba cocido. Las gentes se sentaban alrededor de la mesa, listas para comer con una actividad mitad seria, mitad chancera. Cada uno deseaba no verse defraudado en la parte de cena que le tocaba, y para ello espiaba a sus compañeros, no se le adelantasen o se propasasen, pero se avergonzaba de dar muestras de su deseo y de su espionaje. Por lo demás, allí estaba el viejo, cuya franqueza les excusaba a ellos de tenerla, y cuyas burlas declaraban la seriedad que encubrían, porque él los espiaba a todos, les repartía por igual la comida y evitaba que cualquiera de ellos abusase en perjuicio de los demás. No pasaba por movimiento mal hecho y nada le retenía. Todo lo proclamaba a voz en cuello, según su costumbre, llamando la atención a éste, que cogía un pedazo de carne en vez de una patata, o al otro, que abusaba y perjudicaba a sus compañeros con hacer su bocado sólido o líquido demasiado grande, y repartiendo entre esotro y el de más allá sus dicterios, en un tono bromista que no molestaba ni hería, y que hacía reír sin lastimar el amor propio que cada cual debía tener.

Nuestro niño asistía al fragor de esta risueña batalla avergonzado, temeroso y encogido. Su mano vacilaba sin acertar a cortar su pedazo, ni a mojarlo en la salsa, ni a llevárselo a la boca, imaginándose que todos los

ojos estaban fijos en él, y que, en especial, los del viejo lo miraban furtivamente. Esta última suposición acrecía su desasosiego: la mano le temblaba, y el caldo le goteaba en el vestido, y él lo sabía y le dolía, pero no podía evitarlo. Claro es que probablemente nadie se fijaba, pues la prueba es que, a veces, al acordarse de él y poner en él la atención, le animaban a comer y le presentaban el bocado que no estaba a su alcance. Pero esto no hacía más que aumentar su confusión y su angustia. La tal risueña batalla era, para él, una fuente de sinsabores y tristezas, cuando hubiera debido alegrarle y hacerle reír. Nada más se divertía, se consolaba, y aun a veces se reía cuando, luego que todos habían bebido el té y mudaban de sitio para estudiar y charlar, se quedaba solo y lo repasaba todo en sus adentros.

Largos años pasaron así los mozos con aquel viejo, y en esta risueña vida creció el niño, gracias a él, a pesar de los motivos de tristeza, pena y dolor que se atravesaban en su camino. Más tarde, el grupo se dispersó. Cada uno de aquellos jóvenes tiró por su lado, todos dejaron el caserón y se fueron a vivir a barrios de la ciudad muy distantes unos de otros. Sus visitas al viejo escasearon para luego cesar. Empezaron por quererlo olvidar, y acabaron por olvidarse de él. Un día, los miembros de aquella comunidad supieron que había muerto, y sus corazones se entristecieron, pero sin que esta pena les subiese a los ojos ni dejase huellas en su rostro. El verídico informador que trajo la noticia, y que le había asistido en su agonía, dijo que las últimas palabras del viejo fueron una oración por el hermano de nuestro niño.

¡Dios haya tenido misericordia del tío Hachch 'Alí! Aunque difícil de soportar para el niño, éste sintió que, luego, al recordarlo, su corazón se llenaba de misericordia y de ternura.

VII El estudiantón

No era este viejo la única fuente de diversión y distracción de nuestros jóvenes. A veces ambas tenían otro origen, si bien, en este caso, la diversión era económica y la distracción tranquila. En efecto, se divertían moderadamente y se distraían bajo cuerda siempre que encontraban a otro amigo suyo que vivía en un cuarto, allá en lo último del caserón a mano derecha, mientras que el viejo vivía en la otra punta y a mano izquierda.

Este inquilino del cuarto de la derecha era un hombre de mediana edad, sin duda entre los cuarenta y los cincuenta años, viejo estudiantón que llevaba en el Azhar más de veinte, sin haber obtenido el diploma, pero sin desesperar todavía de conseguirlo. Hay que decir que no era éste su único fin ni el exclusivo objeto de su vida, y que aspiraba a él junto con esas otras cosas que las gentes suelen apetecer en su existencia. Tenía mujer e hijos, a los que dedicaba el tiempo de las vacaciones del verano y del ramadán, así como las otras breves fiestas que a veces interrumpen el estudio de los azharistas. La tal familia vivía en un pueblo cercano a El Cairo; de suerte que el ir y volver no le suponían gran esfuerzo ni demasiado gasto. Como tantas otras gentes de su comarca, poseía uno o varios pedacitos de tierra y el padre de su mujer era dueño de otro tanto. No era, pues, «un hombre sin recursos», como entonces se decía, ni tampoco un ricacho. Lo que era, ante todo, era un hombre económico, con un arreglo que casi rayaba en tacañería.

Su pasión por «la ciencia» era ponderada, su celo en obtenerla no pasaba de regular, y su asiduidad en el estudio muy mediana; pero su inteligencia y su disposición para éste eran más mediocres y mas limitadas todavía. A pesar de ello, se creía listo y se tenía por víctima de la injusticia. No es que se quejase de que lo suspendieran al querer graduarse, ni que

acusara de injusticia al tribunal, porque llevaba en el Azhar mas de veinte años sin presentarse a examen, cuando desde hacía doce hubiese podido hacerlo; era que veía al Azhar a través de unas gafas oscuras o deformadoras. Pensaba mal de los estudiantes, y creía, erradamente o no — lo más probable, con error—, que en el Azhar los diplomas no se obtenían con listeza y talento ni con esfuerzo y aplicación, sino, de una parte, por suerte y casualidad, y, de otra, con adulaciones y hábiles maniobras y ardides para insinuarse en el ánimo de los jueces. Él creía que la mala estrella se ensañaba con él y le apartaba del diploma por razones misteriosas, como creía que, siendo el examen un acto que desarreglaba los nervios, valía más no concurrir a él. Siempre comenzaba su curso en el Azhar resuelto a prepararse para el examen y se concertaba con un grupo de sus amigos para estudiar con ellos algunos de los libros que es fuerza saber de coro para examinarse; pero, apenas pasados uno o dos meses, presentía que la suerte no iba a serle propicia, remoloneaba, se emperezaba y acababa abandonando el estudio por cualquiera otra ocupación. Claro es que otra vez le echaba la culpa a la mala suerte, que no le daba esa rapidez de memoria y esa engañosa listeza que los maestros estiman, mientras se las daba, en cambio, a Fulano y Zutano, de entre sus compañeros, siendo así que en realidad él no se creía menos inteligente que ellos ni menos capaz de desenvolverse en el estudio.

Siempre que hablaba con sus amigos, nuestros jóvenes, no les ocultaba que conocía el medio seguro e infalible de obtener el grado, y que muy a menudo sentía la tentación de ponerlo por obra, pero que, a la postre, se resistía a vender uno o dos quilates de sus bienes para obtener ese grado que le daría reputación de sabio, aumentaría su ración diaria de pan y le valdría a fin de mes un sueldo de setenta y cinco piastras. Valía más esperar a que cambiasen los días malos y a que la fortuna le sonriese, como había sonreído a su amigo y paisano Fulano el año pasado. Este Fulano —decía—, hombre listo y talentudo, que llevaba un cuarto de siglo de estudiante y que se había presentado a examen de improviso, no sólo había aprobado, sino que incluso sacó notable y hasta hubiera conseguido el sobresaliente de haber sabido dar jabón a Mengano, uno de los miembros del tribunal. Tenía, pues, que esperar como su amigo, y la suerte acabaría por serle propicia,

como con su amigo lo fue. «Amigos míos —concluía—, la suerte lo es todo. Yo he estudiado y me he fatigado como vosotros, y os deseo una fortuna mejor que la mía, porque yo ni me fío de ella ni casi ambiciono tenerla».

Nuestros jóvenes, cuando le oían estas razones, se las aprendían de memoria, fijándose bien en la manera cómo las profería. Porque esta manera era divertida en extremo. Hablaba con suma lentitud y con voz más bien baja. Subrayaba las palabras como si quisiera grabarlas en los oídos de sus interlocutores. Entreveraba la conversación con chistes y cuentecillos que tenía por raros y graciosos y de los cuales se reía largamente. Como tales cosas no les parecían a los oyentes ni fu ni fa, al verlo reír se quedaban cortados; pero como él seguía riendo, acababan por reír también, y cuando rompía en carcajadas, las daban ellos asimismo. Su risa era extrañísima y «risible», si se me permite esta expresión, pues empezaba en un tono muy alto, que se quebraba; seguía luego riendo un poco en sordina, para recobrar el diapasón agudo y volverse a interrumpir, siempre indefinidamente lo mismo. Los estudiantes, en cuanto se quedaban a solas, remedaban aquellos discursos, repitiendo las mismas palabras y contrahaciendo dicha risa. Con ello pasaban un rato divertido y ameno.

Aún había otra cosa que maravillaba a nuestros jóvenes en aquel amigo suyo. Era éste sensual, o mejor dicho, loca y desatinadamente dado a la sensualidad. Le gustaba hablar de sus placeres y disfrutaba describiéndolos seguramente más de lo que gozaba viviéndolos. Estos placeres suyos, a los que se entregaba y que le gustaba contar, eran, según se mirase, inocentes o pecaminosos. Solía referir lo que hacía a solas con su mujer, y ello con detalles desagradables y entreverado todo con su peregrina risa; pero lo mismo contaba su placer en sentarse a la mesa, en el pueblo, frente a una comida succulenta, o en la ciudad, frente a un almuerzo de los de mogollón, y lo contaba intercalando sus famosos y desmayados chistes y sus incesantes carcajadas a borbotones. También narraba sus paseos por las calles o callejones de la ciudad, o incluso por dentro del caserón, cuando salía a tomar el fresco y a curiosear lo que pasaba en el piso de abajo, pues no veía mujer en ninguno de esos sitios que no analizase y describiese hasta el más mínimo detalle, desnudándola por así decirlo. En esta pecaminosa

tarea hallaba un placer que para él no era pecado. Jamás a una mujer la llamaba «mujer», ni «señora», ni «hembra», ni nada de lo que suelen usar las gentes para nombrarla: la llamaba solamente «nalgas». Para él una mujer delgada nada valía. La mujer, la verdadera mujer, era sólo la gorda, aquella cuyos miembros nadaban en grasa y carne, y a la que comparaba bien con un almohadón, bien con un colchón, autorizándose con aquel verso en que Ka'b ibn Zuhair^[34] pinta así a su amada Su'ád:

Por delante es esbelta, pero opulenta por detrás.

No hay que censurar en ella nada pequeño ni delgado.

—¿No veis —comentaba ante sus amigos—, que apenas el poeta ha dicho que su amada era esbelta por delante, cuando se desdice y enmienda diciendo que era opulenta por detrás?

Y ya en este camino, se metía en mil detalles escabrosos, contaba chistes, intercalaba anécdotas, soltaba la risa, la retenía, la volvía a soltar... Esta conversación subyugaba a los jóvenes estudiantes, pues, como se hallaban privados de todos aquellos placeres, tanto los inocentes como los culpables, nada podía hacer en sus espíritus mella más honda.

Nuestro niño lo oía todo también, allá en su rincón, acurrucado, cabizbajo, como si no existiera. Ninguna palabra perdía y ni una sola inflexión de voz se le escapaba. «Si estos hombres —se decía para sus adentros— se dieran cuenta de todo lo que estoy oyendo y aprendiendo, se recatarían de tener tales conversaciones delante de criaturas pequeñas».

Desde que el niño lo conoció, pasó aquel hombre en el caserón años enteros, durante los cuales le sucedieron incidentes muy diversos, que todos a primera vista movían a risa, pero que contados o pensados dan pena y despiertan tristeza. Era un verdadero rústico, hasta en los más recónditos sentidos que esta palabra encierra: apegado al terruño, afanoso de dinero, desazonado en extremo por ganar como fuera, lo mismo vendiendo, que alquilando, que comprando. El dinero, y sólo el dinero, era lo que para él contaba cuando iba al pueblo, o cuando pensaba en él, o cuando se encontraba con cualquiera de sus paisanos. Y era un sensual hasta en los más recónditos sentidos del vocablo: esclavo de los sentidos, anheloso de

ese goce inmediato para el que no son menester finura de alma ni delicadeza de sentimientos ni adelgazamiento del gusto. Su actividad estudiantil o su espera de un diploma eran nada más que uno de sus medios, o, mejor, uno de sus fines; algo en que descansar cuando se fatigaba de correr tras el dinero o cuando se hastiaba de encenagarse en la sensualidad. Sólo entonces volvía al caserón, se encerraba en su cuarto, pensaba en sus camaradas, en sus maestros y en su grado, hablaba con aquellos amigos y les acompañaba a veces a comer y a tomar el té. Con todo, era muy creyente, y de vez en cuando sufría crisis místicas que le sacaban de estas ocupaciones habituales y hacían de él una especie de asceta, que se mortificaba, se trataba con rigor y severidad y se imponía el tormento de la privación y del hambre.

Un día, tras una diferencia con su suegro por cuestión de intereses, dejó a su esposa campesina y se decidió a tomar otra mujer en El Cairo y a emparentar con familia fina y culta. Repudió, pues, a su primera mujer y refirió todos estos proyectos a sus amigos, detallándoles con las palabras más claras y salaces la diferencia que hay entre las mujeres de la ciudad y las del campo. Pero otro día, a poco, amaneció descuidado de las mujeres del campo y de la ciudad; del dinero y de las delicias de la comida y del té, por haber tenido la intuición de que la suerte le sería propicia si se presentaba a examen. Era, pues, menester presentarse y aprestarse a esta batalla con los maestros. Tenía por delante unos meses en que hacer la preparación, reuniéndose con sus amigos y colegas, recientes y antiguos, y consagrándose por entero a los Fundamentos, al Derecho, a la Retórica, a la Gramática, a la Teología y a las restantes materias del programa.

En efecto, lo hizo así y se presentó a examen. Ese día fue famoso. Compareció ante el tribunal muy de mañana y estuvo con él hasta la tarde, fatigando a los examinadores y dejándose fatigar por ellos. Para descansar del tribunal, si se ensañaba con él, había ideado un ardid ingenioso y nada común. Compró una o varias sandías, que dejó cerca de la sala de exámenes; al comparecer ante sus jueces les dijo que padecía de incontinencia de orina y les pidió permiso para salir siempre que a ello le obligara su enfermedad; el tribunal, compadecido, se lo otorgó; en estas condiciones comenzaba a exponer la lección que le pedían o a discutir con

los examinadores, si cualquiera le hacía una pregunta; pero, en cuanto se quedaba cortado, pedía permiso para salir, y no iba adonde hubiera podido satisfacer su necesidad o aliviar su padecimiento, sino a comerse una raja de sandía que le refrescase, le aguzase el entendimiento y —como decía— le devolviese los ánimos; y volvía luego a coger el hilo de la exposición o del diálogo, donde lo hubiese dejado, ante el tribunal. Jueces y alumnos siguieron así durante buena parte del día; pero al cabo pudo volver a su cuarto feliz y contento: pasó, obtuvo la nota de aprobado y se convirtió en un ulema.

En verano se separaron de él sus amigos, y, al encontrarlo de nuevo en el otoño, ya no ocupaba aquel cuarto suyo en el caserón. Había realizado sus esperanzas, emparentando con una familia de la ciudad, y vivía con ella, no lejos de su antiguo hospedaje.

Más adelante, un día, se apoderó de él su vena mística y decidió que debía retirarse por algunos días a la mezquita, para mortificarse con el ayuno, la plegaria y la continua invocación de Dios. Así lo hizo y permaneció en su retiro no sé cuánto tiempo, pero bastante. Salió extenuado, delgadísimo, y, al volver a su casa, sus familiares lo encontraron feo y hasta tal vez se burlaron de su capacidad sexual. El caso es que reapareció en él su rústico afán de abandonarse a los placeres y se apoderó de él su fiebre campesina. Salía por la mañana; se iba a un figón o a un cafetín en el que abusaba hasta el colmo de comer habas, aceite, pan y cebollas; para apagar el fuego de este almuerzo abusaba luego también hasta el colmo del té; no tardó en añadir a lo sólido y líquido que se metía en la barriga una de esas cosas a las cuales los que las usan aluden sin nombrarlas; y, cuando todo ello se le había asentado o se le revolvía dentro, volvía a su casa excitado y fuera de sí. Sus familiares se lo llevaban a mal y lo temían. Llegó a querer tirarse por la ventana, y lo hubiera hecho de no sujetarlo uno de la familia, con no flojo esfuerzo. Tuvieron que maniatarlo, porque, en efecto, estaba loco y había perdido el juicio.

Nunca olvidará el niño los gritos que a él llegaron cierta noche, luego de rezada la última oración; gritos que dejaron a los estudiantes mozos como fulminados y tristes, con las lágrimas a pique de brotar y sólo reprimidas por la vergüenza. Porque eran los gritos de aquel hombre, presa de la

locura, que daba suelta a la lengua cantando los más obscenos delirios. A la mañana siguiente, la familia de su mujer lo llevó a un manicomio, en el que estuvo varias semanas y del que salió cambiado de raíz, con la voz más opaca, los ademanes más rígidos, perdida la risa suya famosa, inspirando a todo el que lo veía una extraña mezcla de miedo y de compasión.

Pasaron los días, arrastrando las cosas. De aquel hombre se separaron sus amigos mozos, cada uno por el camino que le trazó la vida. Lo veían poco, y a la postre nada. De vez en cuando tenían de él algunas noticias que asimismo cesaron, hasta que un día alguien les enteró de su muerte. Sus amigos se entristecieron un instante, pero sin derramar una lágrima y sin que sus rostros se contrajeran más que muy poco. Sólo sus lenguas pronunciaron la noble aleya que recitamos siempre que se nos comunica un fallecimiento: «De Dios somos y a Dios hemos de volver».

VIII El amigo postizo

Otro de los cuartos habitados de aquel caserón, no muy lejos a la izquierda, conforme subías la escalera, era también para nuestros muchachos fuente de diversiones y de bromas.

Vivía en él un joven, tal vez un poquito mayor que nuestros estudiantes y con más tiempo de permanencia en el Azhar, pero que, al fin y al cabo, era de su misma generación y promoción. Tenía una vocecita atiplada, que con sólo oírla te movía a risa, y muy poco entendimiento, pues no consentía Dios que ninguna clase de conocimiento científico pudiese pararle en la cabeza. Su talento era tan corto y limitado como su listeza natural, pues tampoco consentía Dios a su penetración acercarse a la más mínima de las infinitas cosas que hay más allá de los libros. Con todo, tenía notable confianza en sí mismo y grandes ambiciones para su porvenir, y estaba convencido con toda ingenuidad de que valía tanto como sus demás amigos, con los cuales vivía y compartía la mayor parte de las clases. Asistía, en efecto, con ellos a la clase de Derecho y a la de Retórica, así como al curso del maestro imam. A la clase de Fundamentos no iba, porque ello hubiera supuesto para él salir de su cuarto al alba, y él prefería y tenía en más su descanso. Acompañaba, además, a sus colegas en ciertas lecturas en común, sobre todo la de ciertos libros que nada tenían que ver con las enseñanzas organizadas y con lo que explicaban los maestros.

Porque nuestros estudiantes no andaban muy a gusto con los libros usados en el Azhar, influidos en esto por la opinión que sobre los tales libros y sus métodos tenía el maestro imam. Al escuchar sus explicaciones de cátedra o al visitarle en su casa, oían de sus labios los títulos de otros valiosos libros, de Gramática, Retórica, Teología y aun de Literatura. Por estos libros valiosos muchos maestros del Azhar, que no los conocían a

fondo, sentían odio, agravado quizá por el hecho de que el maestro imam los recomendara y alabara. Pero, viceversa, algunos otros sabios maestros, que trataban de competir con el imam, imitaban su proceder y recomendaban también a sus discípulos otros libros interesantes que tampoco se explicaban en el Azhar, porque su lectura no era habitual entre los azharistas. Pues bien; apenas nuestros estudiantes oían el título de uno de esos libros, corrían a comprarlo, si podían, aun a costa de no flojo esfuerzo y de severas privaciones y, si no podían, lo tomaban prestado en la biblioteca del Azhar, y al punto se abalanzaban a él, concertándose para leerlo en común y ayudándose para entenderlo.

A hacerlo así les movía, no sólo su sincero afecto por el maestro imam y su no menos sincera afición por «la ciencia» y la lectura, sino, acaso también, junto con estos sentimientos nobles, un desvanecimiento bien propio de la juventud. Andaban muy ufanos de ser discípulos del maestro imam, del *cheij* Bajit, del *cheij* Abu Jatwa y del *cheij* Radi. Se les llenaba la boca con decir que eran alumnos de estos imames, y aun de los favoritos y predilectos, y que no sólo asistían a sus clases, sino que también les visitaban en sus casas, les ayudaban en ciertas investigaciones e incluso recibían de ellos lecciones particulares, que tenían lugar los jueves, después de la oración del mediodía o de la oración de prima noche. Y les gustaba, claro está, que todo esto lo supieran sus compañeros y que entre éstos se comentara cómo ellos entre sí leían tal o cual libro sobre esta o aquella materia. De tal suerte habían logrado una especie de patente distinción sobre sus compañeros. Todo el Azhar les tenía por los estudiantes más cultos y merecedores de un feliz porvenir. Por consiguiente, era natural que sus compañeros más mediocres aspirasen a juntarse con ellos, buscando sobresalir y distinguirse con que las gentes dijeran que eran sus amigos íntimos y como medio de entrar en relación con los grandes *cheijs* y los maestros imames. Y así debió de ocurrir con el amigo de que venimos hablando, pues, siendo de los más mediocres, se unió al grupo de nuestros estudiantes, para que sus otros compañeros dijeran que era uno de ellos y para poder, mediante esta relación, acompañarlos en sus visitas al maestro imam o al *cheij* Bajit. El juvenil desvanecimiento hacía que nuestros mozos gustasen de tal distinción y les movía a aceptar en su compañía a dichos

estudiantes malos o mediocres, verdaderos parásitos científicos, sin perjuicio de que, al quedarse luego a solas, enumerasen sus errores, necedades y groseras faltas, repitiéndolas y riéndose de ellas a boca llena y aun a llenos pulmones.

Repito que lo más probable es que el tal amigo los conociera en alguna clase, y que no parara de acercarse a ellos hasta trabar relación y visitarles. El haberle gustado su caserón y ser vecino suyo le movió luego a tomar un cuarto contiguo, y así se convirtió en uno de ellos, que compartía sus estudios, su té, sus visitas y hasta algo de su fama, pero al que Dios no consintió jamás que compartiese «la ciencia» ni el entendimiento, la claridad ni la perspicuidad de juicio. Parece, sin embargo, que vivía con más desahogo y tenía más dinero, o, mejor dicho, que se trataba a solas muy mal, para luego, cuando estaba con sus compañeros, mostrarse espléndido y gastar con holgura. Si veía que andaban necesitados de comprar un libro, de pagar una deuda apremiante o de satisfacer algo urgente, les adelantaba con gentileza y amabilidad lo que querían. Los mozos lo sabían y se lo alababan; pero, al mismo tiempo, no podían soportar su ignorancia, ni reprimir a veces el reírse de él en su presencia, ni el dar a sus necedades una respuesta descortés, en la que había mucho de cruel menosprecio. Él, sin embargo, lo encajaba todo satisfecho y lo aceptaba sonriente. No creo que ni un solo día vieran la irritación pintada en su rostro, a pesar de su mucha insistencia en mortificarle y desdeñarle.

Como mejor se divertían con él era tratándose de lo que sabía de métrica, o de lo que no sabía, que todo era uno. Como leían juntos libros de Gramática, apenas salía en el texto uno de esos ejemplos poéticos clásicos que en dichos libros pululan, cuando se adelantaba a todos en decir el metro en que estaba versificado, que no variaba jamás y para él era siempre el *basit*. Daba igual que el verso estuviese en *tawil*, o en *wafir*, o en cualquiera otro de los metros poéticos: para él era *basit* siempre. Lo peregrino consistía en que no se contentaba con apresurarse a decir que el verso aquel estaba en *basit*, sino que se apresuraba también en empezar a descomponer las sílabas del verso como si fuera *basit*, cualquiera que fuese su medida. Con ello interrumpía el estudio de los demás, impulsándolos a un inacabable mar de risas. Y el hecho se repetía tantas veces, que ya sus camaradas le incitaban a

repetirlo y parecía que anhelaban oírle la gracia. Siempre que salía un verso, fingían no saber de qué metro era, para que él en seguida sentenciara que era del metro *basit*, y seguían fingiendo que no podían medirlo, para que él comenzara a silabearlo, reduciéndolo al *basit* a la fuerza. Entonces reaparecían las carcajadas y las burlas, que él acogía con aquella sonrisa suya satisfecha, en la que nunca trasparecía enojo ni cólera.

Largos años vivió de esta suerte aquel joven con sus amigos, sin que ni uno ni otros se enfadaran jamás. Diríase que, a la postre, se había dado cuenta de que no estaba al mismo nivel de sus colegas ni podía moverse en aquel campo. El hecho es que poco a poco se fue retirando de las clases, con mil excusas y pretextos, y que ya no asistía a las lecturas en común. Se limitaba a compartir a veces con sus amigos el té, o el almuerzo, y, eso sí, a visitarles de continuo.

Cuando nuestro niño fue entrando en años y adelantando en sus estudios, aquel joven le mostraba simpatía y estimación y hasta le propuso estudiar juntos ciertos libros. Llegó a dejar la compañía de sus compañeros y camaradas por la de aquel muchachuelo principiante, que, en efecto, estudió con él algunos libros de Tradición profética, de Lógica o de Teología. Pero como el niño no sacaba gran cosa en limpio, ni le gustaba reírse o chancearse de él, porque era incapaz de hacerlo y tampoco lo deseaba, acabó por ingeniárselas para desembarazarse de él y proseguir por su cuenta.

Aunque el individuo en cuestión iba abandonando «la ciencia», o, mejor dicho, «la ciencia» le iba abandonando a él, continuaba fiel al Azhar, matriculado entre sus estudiantes, y seguía compartiendo con sus amigos el lado social de sus vidas. Iban éstas subiendo no poco, merced a su talento, a su esfuerzo, a su aplicación, a la benevolencia que el maestro imam les dispensaba y al trato íntimo con que los distinguía. Se iban relacionando con Fulano y Mengano, chicos de familias ricas y de buena posición, que por entonces estudiaban en el Azhar, y el visiteo con estos estudiantes acomodados era frecuente. Con ellos el joven aquel visitaba y era visitado, y su vida social iba progresando, igual que las de sus camaradas. Pero había una diferencia. Ellos, en efecto, no se daban cuenta de estos adelantos ni apenas los sentían; jamás hablaban de ellos, ni se ufanaban de sus visitas a

las casas aristocráticas ni de su trato con muchachos distinguidos; todo ello les parecía cosa naturalísima y normal. Él, en cambio, se veía en la gloria, se alegraba hasta no poder más y se desvanecía en extremo; a veces sacaba de su nueva situación ciertas ventajas materiales, pero siempre presumía de ella ante quien quería oírle e incluso ante quien no quería.

Cuando los años pasaron, y la comunidad aquella se dispersó, y cada cual tiró por su lado, aquel hombre no se olvidó de sus amigos, ni consintió que éstos le olvidaran. Si no podía seguirles en su carrera científica, lo hacía en todas las demás cosas que llenan también la vida. Si no le visitaban, él sí les visitaba a ellos, o les encontraba en casa de sus otros amigos Fulano o Zutano, que eran gente acomodada y de viso. Pero por entonces fue cuando el maestro imam hubo de salir del Azhar, a causa de la famosa persecución política. El Azhar sufría una conmoción, en que intervenía la política, y dentro de él pugnaban dos criterios. El hombre mantenía relaciones con el maestro imam y con su bando, pero las sostenía también con los enemigos del maestro imam y con su partido. De un lado andaba con los huelguistas y tomaba parte en la huelga; pero, del otro, se veía con los adversarios de la huelga y les revelaba los secretos del otro campo. Un día todo se descubrió. ¡Qué día aquel para nuestro tipo! Al saber que andaba en tratos con la policía, quedó violentamente rota toda relación con sus amigos, y se le cerraron las casas a que solía ir y en las que era bien recibido. Tuvo que arrinconarse en aquel cuarto suyo del caserón, habiendo perdido todas sus relaciones y sin que nadie se diera cuenta de haberlo perdido a él. Le faltaron las fuerzas para graduarse en el Azhar. Hubo de llevar una vida oscura, solo, desgraciado, soportando a duras penas su abandono y ganando a trompicones de qué comer.

Y un día vino alguien también a contar que había muerto. ¿De enfermedad? ¿De tristeza? ¿De inanición? La noticia la oyeron sus amigos sin la menor aflicción, y sin que la tristeza les rozase. Se limitaron a recitar la noble aleya que decimos siempre que se nos anuncia el fallecimiento de alguien: «De Dios somos y a Dios hemos de volver».

IX El *cheij* escrupuloso

Cuando el niño llegó por vez primera al caserón, hallábase éste vacío o medio vacío, por no haber todavía vuelto sus inquilinos de la vacación de ramadán. Más tarde supo el niño que a los estudiantes del Azhar les gustaba hacerse los remolones en volver a El Cairo, en especial después de la dicha vacación, que es cuando allí comienza el año académico. Diríase que tanto a maestros como a discípulos les costaba no poca pena y fatiga separarse de sus familias y de sus lugares; y así prolongaban la vacación dos o varios días, e incluso una semana, y aún mas. Nada malo les pasaba, porque el Azhar se hallaba por entonces al final de su buena época, cuando no había reglamento que contara a maestros y alumnos los días de clase y de vacación, ni impusiera a unos y a otros la penosa perseverancia de trabajar todos los días y a todas horas. La cosa era entonces sencilla en extremo. El rectorado señalaba el último día de vacación y el primero de trabajo; pero los maestros quedaban en libertad de empezar cuando quisiesen o pudiesen, y los alumnos en franquía de venir a los cursos cuando les placiese o sus circunstancias se lo consintieran. Repito que la cuestión era sencillísima, y que se basaba más bien en el deseo personal y en la buena voluntad de cada uno, que en el rigor expreso y en la organización coactiva. De esta suerte era más fácil distinguir a los trabajadores y puntuales de los descuidados y perezosos, y a los estudiantes les movía al estudio la afición y el ansia de aprender, y no la obediencia a unas órdenes ni el temor al castigo.

De esta dulce y benévola libertad usaban, por otra parte, profesores y alumnos con mesura y parsimonia. Las dos primeras semanas del curso había cierta tolerancia y holgura, por estar destinadas a conocerse mutuamente y a trabar relaciones de afecto y simpatía. Los estudiantes iban

llegando poco a poco de sus pueblos, se visitaban, se iban conociendo, y, despacito también, iban entrando en las clases. Los maestros, por su lado, iban asimismo llegando sin prisas ni agobios, preparaban sus casas para la larga temporada, se saludaban unos a otros, prodigándose muestras de afecto, y principiaban sus explicaciones sin apremio ni precipitación. Muchos de ellos, unos y otros, preferían, sin embargo, «la ciencia» a sus familias y lugares, y se quedaban en El Cairo durante las vacaciones, a estudiar en su casa, en el mismo Azhar, o en cualquiera otra mezquita, o bien adelantaban el regreso a El Cairo en cuanto tenían ocasión o se lo consentían las circunstancias, para consagrarse por algún tiempo al estudio libre y personal antes de empezar las clases organizadas y comunes.

Tales eran las razones de que el caserón se hallara vacío, o medio vacío, cuando el niño y su hermano llegaron. No vivían en él más que el tío Hachch 'Alí, dos de los compañeros del *cheij* y los dos persas. Pero apenas el niño se instaló en el caserón, cuando día a día, mañana y tarde, fueron volviendo, solos o en grupos, sus restantes inquilinos, y el edificio se fue llenando de agitación y actividad, poblándose de voces que sonaban a diestro y siniestro y convirtiéndose en un lugar no cabe más apretado y compacto de gente. Tan de verdad lo estaba, que había cuarto en que los estudiantes se amontonaban del modo más peregrino, en ocasiones hasta veinte. El niño se preguntaba, sin acertar a contestarse, cómo podían sentarse, estudiar o dormir. Lo único que sabía es que el alquiler del cuarto no pasaba de veinticinco piastras, a veces veinte, por mes, y que de esta manera había estudiante que no pagaba al mes más que una piastra. Este hecho pinta mejor que nada la situación de aquellas multitudes de campesinos que, al venir a El Cairo para estudiar «la ciencia» y la religión en el Azhar, lograban de ambas la parte que estaba a su alcance, pero al mismo tiempo adquirían no pocas enfermedades corporales, morales y mentales.

La habitación contigua a la del niño, por la mano derecha, estuvo vacía durante la primera semana. Por aquel lado no oyó el niño voz ni movimiento. A la semana siguiente ocurrió otro tanto, hasta el punto de que los estudiantes empezaron a preguntarse qué habría podido ocurrirle al *cheij* que la ocupaba antes del ramadán, y se decían unos a otros que acaso se

hubiese mudado del caserón para ir a otro alojamiento. Pero de pronto llegó la noche de un jueves a un viernes. Habían despertado al niño la voz del tío Hachch 'Alí, que desgarraba las tinieblas, y el ruido de su bastón aporreando el suelo. Se puso a pensar como solía y a esperar, igual que siempre, la voz del almuédano, al que, según su costumbre acompañó mentalmente. Extinguida la voz, se puso también a acompañar mentalmente a los que rezaban en la mezquita, a la que irían llegando los fieles, unos rápidos y decididos, otros perezosos y remolones. Y, de pronto, sonó una voz alta y extraña que, atravesando la pared que había detrás del niño, llegó a las orejas de éste, sembrando en su cuerpo un escalofrío que lo atravesó de pies a cabeza. Jamás ha podido el niño olvidar esa voz, ni recordarla sin reírse por dentro, aunque la seriedad no desfrunciase sus labios. Era una voz rara que, al principio, le llenó de terror, pero que luego le movió a risa; una risa escandalosa que no pudo reprimir ni aun con el miedo de despertar a su hermano. Decía: «Al... Al... Al... Alláhu, Alláhu, Alláhu Ak... Al... Al... Alláhu Ak... Alláhu Ak... Alláhu Akbar». No entendió ni el principio ni las repeticiones, y sólo al final comprendió que se trataba de la frase «Alláhu Akbar», con que comienza la oración; pero la voz no paró ahí, sino que repitió la jaculatoria una y otra vez, para sólo cesar cuando todas sus letras hallaron por fin su sitio correcto en la boca del que las pronunciaba y en el aire, así como en la oreja y en el espíritu del niño. Después la voz de detrás de la pared recitó la *Fátiha*. Comprendió, pues, el niño que era la voz de uno que rezaba. Pero también en la *Fátiha*, al llegar a las palabras divinas: «A Ti adoramos y a Ti pedimos ayuda», la voz se paró de pronto en medio del último vocablo, sin poder seguir adelante, y volvió a atacar la jaculatoria inicial, lo mismo que la primera vez: «Al... Al... Al... Alláhu Ak... Al... Al...».

No fue capaz el niño de contenerse más y rompió en una risa estruendosa, continua, que hizo a su hermano despertar sobresaltado y preguntar al niño qué le pasaba. No pudo contestarle; pero el hermano no necesitó respuesta, porque, al oír la voz de detrás de la pared, le acometió también la risa, que trató de acallar, y luego cuchicheando le dijo al niño:

—Ten cuidado. Es nuestro vecino el *cheij* Fulano, el shafi'í que ha vuelto y reza.

Inmediatamente el joven *cheij* se calló y estuvo quedo, tratando de reconciliar el sueño. El niño, en cambio, repuesto, fue siguiendo la voz del *cheij* desde detrás de la pared hasta que, al cabo de no poco esfuerzo, acabó la oración. Pero una cuestión le quedó al niño dentro, y era la de por qué este *cheij* shafi'í se imponía tamaña pena y esfuerzo y no terminaba la oración sino con fatigas insoportables. Apenas amaneció, se atrevió a preguntárselo a su hermano, y éste le informó de que el *cheij* era un tanto escrupuloso y quería llevar a la práctica su intención de rezar, consagrando por entero a Dios su corazón, su alma y su conciencia, tanto al empezar la plegaria como en medio de ella.

—Cuando le oigas —prosiguió el hermano— repetir, y volver a empezar, e interrumpirse para empezar otra vez, es que siente que algo mundanal le ha pasado por las mientes, estorbándole la entera y debida consagración a la alabanza divina.

Era este *cheij* hombre en extremo silencioso y, excepto en la oración del alba, apenas se le oía voz ni movimiento. Días y días necesitó el niño para acostumbrarse a su voz y escucharla sin reírse y sin pedir que Dios ayudase a su dueño «contra la maldad del Tentador impalpable, salido de los genios y los hombres, que encizaña los pechos humanos» (CXIV, 5). Y, andando los años, no le quedó al niño otro recuerdo de este *cheij* que el de su voz y el de dos historias, de una de las cuales fue protagonista, mientras la otra le fue referida.

La primera es la siguiente: Cuando el niño tuvo más edad, y progresó en sus estudios y comenzó a tomar clases de Retórica, asistió un día a la lección que daba este *cheij* y le oyó explicar la famosa frase del *Taljís*^[35]: «Toda palabra está en función de la que la acompaña». ¡Qué cantidad de logomaquias no se habrán gastado —en compendios, comentarios extensos o extensísimos, glosas, anotaciones o declaraciones— sobre esta frase, siendo así que es clara y diáfana, nada equívoca ni oscura! Como sus otros colegas del Azhar, el *cheij* se metió a explicar la frase y a exponer las muchísimas opiniones formuladas en torno a ella. Lo hacía fatigado, agobiado, ronca la voz, extenuando sus fuerzas, con la frente sudorosa, porque —como sabes— el depósito de «la ciencia» es un peso muy difícil de llevar, y sólo los de verdad vigorosos, que son pocos, pueden levantarlo

en vilo. El niño, como había tomado la costumbre con todos sus maestros, empezó a hacerle objeciones sobre algo que dijo; pero el *cheij* le replicó duramente, le impuso silencio y llenó su corazón al mismo tiempo de cólera, de desprecio y de vergüenza.

—Deja eso, niño —le dijo—, que tú no lo conoces bien. Lo único que te sabes son esas «cáscaras» que recibes a media mañana. La almendra no ha sido hecha para ti, ni tú para ella.

Al decir esto soltó la carcajada, coreado por los alumnos. El niño sintió vergüenza de irse antes de que concluyera la lección, y se quedó a regañadientes hasta que pudo retirarse con otros estudiantes. Las «cáscaras» a que aludía el *cheij*, y que el niño recibía a media mañana, eran las lecciones de Literatura, particularmente un curso sobre el *Kamil* de al-Mubarrad^[36]. Desde aquel instante el *cheij*, a quien el muchacho amaba y respetaba, perdió todo su prestigio para él y se le hizo odioso, convirtiéndose en tema de las bromas que el niño gastaba con sus camaradas, por la mañana y al mediodía, antes y después de la lección de las «cáscaras».

La segunda de las historias del *cheij* no hizo sino dar al muchacho nueva ocasión de burlarse de él, y de chancear y hacer chistes a su costa con sus compañeros, componiendo versitos satíricos. Era una historia insignificante, en nada extraordinaria; pero ¿hay algo más sin fundamento que la risa de la juventud? El *cheij* tenía un hijo que no daba señales de talento ni muestras de haber nacido para «la ciencia», a pesar de lo cual se dedicaba a los estudios. Vivía con su padre en el mismo cuarto, y era, como su padre, tranquilo, silencioso y buen vecino. Cierta día, o cierta noche, vinieron a visitar a su padre unos amigos. El *cheij* pidió a su hijo que preparase el café. En cuanto llegó, al cabo de unos instantes, los *cheijs* se abalanzaron, como de costumbre, sobre las tazas, bebiéndoselas de un trago, o, mejor dicho, dando un sorbo que producía un prolongado ruido. Pero apenas el líquido que sorbieron les llegó al gástrico, cuando éste lo rechazó con violencia. Todos se pusieron a toser y mondar el pecho, haciendo contorsiones, como queriendo librar sus gargantas de lo que les había caído encima. El tal café y la baba les caía sobre la barba y el pecho, mientras seguían tosiendo y haciendo todo género de aspavientos. Y es que

no habían bebido una infusión de café, sino de rapé, porque el joven se había equivocado de bote.

La historia del muchacho con el *cheij* en la clase de Retórica trajo consecuencias. El muchacho se mudó del curso de aquel maestro al de otro, que también era vecino suyo en el caserón, pues ocupaba el cuarto contiguo al del *cheij* escrupuloso, y era como éste shafi'í, aunque sin escrúpulos. Era el hombre más tranquilo, aplomado, bueno y de menos palabras que puede haber. El niño no oyó nunca en casa el metal de su voz sino para contestar a su saludo o al de uno de sus compañeros. Al dejar la clase del primer *cheij*, fue a otro día a la de este segundo, que la daba bajo la cúpula de la mezquita de Muhammad Bey Abu-I-Dhahab; edificio que el muchacho conocía muy bien, por haber asistido en todos sus recovecos y rincones a clases de Gramática y de Lógica, en que le ocurrieron sucesos a los que habremos de aludir en este relato. Cierta mediodía, de vuelta de la clase de las «cáscaras», subió, pues, aquellos escalones que tan bien se sabía; se quitó las babuchas; caminó por aquel pasillo que quedaba entre dos corros de estudiantes que seguían sus lecciones y que le eran habituales; traspasó el umbral de la habitación de la cúpula, y se sentó en el corro del *cheij*. No esperó mucho, pues el *cheij* llegó en seguida, tranquilo como de costumbre; alabó a Dios, imploró la bendición divina sobre el Profeta y comenzó a repetir la opinión del autor comentado sobre los inconvenientes y ventajas de indeterminar o no el sujeto de la oración. En el curso de la exposición, al llegar al versículo alcoránico (IX, 73): «Pero una Satisfacción de Dios es mayor», que el autor aducía como testimonio, se puso a argumentar con el autor, el comentador, el glosador y el expositor la indeterminación del término «una Satisfacción», en forma que al muchacho no le gustó ni convenció, hasta el punto de que, no pudiendo reprimirse, interrumpió la clase con una objeción. Pero apenas comenzó a hacerlo, cuando el maestro le cortó, diciéndole con aquella voz suya suave y tranquila:

—Calla, hijo mío. Dios te asista, te perdone y nos proteja de tu maldad y de la de tus congéneres. Teme a Dios para no meterte con nosotros, y no intervengas en esta clase para echárnosla a perder. Vete a esas «cáscaras» falsas y extraviadoras que te gustan y recibes a media mañana.

Los estudiantes se rieron y el niño quedó corrido, mientras el *cheij* reanudaba la exposición y el comentario, con su voz pausada, sosegada y tranquila. Quedóse el muchacho allí a regañadientes hasta que se dispersaron los estudiantes y se fue con ellos, triste y fuera de sí. Desde entonces se apartó de las clases de Retórica, y pasó el resto de aquel año, cuando salía de la clase de las «cáscaras» y llegaba el mediodía, yendo a la Biblioteca Nacional, en Bab al-Jalq, donde permanecía hasta la hora del cierre, un poco antes de la puesta del sol.

Esta coincidencia de los dos maestros en apartar al muchacho de sus cursos, ¿fue pura casualidad o cosa meditada de antemano? Nunca lo supo el muchacho. Pero contar ahora estas dos historias ha sido adelantar los acontecimientos en alas de la digresión. Más vale que volvamos al caserón, y a las personas y cosas que en él había, cuando el niño llegó a él por primera vez en busca de «la ciencia».

X La boda del confitero

En un rincón del caserón, a mano derecha, había un cuarto ocupado por cierta familia que el niño nunca supo cómo llegó a este piso del edificio ni a vivir en él, estancado como estaba por «la ciencia» y por los que la estudiaban, pues más bien hubiese debido vivir en el piso de abajo, entre los artesanos y vendedores callejeros que eran sus inquilinos. Pero el hecho es que la tal familia subió hasta donde estaba «la ciencia», representada por maestros y discípulos, y que allí moraba, sin molestar a nadie y sin que nadie la molestase, sin trabar relaciones de afecto, y ni aun siquiera de mero conocimiento, con ningún vecino.

No sólo era esta familia extraña en el caserón, sino en El Cairo mismo. Su acento, al hablar, delataba que procedía del Alto Egipto, y aún de su parte mas remota, y tal vez fue esta extranjería la que le hizo subir al segundo piso, y no quedarse en el primero, pues en aquél todos los inquilinos eran forasteros: un viejo de Alejandría, dos persas y maestros y estudiantes venidos de las diferentes comarcas egipcias. Bien podía, pues, esta familia provinciana vivir entre tantos otros provincianos. En cambio, los obreros y vendedores ambulantes que habitaban en el primer piso eran todos de El Cairo o llevaban en la capital tanto tiempo, que era como si lo fueran, y se habían apropiado su manera de hablar y sus costumbres.

Componíase esta familia de dos únicos miembros: una mujer entrada en años, de más de sesenta, para la que era difícil, o, mejor dicho, imposible, coger el acento y las costumbres cairotas, y un hijo suyo mozo, con veintitantos años, que tal vez, andando el tiempo, pudiera coger el acento de El Cairo y amoldarse a sus usos. La madre, como todas las mujeres que dejan el Alto Egipto y se meten en el cuarto de una casa en una ciudad como El Cairo, no hacía nada. Quiero decir que no hacía nada para ganarse

la vida, pues, por lo demás, el trabajo lo tenía equitativamente repartido con su hijo: ella se ocupaba de la habitación y guisaba para los dos, y él andaba todo el día por la calle y volvía a la noche con la comida. Trabajaba como vendedor ambulante, y lo que vendía lo fabricaba en el cuarto. Se ponía a ello con el alba, y entrada la mañana, cerca del mediodía, se echaba a la calle con la mercancía que había preparado, pregonándola y trasladándose y circulando, cerca o lejos, adonde le llevaban los pies, por calles y callejones, pero sin volver hasta vender cuanto llevaba. En invierno vendía esa clase de dulces que se llaman «hilado de doncellas», y en verano, esa otra especie que unos llaman *gelati* y otros *dundurma*^[37].

Fabricaba el muchacho una u otra cosa, alegre y alborozado, cantando siempre, si es que no se imponía a la fuerza la alegría, el alborozo y el cantar. Terminada la fabricación, cargaba con los dulces y pasaba delante de nuestras habitaciones despacito, callado y sin meter ruido. Sólo una vez que torcía la escalera y bajaba al callejón es cuando de pronto alzaba la voz con unos pregones finos y agradables en que ponderaba las golosinas que llevaba e invitaba a las mujeres y niños, que eran sus clientes, a comprárselas. Diríase que el muchacho se permitía cantar mientras estaba en su cuarto; que se lo prohibía, en cambio, al pasar delante de los cuartos de las personas serias y graves que eran los estudiantes y los ulemas, y que, al salir a la vía pública, usaba del derecho que asiste a todos los vendedores de pregonar su mercancía y atraerse parroquianos. Diríase también que, para sus adentros, tenía por inútil pregonar los dulces que llevaba e invitar a comprarlos al pasar por delante de los otros cuartos, cuyos inquilinos debían de ser gente seria, poco dada y aficionada a dulces, por estar consagrada y entregada a «la ciencia». Pero lo más probable es que el mozo se engañaba en este pensamiento, pues no hay duda de que a algunos de los inquilinos del caserón les agradaban sus cantos, les apetecía el «hilado de doncellas» o la *dundurma*, y les habría gustado, de poder ser, que se hubiese detenido en su puerta, para que ellos le estrenaran. Si no lo hacían era porque se lo impedía la vergüenza o el no tener dinero.

Cierto día no se oyó su canto ni el ruido de las vasijas en que removía sus dulces al hacerlos, pues a uno y otro sustituyeron otros cantos y otros ruidos. Unas mujeres que habían acudido al cuarto gritaban y reían en un

principio, pero luego hicieron albórbolas, cantaron y tocaron panderos, tornando imposible la vida de estudiantes y ulemas, menos la del niño, que se enterneció y deslumbró, llenándose de placer y de alegría. Los panderos, las albórbolas y el canto le recordaron, en efecto, el campo natal. Eran ruidos que intensamente amaba y en los que encontraba un goce y un placer no menores, aunque la diferencia entre una cosa y otra fuese mucha, de los que experimentaba al oír a sus maestros salmodiar «la ciencia» que derramaban en sus explicaciones. A las voces de las mujeres vinieron luego a unirse, en parte del día, otras voces, que eran las de los mozos de cuerda que subían la escalera del caserón y tapaban los pasillos transportando bártulos a aquel cuarto, unas veces gritando e insultándose y otras bromeando. Las mujeres los recibían a ellos y a los bártulos tocando el pandero, haciendo albórbolas y cantando a voz en cuello. Seguramente, a más de una mujer de las del piso bajo le alegraría aquello que oía y veía, por recordarle su boda o hacerle adivinar lo que sería la de su hijo o su hija. El caso es que unían sus albórbolas y sus cantos a las de las cantoras de arriba, aun sin conocer a los de la boda, y sin que mediara entre unas y otras el menor lazo de afecto. La alegría, lo mismo que la tristeza, es sumamente comunicativa, y su contagio prende rapidísimamente entre los egipcios.

Por fin llegó el día grande, que era un jueves. Los ulemas y los estudiantes habían ya sufrido grandemente del ajetreo, y los más serios de entre ellos habían huido, no sólo de sus cuartos, sino hasta del edificio, a buscar la tranquilidad necesaria para el estudio en casa de otros amigos o en las mezquitas. En el tal jueves el tumulto pasó de la raya y trascendió del caserón a la calle. En ésta se había levantado el pabellón^[38] en el que la música estuvo tocando desde media tarde, mientras los invitados, gentes de otros barrios, venían, se divertían, comían, se saludaban unos a otros, y escuchaban el canto. Al niño, apostado en su ventana, nada se le escapaba. Se olvidó de «la ciencia», de los ulemas, del Azhar, de la gente del Azhar, de la comida y del té, absorto en aquella música, que oía por primera vez en El Cairo, y en aquellos variados cantos, que, al comienzo de la velada, eran de la gente y, al entrar la noche, de un cantor profesional.

Su hermano y sus amigos habían escapado ese día del caserón de manera poco elegante; pero él no se movió de su puesto hasta bien entrada

la noche. El tío Hachch 'Alí estuvo, sin duda, a punto de salir de su cuarto a desgarrar la oscuridad con su melopea y con los golpes de su bastón en el suelo; pero no lo hizo, y, aunque lo hubiera hecho, nadie habría oído su voz ni los golpes de su bastón. ¿Qué habrían sido su voz y su bastón en comparación con aquel endiablado guirigay que había quitado el sueño a todo el barrio? Y de pronto sonó un grito terrible, largo, prolongado, al que arropaban las albórbolas, como danzando a su alrededor, si es que puede decirse que las albórbolas danzan. La alegría y el alborozo danzaban en torno al dolor y al sufrimiento: el matrimonio estaba consumado. La noche iba a venir, tranquila, morosa, aplomada, a tocar con su ancha mano oscura todas aquellas cosas, todos aquellos seres vivos. Las lamparas se iban apagando, las voces acallándose. El sueño venía insensible, como un ladrón, a estrechar en sus brazos a todos los habitantes del barrio.

A todos, menos al niño, que no se movió de su ventana ni dejó de pensar en aquel lamento largo y prolongado, en cuyo torno había danzado la alegría más ancha y bulliciosa. Pero también el niño acabó por volver en sí. Una voz cercana llegó hasta él anunciándole que la noche había acabado y que la oración es mejor que el sueño. ¡La oración, mejor que el sueño! ¡Pero si él no había dormido en toda la noche! Con todo, se puso en pie, hizo sus abluciones y, cuando el almuédano acabó su invitación, rezó la oración de la aurora. Luego se arrebujó en su manta, se extendió sobre su vieja alfombra y se separó de su conciencia, o, mejor dicho, su conciencia se separó de él. Ni uno ni otra se volvieron a reconocer sino cuando, ya entrada la mañana, vino el tío Hachch 'Alí a aporrear con violencia la puerta, dando los consabidos gritos: «¡Vamos, vosotros! ¡Vamos, vosotros!».

XI Otros inquilinos del caserón

No quedaría completa la descripción del caserón ni la pintura del medio en que el niño vivió durante su primer contacto con El Cairo, si no mencionásemos otras personas que vivían en el caserón, aunque no parecían habitarlo, o que, viniendo a él sólo de cuando en cuando, diríase que contaban entre sus vecinos.

Entre los primeros, o sea los vecinos distantes, figuraba aquel *cheij* entrado en años, pues tenía pasados los cincuenta, que estudió con el mayor empeño de que fue capaz y aspiró a graduarse con toda la solicitud posible, aunque «la ciencia» que adquirió fue poca y nunca se presentó a examen que no lo suspendieran, lo cual al mismo tiempo lo desesperaba y le daba nuevas esperanzas. Corporalmente habitaba en el caserón, pero su espíritu andaba muy lejos. Sintió vergüenza de volver al pueblo sin el título y se quedó en El Cairo, en el sitio mismo en que, durante su época de estudiante, había hecho tamaños esfuerzos. Arreglaba los asuntos de su familia en el pueblo desde lejos, pues no iba a verla más que rápidamente, saliendo de El Cairo los jueves por la tarde para volver al caserón los sábados por la mañana. Vivía con cierto desahogo y tenía alguna fortuna, que le consentía llevar entre aquellos estudiantes la vida de los ricachos campesinos. Su cuarto estaba elegantemente alhajado. En él pasaba mañana y tarde, sin salir más que muy poco, como para que la gente supusiera que estaba leyendo o estudiando; que, sabiendo lo que sabía y teniendo reunidos tantos libros, no necesitaba acudir a las clases ni escuchar a los maestros, y que, si la suerte le hubiera sido favorable y el destino propicio, sería uno de tantos maestros que dictan cursos y a los que acuden los discípulos. En efecto, era amigo de la mayoría de los maestros, de cuando éstos eran estudiantes y con ellos había escuchado al *cheij* al-Imbabi o visitado al *cheij* al-Ashmuni; pero a

ellos les había favorecido la suerte y a él no; ellos eran ya ulemas y él se había quedado entre ambas situaciones, mitad discípulo, mitad maestro.

De cualquier modo, se daba casi todo el aire de un profesor. Jamás acompañaba a sus jóvenes amigos en el estudio o para leer en común un libro. Se limitaba a reunirse con ellos de cuando en cuando, con ciertas pretensiones de superioridad y una especie de condescendencia. Comía o tomaba el té con ellos, y otras veces era él quien los invitaba. Les hablaba en un tono reposado y sonoro, grahdilocuente y magnífico, pero nunca de ciencia, sino de los ulemas —para censurar a los más y alabar a los menos, derrochando las críticas y ahorrando los elogios—, o de cuestiones de dinero, o de su manera de administrarse, o de su posición en el pueblo, o de su fama en la demarcación, o de su relevante importancia en la provincia. También les hablaba de sus hermanos, que eran quienes se ocupaban de la labranza y de los campos, sobre todo de uno de ellos, despierto y distinguido, sumamente listo, pero con tan mala suerte, que Dios no le había ayudado todavía a obtener el diploma de estudios primarios, aunque ya tenía muy cerca de los veinte años. Y no es que fuera corto ni de pocas luces, sino, como queda dicho, que la malaventura se ensañaba con él y le soplabla en contra. Pero la familia tenía decidido superar este sino fatal y el *cheij* estaba también resuelto a vencerlo y a sacar al muchacho de la oscuridad a la fama y a una posición brillante, metiéndolo en la Escuela de Guerra y convirtiéndolo en un bizarro oficial con las hombreras adornadas, no con una ni con dos, sino con todas las estrellas. De hecho, la mala suerte siguió siendo más fuerte que el *cheij* y su familia: el joven no pudo ingresar en la Escuela porque su preparación no gustó a los examinadores. El *cheij* se encolerizó una vez más contra ella, resuelto todavía a luchar y vencerla. De todo ello hablaba sin tregua, interrumpiéndose sólo por el burbujeo del narguile que el dueño del cafetín le traía preparado por la mañana, por la tarde y ya entrada la noche, aunque a veces se lo preparaba él mismo o un criadito que tenía. Este narguile deslumbraba a nuestros estudiantes, despertando en su ánimo por la riqueza del *cheij* cierta admiración que andaba mezclada con el desprecio por su ignorancia y las burlas por su necesidad.

Nunca ha olvidado el niño que este *cheij* rico quiso cierto día deshacerse de algunos muebles para comprar otros mejores y de mayor lujo. Los desechados se los ofreció en venta a nuestros estudiantes, que se abstuvieron de adquirirlos. Sólo el hermano del niño le compró un armario formado de dos cuerpos que se colocaban uno sobre otro. El inferior tenía dos divisiones, de las cuales destinó la de arriba el joven *cheij* para su ropa, y la de abajo para los libros sin encuadernar, que no eran bonitos de ver, más un rincón para las golosinas que quería guardar para sí. Encima de esta división inferior había dos cajones, que el joven *cheij* destinó, uno para sus papeles sueltos, y el otro, para el dinero que le llegaba a principio de mes y que iba retirando poco a poco del cajón indicado, cuyas llaves guardaba siempre en el bolsillo. El cuerpo superior, con dos puertas de cristal, quedó para los libros encuadernados cuyo aspecto llenaba las almas de regocijo y satisfacción.

El *cheij* vendedor pedía mucho por su armario, y, aunque acabó por rebajarlo, todavía dejó su precio, por ser de madera de avellano, en una libra y pico, que es lo que le pagó el joven *cheij*. Claro es que esta adquisición trajo aparejadas para éste y para su hermano no flojas fatigas, porque como era preciso pagar los plazos, sacándolos de la escuálida mesada que venía del pueblo, y como, además, era preciso comprar libros y encuadernarlos y dorarlos, para que a través de los cristales se vieran sus lomos adornados con el nombre del joven *cheij*, y todo esto tenía también que salir de la mesada, los dos estudiantes se vieron forzados a gastar menos en comer. Aún así, la mesada resultaba insuficiente. Hubo que pedir prestado; el dinero depositado en el cajón disminuyó escandalosamente, y el padre *cheij* empezó a recibir apremiantes demandas de que aumentara la mesada o, por lo menos, le añadiese algo de vez en cuando.

La adquisición de este armario fue, sin embargo, muy grata para el niño y le procuró no poco contento y alegría, a causa de su relación con un cofre largo y profundo que tenía el joven *cheij*. Conocía el niño este arcón desde su infancia, pues en él solía guardar su madre los vestidos, particularmente los de más gala. Tenía una tapa un poco abombada que, al levantarse, descubría profundidades que al niño le parecían inmensas, y entre ellas dos cajoncitos ocultos, en los que la madre guardaba sus alhajas, cuando las

tenía. Un buen día el niño buscó este arcón en su sitio, allá en la casa del pueblo, y no lo encontró. A menudo, en efecto, jugaba junto a él con sus hermanas, o se sentaba encima de él con las piernas cruzadas mientras sus hermanas hacían lo mismo delante de él en el suelo, para contarles cuentos u oírseles contar a ellas. La razón de no encontrarlo fue que lo habían transportado al Nilo para que un barco se lo llevase a El Cairo al joven *cheij*, y éste guardase en él sus ropas y libros que no tenía dónde poner. La desaparición del arcón produjo al niño mucha pena. En adelante tuvo que sentarse a la moriega en el suelo, allí en el mismo sitio en que el arcón estaba, para contar cuentos a sus hermanas u oírseles contar. Al llegar a El Cairo iba con muchas ganas de tocar el arcón, de sentarse sobre él y de palpar con la manita su lisa madera; pero caía lejos de su yacija, allá en un rincón del cuarto, donde al niño no le era cómodo ni fácil llegar. Al comprar ahora el joven *cheij* el armario y trasladar a él sus ropas y libros, el arcón decayó en importancia y fue mudado desde su antiguo sitio en el cuarto a un rincón abandonado del recibidor, a mano izquierda del niño, según se entraba.

—Pon ahí —se le dijo al niño— tus ropas y los libros que tengas, cuando los compres.

Desde aquel momento el niño, durante el día, dejó su yacija de la habitación. Le daba vergüenza sentarse encima del arcón, no fuera a reírse quien lo viera; pero se sentaba a su lado, junto a la entrada del piso, apoyada la espalda en la pared y la mano en el arcón. A veces, si se le presentaba ocasión, se sentaba encima del arcón y lo acariciaba. Otras, levantaba la tapa y metía la mano en un cajón y luego en el otro, aunque claro es que no encontraba nada en ellos. Otras, se asomaba a revolver las pocas ropas suyas que yacían en las profundidades del arcón, disfrutando con hacerlo, como si fuese dueño de algo, y tomándolo como un refugio que no compartía con nadie. Sólo al cabo de mucho tiempo acabó aquel arcón por llenarse de libros.

Otra persona vivía en la casa, aunque también distante de ella y como forastero entre sus inquilinos, aunque con varios de aquellos estudiantes le unía amistad íntima y con todos sincero afecto. Era altísimo y en extremo miope, pues apenas veía sino muy de cerca. Llevaba muchísimo tiempo de

estudiar en el Azhar y de vivir en el caserón, pero el mismo empeño que había puesto en buscar «la ciencia», hasta donde le fue posible, había puesto «la ciencia» en huir de él. No sólo era extraño para los estudiantes, sino también para los libros que llenaban su propio cuarto. Había asistido a las clases y escuchado a los maestros; pero, cuando perdió toda esperanza científica, se acoquinó en su cuarto, sin apenas salir de él más que a esta o aquella otra habitación del caserón, para hablar con ese u esotro de sus amigos; pero como éstos solían estar fuera para asistir a sus trabajos o lecciones, también dejó de visitarlos. Era hombre de buen corazón, de alma noble, de dulce trato y muy leal, pronto siempre a adelantar dinero a sus amigos, y en extremo paciente cuando la devolución del préstamo era difícil. Los amigos, por su parte, lo ponían por las nubes, porque lo amaban de verdad, y le visitaban, porque disfrutaban con su conversación y hallaban placer en su compañía.

No había podido resolverse a dejar El Cairo ni el caserón, aunque ya había perdido la esperanza de prosperar científicamente y de obtener el grado. Se quedó en El Cairo —arreglando desde aquí sus asuntos o dejando que se los arreglaran— ni como estudiante ni como labrador, sino entre una y otra cosa. Muy a menudo venían a visitarle sus parientes u otros paisanos, y a traerle golosinas del pueblo, que se apresuraba a compartir con sus amigos, invitándoles a comerlas o incluso llevándoselas a sus cuartos. Mientras nuestros estudiantes vivieron en el caserón no hablaban de este amigo sino para alabarlo y mostrarle su afecto. Al dispersarse luego y tirar cada uno por su lado, cuando ya no sabían de él, siguieron, sin embargo, citándole siempre con elogio.

Había otra persona que habitaba en el caserón, pero sin ocupar una habitación propiamente dicha ni permanecer en ningún sitio determinado. Ni era fácil encontrarlo ni sencillo hablar con él. Nuestros estudiantes lo mentaban de cuando en cuando, de una manera furtiva, veloz, confidencial, acompañada de una risita rápida que cortaban el decoro y la decencia. Hacía este individuo visitas, sin recibirlas jamás, y las hacía acompañado de otra persona, nunca durante el día, ni a prima noche, ni cuando las gentes estaban despiertas, sino a media noche y en la mitad del sueño más profundo. Estas visitas, que comenzaban bien y terminaban mal, eran

siempre penosas para quien las recibía, pues a veces dañaban su alma, pero lo que perjudicaban siempre era su ciencia y su salud. A menudo le exponían a enfermedades, pero casi siempre, y sobre todo en invierno, era seguro el catarro.

Nuestros estudiantes solían dar a este individuo el nombre de Abu Tartur. Era simplemente el demonio, que sorprendía a cualquiera de ellos, en cuanto cerraba la noche y el pobre dormía a sus anchas. Cuando se iba, el estudiante se despertaba asustado, con el alma oprimida y una sensación de pecado y desazón en la conciencia. Ya no podía volverse a dormir y aguardaba que se acercase el alba, para saltar de su lecho, veloz, desasosegado, ansioso de purificarse para poder alcanzar la lección de la aurora. En verano la cosa era llevadera y soportable, pues nada hay más fácil y agradable para un muchacho que zambullirse en agua fría en una pila de cualquier mezquita, o verterse por el cuerpo la cantidad suficiente para cubrirlo todo, cumpliendo los requisitos de la ablución total que prescriben los manuales de Derecho. Pero si la visita de Abu Tartur tenía lugar en una noche de invierno, no había fatiga mayor ni tormento comparable, porque el muchacho no tenía tiempo de calentarse el agua, ni tiempo ni dinero para ir a un baño público. Bueno estaba que Abu Tartur hiciera perder a los jóvenes su tiempo; pero que les hiciera perder el dinero resultaba demasiado. Y, como era menester que el muchacho fuese al Azhar y asistiese a su clase, e indispensable que lo hiciera limpio de cuerpo y alma, no había otro remedio que darse en casa una ducha de agua fría y salir escapado para el Azhar, o, mejor, meterse en una bañera de la mezquita, porque esto no costaba más que el frío y el castañeteo de dientes, mientras que en el caserón había que comprar el agua, y no estaba bien gastarla sino para beber, a menos de grave necesidad, pues sabido es que ante la necesidad ha de ceder el ahorro.

Abu Tartur insistía en sus visitas a nuestros estudiantes. Diríase que andaba por lo más alto de la escalera del caserón, oculto en un rincón, donde no pudiese oír a los estudiantes, cuando estudiaban o leían en común sus libros; pero, apenas los estudiantes se apartaban del estudio o de los libros para ir a ver al viejo que habitaba al final del caserón a mano derecha o al hombre maduro que habitaba en el otro extremo a mano izquierda, Abu Tartur saltaba de su escondite; entraba en su habitación, sin que lo vieran,

oyeran ni sintieran; se escabullía luego para reaparecer montado a hombros o tomando la forma del viejo o del hombre maduro; hablaba a los estudiantes con la misma voz y el mismo tono de éstos, y suscitaba en sus almas y en sus mentes esos pensamientos reprobables de que antes les habían alejado los libros. Al salir del cuarto del viejo o del hombre maduro y retirarse a sus camas para sumirse en el sueño, ya Abu Tartur había entre ellos elegido la víctima al que había de hacer la inmoral y pecaminosa visita.

Cuando subía por la escalera desde el piso bajo, la muchacha que traía a uno de los estudiantes la ropa limpia o venía a llevarse la sucia, Abu Tartur, que estaba oculto en su rincón de lo alto de la escalera, le salía al encuentro y, sin ser visto, oído ni sentido, la acompañaba. Apenas entraba la muchacha en el cuarto del estudiante, Abu Tartur se las ingeniaba para que ella mirase de cierto modo, o dijese no sé qué palabra, o para que una sonrisa se dibujase en sus labios o cualquiera de sus miembros hiciese determinado movimiento. Cuando la muchacha se iba, se iba también Abu Tartur, siempre sin ser visto, oído ni sentido. Pero ya había dado al muchacho una especie de cita para cuando cerrase la noche y le ocupase el sueño.

Otras veces Abu Tartur daba todavía muestras de mayor habilidad y de más refinado engaño y astucia. Entonces no tenía que tomarse el trabajo de subir la escalera, y le bastaba quedarse en el piso bajo y mezclarse con aquellas mujeres que tan pronto reñían como se reían juntas y que hablaban a gritos, dando de sí, de todas maneras, imágenes muy diferentes. Abu Tartur se las ingeniaba para infiltrar no sé qué esencia sutil en cualquiera de aquellas voces o de aquellos ademanes. La voz o el ademán en cuestión llevaba hacia arriba a Abu Tartur, o era Abu Tartur el que lo hacía subir. El caso es que llegaba al muchacho del piso alto, y, aunque se retiraba de él en seguida, ya le había dejado dentro un mal oculto y le había dado una especie de cita para cuando cerrase la noche y le ocupase el sueño.

La vida de nuestros estudiantes en el caserón y en el Azhar no era, pues, toda pureza ni toda ciencia, ni tampoco la del niño era enteramente pureza y ciencia en medio de nuestros estudiantes. Entre ellos andaba Abu Tartur

para llevarles un tormento agridulce. Lo que el niño les oía le daba mucha materia en que meditar.

XII La matrícula en el Azhar

A este inmueble que queda descrito llegó el niño y en este ambiente vivió. Lo más probable es que el conocimiento de la vida y sus aspectos y de los vecinos y sus costumbres, que en ambos adquirió, no fue de menor importancia que los otros conocimientos de Derecho, Gramática, Lógica y Teología que adquirió en el otro medio azharista.

Apenas llevaba el niño dos o tres días en el caserón, su hermano se lo confió a un maestro que acababa de obtener el grado durante el verano y que por primera vez en su vida iba a comenzar a dar clase y a sentarse a explicar como profesor a los alumnos pequeños. Era hombre de unos cuarenta años, o que estaba rozándolos, con renombre de competente y título de listo. Luchó contra la suerte y la venció, si bien creía que la victoria no estuvo acomodada a sus méritos, pues obtuvo la calificación de notable, que era un triunfo, pero no la de sobresaliente, y lo tuvo por injusticia. Su inteligencia era sólo para lo científico, pues, en la vida práctica, más bien tiraba a ingenuo que a otra cosa. Llevaba entre sus amigos los estudiantes y los ulemas fama de amar los goces materiales y de entregarse a ellos; pero esto le venía impuesto por su temperamento y no por vileza o corrupción de la moral ordinaria. Engullía muchísimo, y era conocido por su avidez de comer carne, hasta el punto de que, a costa de grandes sacrificios, no podía dejar de comerla exageradamente ni un solo día. Añádase que tenía una voz muy rara, pues hablaba de un modo temblón, entrecortado, separando las letras, a pesar de lo cual se le amontonaban, y que para hablar abría la boca más de la cuenta. Apenas se le podía oír sin reírse, ni conversar mucho con él sin imitar maquinalmente lo trémulo y entrecortado de su voz y su manera de hablar con la boca abierta.

En cuanto logró su título se procuró a toda prisa las insignias de los ulemas y las usó, lo mismo que se puso sin más tardar la *farachía*^[39]. Como de ordinario los ulemas no lo hacían sino mucho después de conseguir el título, cuando ya tenían cierta antigüedad en la carrera y algunas mejoras en su vida material, este apresuramiento de nuestro amigo provocó las burlas de sus compañeros estudiantes y de sus antiguos maestros; tanto más y con tanta más saña, cuanto que llevaba la *farachía* e iba descalzo en sus babuchas, si se me permite la expresión; quiero decir que no usaba calcetines, porque no podía o porque no quería comprárselos. Por la calle iba muy tieso y ceremonioso, como adoptando la gravedad de los ulemas y la majestad de «la ciencia»; pero, en cuanto franqueaba el umbral del Azhar, perdía aquella majestad y lentitud y marchaba a saltitos. El niño lo conoció antes por los pies que por la voz: La primera vez que vino al sitio en que iba a dar la clase, con esos saltitos que acostumbraba, tropezó con el niño hasta casi caerse, y la mano del niño, tocó sus pies descalzos, de piel áspera y rugosa; luego siguió andando hasta sentarse, apoyando, por primera vez, la espalda en aquella columna que por tanto tiempo había anhelado rozar como maestro.

Como sus demás colegas de aquel tiempo, sobresalía en las ciencias azharistas y aborrecía vivamente los métodos con que se enseñaban. Las directrices del maestro imam le habían llegado e influido, pero sin penetrar en lo más profundo de su ser. No era un reformador puro ni un conservador puro, sino algo mixto. Pero bastaba para que los *cheijs* le mirasen de través y tuviesen de él una idea entre expectante y compasiva. Apenas iniciada su primera lección de Derecho, anunció a sus discípulos que él no les leería el *Kitah maraqi al-falah'ala nur al-idah*^[40], como solían hacer los *cheijs* con los principiantes, sino que les enseñaría, sin libro, tanto Derecho como el que se contiene en los *Maraqí al-falah*, y que ellos deberían escuchar, comprender y tomar por escrito de sus conferencias cuanto juzgasen necesario apuntar. Luego continuó la lección, que fue buena y de provecho. La misma línea de conducta siguió en el curso de Gramática. Ni leyó a sus discípulos el *Comentario* del Kafrawi^[41] ni les enseñó las nueve maneras de pronunciar la fórmula: «En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso» con desinencias casuales. Se limitó a darles una buena iniciación gramatical

y a explicarles lo que eran la palabra, la oración, el nombre, el verbo y la partícula. Su clase fue fácil, sencilla y al mismo tiempo útil. Cuando luego, a la hora del té de media tarde, fue interrogado el niño sobre lo que su maestro había dicho en las clases de Derecho y de Gramática, y el niño repitió a su hermano y a los amigos de éste cuanto había oído, todos se mostraron satisfechos del *cheij* y de su método, y aprobaron su manera de enseñar.

Durante muchos días, que sería difícil contar, no asistió el niño más que a estas dos clases, y siempre se preguntaba cuándo figuraría como verdadero alumno, realmente matriculado, en el Azhar, pues hasta entonces no era sino un niño que asistía a estos dos cursos con minuciosa regularidad, y, si escuchaba el curso de Tradición profética, que se daba tras la oración del alba, era simplemente por esperar que su hermano saliese de la clase de Fundamentos de la religión y que llegase la hora de empezar la clase de Derecho. Pero, por fin, llegó el anhelado día en que al niño, después de la clase de Derecho, se le dijo que había de examinarse de conocimiento memorístico del Alcorán, trámite obligatorio para matricularse en el Azhar. La noticia le pilló de sopetón, pues, de haberla sabido antes, se hubiera preparado para el examen, recitando el Alcorán con anterioridad una o dos veces, ya que, desde su llegada a El Cairo, nunca había vuelto a pensar en recitar el sagrado texto. La noticia de que iba a examinarse al cabo de una hora le emocionó, por tanto y le atemorizó. Lleno de miedo y en extremo turbado, se encaminó al sitio del examen, que era la capilla de los Ciegos; pero apenas se acercó al tribunal cuando el miedo se le fue de pronto, y, en cambio, su corazón se llenó de pena y de dolor y se suscitaron en su ánimo unos punzantes pensamientos que jamás olvidará. Estaba, en efecto, aguardando a que los dos examinadores terminasen con el alumno anterior, cuando uno de ellos le llamó con una frase que cayó tan mal en su oído como en su corazón:

—Ven acá, ciego.

De no ser porque su hermano, cogiéndole por el brazo, le hizo levantarse bruscamente y acercarse al tribunal sin más explicaciones, no habría creído que aquella interpelación se dirigía a él, pues estaba acostumbrado a que su familia le tratase con cariño y no aludiera delante de

él a su defecto, y él estimaba esa delicadeza, aunque no olvidaba su deformidad ni dejaba de pensar constantemente en ella. En fin, el caso es que se encontró sentado delante del tribunal y que le pidieron que recitase la azora de la Caverna. Apenas había dicho sus primeras aleyas, le pidieron que recitase la azora de la Arana, y también a las primeras aleyas uno de los examinadores le cortó, diciéndole:

Puedes retirarte, ciego. ¡Dios te asista!

Quedó muy sorprendido el niño de este examen que no suponía nada, ni era prueba de que se sabía de coro el Alcorán, pues, por lo menos, esperaba que el tribunal le examinase como lo hacía su padre el *cheij*. Con todo, se retiró satisfecho de su éxito y enojado contra sus jueces, cuya manera de examinar despreciaba. Antes de salir de la capilla de los Ciegos, su hermano lo llevó a un rincón, donde un ujier, o un «atador», conforme entonces se decía, le cogió por el brazo derecho y le puso en la muñeca un hilo cuyos extremos ligó con plomo, diciéndole:

—Puedes retirarte. Enhorabuena.

No sabía el niño lo que ese extraño brazalete quería decir; pero su hermano le explicó que debía conservarlo en torno a su muñeca durante una semana, hasta comparecer delante del médico que examinaría su salud, dictaminaría su edad y le vacunaría contra la viruela. Y aunque hubiese sido natural que el niño anduviera orgulloso de aquel nuevo brazalete, testimonio de que había aprobado el ingreso en el Azhar y de que había franqueado la primera etapa de su carrera, la verdad es que sólo pensaba en cómo el examinador lo había llamado y despedido.

La semana siguiente no introdujo la menor alteración en sus costumbres: siguió despertándose por la voz del tío Hachch 'Alí, yendo al Azhar con la aurora, regresando de él al terminar la clase de Derecho, volviendo otra vez al mediodía, y retornando tras de la clase de Gramática, para quedarse en su yacija y dormir en ella, hasta que a la mañana siguiente salía de nuevo para el Azhar cuando la voz del almuédano le recordaba que la oración es mejor que el sueño. Llegado el día del reconocimiento médico, presentóse el niño con cierto miedo de que el facultativo le interpelase lo mismo que el examinador; pero el médico no lo llamó de ningún modo, ni a

él ni a ninguno. Fue su hermano el que lo empujó delante del médico, que se limitó a coger su brazo, hacer en él unas incisiones, y decir:

—Quince años.

Ahí paró todo, y el niño quedó matriculado en el Azhar.

No era verdad, sin embargo, que tuviese la edad que dijo el médico y que era necesaria para la validez de la inscripción. No tenía más que trece años. Pero el brazalete había desaparecido de su muñeca y estaba de nuevo en su cuarto, lleno de dudas, a la vez dolorosas y placenteras, sobre la confianza que merecían los examinadores y sobre la sinceridad del médico.

XIII Un momento de crisis

La vida que llevaban era al mismo tiempo penosa para el niño y para su hermano. Para el niño, porque le parecía poca la ciencia que se le daba y estaba deseando asistir a más clases e iniciarse en más materias, sin contar con que aquella soledad en el cuarto después de la clase de Gramática se le hacía insoportable, y soñaba con moverse más y hablar más. Para su hermano, porque le pesaba la obligación de tener que llevar mañana y tarde al niño de un sitio a otro y porque tampoco le gustaba dejarlo solo la mayor parte del tiempo; pero esto último no veía modo de evitarlo, ya que no habría sido posible ni conveniente para su vida y estudios abandonar a sus amigos o faltar a sus clases y quedarse siempre en el cuarto a hacer compañía al hermanito.

Jamás habló el niño de esto con nadie, ni su hermano con él; pero sí debió de decírselo a sus amigos más de una vez. Una noche, sin embargo, la situación llegó a su punto culminante para resolverse en seguida, sin que ni uno ni otro se dijeran nada.

Ese día el pequeño grupo fue invitado por un amigo sirio que tenían, y que no habitaba en el caserón y ni siquiera en el barrio, a pasar la velada en su casa, y el grupo aceptó. El día transcurrió como todos. Después de la oración de prima noche, tras el curso del maestro imam, los muchachos volvieron a casa para desembarazarse de sus carteras y apuntes. El joven *cheij*, hermano del niño, acostó a éste como todas las noches, apagó la lámpara y se iba a marchar. Aún no había llegado a la puerta, cuando el niño, no pudiendo más de tristeza, se echó a llorar, y aunque procuró reprimir sus sollozos, es casi seguro que llegarían a oídos de su hermano. No cambió éste, sin embargo, su proyecto, ni desistió de ir a la velada; cerró la puerta y siguió su camino. Cuando el niño se hartó de llorar, se fue poco

a poco tranquilizando y, como todas las noches le ocurría, no pudo dormirse hasta la vuelta de su hermano; pero ese día volvió ya entrada la mañana, después de la clase de Derecho y de haberse desayunado con unos cuantos dulces, comprados en el camino, al salir de la fiesta nocturna.

El niño y su hermano se entendieron sin cruzar una palabra, y el día pasó como siempre. Pero, al siguiente, había una carta para el joven *cheij* en la tienda del Hachch Firuz. Tras de leerla, dijo a su hermano, poniéndole la mano en el hombro y con una voz empañada de cariñosa ternura:

—Desde mañana no te quedarás solo en el cuarto. Tu primo va a venir a estudiar, y así tendrás un amiguito que te haga compañía.

XIV La llegada del primo

Era este primo compañero de infancia del niño, y amigo suyo muy querido. A menudo venía de su pueblo, allá en lo mas remoto de la provincia, para visitarle y pasar con él uno o varios meses, en los que iban a la escuela a jugar y a la mezquita a rezar, para volver con el crepúsculo a casa, y leer libros de cuentos e historias, o dedicarse a mil juegos, o salir a pasear bajo las moreras que orillaban la acequia Ibrahimiyya. A menudo también compartían sueños y deseos, comprometiéndose a ir juntos a El Cairo y estudiar juntos en el Azhar. Muchas veces había venido de su pueblo, allá en lo remoto de la provincia, a fines del verano, con dinero y comida que le había dado su madre, la cual se había ya despedido de él, para que fuese a estudiar a El Cairo con su primo. Pero tenía que compartir con éste, primero la espera, después la irritación, y por último la tristeza y los lloros. En efecto, la familia o el joven *cheij* opinaban siempre que todavía no había llegado el momento de que los dos niños fueran a El Cairo. Tenían, pues, que separarse, y el niño que volver a su madre triste y cabizbajo.

No es de extrañar, con estos antecedentes, que la noticia de la llegada del primo le llenara de gozo, ni que aquella tarde la pasara contento y satisfecho, sin pensar en otra cosa que en el día siguiente. Se había echado encima la noche e invadido la habitación con su tiniebla, pero esta vez el niño no oyó que la oscuridad sonase ni hablase.

Seguramente los insectos se moverían como siempre, pero el niño no oía su rumor ni sentía sus movimientos. Pasó toda la noche en vela, pero con un insomnio feliz y agradable, deseando que las horas pasaran de prisa y encontrando que la mañana tardaba en llegar. En la clase de Tradición profética, a la que asistió, le pareció que la voz del maestro cantaba al citar

el texto del *hadith* y la cadena de testimonios que lo autorizaban, pero la verdad es que ni puso atención en lo que decía ni entendió una palabra. En la clase de Derecho sí atendió, porque no había otro remedio, ya que su hermano lo tenía recomendado al profesor, y éste le preguntaba y hablaba con él, forzándole a oír y entender. Al volver a su habitación, pasó el tiempo a la vez tranquilo e inquieto; tranquilo en apariencia, porque no quería que su hermano o sus amigos se dieran cuenta de que su situación había cambiado poco mucho; pero inquieto por dentro, queriendo aguijar al tiempo, y creyendo que no llegaría nunca la hora de la media tarde en que el tren debía llegar a la estación de El Cairo.

Por fin, el almuédano llamó a la oración de media tarde. Ya no separaba al niño de su primo más que el poco tiempo necesario para venir en una carretilla desde la estación al barrio, cruzando por Bab al-Bahr y Bab al-Sha'riyya, para llegar a aquella puerta hacia la que había que torcer y luego atravesar entre el humo del cafetucho y el burbujeo del narguile.

Y de pronto, resonando en el suelo del caserón, unos pasos inconfundibles para el niño. Y el primo que llega y le saluda riendo. Y los dos niños que riendo se abrazan. Y el dueño de la carretilla detrás, con las chucherías y las golosinas que la familia mandaba a los estudiantes. Claro es que la cena de esa noche había de ser succulenta, y que en ella habían de participar todos los amigos, y que los niños no habían de quedarse solos, para hablar de sus cosas, hasta que los otros muchachos se marchasen a la clase del maestro imam.

Claro es también, que, a partir de ese día, la vida del niño cambió de raíz; que cesó su aislamiento, hasta el punto de que a veces llegó a echarlo de menos, y que «la ciencia» creció en él de tal modo que a veces se veía y se deseaba para abarcarla.

XV Cambio de vida

Lo primero que cambió en su vida material fue que dejó aquel sitio suyo en la habitación, sobre la vieja alfombra tendida encima de una estera usada y desflecada, y que ya no lo usó sino para almorzar o cenar, y cuando, ya entrada la noche, se retiraba a su yacija. Todo o la mayor parte del día lo pasaba en el Azhar o en las mezquitas de alrededor, para asistir a diferentes clases, y, al volver al caserón, no entraba en el cuarto sino para quitarse la *abata*. En cuanto lo hacía, se sentaba con su compañero en una tira de fieltro que había ante la puerta, tapando casi el paso a los vecinos, pues no les quedaba lugar más que para pasar dos, y acaso sólo uno. Allí los dos niños hablaban un poco, leían mucho y se enteraban de las conversaciones y movimientos del piso de abajo. Uno sólo escuchaba, y el otro, además, veía y explicaba a su compañero lo que éste no podía ver. Fue así como el niño llegó a conocer el caserón mejor que antes, y a saber las costumbres de los inquilinos y escuchar sus conversaciones como antes no podía hacerlo. Vivía por fin en público, después de haber vivido escondido.

Pero, desde la llegada de su compañero, la vida fértil y provechosa de nuestro niño no tenía lugar en el cuarto ni en el caserón, sino en el mismo Azhar. Ya no tuvo necesidad de asistir al curso del alba, y a veces se quedaba en el cuarto hasta poco antes de la clase de Derecho, con lo cual oía casi a diario, junto con su primo, la oración del *cheij* escrupuloso, que antes no podía escuchar más que los viernes. Al llegar la hora de la clase, se iba con su compañero al Azhar, por el mismo camino que con su hermano, pero ahora hablando, unas veces en serio y otras en broma. Algunas veces, aunque siempre para seguir saliendo a la calle de Sayyidna al-Husein, evitaban pasar por el sucio callejón de los murciélagos y tomaban la limpia calle del Jan Chá'far. Una novedad es que el niño, desde la llegada de su

primo, se acostumbró a no pasar por la mezquita de Sayyidna al-Husein, y mucho menos a no entrar en ella, sin recitar la *Fátiha*. Fue un hábito que le inculcó su primo y al que se acomodó de tal manera, que luego, andando los años y cambiadas las circunstancias de su vida, no recuerda haber pasado nunca por dicha mezquita sin recitar mentalmente esa noble azora del Alcorán.

El hermano del niño daba a éste y a su compañero una pequeñísima cantidad de dinero para que comiesen, a condición de que, terminada la clase de Derecho, retirasen del pórtico de los Hanafíes la ración de cuatro panes que al joven *cheij* correspondían, de los cuales los niños se comían dos para almorzar y guardaban los otros dos para la cena. Aunque el dinero que les daba era, como hemos dicho, poquísimo y nunca pasaba de una piastra por día, ambos rapaces sabían cómo ingeniárselas y cómo economizar para disfrutar de algunas golosinas y bebidas que les gustaban.

Nadie les impedía, a veces, madrugar como los pájaros y, saliendo de la puerta, cerrada todavía, del caserón por el estrecho postigo, dar la vuelta para coger el camino del Azhar y pasarse ante un vendedor de *balila*^[42], a comer cada cual su ración. Era una golosina que les gustaba ciegamente, por lo mucho que la habían comido en el pueblo y por el mucho azúcar que le ponían encima y que se mezclaba con los gruesos granos o se disolvía en el caldo hirviente. Apenas se la echaban al colete, les espantaba el sueño que les quedaba, esparcía por sus cuerpos la actividad, despertaba en sus bocas y estómagos un placer que apreciaban en su justo valor, y les daba la mejor preparación para la clase de Derecho y para escuchar las explicaciones del profesor y llenar las cabezas, con las barrigas ya llenas.

Otras veces, al pasar por la calle de Sayyidna al-Husein, tampoco les impedía nadie desviarse hacia este o aquel vendedor y sentarse en un estrecho banco de madera, cubierto o no con una esterilla, pero en todo caso blandísimo, porque sentarse en él suponía estar aguardando un placer que les dislocaba y apreciaban mucho: el placer de aquellos higos macerados, que les ofrecían en un tazón y que se tragaban al punto, para luego sorberse el caldo y comerse con calma y regodeo las pasas que quedaban en el fondo. Como tampoco les impedía nadie, al volver un poco antes o un poco después de la oración de media tarde, arañar un poco el dinero de la cena y

pasarse ante un vendedor de *harisa*^[43] o de *basbusa*, a colmar el inocente placer de ingerir la una o la otra golosina. Nada importaba lo que luego pasase con el almuerzo o con la cena.

El problema del almuerzo era facilísimo de resolver. Les bastaba acercarse con sus dos panes a un vendedor de habas cocidas al que pagaban dos milésimos y medio, más otro medio milésimo por uno o dos manojos de puerros. Por ese dinero el vendedor les daba un tazón hondo lleno de caldo, en el que nadaban unas cuantas habas y sobre el cual echaba un poco de aceite. Mojaban el pan en el caldo, atrapaban las habas, nada fáciles de pescar, y al par, con la mano izquierda, se llevaban los puerros a la boca. Acabar el pan y los puerros, y sentirse hartos y llenos hasta casi reventar, era todo uno. Como quedaba caldo en el tazón, y al niño le daba vergüenza bebérselo cuando se lo ofrecía su primo, era éste el que, riéndose de él, levantaba el tazón y bebía en él hasta devolvérselo al vendedor completamente limpio. Con ello el almuerzo quedaba despachado, sin pasar de tres milésimos, más lo que habían comido antes de la clase. Ya no les quedaba sino volver al Azhar para dar satisfacción a sus inteligencias después de habérsela dado a sus cuerpos.

Deseaba el niño ardientemente no faltar a las clases de Derecho y Gramática que daba su maestro el reformador-conservador, tanto por obediencia a su hermano como por propio gusto. Pero al mismo tiempo estaba ansioso de oír a otros maestros y de asomarse a otras disciplinas, y lo logró, sin grandes esfuerzos, gracias a las clases que se daban a media mañana después del almuerzo de los estudiantes. Los dos amigos decidieron asistir a la clase del *Comentario* del Kafrawi, que se daba todos los días a esa hora por un profesor al mismo tiempo nuevo y antiguo: nuevo en el cargo, pero antiguo en sus relaciones con el Azhar, ya que tenía bastantes años y llevó mucho tiempo de estudiante hasta conseguir graduarse. Como tantos otros de sus colegas, empezó a explicar el *Comentario* del Kafrawi. Tenía oído el niño de su primer maestro, así como de su hermano y de los amigos de éste, tantas burlas del *Comentario* del Kafrawi y tantos irritados sarcasmos contra él, que acabó por sentir grandes ganas y deseos de saber lo que era, y apenas asistió a la primera lección y escuchó las nueve maneras de recitar la fórmula: «En el nombre de Dios Clemente y

Misericordioso», con desinencias casuales, se sintió atraído por esta ciencia y le cobró grandísima afición. Asistía, pues, con su primo a esta clase con la misma exacta puntualidad que a la primera; en ésta le parecía aprender Gramática, y en aquélla divertirse con la Gramática. Se divertía, en efecto, de veras, no sólo por aquel empleo continuo de las desinencias casuales en que el comentarista del texto insistía muchísimo, sino también y especialmente por la extraña y risible voz con que el maestro leía texto y comentario; y los explicaba. No era leer, sino cantar, y con un canto que no subía del pecho, sino que bajaba de la cabeza, pues su voz reunía dos cualidades contradictorias y, siendo opaca y mate, era a la vez llena y resonante. Procedía, además, del Alto Egipto, y aun de su parte más remota, y conservaba su acento local inalterado, tanto en el vocabulario como en su manera de leer o cantar. Era hombre rudo, que leía, preguntaba y respondía a los estudiantes en tono violento; tan propenso a la cólera, que insultaba a quien le preguntaba, y si el preguntante insistía no se perdía un puñetazo, de estar cerca, o un babuchazo, de estar lejos. Las babuchas del *cheij* eran tan gruesas como su voz y tan rústicas como sus vestidos (jamás llevaba *aba'a*, sino *diffiya*) y estaban llenas de clavos, para que tuviesen mayor solidez y se desgastaran menos. Imagínate, pues, lo que era recibir estos clavos en la cara o en cualquiera otro miembro visible. Por eso los estudiantes tenían miedo de interrumpir al *cbeij*, y le dejaban solo con su lectura, comentario, exposición y canto, hasta el punto de que, como ni él ni los estudiantes perdían un minuto, tras de haber empezado con el *Comentario* del Kafrawi, aún tuvo tiempo en el mismo curso de acabar con el *Comentario* del *cheij* Jalid^[44]. Dos fueron, pues, los libros que sus alumnos estudiaron en un solo año, cuando con los demás maestros no se estudiaba más de uno, y el maestro reformador-conservador no había pasado con sus escasos alumnos de los primeros capítulos de la Gramática.

Estos hechos influyeron en lo que podríamos llamar la vida gramatical del niño, pues al volver a El Cairo después de las vacaciones del verano, y no encontrar a su maestro el reformador-conservador, pudo pasar a estudiar con otros azharistas, asistiendo, en Derecho, al curso del *Comentario* del Ta'i al *Kanz*^[45] y, en Gramática, al curso de Glosas de al-'Attar sobre el

Comentario de la *Azhariyya*^[46]. Pero vale más no adelantar los acontecimientos y seguir con nuestro amiguito en su primer curso.

Terminada la clase de media mañana, asistía a la clase de mediodía, y luego volvía a su cuarto a estudiar con su compañero, bien repasando las lecciones del día siguiente, como hacían los estudiantes aplicados, bien leyendo al azar otros libros, los entendiera o no. Y, cuando el sol empezaba a ponerse, los dos amigos se disponían a cenar, mejor o peor, según el dinero que les sobrara. Si aún tenían media piastra, empleaban la mitad en un pastel de sésamo, y la otra mitad en queso griego, y con ambas cosas, que juntaban en el mismo bocado, hallando en tan extraña mezcla un sabor delicioso, hacían una cena tan opípara como placentera. Si la *balila* o los higos habían aumentado sus gastos y no les quedaba más que un cuarto de piastra, compraban un poco de *tehina*^[47] que, echándole encima miel negra o blanca de la que mandaban del pueblo, les procuraba una cena no lujosa, pero pasadera. Y si en la *balila*, o en los higos, o en ambas cosas, se les había ido todo el dinero y no les quedaba nada, no se apuraban tampoco. Siempre quedaban los panes y nunca faltaban en el cuarto una orza llena de miel negra y otra de miel blanca. Cogiendo un poco de miel y mojando en ella el pan, se pasaban sin el lujo del pastel, del queso y de la *tehina*. E incluso a veces se permitían, dentro de aquella miseria, un poco de lujo, mojando el primer pan, que previamente se habían repartido, en la miel negra, y el segundo, repartido también, en la blanca.

Con esto, cuando el sol estaba en el ocaso y el almuédano subía a su alminar, los niños se daban prisa en volver al Azhar para asistir, como los estudiantes mayores, a un curso de después de la oración de la puesta del sol. Era un curso de Lógica, sobre el texto del *Sullam*, de al-Ajdari^[48]. La verdad era que, aunque el *cheij* que lo explicaba se tenía por sabio, tal sapiencia no le era reconocida en el Azhar. Llevaba mucho tiempo de asistir con empeño para obtener el grado, y, aunque no lo había obtenido, no desesperaba de conseguirlo ni se daba por satisfecho con la calificación de los jueces del tribunal, a los que, por una parte, aplacaba asistiendo a las clases y presentándose a examen, y, por otra, exasperaba con sentarse, al terminar la oración de la puesta del sol, junto a una columna, rodeado de estudiantes, a explicarles un libro de Lógica, como los ulemas más

distinguidos, siendo así que sólo éstos se atrevían a dar parecida enseñanza. Verdad era también que aquel alumno-maestro no descollaba por su ciencia ni por su habilidad pedagógica; que su ignorancia y su incapacidad eran patentes aún para los mismos principiantes, y que, procediendo asimismo de lo más remoto del Alto Egipto, conservaba el mismo acento de antes de venir al Azhar, sin alterarlo en nada ni para leer ni para hablar. Verdad era, por último, que tenía muy mal carácter y mucho rigor, aunque no llegaba a insultar ni a pegar a los estudiantes, o no osaba hacerlo por quedar tales cosas reservadas a los sabios de veras que, con el título, adquirían autorización implícita de hacerlas. Todo esto era verdad, y los dos amigos lo tenían oído de los estudiantes mayores; pero insistieron en ir al curso con toda asiduidad, para poderse decir a sí mismos que estudiaban Lógica, que iban al Azhar después de la oración de la puesta del sol y que volvían después de la oración de prima noche, lo mismo que los alumnos adelantados.

¡Qué pronto se pasó aquel primer año! Terminaron las clases de Derecho y Gramática, y los estudiantes tuvieron primero que dispersarse y después que partir a las ciudades y pueblos, a pasar el verano con su familia. El niño había deseado ardientemente que llegaran las vacaciones y se había consumido en añoranzas del pueblo; pero, llegado el momento, intentó resistirse a partir y quedarse en El Cairo. ¿Lo hacía sinceramente o a la fuerza? Mitad y mitad. Era sincero en cuanto que amaba El Cairo, se aficionó a él y le costaba trabajo dejarlo, ya que detestó siempre los viajes; y no lo era, porque, soliendo su hermano pasar la mayor parte de las vacaciones en El Cairo, con gran orgullo de la familia, que veía en ello una prueba de aplicación y celo, él quería hacer lo mismo y gozar de idéntica fama. Pero de nada le valía su resistencia. Se vio con su compañero en una carretilla, junto con los dos bultos de sus ropas; llegaron a la estación; les tomaron dos billetes y se los entregaron, y les metieron en un atiborrado vagón de tercera. Pero echó a andar el tren, y, a los pocos momentos, una o dos estaciones más allá de El Cairo, los dos amigos habían olvidado ya el Azhar, El Cairo y el caserón. No pensaban más que en el pueblo y en sus placeres y delicias.

XVI Vacaciones en el pueblo

Ya había pasado la oración de prima noche cuando los dos niños se apearon del tren. En la estación no les esperaba nadie, cosa que no les gustó. Pero al llegar a casa encontraron que todo seguía la misma marcha de siempre: la familia hacía mucho rato que había cenado; el *cheij*, después de rezar, había salido como de costumbre a la tertulia con sus amigos, no lejos de la casa; las criaturas se dormían y la hermana pequeña los iba llevando uno por uno a la cama; la madre estaba tumbada, para descansar, al aire libre, sobre una alfombra de fieltro, descabezando un sueño que luego se le iba; en su torno las hijas, sentadas en el suelo, hablaban como todas las noches, esperando que el padre, dando por terminada su breve tertulia, volviese y todos se acostaran; dejando la casa en un silencio y reposo que sólo interrumpían los ladridos de los perros y los quiquiriqués de los gallos, pues unos y otros dialogaban, y los de la casa contestaban a los de otros rincones del pueblo.

Al entrar los niños, la familia se quedó sorprendida. Como no tenían noticia de su regreso, no les habían preparado cena especial, ni les habían guardado la cena ordinaria, ni habían enviado a nadie a esperarles en la estación. El niño vio desvanecerse sus sueños y derrumbarse la ilusión de un recibimiento alegre, lleno de bienvenidas y grandes preparativos, como el que hacían a su hermano el *cheij*. Claro es que su madre y sus hermanas se levantaron; que la una lo besó y las otras le abrazaron, y que a él y a su compañero les dieron una cena como las de El Cairo. Al llegar el padre, alargó la mano para que la besara el niño y le preguntó cómo quedaba su hermano. Luego toda la familia se fue a acostar. El niño durmió en su antigua cama, ocultando en su pecho no floja irritación y no poca decepción en sus esperanzas.

En la casa y en el pueblo la vida siguió como antes de irse el niño a El Cairo a estudiar en el Azhar, como si no se hubiera ido a El Cairo, ni hubiera tratado a los ulemas, ni hubiera aprendido Derecho, Gramática, Lógica y Tradición profética. Como antes, tuvo que saludar con veneración y respeto a Sayyidna; como antes, besarle la mano; como antes, escuchar su verborrea inacabable e inane. De vez en cuando tuvo que ir a matar el tiempo en la escuela, donde los alumnos le recibieron como antes, como si no se dieran cuenta de que había estado fuera, sin preguntarle por lo que había visto u oído en El Cairo, cuando tanto habría tenido que contarles. Más aún: nadie del pueblo vino a la casa a saludar al niño *cheij*, después de su vuelta, con haber estado fuera un curso completo, y si éste o aquél se lo encontraba, se limitaba a preguntarle con negligente indiferencia:

—¡Ah! ¿Ya estás aquí? ¿Ya has vuelto de El Cairo? ¿Cómo estás? Para en seguida interrogarle con interés y levantando la voz:

—Y a tu hermano el *cheij*, ¿cómo lo has dejado?

Tuvo, pues, el niño el convencimiento de que, lo mismo que antes de su ida a El Cairo, seguía siendo un ser insignificante y sin importancia, por el que no valía la pena interesarse ni preguntar, y esta actitud le hería en su amor propio, que era mucho, y aumentaba su taciturnidad, su retraimiento y su concentración.

Al poco tiempo de estar en su casa y en el pueblo, el juicio y la actitud de las gentes para con él cambiaron, no hacia la simpatía y el afecto, sino hacia la censura, el desvío y el apartamiento, y tuvo que sufrir, como antes, la incompreensión de sus paisanos un día, y otro y muchos. Pero como no podía soportarlo acabó por revolverse contra lo habitual, renegar de lo que conocía y rebelarse contra aquellos a quienes fingía respeto y sumisión, primero sinceramente, y luego, conforme sentía crecer las críticas, el apartamiento y la hostilidad, con rebuscado y forzado propósito, extremando las distancias.

Un día oyó que Sayyidna, hablando con su madre de religión, ponía por las nubes a los que saben de coro el Alcorán y a los «portadores del Libro de Dios». Al punto le supo mal lo que oía, lo refutó y hasta se permitió decir que eran bobadas. Sayyidna montó en cólera, lo insultó y sostuvo que en El Cairo no había aprendido más que malas costumbres y perdido la

buena crianza. La madre se enfadó también, lo regañó, se excusó con Sayyidna, y cuando el *cheij* volvió a rezar la oración de la puesta del sol y sentarse a cenar, se lo contó. Pero el padre no pasó de menear la cabeza y soltar una risita, como no dando importancia a la cosa ni al enojo de Sayyidna, al que no guardaba simpatía ni afecto.

Hasta aquí las cosas se hubieran arreglado; pero otro día, oyendo a su padre recitar el *Dala'il al-Jairat*^[49], como siempre lo hacía después de las oraciones de la mañana y de la media tarde, el niño se encogió de hombros, meneó la cabeza, se rió y dijo a sus hermanos que recitar el *Dala'il* era una tontería que no servía para nada. Los hermanos pequeños y las hermanas no le entendieron ni le prestaron atención; pero la mayor le reprendió duramente, y tanto elevó la voz, que la oyó el *cheij*. No interrumpió éste, sin embargo, su recitación, sino que la prosiguió hasta concluir, y entonces, viniendo hacia el niño, sosegado y sonriente, le preguntó qué había dicho. Cuando el niño se lo repitió, meneó la cabeza, soltó otra risita y dijo al niño con desdén:

—¿Y a ti qué te importa? ¿Es esto lo que aprendes en el Azhar?

—Sí —contestó el niño enrabiado—; en el Azhar he aprendido que muchas de las cosas que lees en ese libro son impías, dañan y no sirven de provecho. El hombre no debe recurrir a la intercesión de profetas ni santos, porque entre Dios y los hombres no puede haber mediadores. Eso es una especie de idolatría.

Entonces el *cheij* se encolerizó de veras, si bien, reprimiendo el enojo y conservando la sonrisa, se limitó a decirle entre las carcajadas de toda la familia:

—Cállate, ¡Dios te corte la lengua! Si vuelves a hablar así, juro que te quedarás en el pueblo, que no irás más al Azhar y que haré de ti uno de esos alfaquíes que recitan el Alcorán en los velatorios por las casas.

Con esto se fue, mientras la familia seguía riendo en torno al niño; pero la verdad es que esta historia, con su burlesca crueldad, no hizo más que afianzar la rebeldía y la terquedad del muchacho.

A las pocas horas el *cheij* lo había olvidado todo, y al sentarse a cenar, rodeado de sus hijos e hijas como de costumbre, se puso a preguntar al niño por el joven *cheij*: qué hacía en El Cairo, qué libros leía y con qué maestros

estudiaba. Hacer tales preguntas y escuchar las respuestas era uno de sus mayores placeres. Cuando su hijo, el joven *cheij*, volvía al pueblo, se las hacía siempre; pero el mozo, que contestaba forzado a la primera, acababa por escurrir el bulto y no responder más que con monosílabos; cosa que el *cheij* no censuró nunca en público, pero que le lastimaba y de la que se quejaba a su mujer, cuando se quedaban a solas. El niño, en cambio, dócil, y sumiso, se amoldaba al gusto del padre, no se resistía a contestarle, ni se aburría por mucho que le repitiese las preguntas ni por cualquiera que fuese su contenido. El padre, pues, se divertía interrogándole y disfrutaba hablando de este tema en las comidas, acaso para repetir luego a sus amigos algunas cosas de las que le contaba su hijo, tales como las visitas que el joven *cheij* hacía al maestro imam o al *cheij* Bajit; las objeciones y pegas que ponía a los maestros durante la clase, y las duras réplicas, insultos y aún golpes que recibía cuando le contestaban. Sabiendo el niño el gusto y la satisfacción de su padre con estas cosas, las ampliaba, las multiplicaba y hasta inventaba algunas, con cuidado de guardárselas en la memoria para referírselas a su hermano al volver a El Cairo. El padre se sentía feliz, reventando de gozo y cada vez más ávido de detalles. Esa noche, al sentarse la familia a cenar y repetir, como antes dije, las mismas preguntas de qué hacía el mozo y qué libros leía, el niño, con astucia, mala intención y sorna, contestó:

—Visita las tumbas de los santos y se pasa el día leyendo los *Dala'il al-Jairat*.

Apenas lo dijo, toda la familia se echó a reír estrepitosamente, y los niños casi se atragantaron con lo que comían, no siendo el mismo *cheij* el que se rió el último ni menos. De esta suerte, el niño convirtió las críticas a su padre, por leer el *Dala'il* y las letanías, en un motivo de diversión y broma familiar, que duró años y años. Lo curioso era que estas críticas, por un lado afectaban de verdad al *cheij*, porque pugnaban con su modo de ser y con sus costumbres y creencias heredadas; pero, de otro lado, él mismo era el que incitaba y provocaba a su hijo a hacerlas, como si en ese dolor encontrase placer y provecho.

De todos modos, la noticia de la actitud levantisca del niño no tardó en desbordar de la casa para llegar a la próxima tertulia del *cheij* y a la tienda

del *cheij* Muhammad 'Abd al-Wáhid. Llegó también a la mezquita donde solían ir el *cheij* Muhammad Abu Ahmad, jefe de los alfaquíes de la ciudad, que enseñaba el Alcorán a los niños y a los mozos, a más de presidir la oración entre semana y de adoctrinar a las gentes en materia religiosa; y al *cheij* 'Atiyya, un comerciante que había estudiado varios años en el Azhar y vuelto al campo para ocuparse de asuntos terrenales, sin descuidar los religiosos, el cual, de cuando en cuando, después de la oración de media tarde, reunía a las gentes para exhortarlas, adoctrinarlas y, en ocasiones, leer las tradiciones proféticas. Llegó asimismo al Tribunal canónico, y se enteraron de ello el cadí y, sobre todo, aquel *cheij* secretario del cadí, que creía saber más que su jefe, ser más docto que él y más merecedor del cargo, de no tener en contra el que carecía de ese título que se requiere para ocuparlo y que, según él, lograban pocas veces la aplicación y el trabajo, y casi siempre la suerte y la adulación. En todos estos sitios las gentes oyeron hablar de lo que el niño decía y de cómo criticaba muchos de sus conocimientos y se burlaba de los milagros de los santos y declaraba impía la intercesión de éstos y de los profetas. Unos con otros comentaban que aquel niño andaba errado y contagiaba su error; que en El Cairo había escuchado los perniciosos discursos y las dañinas y corrosivas opiniones del *cheij* Muhammad 'Abdo, y que ahora volvía con ellas a la ciudad para extraviar a las gentes.

A veces algunos de estos comentaristas venían a la tertulia que tenía el *cheij* con sus amigos cerca de la casa y le pedían que les enseñase aquel niño díscolo y raro. El *cheij*, tranquilo y sonriente, entraba en la casa, cogía de la mano a su hijo, que andaba jugando o hablando con sus hermanas, y lo llevaba a la tertulia, en la que le hacía sentar, una vez que saludaba a los recién llegados. Cualquiera de éstos le empezaba entonces a hablar, primero con amabilidad, pero al poco rato con violencia. Muchas veces el interlocutor del niño se iba enojado, escandalizado, pidiendo a Dios perdón del atroz pecado e implorando la divina ayuda contra el apedreado Satanás. En cambio, el *cheij* y sus amigos, que no habían estudiado en el Azhar ni tenían grandes conocimientos religiosos, se complacían en estas discusiones, admirados y contentos de aquel debate que contemplaban entre un niño principiante y aquellos *cheijs* llenos de canas. El más contento y

dichoso era el padre. Aunque no creía que acudir a la intercesión de los santos y de los profetas fuese impío, ni asentía a la afirmación de que los santos no pueden hacer milagros, opiniones en que jamás acompañaba a su hijo, la verdad es que le gustaba ver cómo su hijo dialogaba y discutía, venciendo a sus contradictores, y que tomaba fanático partido por él, oyendo y reteniendo cuanto las gentes hablaban, o en ocasiones inventaban, sobre aquel niño raro, para luego, al volver a casa, al mediodía o al atardecer, repetírselo todo a su mujer, a veces satisfecho y otras irritado.

De todas maneras, el niño tomó buen desquite y salió de su aislamiento, pues en el pueblo y en la ciudad todo el mundo hablaba de él y pensaba en él. Asimismo cambió, dentro de la familia, su posición moral, por decirlo así, pues ni su padre le abandonó, ni su madre y sus hermanos le trataron con desdén, ni las relaciones con todos ellos se limitaron a que le tuvieran compasión y piedad, sino que llegaban a algo mayor y más apreciado para el niño que esos dos sentimientos.

Por otra parte, se desvaneció por completo la amenaza que había oído el niño al comienzo de las vacaciones de que se quedaría en el pueblo, no iría más al Azhar y se convertiría en uno de esos alfaquíes que recitan el Alcorán por los velatorios. La prueba fue que un día, tanto él como toda la familia, se levantaron con el alba; que el niño se vio entre los brazos de su madre, que le besaba y lloraba en silencio; que luego se vio en la estación con su amigo; que su padre lo instaló cariñosamente en el tren; que le dio su mano a besar, y que se marchó pidiendo a Dios que lo protegiera.

El niño se acuerda de haber jugado con su amigo durante el viaje y de haberse apeado del tren en la estación de El Cairo, en la que le aguardaba sonriente su hermano, que llamó a un mozo para que llevase el poco equipaje y las muchas provisiones. Pasada la puerta de la estación, tomó una carretilla, en la que instaló los víveres y al amigo del niño. Luego tomó otro coche de caballos, sentó en él cariñosamente a nuestro niño, se sentó después él a su derecha, y dio al cochero las señas del caserón.

XVII El Azhar por dentro

Volvíó nuestro amiguito a sus clases en el Azhar y en las otras mezquitas. Prosiguió sus estudios de Derecho, Gramática y Lógica, y llegó a dominar la técnica de las objeciones, en la que rivalizaban los estudiantes distinguidos del Azhar, según los antiguos métodos, de los que se burlaban los reformadores a ultranza y que los reformadores templados no llegaban a rechazar. Asistía a tres cursos principales: el del Comentario de al-Ta'i al *Kanz*, por la mañana, en el Azhar; el de la *Azhariyya*, a mediodía, en la mezquita de Muhammad Bey Abu Dhahab, y el del Comentario del Sayyid al-Churchani a la *Iságoge*, por la tarde, en la mezquita del *cheij* al-'Idwi, por un maestro que era descendiente de este *cheij*^[50]. A veces recalaba también por uno de los cursos de media mañana, en que se explicaba el libro *Qatr al-nada*, de Ibn Hisham^[51]. Lo hacía por profundizar de prisa en el estudio de la Gramática, acabar con los libros de los principiantes y poder llegar al Comentario de Ibn 'Aqil sobre la *Alfiyya*^[52]. Pero su asiduidad a esta clase era mediana, porque tenía al que la explicaba por ignorante y opinaba que para su gusto y provecho le bastaba con las objeciones que hacia al *cheij* 'Abd al-Machid al-Shadhili en torno a la *Azhariyya* y a las Glosas del al-'Attar^[53].

De esta clase de la *Azhariyya* han quedado en el alma del niño huellas imborrables. En ella aprendió de verdad a ergotizar. Una vez, el profesor empezó exponiendo prolijamente y discutiendo estérilmente las palabras del autor de que «la partícula *qad* es indicio de que sigue un verbo». Nuestro amiguito tenía perfectamente preparadas todas las objeciones y réplicas que se le habían ocurrido a propósito de esta frase inocente, y fatigó de tal modo con sus diálogos y argumentos al *cheij*, que éste terminó por callarse de

pronto y por decirle en un tono dulce, que nuestro amiguito no olvidará jamás y que siempre recuerda con irónica ternura:

—El Día del Juicio, Dios será el que decida cuál de los dos tiene razón.

Lo dijo con una voz llena de aburrimiento y de fastidio, y al mismo tiempo de simpatía y de ternura. La prueba es que cuando, al terminar la clase, el niño se acercó a besarle la mano, como solían hacer los estudiantes, el maestro le puso la mano en el hombro y le dijo con serenidad y afecto:

—Tu entendimiento es fino. ¡Dios te favorezca!

Volvió el niño a casa muy contento con tales palabras y votos, y se las contó a su hermano. Éste esperó la hora del té, y, cuando su grupo estuvo reunido, dijo al niño en tono de broma:

—Explícanos la frase esa de que la partícula *qad* es indicio de que sigue un verbo.

Al principio el niño se resistió por vergüenza; pero, como todos insistieran, acabó por exponer lo que había oído y comprendido, y lo que él había objetado. Todos estaban en silencio oyéndole, y, cuando acabó, el estudiantón maduro, que aún estaba esperando graduarse, se levantó a besarle en la frente y le dijo:

—¡Protéjate el Viviente, el Subsistente por Sí propio, el Que no duerme!

Los demás se echaron a reír y él se quedó tan satisfecho de sí mismo.

Desde aquel momento creyó ser ya un estudiante aplicado y distinguido, y esta opinión la reforzó el hecho de que sus compañeros en la clase de Gramática le prestaban atención y le paraban después de la clase, o se acercaban a él antes de empezar, para preguntarle, hablarle o proponerle preparar con él la lección antes del mediodía. Esta proposición le sedujo hasta el punto de dejar la clase de *Qatr* para estudiar con aquellos compañeros. Leían juntos el texto y se ponían a explicarlo. Él solía ser el primero que daba una explicación desde su punto de vista personal, y los demás no se le oponían, limitándose a escucharle y asentir. De esta suerte añadía leña a la hoguera de su desvanecimiento. Ya se le imaginaba que empezaba a ser maestro.

Su vida en ese año transcurrió monótona. No había en ella otra novedad que los conocimientos que iba adquiriendo el niño, conforme progresaba en

sus estudios; la vanidad que sentía al estar entre sus camaradas; la modestia que readquiría en el caserón, entre aquellos estudiantes mayores, y también las noticias que iba acumulando, oyendo hablar a sus compañeros y a los amigos de su hermano, sobre los profesores y los alumnos del Azhar. Ninguna de estas conversaciones mejoró su opinión respecto de unos y de otros, pues, al contrario, esta opinión era cada día peor. Verdad es que, de vez en cuando, oía algún elogio de la inteligencia o del talento del *cheij* Tal o del ulema, grande o chico, Cual; pero eran tales los defectos que sobre los mismos continuamente escuchaba —defectos relativos a su carácter, a su vida privada o a su misma competencia científica—, que su alma se iba llenando de cólera, de desdén y de desesperanza.

Nadie quedaba libre de censuras. Tal profesor odiaba a sus colegas y compañeros y les hacía víctimas de toda clase de tretas y engaños; los acogía sonriente, pero apenas se separaba decía de ellos pestes o les levantaba las peores calumnias. Tal otro profesor era tibio en religión; simulaba piedad cuando estaba en el Azhar o entre sus colegas, pero se sumía en los peores vicios en cuanto se quedaba a solas con sus «demonios». Los murmuradores daban a veces sus nombres a estos «demonios» con los que el profesor se quedaba a solas y que participaban en el pecado. Solían, en efecto, chancear los estudiantes mayores sobre si el *cheij* Fulano o Zutano dedicaba particular interés a tal o cual muchacho, sobre si miraba especialmente a éste o al de más allá, y sobre si no podía estarse quieto en su asiento en cuanto el estudiante Mengano o Perengano se hallaba presente.

La maledicencia y la calumnia eran el vicio de los maestros más ruin y del que más se hablaba. Los estudiantes contaban, por ejemplo, que el maestro Tal fue a denunciar a su más íntimo amigo al *cheij* del Azhar y al *cheij* mufti, y que mientras el primero había prestado oídos a las murmuraciones, el segundo, en cambio, no había querido escucharlas y las había acogido con una dura y violenta repulsa. También contaron cierto día los estudiantes mayores que un grupo de grandes ulemas, cuyos nombres citaban, dándose cuenta y lamentándose de que se excedían en la murmuración; recordando, además, las palabras de Dios Honrado y Poderoso (XLIX, 12): «No intriguéis unos contra otros. ¿Es que uno de

vosotros se comería la carne de su hermano muerto? ¡Lo aborreceríais!», resolvieron evitar tan grande pecado y se comprometieron a que el que fuese cogido en murmuración pagaría a los demás veinte piastras. Un día, o parte de él, se abstuvieron, en efecto, de murmurar, para ahorrarse ese dinero. Pero he aquí que, mientras hablaban, pasó ante ellos y les saludó, sin detenerse, cierto colega, y al punto uno de ellos, sacando una moneda de plata y entregándosela a los demás, comenzó a poner a dicho colega de vuelta y media. Por su parte los estudiantes, grandes y chicos, hablaban, como de cosa inagotable y superior a toda ponderación, de la ignorancia de sus profesores y de los risibles errores en que incurrían, tanto en la comprensión como en la lectura de los textos. A causa de todo ello, nuestro amiguito formó pésima opinión tanto de los profesores como de los alumnos, y le parecía que lo mejor era trabajar con celo y constancia para allegar el mayor número posible de conocimientos, sin reparar en las fuentes de que éstos procedían.

Esta mala opinión se agravó al empezar el tercer año de su vida en el Azhar. Como anduviese buscando un profesor de Derecho que explicase el Comentario de Molla Miskín al *Kanz*^[54], le indicaron uno bien conocido, de mucha fama y de lucida posición en la magistratura. Acudió, pues, en su busca y se sentó en su corro; pero no habían pasado unos minutos cuando se sintió desilusionadísimo y viéndose obligado a los mayores esfuerzos para contener la risa. Aquel *cheij*, en efecto (¡Dios le haya perdonado!), tenía una extraña «muletilla», según decían los azharistas, consistente en que no podía leer en el libro una frase o explicarla de su cosecha sin decir por duplicado: «Dice, dice, y, ¿qué dice?», repitiendo esto muchas veces en pocos minutos. Nuestro amigo lo escuchaba, haciéndose violencia para no reír y quedar afrentado. Claro es que pudo dominarse; pero lo que no pudo es seguir asistiendo por más de tres días a una clase en que no obtenía provecho sino trabajo, pues sin sacar nada en limpio había de reprimir la carcajada con unos esfuerzos bien difíciles de soportar. Buscó otros maestros de los que explicaban el mismo libro, y no halló más que otras muletillas, diferentes unas de otras, pero que todas le movían a risa, obligándole para dominarse a una violencia tal, que a menudo le impedía atender.

Por entonces le dijeron que el tal libro de Derecho no era importante y que había un profesor distinguido, que le nombraron, el cual explicaba el *Durar*^[55]. Lo mejor sería, pues, que asistiese a esta clase, ya que se trataba de uno de los ulemas más inteligentes y de los más notables cadíes. Así lo hizo, después de consultar a su hermano y a los amigos de éste, que no sólo no le disuadieron, sino incluso le animaron, recomendándole al *cheij*. Y el muchacho, en efecto, quedó contento de su nuevo profesor ya en las primeras lecciones, pues ni usaba muletillas, ni tenía palabras o entonaciones especiales, ni repetía la lectura ni el comentario. Su inteligencia era clara; su dominio del Derecho, patente, y sobre el desembarazo con que se movía en la materia no cabían dudas. Era un hombre esbelto y guapo, de buena voz y distinguido, tanto en sus ademanes como en la manera de acoger y hablar a los alumnos. Llevaba fama de modernista, no en la ciencia, ni en sus opiniones, sino en su vida privada. Los estudiantes mayores contaban que, por la mañana, daba la clase e iba al tribunal de su cadiazgo, para volver a su casa a comer y a echar la siesta; pero que por la noche salía con gentes de sus años para ir a un sitio al que no deben ir los ulemas, escuchar canciones que los ulemas no deben oír y entregarse a placeres prohibidos para quienes ocupan puestos religiosos. Hablaban de las *Mil y una noches*. El muchacho se quedó asombrado, pues para él las *Mil y una noches* era el título de un libro que había leído con frecuencia, hallando en él deleite y provecho, y ellos citaban ese nombre como el de un lugar en el que se cantaba, había diversiones y se buscaban ciertos placeres. No quiso, pues, dar crédito ni hacer caso de cuanto se decía de su maestro. Sin embargo, a las pocas semanas advirtió en él cierto descuido en la preparación de la clase, algún desliz en el comentario del texto, no poco embarazo en responder a las preguntas de los estudiantes, y aún más, pues habiéndole pedido el muchacho un día que le explicara algo que acababa de decir, no le contestó más que con insultos. ¡Insultos en él, que era el menos llamado y el menos indicado para hacerlos! Cuando se lo contó a su hermano y a los amigos de éste, le censuraron y lo sintieron por él, diciéndose unos a otros, en voz baja, que «la ciencia» era incompatible con pasar la noche en el cabaret de las *Mil y una noches*.

Mejor suerte que con el Derecho tuvo al principio el niño con la Gramática. En esta materia estudió el *Qatr* y el *Shudur*^[56] con el *cheij* 'Abd Allah Diraz (¡Dios tenga misericordia de él!), hallando en él tanto ingenio, una voz tan dulce, tantos conocimientos y tanta habilidad para ejercitar a los alumnos en las dificultades, que aumentaron su afición por la asignatura. Pero al reanudar la clase, después de la vacación de año nuevo, la dicha suerte se eclipsó. Había empezado el muchacho a estudiar con el *cheij* 'Abd Allah Diraz el Comentario de Ibn 'Aqil^[57], y maestro y discípulos iban avanzando en su labor, satisfechos del trabajo, cuando aquél recibió orden de trasladarse al Instituto de Alejandría. Y aunque se resistió cuanto pudo, lo mismo que los alumnos, la Superioridad no quiso escuchar a uno ni a otros y tuvo que cumplir lo mandado. Nunca olvidará el muchacho el día aquel en que se despidió, llorando de verdad, de los estudiantes, y en que éstos, también llorando de verdad, le acompañaron a la puerta de la mezquita.

Su sucesor fue otro *cheij*, ciego, famoso por su agudo talento, su clara competencia y su distinguida notoriedad, del que todo el que hablaba, así como todo el que oía, elogiaban estas cualidades. Empezó el nuevo profesor la clase donde la había dejado el *cheij* 'Abd Allah Diraz. El corro que rodeaba a éste era ya lo bastante grande para llenar todo el terreno que le estaba asignado en la mezquita de Muhammad Bey Abu-l-Dhahab. Pues bien: con su sucesor aún ganó el corro en magnitud y extensión, haciendo insuficiente el local. De la primera lección quedaron satisfechos los alumnos, aunque echando de menos la mansedumbre y la dulce voz del anterior maestro; pero ya en la tercera hubieron de reprocharle el estar muy pagado y lleno de sí mismo, la confianza en lo que decía y su rabiosa cólera contra quienes le interrumpían. Y, apenas empezada la cuarta, le ocurrió un incidente con nuestro amiguito, que apartó a éste de los estudios de Gramática. Explicaba el *cheij* el verso de Ta'abbata Sharran^[58].

Volví a Fahm y estuve a pique de no volver.

¡De cuántas como ella me separé, mientras ella silbaba!

y, al llegar a la palabra «silbaba», dijo que los árabes siempre que les sucedía una calamidad o se veían en aprieto, se metían los dedos en la boca y soplaban, con lo cual producían un silbido que se oía lejos. El niño interrumpió:

—Entonces, ¿a quién se refiere el pronombre femenino en «ella silbaba» y en la frase «de cuántas como ella me separé»?

Contestó:

—Se refiere a Fahm, necio.

—Como a Fahm es adonde ha vuelto, el verso no puede entenderse con ese comentario.

—Tenías bastante con ser tonto, pero, además, eres desvergonzado.

—Pero eso no nos dice a quién se refiere el pronombre.

Entonces el *cheij* se calló un momento y luego exclamó:

—Marchaos. No puedo explicar mientras este insolente se halle entre vosotros.

Y se levantó. El muchacho se levantó también, y muchos estudiantes le habrían agredido, de no defenderle sus compañeros, que eran del Alto Egipto, rodeándolo y enarbolando sus babuchas. Con ello se dispersaron, pues en aquella época, ¿qué azharista no huiría delante de las babuchas de los del Alto Egipto?

No volvió el niño a pisar esa clase de Gramática, ni aún después volvió a tomar lecciones de esa ciencia. En efecto, al día siguiente asistió a un curso que daba un maestro conocido, de la provincia de Sharquía, explicando el Comentario de al-Ashmuni^[59]; pero no llegó al fin de la clase. Estaba el *cheij* leyendo y comentando, cuando el muchacho le preguntó algo, a lo que el maestro contestó de manera poco satisfactoria, y, como el muchacho repitiese la pregunta, se encolerizó y lo echó. Algunos amigos del muchacho mediaron en su favor; pero la cólera del *cheij* fue en aumento y rehusó seguir sus explicaciones mientras no se retirasen el interruptor y sus amigos, a los cuales no les quedó otro remedio que irse, amenazados por las babuchas de la Sharquía, no menos terribles que las del Alto Egipto. Y aún, al día siguiente, se acercaron el niño y sus amigos a un corro en que también explicaba el Comentario de al-Ashmuni otro maestro famoso, asimismo de la Sharquía. Lo que se detuvo el niño en ese corro no

pasó de cinco minutos, porque en él oyó esta extraña muletilla que el *cheij* repetía siempre que pasaba de una frase a otra:

—¡Vaya con mi pueblo!

El muchacho y sus amigos se echaron a reír y se marcharon. Desde entonces el niño se decidió a estudiar por su cuenta la Gramática con uno de sus amigos, y estudiarla en sus fuentes originales. Fue así como leyó el *Mufassal*, de al-Zamajsharí y el libro de Sibawaih^[60]. Pero esto es otra historia.

Tampoco tuvo mejor suerte en Lógica. Cobró gran afición a esta ciencia cuando asistía a la clase que sobre el Comentario del Sayyid a la *Iságoe*^[61] daba aquel maestro suyo joven del año anterior. En éste le tocó estudiar, así como a los demás alumnos de los cursos intermedios, con una de las lumbreras científicas del ilustre Azhar, uno de los campeones de la Lógica y de la Filosofía que había en él, famoso entre los estudiantes mayores por ese talento aparente que engaña sin servir para nada y por esa elocuencia que aturde los oídos sin llegar al entendimiento. Se había hecho memorable esta frase suya: «Una de las cosas con que Dios me ha favorecido es poder hablar dos horas seguidas sin que nadie me entienda y sin entenderme yo mismo». De cosas así se jactaba y ufanaba. Pero todo estudiante que se estimase tenía que pasar por él y estudiar con él. Daba la clase después de la oración de la puesta del sol y explicaba el Comentario de al-Jabisi sobre el *Tahdib al-mantiq*^[62]. Nuestro amiguito le oyó muchas clases, y, como el corro era muy grande y llenaba por completo la sala abovedada de la mezquita de Muhammad Bey, tenía que darse prisa a rezar la oración de la puesta del sol para coger buen sitio, cerca del sillón del maestro. Hablaba éste con una voz estentórea, que conservaba intacto el acento del Alto Egipto, con enorme vivacidad y gesticulando mucho. Si algún estudiante le hacía una pregunta, se burlaba de él, y si insistía perdía los estribos y le decía con aspereza:

—Cállate, desgraciado. Cállate, cerdo —subrayando la pronunciación de los insultos hasta el límite máximo de las posibilidades de su garganta.

Todo fue relativamente bien para maestro y discípulos hasta terminar la parte relativa a los «conceptos». Pero al llegar, en el libro, a la segunda parte, referente a los «juicios», una catástrofe separó al muchacho del

maestro, obligándole a buscar un sitio más alejado en el corro; sitio que de día en día fue alejando más, hasta verse cerca de la puerta de la sala, que una noche traspasó para no volver. Jamás contó lo sucedido sin soltar la carcajada y sin hacer reír a su hermano y a todos los amigos de éste. Fue el caso que el maestro se sentó en su sillón y empezó a leer: «Parte segunda: sobre los juicios», recalcando mucho las consonantes y prolongando medianamente las vocales largas. Lo repitió por segunda vez, recalcando mucho las consonantes y prolongando más las vocales largas. Todavía lo repitió por tercera vez, recalcando mucho las vocales largas y prolongando las vocales de «Parte segunda»; pero no llegó a decir: «Sobre los juicios», sino que preguntó:

—¿Sobre qué?

Nadie le respondió, y tuvo que hacerlo él:

—Sobre los juicios.

Entonces repitió de nuevo la misma frase de idéntica manera, y, al llegar al: «¿Sobre qué?», como nadie le contestó, dio un golpe con el revés de la mano en la frente de nuestro niño diciendo:

—¡Contestad, ganado! ¡Contestad, bestias! ¡Contestad, cerdos! —todo ello subrayando la pronunciación de los insultos hasta el límite máximo de las posibilidades de su garganta.

Entonces los estudiantes dijeron a coro:

—Sobre los juicios.

Todo esto resultaba penoso para el niño, no sólo porque le movía a risa y temía soltarla en las barbas del maestro, sino también por los golpes que de cuando en cuando se sucedían en su frente. El asunto es que se marchó de la clase y que con este profesor no pasó en Lógica del capítulo de las proposiciones.

Al dejar la clase esta a mediados de curso, resolvió sustituirla con otra de Teología, que daba un *cheij* nuevo, recién diplomado, a quien los estudiantes mayores, amigos del muchacho, pintaban como hombre sumamente ingenioso, de talento mediano, de dulce voz y buena elocución, si bien afirmaban que su ciencia engañaba al que hablaba con él o le oía, pues al profundizar en ella resultaba huera. Explicaba este *cbeij* el Comentario al texto de la *Jarida* de al-Dardir^[63]. El muchacho le oyó una

lección, y quedó encantado de su voz, de su elocución y de su ingenio; pero, cuando esperaba admirar su ciencia y su manera de responder a las objeciones, tuvo el *cheij* que suspender el curso por haber sido trasladado a un lugar muy lejano de El Cairo, en el que fue nombrado cadí. No pudo, pues, el muchacho medir lo que sabía, ni afirmar sobre él otra cosa sino que era ingenioso y hábil, de buena voz y de conversación agradable.

La realidad es que el muchacho perdió, por tanto, aquel año, pues no adquirió, o apenas, ningún conocimiento científico nuevo, a no ser en los libros que leyó o en lo que oía a los estudiantes mayores, cuando leían en común o discutían. Al volver al Azhar al otro año, lo hizo con suma angustia y con notable desgana. Andaba perplejo y sin saber qué hacer. No le era posible quedarse en el campo, donde nada bueno le aguardaba, ni hallaba provecho en quedarse en El Cairo y frecuentar a los maestros. Ese año se dedicó a tomar clases de Literatura. Pero tiempo habrá de hablar de estas clases. Como decía Buthayna, al consolarse de no haber visto a Chamil, no ha llegado el momento de hacerlo^[64].

XVIII Ascenso en el Azhar

La verdad es que el dedicarse el muchacho a estudiar Literatura no le apartó en un principio de las ciencias propiamente azharistas, y que pensaba poder hacer compatibles en su ánimo aquellas dos especies de conocimientos.

No había sido enviado a El Cairo ni matriculado en el Azhar para convertirse en un literato de los que hacen versos o trabajan la prosa, sino para seguir la verdadera carrera azharista, llegar a examinarse, lograr el título y apoyar su espalda en una de aquellas columnas de la vieja mezquita, entre un corro de estudiantes, para explicarles una lección de Derecho, o de Gramática, o de ambas cosas a la vez. Tales eran los deseos de su padre — de los que solía hablar a la familia con ciertas esperanzas y admiración puestas en aquel hijo suyo díscolo y extraño—, y tales eran también los deseos de su hermano y aun los suyos propios. No podía desear más que una de las dos cosas que la vida impone a los ciegos, como él, que quieran llevar una vida soportable: o bien estudiar en el Azhar hasta lograr el título, limitándose a vivir con los panes de la ración diaria, más las piastras que se cobraban a fin de mes —sesenta y cinco para el aprobado, cien para el notable y ciento cincuenta para el sobresaliente—, o bien hacer comercio con el Alcorán, recitándolo en los velatorios y por las casas, como en cierta ocasión le había amenazado su padre. Había, pues, que seguir por el camino azharista hasta el fin.

Este camino se bifurcaba en dos, cuando el estudiante llevaba tres o cuatro años en el Azhar. De una parte había el camino científico: asistir a los cursos y recorrer las diversas etapas de la carrera pedagógica, como lo venía haciendo el niño, ilusionado primero, desganado después, desdeñoso más tarde y, por último, ausente en espíritu, cuando llegó a desengañarse de

los profesores y a tener mala opinión de los maestros. Pero, de otra parte, había el camino material, y éste constaba de tres etapas: la del inscrito, la del aspirante y la del pensionista. Por la primera etapa era por la que había comenzado el niño su vida azharista, después de quedar matriculado en el Azhar. Como era forzoso inscribirse en un pórtico, lo hizo, como su hermano, en el de los de Feshn^[65]. A la segunda etapa, o sea la de aspirante, se pasaba, después de unos años en el Azhar, mediante una instancia dirigida al *cheij* del pórtico y certificada por dos profesores, en la que el alumno, después de exponer el tiempo que llevaba en el Azhar y los cursos a que había asistido, solicitaba de dicho *cheij* que lo inscribiera entre los aspirantes a que vacase una plaza de pensionista. Cuando había vacante y la ocupaba, es cuando llegaba a la tercera etapa y tenía derecho a una pensión de dos, tres o cuatro panes diarios, según la sección de que se tratase. Nuestro amiguito no tenía otro remedio que pasar a la etapa de aspirante. Escribió, pues, su instancia, acabada con la fórmula entonces en uso: «¡Dios os haga refugio de los que a vos se dirigen!»; hizo que dos de sus maestros certficasen que lo que en ella se decía era cierto; se la llevó al *cheij* a su casa; se la dio después de besarle la mano, y se marchó. Pero esperó y esperó, sin lograr nunca quedar inscrito entre los aspirantes de aquel pórtico; cosa que hubiese satisfecho a su padre y le hubiera hecho proclamarlo, lleno de ufanía.

Mientras esperaba, no se sabía si inútilmente o no, fue cuando el maestro imam salió del Azhar tras de aquella famosa historia y del célebre discurso del Jedive a los ulemas. Pensaba el muchacho que los alumnos del *cheij* —tantos, que llenaban de bote en bote todas las tardes el pórtico de 'Abbás— harían algo para que el Jedive se enterara de que la juventud del Azhar había cambiado y defendía a su maestro, empleando en ello no sólo su tiempo, sino también sus vidas. Pero el hecho fue que el *cheij* dejó el Azhar y ocupó su nuevo puesto de mufti sin que sus discípulos hicieran otra cosa que entristecerse y hablar con pena entre sí o a solas. Incluso fueron poquísimos los que visitaron al *cheij* en su casa de Mataríah. La mayor parte no volvió a ocuparse de él, y ahí paró todo. El alma del niño se llenó de tristeza y de cólera, y formó tan mala opinión de los estudiantes como ya la tenía de los maestros, a pesar de que ni siquiera había conocido ni sido

presentado al maestro imam. Cuando a poco murió éste, y Egipto se conmovió por su fallecimiento, el medio azharista fue el que dio menores muestras de conmoción por tan importante suceso. Los alumnos lo sintieron, y es posible que algunos derramaran una lágrima; pero, pasado el verano, todos volvieron a sus clases como si el *cheij* no hubiese muerto, o como si no hubiese existido, salvo una pequeña minoría de sus discípulos, que lo recordaban con emoción de cuando en cuando. Así conoció el muchacho, con punzante dolor y por primera vez en su vida, que las muestras de respeto y veneración, igual que las adulaciones y oficiosidades que se prodigan a los grandes hombres, son vanidades sin fundamento ni sustancia, y que la pretendida fidelidad humana se disuelve casi siempre en palabras vacías. La mala opinión que el muchacho iba formando de la humanidad se reforzó, en efecto, con ver que ciertos medios aprovecharon la muerte del *cheij* para comerciar con su nombre y explotar la relación que con él habían mantenido, proclamándola a los cuatro vientos en periódicos y revistas, tanto en verso como en prosa. Y aún constató otro hecho que aumentó su desvío por el Azhar y su apartamiento de los maestros y discípulos de esta institución: los que de veras lloraron al *cheij* y se afligieron de corazón por su muerte no eran los que llevaban turbante, sino los que se cubrían con tarbús. Una inclinación secreta nació entonces en el ánimo del muchacho hacia esta gente de los tarbuses y a entrar en contacto con ellos, pero sin saber cómo lograrlo, ciego como era, a quien venía impuesta sin escape la vida del Azhar.

Como el maestro imam era *cheij* del pórtico de los Hanafíes, cuando salió del Azhar y a poco dejó este mundo, su sucesor, como mufti, pasó a serlo también en el pórtico, y quien hizo en éste sus veces fue un hijo de este nuevo mufti, que había sido maestro de nuestro joven amigo, al que había explicado en la infancia la Lógica con el Comentario del Sayyid al-Churchani a la *Iságoge*^[66]. Animaron entonces al niño a que se inscribiera y fuese aspirante en este pórtico de los Hanafíes, que era más rico y podía dar mayor ración de pan que los otros. En tiempos del maestro imam la inscripción en este pórtico no era cosa fácil ni liviana, pues requería un examen que el nuevo mufti mantuvo, encargando a su hijo de convocar para él a los solicitantes en determinada fecha del año.

—¿Por qué —le dijeron a nuestro joven amigo— no te inscribes en este pórtico en el que, por los días del maestro imam, se inscribieron tu hermano y sus aplicados compañeros, cada uno de los cuales sacaba de él por día una ración de cuatro panes?

Tan bien le pintaron la cosa y tanto le porfiaron su hermano y los amigos de éste, que una tarde se presentó a examen, con una carta para el examinador. Recibióle éste, le saludó, cogió la carta, la leyó, y le hizo una pregunta, a la que el muchacho contestó, no sabe si bien o mal. Lo cierto es que el examinador le dijo:

Puedes retirarte, sabio.

El muchacho se marchó tan satisfecho, y al poco tiempo se vio nombrado pensionista con dos panes al día —cosa que aumentó la despensa del cuarto del caserón y que regocijó a la familia en el pueblo—, y, además, con una alacena en el pórtico, que para él valía más que los panes. Desde ese momento, al entrar en el Azhar por la mañana, el muchacho podía ir a su alacena y dejar en ella las babuchas y los panes, o, por lo menos, un pan, quedando para todo el día libre de la preocupación de las babuchas, cuya protección contra descuideros y ladrones exigía no flojo trabajo. Eran, en efecto, muy frecuentes los robos de babuchas en el Azhar, a pesar de los muchos anuncios que se pegaban en los muros del patio de los pórticos para decir que tales babuchas se habían perdido y que el que las encontrara debería devolvérselas a su dueño en el lugar tal o en el pórtico cual, mediante una recompensa, pues si no, de retenerlas indebidamente, Dios lo expulsaría del local.

Pero si el niño se encontraba feliz con su alacena y con sus dos panes, no lo estaba tanto con los conocimientos que adquiría ni con las lecciones que le daban. A regañadientes se impuso la obligación de asistir después del alba a la clase de Teología que daba el *cheij* Radi (¡a quien Dios haya perdonado!), explicando los *Maqasid*; por la mañana, a la clase de Derecho del *cheij* Bajit, que explicaba la *Hidaya*, y a mediodía, a la clase de Retórica del *cheij* 'Abd al-Hákam 'Atá, que explicaba el Comentario de al-Sa'd^[67].

La lección de Derecho divertía al muchacho y lo entretenía, por la manera con que el profesor cantaba sus explicaciones, si los estudiantes le dejaban tranquilo, y por la agudeza y sarcasmo azharistas con que

contestaba a los estudiantes que le interrumpían, para discutir algo de lo que leía o decía. En ocasiones, el *cheij*, si estaba de buen humor y con ganas de hacerlo, recitaba a sus alumnos versos suyos. El muchacho se acuerda todavía, por ejemplo, de un verso que le oyó, y nunca ha podido olvidar la voz del *cheij* cuando lo declamaba tarareando:

*Parecía el turbante encima de su cabeza
una red llena de paja cargada sobre un camello.*

Cuando el niño repitió este verso a su hermano y a los amigos de éste, se rieron y hablaron de la poesía del *cheij*, recitando algunos trozos. El niño añadió al anterior este otro verso, no menos curioso y cómico, con que comienza una casida en la que el *cheij* (¡Dios lo tenga en su misericordia!) lloraba la muerte de un ulema:

*He aquí un suceso grave después de tu muerte, oh Profeta:
perder imames como el imam Magribi.*

Muchos años después, todos los egipcios recitaban otro verso de este *cheij*, que los curiosos no han olvidado todavía, porque se hizo proverbial:

*Nos une a los emires, a los ministros y al Wafd
un acuerdo afincado en el corazón*^[68].

El muchacho discutía a veces largamente con el *cheij*. En una ocasión, la controversia se prolongó tanto, que se retrasó la hora de acabar la clase y los estudiantes gritaban al *cheij* desde todos los ámbitos de la mezquita de Sayyidna al-Husein:

—¡Basta ya, que se acaban las habas!

Pero el *cheij* les respondió con su peregrino canturreo:

—No, por Dios, no nos iremos hasta que se convenza este loco.

Y el loco no tuvo más remedio que darse por convencido, porque también él deseaba tomar sus habas antes que se acabasen.

La clase de Retórica era la que el muchacho prefería. No es que buscara en ella ampliar sus conocimientos, pues hacía tiempo que había dejado de asistir a las clases del Azhar con este propósito, e iba sólo a cumplir su obligación, a matar el tiempo y a buscar la manera de divertirse. La prefería precisamente porque era divertida y porque el profesor (¡Dios haga brillar su rostro!) era tolerante, de buen genio, cumplía concienzudamente en su clase con «la ciencia» y con los estudiantes y, además, se imponía, para entender el texto y hacerlo entender, tan grande fatiga y tan violento esfuerzo, que, al llegar a buen puerto, no podía por menos de solazarse con esta frase que, de cuando en cuando, dirigía a los estudiantes con su dulce y risible acento de Minia:

—¿Enterados, señores?

Solía este maestro, al mediar la clase, tomarse un respiro y dárselo a los alumnos, interrumpiendo la lectura y el comentario, quedándose callado unos minutos y metiéndose en las narices, con meticulosa calma y escrupulosidad, todo el rapé que podía. Los alumnos, por su lado, aprovechaban esa oportunidad para apagar el fuego de las habas, las albóndigas picantes y los puerros, que les ardía en las barrigas, con un vaso de la bebida que los vendedores ambulantes iban ofreciendo de un lado para otro durante los cursos, y a la que incitaba gentilmente el ruidito ligero que hacían los vasos de cristal al chocar unos con otros; ruidito que llegaba tentador y levísimo a los oídos. Precisamente, en uno de estos descansos de que disfrutaba el muchacho con algunos compañeros, mientras el *cheij* tomaba su rapé y los estudiantes su refresco, es cuando vino un bedel a decir amablemente a él y a dos de sus camaradas que fuesen al despacho del *cheij* de la mezquita. Pero todavía no ha llegado el momento de contar esta historia que desde hace mucho tiempo se hizo pública. Baste decir ahora que el muchacho y sus dos compañeros se levantaron y se fueron para no volver más a esa clase.

Lo que sí ocurrió en este momento, o por entonces, fue otro incidente en que intervino el muchacho hasta el final, pero que acabó definitivamente con las pocas o muchas esperanzas que podían haberle quedado de prosperar en el Azhar. El Palacio Real se encolerizó con uno de los grandes *cheijs* del Azhar y le prohibió seguir dando clase. Las gentes vieron en esta

prohibición una injusticia contra el profesor y un atentado contra los derechos del Azhar; pero no hicieron nada, y los azharistas fueron los que se mostraron más desmayados y sumisos. Sin embargo, un amigo del muchacho —que, andando el tiempo, había de verse en situaciones famosas por todos alabadas— vino cierto día a verlo y a decirle:

—¿No te parece una injusticia y una extralimitación lo que han hecho con nuestro maestro?

—Desde luego. Me parece una injusticia y una extralimitación tremendas.

—¿Querías tomar parte en una protesta contra esa injusticia?

—¿Qué hay que hacer?

—Vamos a reunirnos unos cuantos amigos de los que asistíamos al curso del *cheij*, a ir a verlo y a rogarle que siga dándonos clase en su domicilio. Si acepta, aparte nuestro provecho como estudiantes, lo publicaremos en la prensa y los que han cometido esa injusticia con el Azhar verán que por lo menos algunos azharistas no la refrendan ni se someten a ella.

—Muy bien, contestó el muchacho.

En efecto, se reunió un pequeño grupo de estudiantes del *cheij*, fueron a decirle lo que querían, contestó que sí, y lo anunciaron en los periódicos, diciendo que el *cheij* Tal iba a explicarles el *Sullam al-'Ulum*, tratado de Lógica, y el *Musallam al-thubut*, sobre Fundamentos de Religión, y que dividiría la semana entre ambos libros^[69]. Comenzó el *cheij* las explicaciones en su casa, y, en cuanto lo supieron, fueron muchos los estudiantes que asistieron a ellas, contentos de sí mismos y de su valor. Nuestro muchacho recobró un poco de esperanzas. Pero he aquí que, cierto día, discutiendo con el *cheij* una de sus afirmaciones, como la controversia se enconase, el profesor se encolerizó y dijo al joven con rabia sarcástica:

—¡Cállate, ciego! ¿Qué sabes tú de esto?

Picóse el muchacho y contestó con dureza:

—Los insultos no han probado jamás una verdad ni desvanecido un error.

Por un momento callaron los discípulos y el maestro. Por fin, este dijo:

—Marchaos por hoy. Con esto basta.

Y desde ese día no volvió el muchacho a las lecciones del tal *cheij* ni se ocupó de ellas para nada.

Recayó, pues, el muchacho en su falta de fe en el Azhar, y no le quedaron más esperanzas que las que cifró en las clases de Literatura. Ya es hora de hablar de ellas, así como de la profunda influencia que tuvieron en la vida de nuestro amigo.

XIX Literatura y rebeldía

A penas llegado nuestro niño a El Cairo e instalado en él, oyó hablar de Literatura y de los literatos, lo mismo que de Ciencias Religiosas y de los ulemas, y escuchó a los estudiantes mayores charlar de temas literarios a propósito del *cheij* al-Shinqiti (¡Dios lo tenga en su misericordia!) y de la simpatía y protección que le dispensaba el maestro imam. El nombre extranjero del *cheij* produjo en el niño una rara sensación, que reforzó el oír hablar sin tregua de sus rarezas, de sus excentricidades y de sus juicios, que a unos hacían reír y a otros irritaban. Los estudiantes mayores decían no haber visto jamás quién se le llegara al *cheij* Shinqiti en punto a conocimiento de la lexicografía y a saberse y recitar de memoria las tradiciones proféticas, texto e incluso cadena de testimonios; ponderaban su acrimonia, su violencia, sus rápidas cóleras y sus absurdas intemperancias de lenguaje; le ponían como ejemplo de la irascibilidad de los magribíes, y referían su estancia en Medina así como sus viajes a Constantinopla y España. A veces recitaban versos suyos sobre estos viajes y hablaban de la riqueza de su biblioteca en manuscritos e impresos egipcios y europeos, añadiendo que, no contento con ella, pasaba la mayor parte de su tiempo leyendo o copiando en la Biblioteca Nacional.

Por este camino paraban, riendo, en la gran historia que le dio tantísimo que hacer con las gentes y le acarreó no pocos disgustos y desdichas. Se trataba de su opinión de que el nombre propio «Omar» era declinable tríptoto y nada impedía declinarlo. Al principio de oír esta historia, el niño no entendía una palabra; pero no tardó en comprenderla con claridad cuando, al avanzar en la clase de Gramática, estudió que los nombres podían ser indeclinables o declinables, y éstos últimos, tríptotos o díptotos. Los muchachos recordaban las controversias sostenidas por el *cheij* con

ciertos grupos de ulemas del Azhar sobre si «Omar» era o no tríptoto. Una vez —contaban entre risas— los ulemas, presididos por el *cheij* de la mezquita, se reunieron en el Azhar con el *cheij* Shinqiti, a pedirle que les expusiera su opinión sobre la declinación de «Omar». En su tono magrebino, de finales oscuros, el *cheij* contestó que no lo haría si no se sentaban en torno suyo como los discípulos alrededor del maestro. Los ulemas vacilaron; pero uno de ellos, hombre hábil y astuto, se levantó de su asiento, se vino hacia el *cheij* y, una vez delante de él, se sentó a la moruna en el suelo. Entonces el *cheij* comenzó a exponer su teoría:

—Jalil^[70] —dijo— cita este verso:

¡Oh tú, que andas denigrando a Omar(in)!
Dices sobre él cosas que no sabes.

Y en él «Omar(in)» está en genitivo indeterminado. El *cheij* sentado en el suelo como alumno interrumpió con su astuta vocecilla:

—Ayer vi yo a Jalil y me recitó el verso diciendo:

¡Oh tú, que andas denigrando a Omar(a)!...

Pero el *cheij* no le dejó acabar el verso. Agriamente le interrumpió diciendo:

—¡Mientes! Mientes porque Jalil murió hace muchos siglos y nadie puede encontrarse con los muertos.

Luego puso por testigos a los *cheijs* presentes de que su colega había mentido adrede y de que ignoraba la Gramática y la Prosodia. Todos se rieron, y la asamblea se disolvió sin decidir si «Omar» era díptoto, como sostenían los gramáticos, o tríptoto, como afirmaba aquel extraño *cheij*^[71]. El niño, al oír esta historia, se la aprendió, divertido con lo que entendía y admirado de lo que no entendía.

Explicaba el *cheij* las casidas llamadas *mu'allaqas*^[72] a un grupo de alumnos, en el que figuraban el hermano del niño y algunos de sus amigos, que asistían a esta clase el jueves o el viernes de todas las semanas, y la preparaban como los demás cursos normales. Fue así como el niño oyó por primera vez:

*Paraos, mis dos amigos, y lloremos recordando a la amada y su
campamento
donde terminan las dunas entre Dajul y Hawmal...*

Pero los estudiantes mayores dejaron prontísimo de asistir a esta clase que no digerían. El hermano del niño intentó aprenderse de memoria las *mu'allaqas*, y llegó a saberse la de Imru'-l-Qais y la de Tarafa, cuyos versos repetía en alta voz, permitiendo aprendérselas al niño, al que asoció a la memorización; pero no pasó de ahí y volvió a sus otros cursos azharíes. Las dos *mu'allaqas* se quedaron en la memoria del niño, aunque entendía de ellas muy poco.

Los mismos estudiantes mayores hablaban de otra clase que se daba en el Azhar, para enseñar a los azharistas a redactar, por un *cheij* sirio de la camarilla del maestro imam. Empezaron a asistir a ella, compraron los cuadernos y escribieron algunos temas de redacción; pero a poco la dejaron, como habían hecho con la de al-Shinqiti. Otra vez, el hermano del niño vino con las *maqamas* de Hariri^[73] y las leyó en alta voz para aprendérselas, con lo cual en silencio se las aprendía también el niño, asociado más tarde a la memorización, lo mismo que había pasado antes con las *mu'allaqas*; pero a las diez *maqamas* el joven *cheij* se hartó, como con las *mu'allaqas* y la clase de redacción, y volvió a los Fundamentos de la Religión, al Derecho y a la Teología. Todavía otra vez vino trayendo un libróte llamado *Nahch al-Balaga*, con los discursos del imam 'Alí^[74] comentados por el mismo maestro imam, y empezó a aprendérselos en compañía del niño, para cansarse en seguida como siempre, cuando el niño se sabía ya unos pocos discursos. Otro tanto ocurrió con las *maqamas*, de Badi' al-Zaman al-Hamadhani, y con la casida de Abu Firas^[75], que el niño no ha olvidado nunca y que empieza:

*Te veo reacio a llorar y asistido de paciencia:
¿es que el amor no te impone prohibiciones y mandatos?*

Esta casida la trajo su hermano en una edición en que cada verso estaba glosado y añadido por ciertos azharistas; pero, al leerla, no tardó en prescindir de las postizas glosas azharistas y en aprender con su hermano sólo el texto genuino. Si el niño la recordaba, es por haberle hecho en el oído rara impresión este verso de Abu Firas:

*Siendo ciudadana mi familia, me he hecho beduino,
porque para mí una morada en que tú no estás es un desierto.*

El joven *cheij* había leído, memorizado y hecho aprender a su hermano:

... porque veo que la morada de la señora está deshabitada^[76].

Preguntábase el niño qué querría decir este verso, leído así, y le chocaba hallar la palabra «señora» usada en poesía. Sólo cuando avanzó en edad y en conocimientos leyó el verso como debe ser y lo entendió, aprendiendo también que la palabra «señora» sale a veces en el verso o en la prosa de los escritores 'abbasíes llamados «nuevos». De esta manera confusa y caótica trabó contacto el niño con la Literatura, y retuvo en su memoria trozos sueltos en un informe revoltijo de verso y prosa, sin detenerse en nada ni concluir nada, porque sólo aprendía lo que le ponían delante, cuando había ocasión, en tanto seguía con sus estudios y sus ergotismos.

Una vez, a comienzos de curso, los jóvenes vinieron entusiasmados hasta el frenesí con una nueva clase de Literatura que daba a media mañana, en el pórtico de 'Abbás, el *cheij* Sayyid al-Marsafi, explicando la *Hamasa*^[77]. Habían oído hablar de esta clase y les traía fuera de sí, hasta el punto de que no volvieron a sus cuartos sin comprar el libro, decididos a asistir a las lecciones, a interesarse por ellas y a aprender todas las poesías de la colección. Con su actividad de siempre, el hermano del niño se precipitó a comprar el Comentario de Tibrizi a la *Hamasa* y lo encuadernó lujosamente para adornar con él su famoso armario, aunque también de cuando en cuando lo leía. Púsose, en efecto, a aprender de memoria la *Hamasa* y a hacer que la aprendiera su hermano, al que a veces leía trozos

del Comentario de Tibrizi. Hay que decir que el joven *cheij* leía y entendía la *Hamasa* como si se tratara de un libro de Derecho o de Fundamentos teológicos. El niño se daba cuenta de que ese libro no debía ser leído ni entendido de ese modo; pero, para el joven *cheij* y sus amigos, la *Hamasa* era «un texto»; la explicación de Tibrizi, «un comentario», y aún se lamentaban de que nadie hubiese tenido la idea de escribir unas «glosas» al «comentario». Aunque muy a menudo referían con regocijo y admiración lo que les decía el *cheij*, que se burlaba de ellos y hacía chistes sobre sus maestros y sus famosos libros de texto azharistas, la verdad es que, a pesar de todo, seguían su carrera puramente azharista, sin desmayo ni falla.

Las conversaciones de los estudiantes mayores sobre esta clase producían a nuestro amiguito el mayor placer y le encendían en deseos de asistir a ella; pero los mozos no tardaron en darla de lado, como tantas otras de Literatura. No les parecía seria, de una parte, porque no formaba parte de las enseñanzas fundamentales del Azhar, sino de esas otras complementarias que, junto con la Geografía y la Aritmética, había establecido el maestro imam y se llamaban clases de Ciencias modernas. De otro lado, acabó por no gustarles que el *cheij* se burlase sangrientamente de ellos y les gastase bromas sarcásticas como solía hacer. El *cheij*, en efecto, tenía de ellos mala opinión y no los veía preparados para una clase que exigía gusto literario y no toleraba el ergotismo, mientras ellos tenían mala opinión del *cheij*, por creer que no dominaba la verdadera «ciencia», ni sobresalía en ella, y que no sabía más que recitar versitos, enjaretar frases y contar graciosas agudezas, de las que no quedaba nada. Si se mostraban deseosos de asistir al curso es porque el maestro imam lo patrocinaba y porque el profesor estaba muy allegado al maestro imam, hasta el punto de que aprovechaba cualquiera ocasión para componer en su elogio una casida que le enviaba y que luego dictaba a los alumnos, haciendo que algunos se la aprendieran, porque, a su juicio, era excelente y admirable poesía, y ellos también pensaban que lo era, tratándose de un panegírico del maestro imam. Pero, a la postre, y a pesar del esfuerzo que ponían en asistir asiduamente, no pudieron más y dejaron la clase para disfrutar tranquilamente de su té de media mañana. Nuestro amiguito, después de

haberse aprendido de memoria buena parte de la *Hamasa*, vio de nuevo rotas sus relaciones con la Literatura.

Algún tiempo después, sin embargo, corrió la noticia de que el *cheij* al-Marsafi iba a dedicar dos días por semana a explicar la obra de Gramática de al-Zamajshari, titulada *al-Mufasssal*^[78]. Nuestro amiguito acudió presuroso a este nuevo curso, y, apenas oyó al profesor un par de veces, le cobró afecto y afición, asistió también al curso de Literatura, los días por semana en que lo daba, y no se separó del *cheij* desde aquel momento. Tenía entonces el niño muy buena memoria, y no oía de su maestro palabra, opinión o comentario que no conservara y grabase en su retentiva. Muchas veces, al exponer el *cheij* un verso en que salía una palabra ya explicada, o al aludir a una historia narrada en otra lección anterior, nuestro amiguito le repetía sus historias, sus comentarios, sus opiniones, sus ideas, sus críticas al autor o a los comentaristas de la *Hamasa*, sus correcciones a la recensión de Abu Tammam o los versos con que completaba los poemas que éste citaba fragmentariamente. Así, el *cheij*, llegó también a amar al muchacho, a cobrarle afición, a dirigirle la palabra en la clase y a llamarle, al terminar, para que le acompañara hasta la puerta del Azhar y, tiempo después, buena parte de su camino. En cierta ocasión llegó incluso a invitarle, a él y a otros discípulos, a ir más lejos, hasta un café en que se sentaron. Fue esta la primera vez que el niño entró en un café. La reunión duró desde la oración del mediodía hasta que el almuédano llamó a la de media tarde, y el niño volvió feliz y contento, con grandes ilusiones y desbordante actividad.

Una vez fuera de la clase de Literatura no hablaba el *cheij* a sus discípulos más que del Azhar, de sus maestros y de los pésimos procedimientos pedagógicos que en él se usaban. En cuando abordaba este asunto era el *cheij* duro; su crítica, punzante, y su diatriba contra maestros y colegas, verdaderamente hiriente; pero en los alumnos lograba despertar simpatías y en nuestro muchacho, sobre todo, ejerció tanta y tan honda influencia, que poco a poco fue prefiriendo esta clase a todas las demás.

Distinguía nuestro amiguito con su afecto, y a poco con su tiempo, a dos condiscípulos de los más allegados al *cheij*. Se reunían a media mañana en la clase de éste e iban luego a la Biblioteca Nacional a leer obras de literatura antigua. Después de la oración de media tarde volvían al Azhar y

se sentaban en el pasillo que hay entre las oficinas administrativas y el pórtico de 'Abbás a hablar de su maestro y de lo que habían leído en la Biblioteca Nacional, así como a burlarse de los otros profesores y de los *cheijs* y estudiantes que entraban o salían. Tras de la oración de la puesta del sol, se metían en el pórtico de 'Abbás a oír la lección que daba el *cheij* Bajit sobre Comentario del Alcorán, en sustitución del maestro imam, después del fallecimiento de éste. Pero su estado de ánimo, al oírle, no era igual que el de los otros estudiantes. Ellos le oían sólo para reírse de él, tomar nota de sus errores —que no eran pocos, sobre todo cuando rozaba temas lingüísticos o literarios—, denigrarle por estos errores después de la clase, y contárselos al día siguiente al *cheij* al-Marsafi, dándole nueva materia para sus diatribas contra maestros y colegas. Aquellos jovenzuelos estaban, en efecto, hartos del Azhar, y el *cheij* y sus lecciones aumentaban en ellos esta sensación, porque sus almas estaban ansiosas de libertad, y el *cheij* y sus lecciones les quitaban ataduras y grillos.

No conozco nada que mueva a las almas, sobre todo las almas de los principiantes, hacia la libertad, a veces exagerada, como la Literatura, si es como la que explicaba el *cheij* al-Marsafi a sus alumnos, cuando les comentaba la *Hamasa* o después el *Kamil*^[79]. Era una crítica libre, primero del poeta, luego del rapsoda, después del comentario y, por último, de los infinitos lexicógrafos; una aplicación y ejercicio del buen gusto en señalar los lugares bellos en verso o prosa, tanto en el conjunto como en los detalles de la idea, en el metro, en la rima y en la posición de la palabra con relación a las demás; una experiencia de la sensibilidad moderna en aquel medio anticuado en que se daba la clase; un sorprendente contraste entre el rudo gusto azharista y el delicado gusto de los antiguos, así como entre la embotada inteligencia azharista y la afilada inteligencia de los clásicos; todo lo cual movía a romper del todo las cadenas azharistas y a rebelarse contra la ciencia, el gusto, la conducta y la manera de hablar de los demás maestros, con razón en la mayoría de los casos, aunque en algunos con exageración y basándose en juicios temerarios. Todo ello hizo que, al poco tiempo, la multitud de alumnos que rodeaba en un principio al *cheij* al-Marsafi quedara reducida a un pequeño grupo, de los cuales distinguió particularmente a aquellos tres. Pero, a pesar de constituir una pequeña

minoría, no tardaron en gozar de mucha fama en el Azhar. Maestros y discípulos hacían mil comentarios sobre ellos, y en especial sobre sus críticas del Azhar, su rebeldía contra la tradición y los versos que componían satirizando a unos y otros. La tal minoría era, al mismo tiempo, odiosa y temida entre los azharistas.

El *cheij* al-Marsafi no era sólo profesor, sino también hombre de letras. Quiero decir que si, por una parte, al recibir a la gente o sentarse a explicar en el Azhar se revestía de la gravedad de los ulemas, por otro lado, al quedarse a solas con sus amigos y con sus discípulos predilectos, se movía entre ellos como un puro hombre de letras, hablándoles con absoluta libertad de personas y cosas, y citándoles poesías, textos en prosa o rasgos biográficos de los antiguos, que demostraban cómo éstos, igual que él, habían sido libres y habían tratado de personas y cosas sin afectación ni cortapisa. Era, pues, natural y sencillísimo que los alumnos imitasen la manera de ser de su profesor, tanto más cuanto que lo amaban y respetaban. En él veían el perfecto ideal de cómo se han de soportar las adversidades, contentarse con poco, abstenerse de todo aquello que no conviene a un sabio, volar por encima de aquel mundillo de calumnias, chismes, intrigas y adulaciones a los poderosos y a los gobernantes en que se encenagaban la mayoría de los profesores del Azhar. Porque estas cualidades de su maestro las veían con sus propios ojos y las palpaban con sus mismas manos, compartiendo su vida, cuando iban a visitarlo en aquella casa suya, medio derruida, ruinoso y vieja, situada en una sucia callejuela, llamada del Rakraki, en el barrio de la Bab al-Bahr.

Allí, en efecto, al fondo de la asquerosa calleja, habitaba el *cheij* en una casa sórdida y a medio caer. Al pasar de la puerta te encontrabas en un pasillo angosto, húmedo y maloliente, en el que no había otro mueble que un estrecho, largo y desnudo banco de madera, apoyado en una pared que se iba poco a poco descascarillando. El *cheij* bajaba a recibir a sus discípulos y se sentaba con ellos en aquel incómodo banco; pero lo hacía contento y satisfecho, les oía sonriente y les hablaba con delicadeza, con dulzura, con sinceridad exenta de toda afectación. Si se hallaba trabajando cuando los alumnos llegaban, les hacía subir a su despacho por una escalera desportillada, y, tras de cruzar una antesala completamente vacía, inundada

de la luz del sol, lo encontraban en su cuarto de estudio, sentado en el suelo, inclinado sobre decenas de libros que le rodeaban y en los que buscaba el modo de completar un fragmento poético, la interpretación de un verso, el verdadero sentido de una palabra o la significación exacta de una tradición profética. No se levantaba cuando entraban, pero los recibía gozoso y sonriente; les hacía sentarse donde podían; rogaba a uno de ellos que hiciese el café, cuyo servicio tenía a su derecha, y se lo diese a todos; les hablaba unos instantes y luego les invitaba a ayudarlo en la búsqueda o comprobación que le ocupaba en aquel momento. Jamás olvidará el muchacho un día en que lo visitó, en compañía de otro discípulo, después de la oración de media tarde. Al subir la escalera se lo encontraron en la antesala, sentado sobre una humilde alfombra, al lado de una mujer decrepita, tan curvada que casi le llegaba la cabeza al suelo, a la que daba de comer por su propia mano. Al verlos, les saludó con amabilidad, les mandó esperarle un poco en el gabinete, y a poco entró diciendo satisfecho y sonriente:

—Estaba dando de cenar a mi madre.

Al salir a la calle era la imagen misma de la gravedad, del aplomo, de la tranquilidad de ánimo, del sosiego del corazón y de la limpidez de conciencia, así como del bienestar y de la moderada fortuna. Cualquiera que hablase con él diría que era un hombre sin el menor apuro de dinero, y que vivía tranquilo, desahogado y sin inquietudes. Sin embargo, sus íntimos y discípulos sabían con absoluta certeza que era uno de los hombres más pobres y necesitados que puedan existir, y que había semana, o semanas, en que no comía más que el pan de la ración rociado con sal. A pesar de ello, daba a uno de sus hijos una educación distinguida, ayudaba considerablemente a otro que estudiaba en el Azhar y mimaba muchísimo a su hija; todo con un sueldo insignificante que no pasaba de tres libras y media; una y media por ser de la primera categoría de sobresalientes y dos por la clase de Literatura que le había encargado el maestro imam. E incluso se avergonzaba de percibir su sueldo el primero de mes, por no mezclarse con los ulemas que se apelotonaban ante el habilitado para cobrar sus emolumentos. Se limitaba a entregar su sello a uno de sus alumnos predilectos para que cobrase a media mañana su módico estipendio y se lo

diese después del mediodía. Así vivía aquel *cheij* y así lo veían sus discípulos que compartían con él aquella vida miserable, pero libre y digna, bien diferente de la que, según veían y oían, llevaban otros maestros, por los que sentían cólera, odio, desdén y menosprecio. No es, pues, extraño que los tuviera seducidos y que lo imitaran, no sólo en su vida y en su conducta, sino también en su desprecio por los azharistas y en su rebeldía contra las tradiciones de éstos. Una sola cosa tuvieron que reprocharle sus discípulos en aquella época, y fue que cierto día fue desleal con el maestro imam. Cuando el *cheij* al-Sharbini —de quien era discípulo y a quien amaba y era, además, digno de amor y admiración— fue nombrado rector del Azhar, compuso el *cheij* al-Marsafi una casida en honor del nuevo rector, en la que imitó la de Tarafa y a la que tituló *la octava mu'allaq*^[80]. Esta casida se la leyó a sus discípulos, y, al concluir la lectura, prosiguió en el grupo el elogio de su maestro con ciertas alusiones molestas para el imam. Uno de los discípulos le replicó amablemente y él rectificó, triste y corrido, pidiendo perdón a Dios de su pecado.

En definitiva, los discípulos del *cheij* al-Marsafi se lanzaron por el camino al que les llevaba el amor por su maestro y la influencia que sobre ellos ejercía, pero lo hicieron con exageración dañina para sí mismos y hasta para el *cheij*. No limitándose a las burlas que solían gastar a maestros y discípulos, empezaron a hacer público alarde de leer libros antiguos y de preferirlos a los del Azhar. Leían, en Gramática, el libro de Sibawaih y el *Mufassal*^[81]; en Retórica, los dos libros de 'Abd al-Qahir al-Churchani^[82], y gran cantidad de divanes poéticos, sin pararse en barras para elegirlos, y aun, a veces, para recitar en pleno Azhar los versos obscenos que contenían. Además, imitaban este género de poesía y, en cuanto se encontraban, se recitaban mutuamente sus producciones. Los estudiantes los miraban de través y acechaban el momento en que se presentase la ocasión de acabar con ellos. Si algunos principiantes se acercaban a oírlos o a hablar con ellos, queriendo que les enseñaran Poesía y Literatura, los estudiantes mayores se irritaban y sentían acrecido tanto su aborrecimiento como su deseo de venganza. Un día en que nuestro amiguito preparaba con uno de sus dos compañeros la clase de explicación del *Kamil*^[83], toparon con estas palabras de Mubarrad: «Una de las cosas en que se basaron los alfaquíes

para excomulgar a al-Hachchach^[84] fue que éste, viendo a las gentes dar las vueltas rituales en torno a la tumba y al púlpito del Profeta, dijo: “No hacen más que dar vueltas en torno a huesos cariados y a maderos”». Nuestro amiguito negó que en estas palabras de al-Hachchach pudiese haber materia suficiente de excomunión. «Al-Hachchach —sostuvo— dio pruebas de mala educación y usó de una expresión impropia; pero no incurrió en infidelidad». Algunos estudiantes que lo oyeron lo censuraron y lo fueron contando.

Id caso fue que un día en que nuestros tres jóvenes se hallaban en clase, sentados en torno al *cheij* 'Abd al-Hákam 'Ata', fueron llamados al despacho del *cheij* de la mezquita. Se dirigieron a él con sorpresa, sin saber para qué se les llamaba, y no hallaron sólo al *cheij* Hasuna, sino rodeado de algunos grandes ulemas, miembros del Consejo administrativo del Azhar, tales como el *cheij* Bajit, el *cheij* Muhammad Hasanein al-'Idwi, el *cheij* Radi y otros. El rector les recibió ceñudo y dio orden a Ridwán, jefe de los bedeles, de hacer pasar a unos estudiantes que aguardaban, los cuales comparecieron. Cuando el rector les preguntó qué tenían que decir, se adelantó uno que acusó a los tres muchachos de impiedad, basándose en lo que habían dicho sobre al-Hachchach, y luego siguió contando sobre ellos cosas extraordinarias. Era este estudiante fiscal hombre verdaderamente hábil, pues fue enumerando muchísimas de las críticas que los tres mozalbetes hacían contra los maestros y, particularmente, contra el *cheij* Bajit, el *cheij* Muhammad Hasanein, el *cheij* Radi y el *cheij* al-Rifa'i, todos los cuales estaban presentes y oyeron con sus propios oídos lo que los jóvenes pensaban de ellos. Los demás estudiantes atestiguaron la veracidad de todo lo que su compañero decía. Interrogados luego los jóvenes, no negaron nada de lo dicho. Entonces el rector, sin más conversaciones ni circunloquios, llamó a Ridwán y le ordenó con severidad que borrara los nombres de aquellos tres estudiantes de las listas del Azhar, por no gustarle —dijo— ese género de palabrería insustancial. Inmediatamente, los despidió violentamente y hubieron de salir, temerosos, desconcertados, sin saber qué hacer ni cómo referir lo sucedido a sus familias. Y la cosa no quedó ahí, ni en las risitas y satisfacción con que les miraban los estudiantes. Al llegar al Azhar, después de la oración de prima noche para

reunirse con el *cheij* al-Marsafi y escuchar la lección sobre el *Kamil*, Ridwán se acercó a decir cortés y finamente al profesor que el *cheij* de la mezquita había suprimido la clase de explicación del *Kamil* y que le esperaba al día siguiente en su despacho.

Hubo, pues, de partir el profesor cariacontecido, en compañía de sus discípulos avergonzados y temerosos. A pesar de todo, el maestro los iba consolando, hasta que en mitad del camino se les ocurrió ir a ver al *cheij* Bajit, por si se conciliaban su benevolencia y podían utilizarlo como mediador con el *cheij* de la mezquita. Aunque el profesor les aconsejó que no lo hiciesen, porque no sacarían nada en limpio, el hecho es que se fueron a ver al *cheij* Bajit, el cual, al reconocerlos, los acogió sonriente y les preguntó con todo sosiego qué les traía. Cuando comenzaron a defenderse los interrumpió con el mismo sosiego:

—Pero vosotros estudiáis el *Kamil* del Mubarrad, y, como el Mubarrad era mu'tazil^[85], estudiar su libro es pecado.

Al llegar a este punto, los muchachos, olvidándose de que habían venido a implorar, comenzaron a discutir con el *cheij* hasta sacarlo de quicio, y, dejándolo lleno de ira, se fueron desesperanzados y, al mismo tiempo, riéndose del *cheij* y repitiendo algunas de las cosas que les dijo. Se separaron comprometidos a ocultárselo todo a las respectivas familias hasta que Dios decidiese lo que hubiera de ser.

Al día siguiente, su profesor les informó de que el *cheij* de la mezquita le había prohibido seguir explicando el *Kamil*, ordenándole sustituirlo por el *Mukni*, de Ibn Hisham^[86], y que le había trasladado del pórtico de 'Abbás a una de las columnas de dentro del Azhar. A continuación, se desató en sarcasmos contra el *cheij* de la mezquita, afirmando ante los alumnos que el tal *cheij* no había sido hecho para la vida científica ni para ser rector, sino para vender miel negra en Siriajos. (Como había perdido los dientes pronunciaba la ese como zeta y, además, no pronunciaba la cu, al uso de El Cairo, y prolongaba las vocales. La frase, dicha en voz baja, sonaba, pues, «el vendedor de miel en Ziria'os». Los estudiantes no la olvidaron jamás y ya no llamaron nunca de otro modo al *cheij* Hasuna (de quien Dios tenga misericordia). Pero este «vendedor de Siriajos» era tan testarudo como terrible. Todos los profesores lo temían, entre ellos el Marsafi, que tuvo que

explicar el *Mugni*. Los discípulos fueron muy a gusto a su nueva clase, pues tanto les daba que comentase un libro como otro, y les bastaba que él explicase y que ellos le oyeran y pudieran después hablar con él. Cuando nuestro muchacho quiso decirle algo, le cortó con dulzura y le contestó:

—No, no. Sencillamente, he de ganarme el pan.

Nunca, desde que entró en el Azhar, sintió el mozo mayor tristeza que al oír estas palabras de su maestro. Ese día los tres alumnos lo dejaron con el corazón lleno de una pena profunda.

Como no se resignaban al castigo que les había impuesto el *cheij* del Azhar, sólo pensaban de qué manera podrían escapar a tal injusticia. Uno de ellos prefirió la tranquilidad, se apartó de sus otros dos amigos, y empezó a ir a la mezquita de al-Mu'ayyad, en la que poder esperar, lejos de amigos y enemigos, que pasase la tormenta. El otro contó el asunto a su padre, quien empezó a hacer amables gestiones para arreglarlo. Pero este segundo no dejó a su colega ni se alejó de amigos y enemigos; antes bien, iba todos los días a ver a su compañero, y ambos seguían sentándose entre el pórtico de 'Abbás y la administración para continuar burlándose de alumnos y maestros, como tenían por costumbre. En cuanto a nuestro amiguito no tuvo necesidad de contar la situación a su hermano, que por conducto que él ignoraba lo sabía ya todo y que, sin reproches ni violencias, se limitó a decirle:

—Ahí tienes lo que querías. Ya cogerás el fruto de todas esas travesuras y lo encontrarás bien amargo.

No encontró, pues, nuestro amiguito en nadie comprensión ni blandura; pero él tampoco acudió a nadie ni buscó recomendación ninguna para el *cheij*. No hizo más que escribir un violento artículo en que atacaba a todo el Azhar, particularmente al rector, y pedía la libertad de pensamiento. ¿Por qué no iba a hacerlo, si había salido un periódico titulado *al-Charida*, cuyo director exigía a diario la misma libertad^[87]? Se fue con su artículo a ver al director de *al-Charida*, que le recibió muy bien y con mucha simpatía y consideración. Cuando leyó el artículo, se lo alargó riendo a un amigo que se hallaba con él en el despacho. El amigo le echó una ojeada y exclamó enfadado:

—Si no hubieses sido ya castigado por las faltas cometidas, este artículo bastaría para castigarte.

Iba ya nuestro amigo a contestarle, cuando el director del periódico intervino para explicarle amablemente:

—El que te habla es Hasan Bey Sabri, inspector de Ciencias Modernas en el Azhar.

Y luego siguió:

—Lo que tú quieres, ¿*es* injuriar al rector y meterte con el Azhar, o que se te levante el castigo?

—Lo que yo quiero —contestó el muchacho— es que se me levante el castigo y gozar de mi derecho a la libertad.

—Entonces —concluyó el director del periódico— deja en mis manos el asunto y vete tranquilo.

Así lo hizo el muchacho, y a poco comprobó, junto con sus dos amigos, que el *cheij* de la mezquita no los había castigado ni borrado sus nombres de las listas del Azhar, porque no había querido más que atemorizarles.

Desde ese momento trabó nuestro amiguito relación con el director del periódico y lo siguió viendo de vez en cuando hasta llegar a una época en que se reunían a diario. Y en su despacho fue donde el muchacho logró su viejo deseo de ponerse en contacto con el ambiente de los tarbuses, hartos como estaba del de los turbantes. Lo que pasó fue que su relación con el mundo de los tarbuses, empezó por los más altos y los más ricos, siendo él, en cambio, un estudiante pobre, de familia de la clase media, y que en El Cairo tenía que vivir de muy mala manera. Ello le dio ocasión de meditar en esa terrible distancia que separa a los ricos, a quienes todo sobra, de los pobres, a quienes todo falta.

XX Hacia otra vida más ancha

Cada vez el muchacho estaba más harto del Azhar, y de sus habitantes, y de la vida que llevaba en El Cairo, metido en lo que no le gustaba y alejado de lo que le apetecía y le encendía en deseos. Llegaba a El Cairo a principios de curso y, apenas se instalaba en él, ya estaba pidiendo a Dios, con las mayores veras y apremios, que el curso terminase. Sólo Dios sabe qué feliz y alegre se sentía cuando llegaban los primeros barruntos del verano; cuando los rincones de aquel barrio en que vivía se llenaban de olores nauseabundos que, suscitados por el calor del sol, inundaban el aire y hacían penosa y abominable la respiración, cuando ya no podía sentarse en el corro de un maestro, a las clases de mediodía o de la tarde, sin que el sueño se le metiese dentro y le obligase a dar violentas cabezadas, que atraían la atención de los estudiantes de alrededor y les obligaban a despertarlo, en serio o de broma. Esta llegada del verano le llenaba de gozo y de placer, porque anunciaba la proximidad de las vacaciones, la vuelta al campo y el verse libre del Azhar y de los azharistas. Aunque hay que decir que amaba las vacaciones no sólo por esto, y por ver de nuevo a la familia, y por disfrutar de una vida de delicias que le estaban vedadas en El Cairo, sino también por algo más importante y de mayor trascendencia: porque las vacaciones eran más provechosas para su entendimiento y su sensibilidad que todo el curso académico.

En ellas le era posible quedarse a solas consigo mismo a pensar, y bien sabe Dios que pensaba mucho, y quedarse a solas con sus hermanos a leer, y bien sabe Dios que leía muchísimo, de las cosas más variadas y con enorme provecho. Los muchachos de la familia volvían de sus institutos y escuelas con las maletas llenas de libros que nada tenían que ver con sus estudios oficiales ni podían ser leídos durante el curso: serios o jocosos,

originales o traducidos, antiguos o modernos. Y, apenas pasados unos días en el ambiente familiar, aburridos de la ociosidad y para no emperezarse, recurrían a sus libros y pasaban en ellos todo el día y aun parte de la noche, con actividad que su padre el *cheij* estimaba y elogiaba, aunque a veces le doliese y les censurase verlos enfrascados en cuentos populares, o en las *Mil y una noches*, o en las historias de 'Antara y de Saif ibn Dhi Yazan. Pero, a gusto o a disgusto de la familia, ellos seguían con aquellos libros, mil veces más provechosos y agradables para ellos que los de texto. Así, devoraban las traducciones del francés, de Fathi Zaglul; las del inglés, de Siba'i; los artículos que Churchi Zaidan escribía en el *Hilal*, así como sus novelas o sus obras de historia de la literatura y de la civilización; lo que escribían Ya'qub Sarraf, en el *Muqtataf*, y Rashid Rida, en el *Manar*, los libros de Qasim Amin; muchas de las obras del maestro imam, y esas muchísimas novelas que se traducían para simple distracción de los lectores^[88]. Estas últimas les dislocaban, por encontrar en ellas la pintura de una vida en un todo diferente de la que conocían en sus ciudades y campos. Cada libro les animaba más a seguir leyendo, hasta el punto de que abusaban de sí mismos e incluso de la familia, pues, apenas veían en periódicos o revistas el anuncio de un libro moderno o antiguo que no conocían, escribían al editor que se lo mandase, y a los pocos días el correo traía el libro o los libros pedidos, que la familia, a gusto o a disgusto, tenía que pagar.

A nuestro amiguito le gustaban también las vacaciones porque en ellas tenía tiempo para pensar desde lejos en sus compañeros, escribirles y recibir sus cartas; todo lo cual hacía con una actividad y un placer mayores de los que sentía cuando se los encontraba o hablaba con ellos en El Cairo. Y también porque en ellas trataba con otros jóvenes, que no eran de su familia, sino del mundo de los tarbuses; chicos que cursaban estudios en las escuelas secundarias o superiores; que, como él, habían venido a descansar en el campo con sus familias, y que encontraban en verse y hablar con él un gusto y provecho tan grandes como los que él sentía, porque cambiaban impresiones de sus respectivos estudios y le leían sus libros, a cambio de que él les leyese, a veces, alguna obra de literatura antigua.

Unas de estas vacaciones empezaron mal. Cierta suceso obligó a la familia del niño a trasladarse desde la ciudad en que éste había nacido, primero a lo más remoto de la provincia, donde pasó uno o dos años, y luego a lo último del Alto Egipto, donde había de residir muchos otros. Nuestro amiguito sintió verdadera pena de dejar su antigua ciudad y se hallaba a disgusto en los nuevos lugares que no conocía y en los que no podía ir solo donde se le antojaba. A la larga acabó por habituarse a esta ciudad metida en el Alto Egipto, a amarla mucho, a cobrarle la mayor afición y a considerarla su segunda patria; pero, como antes se dijo, la primera visita le lastimó y le fue penosa. He aquí lo ocurrido: Toda la familia partió para dicha ciudad a reunirse con el padre *cheij*, que se había adelantado solo a empezar su trabajo y que, una vez asentado y establecido, les había llamado. Coincidió el viaje con las vacaciones de verano; de suerte que nuestro amiguito se incorporó a él. El tren salía a media noche y llegaba a las cuatro de la mañana a la ciudad, que era nueva, y en cuya estación el tren no paraba más que un minuto. La familia, conducida por el hijo mayor, era nutridísima, y la componían muchas mujeres y niños, sin contar los enormes e imponentes bultos. Al acercarse el tren a la estación, los mayores hicieron que las mujeres, los niños y los bultos se acercasen a la portezuela del vagón, para que, al pararse el tren, echasen a tierra la impedimenta y luego se apeasen todos tras el hermano mayor. Así lo hicieron, y volvió a partir el tren en el que no dejaron olvidado nada más que al hermano ciego.

Quedóse éste afligidísimo viéndose solo e incapaz de decidir lo que había de hacer; pero un grupo de viajeros, viendo su situación, trataron amablemente de tranquilizarlo y en la estación más próxima le apearon, lo entregaron al telegrafista y se volvieron al tren. Supo luego el niño que la familia, llegada a su casa de la nueva ciudad, empezó por recorrerla, visitando todos sus cuartos y habitaciones, para poner cada cosa en su sitio; que luego vino el *cheij* y se sentó a hablar con éste y aquél de sus hijos o con ésa y la de más allá de sus hijas, y que, sólo al cabo de bastante rato de llegada la familia, salió por azar en la conversación el nombre del muchacho. Oírlo, y asustarse el padre, la madre y las hermanas fue todo uno. Los hijos mayores se precipitaron a Telégrafos, donde ya les esperaba

la noticia de que su hermano esperaba en la estación inmediata; que fueran a por él. Hubo, pues, que mandar a alguien, que lo trajo a ancas de una mula, que tan pronto iba despacito como al trote, acreciendo el espanto y el terror del muchacho.

Tampoco olvidará nunca nuestro amigo el tiempo que pasó con el telegrafista. Era éste un muchacho vivo, risueño y muy bromista, en cuya oficina se reunían algunos de los empleados de la estación. Al encontrarse esa noche con el muchacho no les gustó; pero luego, al conocer lo que le había pasado, le mostraron simpatía y cariño. Como vieran un *cheij* ciego, no dudaron que recitaría y cantaría divinamente el Alcorán, y así le pidieron que les cantara un poco. Juró el niño que no sabía cantar bien, y entonces le pidieron que recitara, y, aunque él juró de nuevo que no dominaba la modulación del Alcorán, insistieron y se empeñaron en oírlo. Vióse, pues, forzado el niño a comenzar a recitar el Alcorán, sonrojado, azorado, corrido, harto de la vida y maldiciendo su sino; pero la voz se le agarraba en la garganta y las lágrimas le corrían por las mejillas, hasta el punto de que aquellas gentes, compadecidas, se alejaron de él y lo dejaron solo o poco menos, hasta que vino quien había de reintegrarlo a la familia. Este incidente le produjo vivísimo dolor, pero no le hizo odiosa la nueva ciudad ni le quitó las ganas de volver a ella. Por el contrario, le cobró afecto y deseaba con toda el alma verse en ella en cuanto se acercaba el verano, aunque, a decir verdad, hacía allí un calor terrible y casi insoportable.

Entretanto, la situación de los inquilinos del caserón iba a cambiar muchísimo; dos de los estudiantes adelantados habían ya obtenido el título; los demás, y entre ellos el hermano del muchacho, pasaban a la recién creada Escuela de cadíes^[89]; el primito, que tanto había aliviado su soledad en el Azhar y en el caserón, iba a dejarlo para ingresar en la Dar al-'ulum^[90]. El muchacho veía que había de volver a aquel duro y angustioso aislamiento que tantos tormentos le había ocasionado en su primera etapa de estudiante; es decir, a unos tormentos todavía más rigurosos y crueles, porque al volver a El Cairo, terminadas las vacaciones de verano, ya no contaría con nadie, puesto que el hermano iría a la Escuela de cadíes y el primo a la Dar al-'ulum. ¿Cómo se las arreglaría él solo en el caserón? ¿Qué ventaja habría para él ni para nadie en que volviera a El

Cairo? Ya había adquirido considerables conocimientos; pero el título, de conseguirlo, apenas le serviría de nada, y lo más probable era que no lo consiguiese, pues ello suponía un esfuerzo tremendo que no podría hacer solo. Tales fueron las consideraciones que, cierto día de verano, próximas ya a concluir las vacaciones, hizo el hermano a la familia. El padre *cheij* quiso objetar algo, pero su hijo mayor le cortó con esos argumentos abrumadores. La madre, no sabiendo qué decir, lloraba a mares en silencio. El muchacho se levantó y, avanzando a trompicones, se quedó solo en una habitación, insensible, taciturno, sin pensar en nada. La noche fue larga, pesada, llena de atroces tormentos para él. Cuando amaneció, no dijo nada ni nadie le dijo nada. El día pasó lo mismo, pesado, largo. Pero, a la tarde, su padre el *cheij* se acercó a él, le pasó la mano por la cabeza, lo besó y le dijo:

—Irás a El Cairo y tendrás un criado particular.

Entonces rompieron a llorar el niño y la madre.

Llegado el día del viaje, salieron a tomar el tren los mozos de la familia, entre ellos nuestro amigo, pues la familia del criado tenía dicho que éste acudiría a la estación; pero, llegados a ésta y venido el tren, el criado no compareció. Los demás muchachos subieron al tren, que arrancó, dejando en tierra a nuestro amigo, que hubo de volver con su padre a casa, los dos mohinos y cabizbajos. Pero, por fin, el criado llegó a la noche, devolviendo su alegría y contento al muchacho, que, al cabo de dos días, emprendió con aquel negrito el viaje a El Cairo, cargado de comidas y provisiones para su hermano. Ya en la capital, se instaló con el negrito, que le acompañaba a las clases del Azhar, le preparaba el almuerzo y en los ratos libres le leía, aunque de mala manera y tropezando a cada paso.

Por estas fechas acababa de ser fundada la Universidad Egipcia^[91] en la que el muchacho se matriculó y a la que empezó a asistir. Iba con su negrito a las clases del Azhar por la mañana y a las de la Universidad por la tarde. La vida tuvo para él un nuevo sabor, desde que entró en relación con ese mundo nuevo y con profesores que no tenían punto de comparación con los del Azhar. Por hallarse el caserón tan lejos de la Universidad como de la Escuela de cadíes y de la Dar al-'ulum, el grupo no pudo seguir viviendo en él y se trasladó a una nueva casa en Darb al-Chamamiz. En suma, era una

vida nueva que nada tenía que ver con la antigua, salvo que una vez a la semana o cada dos semanas solía recalar por el Azhar; que veía a sus amigos azharistas cuando en raras ocasiones venían a la Universidad, y que también con grandes intervalos visitaba al *cheij* al-Marsafi. En realidad, para sus adentros y en lo hondo de su conciencia, había roto definitivamente con el Azhar, aunque seguía inscrito en sus listas; pero no puso a su padre al tanto de lo que había decidido, para no entristecer ni desesperar al viejo, que nada sabía de la Universidad ni se interesaba por ella poco ni mucho.

En las siguientes vacaciones de verano volvió el muchacho con sus hermanos a la ciudad del Alto Egipto, y, un día en que se hallaba leyendo, trajo el correo a su hermano carta de un amigo suyo. La leyó y se la releyó luego a nuestro amiguito, que no salía de su asombro. El Azhar, en el que llevaba inscrito como estudiante ocho años, pasaba por una época de cambios constantes de reglamentación. Ese verano se acababa de hacer público, para acelerar la presentación a examen y la obtención del título por parte de los alumnos inscritos, que si éstos podían demostrar haber cursado algún tiempo en el Azhar o en otro instituto religioso con anterioridad a los quince años, que era la edad de la inscripción reglamentaria, ese tiempo les sería contado. Como tal concesión se había anunciado en vacaciones, el amigo que escribía había dirigido al rectorado del Azhar una instancia en nombre del muchacho, diciendo que éste había cursado en el Azhar dos años antes de la inscripción legal. Esta instancia había ido informada por dos grandes ulemas, que, a pesar de no haber visto nunca al niño ni éste a ellos, ni haberle enseñado nada, ni él haber aprendido nada de ellos, habían certificado que decía verdad; inexactitud que no habrían podido descubrir, dado el gran número de alumnos que asistían a sus clases, a los que no podían identificar, por no pasar lista.

Por este conducto desconocido, el muchacho se encontró con diez años legales de escolaridad en el Azhar —que, en realidad, no habían sido más que ocho— y se vio con sólo dos años por delante para presentarse al título. La relación con el Azhar, que había roto o pensado romper, se restablecía de nuevo. Era, pues, alumno de dos Universidades: la «Universidad» del Azhar, como por entonces se la empezó a llamar, y la Universidad Egipcia. De su vida, que andaba repartida, tiraban por un lado, el viejo espíritu del

Azhar, en el antiguo barrio que va de la Batiniyya al Kafr al-Tama'ín, y, por otro, el nuevo espíritu de la Universidad, en el elegante barrio de la calle del Puente de Qasr el-Nil.

Pero hemos de dejar a nuestro amigo en medio de ese combate entablado entre lo antiguo y lo moderno. Un día —¿quién sabe?— quizá volvamos a ocuparnos de él otra vez.

Epílogo: El autor habla a su hijo

Hijo mío, he aquí que tú vas a dejar también tu patria, tu ciudad y tu casa; a abandonar tu familia y tus amigos, y a cruzar el mar, pequeño como eres todavía, para estudiar solo en París.

Déjame que te dedique este relato. Es posible que alguna vez te distraiga, cuando estés cansado de estudiar, y el latín o el griego te presenten escollos o dificultades. En él verás aspectos de la vida de Egipto que tú no conoces, y gracias a él recordarás a una persona que por mucho tiempo ha olvidado esa época viviendo cerca de ti; que por mucho tiempo ha encontrado en tu gracia y en tu seriedad infantil un placer y un provecho incomparables.

Vic-sur-Cère, julio-agosto de 1939.



TAHA HUSEIN (Magaga, Egipto, 1889 - 1973). «El conocimiento es como el agua que bebemos, como el aire que respiramos».

En esta frase se encierra el pensamiento de Taha Husein. El conocimiento frente a la oscuridad. Tras su doctorado por la nueva Universidad de El Cairo, en 1914 viaja a la Sorbona (París), donde obtiene la licenciatura en Filosofía. Allí también conoce a Suzanne, la que sería su mujer, su mentor, su secretaria, su mejor amiga, la madre de sus hijos. Recibe el doctorado *honoris causa* por las universidades de Madrid y Roma, y en 1950 es nombrado Ministro de Educación de su país. A él se debe la alfabetización de su pueblo. A un ciego.

Notas

[¹] De la 1ª edición, Ed. Castalia. Valencia 1954. <<

[2] Especie de genio astuto y travieso. <<

[3] Famosísimo autor árabe que vivió a fines del siglo x y en la primera mitad del xi. Era ciego, librepensador, y vivía ascéticamente. Taha Husein le ha dedicado un libro conmovedor: *Con Abu-l-'Ala' en su prisión*. <<

[4] Es tratamiento de respeto, que traducido literalmente sería «nuestro señor». <<

[5] *Burda* significa «manto», aquí «el manto del Profeta», y es el nombre que se da a un celeberrimo poema en alabanza de Mahoma, compuesto por un poeta egipcio, al-Busiri, de origen beréber, que vivió en el siglo XIII. <<

[6] La primera azora del Alcorán —literalmente «la que abre [el libro]»—, que es muy breve, viene a ser como el Padrenuestro musulmán, y se reza con mucha frecuencia, por ejemplo, como aquí, al ajustar un pacto. <<

[7] Se llalla esta palabra en la azora v, aleya 85. <<

[8] Primera palabra de la aleya 53 en la azora XII. <<

[9] El triple repudio es irrevocable. Alcorán, II, 230: «Si un marido repudia a su mujer tres veces, no podrá volver a tomarla por esposa más que si ella se casa con otro y éste la repudia a su vez». <<

[10] *Alfiyya* —de «alf»= mil— designa un poema de mil versos. La de Ibn Malik (autor español nacido en Jaén, que vivió en el siglo XIII) versa sobre gramática y está en metro *rachaz*. Es una de las más conocidas *urchuzas* (= poemas en *rachaz*), u obras didácticas mnemotécnicas en verso, a las que los árabes son muy aficionados. <<

[¹¹] Títulos metafóricos, como suelen ser los árabes, de otros poemas gramaticales. *Lamiyya* quiere decir que la casida rima en la letra «lam» (= la ele). <<

[12] Otro poema gramatical en mil versos, algo anterior al de Ibn Malik, cuyo autor, argelino de origen, vivió a fines del siglo XII y comienzos del XIII. <<

[13] Dentro del Islam ortodoxo hay cuatro ritos jurídicos, que discrepan levemente en la resolución de algunas cuestiones: hanafí, shafi'í, malikí y hanbalí. Hubo más, pero han desaparecido. <<

[¹⁴] *Hachch* es el título honorífico que adoptan los musulmanes cuando han cumplido el deber de hacer la peregrinación ritual a la Meca. <<

[15] Celebérrimo poeta místico, egipcio, de fines del siglo XII y comienzos del XIII. <<

[16] Hasan era nieto del Profeta: hijo de 'Alí y de Fátima, la hija de Mahoma. <<

[17] El mayor teólogo del Islam, y tal vez su espíritu más original, que vivió en la segunda mitad del siglo XI. <<

[18] El famoso magribí, de origen sevillano, que vivió en el siglo XIV, autor de los célebres *Prolegómenos*, que preludian la filosofía de la historia. <<

[¹⁹] Literalmente, «bendición [divina]», y, por extensión, poder carismático de atraer gracias sobrenaturales. <<

[20] Literalmente, «aspiración del céfiro». Es una fiesta profana de origen copto, que todavía se celebra en todo Egipto al iniciarse la primavera. <<

[21] El arte de salmodiar el Alcorán (*tachwid*) es una ciencia importante y complicada entre las islámicas, y puede hacerse conforme a distintos sistemas. <<

[22] La que entre nosotros se llama vulgarmente la Pascua del Cordero, una de las dos grandes fiestas canónicas musulmanas (la otra es la del fin del ayuno de ramadán). <<

[23] Título de un libro del famoso escritor y polígrafo de Basora llamado Cháhiz, que vivió en el siglo IX. Ha sido forzoso adaptar un poco la historia que sigue, que es por más de una razón intraducible, pues se basa en cambios de letras árabes, y el último cambio da por resultado una palabra obscena. <<

[24] Pastel, con almendras y avellanas, de origen sirio. <<

[25] Pórtico en torno al patio central de la mezquita. <<

[26] Kamal al-din ibn al-Humam, doctor hanafi del siglo xv. <<

[27] Hasan ibn 'Alí al-Kafrawi, doctor egipcio shafi'í del siglo XVIII. <<

[28] El texto de una tradición profética va precedido de una lista de los que la han transmitido hasta llegar al Profeta: «Nos transmitió A, tomándolo de B, tomándolo de C, tomándolo de D... que oyó al Profeta lo siguiente...», y aquí viene el texto del *hadith*. <<

[29] Autor moderno de retórica. <<

[30] 'Alí ibn Muhammad al-Churchani, al-Sayyid al-Sharif, sabio persa del siglo XIV. <<

[31] 'Abd al-Hakim ibn Shams al-din al-Hindi al-Salikuti, autor de dogmática, del siglo XVII. <<

[32] De este personaje hemos hablado en el prólogo. Aquí se le sigue llamando luego «el maestro imam», sin más. <<

[33] Obra del filólogo, del siglo XI, 'Abd al-Qahir Churhani. <<

[34] Poeta contemporáneo de Mahoma, a quien primero fue hostil. Más tarde se convirtió, y recitó el poema a que aquí se alude —*Bánat Su'ád*— al Profeta, quien, entusiasmado, le echó sobre los hombros su propio manto o *burda*. Era hijo de otro célebre poeta, Zuhair ibn Abi Salma, autor de una de las *mu'allaqas*. <<

[35] *Taljís al-miftah*, comentario de Qazwini, damasceno del siglo XIV, al *Miftah al-’ulum* de al-Sakkaki, filólogo de fines del siglo XII y comienzos del XIII. <<

[36] Célebre filólogo de Basora en el siglo IX. Su *Kamil* es una de las obras clásicas de la antigua filología árabe. <<

[37] La primera palabra es italiana (= helados); la segunda, turca, y significa lo mismo. <<

[38] En El Cairo se instala un gran pabellón en las calles, hecho con tapices que se alquilan, delante de la casa a que han de acudir muchas visitas, con motivo de bodas, entierros u otros acontecimientos familiares. <<

[39] Especie de túnica flotante, con amplias y largas mangas. <<

[40] Obra del jurista hanafí Abul-Ijlas Hasan ibn 'Ammar al-Shurunbulali, que vivió en el siglo XVII. <<

[41] Véase nota a la página 135. (Por tratarse de una edición digital, se reproduce a continuación dicha nota: Hasan ibn 'Alí al-Kafrawi, doctor egipcio shafi'í del siglo XVIII). <<

[42] Cocimiento, muy azucarado, de granos de maíz o trigo, al que se suele añadir leche o manteca. <<

[⁴³] Pastel de harina, hecho con manteca y muy dulce. <<

[44] Jalid ibn 'Abd Allah al-Azhari, filólogo egipcio del siglo xv, autor de la obra filológica titulada *Al-Muqaddama al-Azhariyya fi 'ilm al-'arabiyya*.

<<

[45] Ta'i es un filólogo egipcio del siglo XVIII, comentador del libro *Kanz al-haqa'iq*, de Nasafi, doctor hanafí de fines del XII. <<

[46] 'Attar fue un profesor del Azhar que murió a fines del siglo XIX. De la *Azhariyya* hemos hablado en una nota inmediata. <<

[47] Especie de salsa hecha con sésamo molido. <<

[48] *Al-sullam al-murawnaq fi al-mantiq* es un poema de 94 versos en *rachaz* sobre Lógica, obra de al-Sadr ibn 'Abd al-Rahman al-Ajdari, filósofo del siglo XVI. <<

[49] Celebérrimo libro de oraciones y letanías en honor del Profeta, obra de al-Gazuli, un beréber de Marruecos que vivió en el siglo xv. <<

[⁵⁰] De estos tres libros hemos hablado ya anteriormente. <<

[51] 'Abd Allah ibn Yusuf ibn Hisham Chamal al-din fue un gramático egipcio, discípulo del español Abu Hayyan. Vivió en el siglo XIV. <<

[52] Ibn 'Aqil, otro discípulo egipcio de Abu Hayyan, vivió también en el siglo XIV. Sobre la *Alfiyya*, de Ibn Malik, véase página 67. Nota de la edición digital: se reproduce a continuación la mentada nota: *Alfiyya* —de «alf»= mil— designa un poema de mil versos. La de Ibn Malik (autor español nacido en Jaén, que vivió en el siglo XIII) versa sobre gramática y está en metro *rachaz*. Es una de las más conocidas *urchuzas* (= poemas en *rachaz*), u obras didácticas mnemotécnicas en verso, a las que los árabes son muy aficionados. <<

[53] De la *Azhariyya* y de las glosas de al-'Attar hemos hablado en notas a la página 213. (Nota de la edición digital: a continuación se reproducen las notas 43 y 45: Jalid ibn 'Abd Allah al-Azhari, filólogo egipcio del siglo xv, autor de la obra filológica titulada *Al-Muqaddama al-Azhariyya fi 'ilm al-'arabiyya*. 'Attar fue un profesor del Azhar que murió a fines del siglo XIX). <<

[54] Del *Kanz* se habló en la página 213. Molla Miskín es un doctor del siglo XVI. (Nota de la edición digital: Ta'i es un filólogo egipcio del siglo XVIII, comentador del libro *Kanz al-haqa'iq*, de Nasafi, doctor hanafí de fines del XII). <<

[55] *Durar al-bukkam fi sharh gurar al-ahkam*, obra del turcomano Muhammad Ibn Faramarz ibn 'Alí Molla Josraw, que vivió en el siglo xv.

<<

[56] Del *Qatr* se habló en la página 225. El *Shudur al-dhahab* es un libro del mismo autor. (Nota de la edición digital: 'Abd Allah ibn Yusuf ibn Hisham Chamal al-din fue un gramático egipcio, discípulo del español Abu Hayyan. Vivió en el siglo XIV). <<

[57] Véase página 225. (Nota de la edición digital: Ibn 'Aqil, otro discípulo egipcio de Abu Hayyan, vivió también en el siglo XIV). <<

[58] Poeta de la Arabia anteislámica, prototipo del caballero errante beduino, un poco tocado de bandidismo. *Fahm* es el nombre de la tribu a que pertenecía. <<

[59] Profesor del Azhar en el siglo XIX. <<

[60] Zamajsharí, autor del *Mufasssal*, es un célebre gramático de fines del siglo XI y comienzos del XII. Sibawaih, uno de los fundadores de la gramática árabe, es del siglo VIII. <<

[61] Véase página 225. La *Iságoge* es la de Porfirio, traducida muy temprano al árabe. <<

[62] Se trata de una obra de Sa'd al-din Taftazani (siglo XIV). El comentador, 'Ubaid Allah al-Jabisi Fajr al-din, es del siglo XVII. <<

[63] Abu-l-Barakat Ahmad ibn Muhammad al-Dardir es un místico egipcio del siglo XVIII. El título completo de la obra es *al-Jarida al-bahiyya fi al-'aqā'id al-tawbidiyya*. <<

[64] Chamil es uno de los más famosos poetas eróticos del primer siglo de la hégira. Sus amores con Buthayna han sido elaborados como un mito: forman una de las parejas típicas de enamorados árabes. <<

[65] Feshn es un pueblo a 160 kilómetros al Sur de El Cairo. Los estudiantes del Azhar se agrupan en una especie de «secciones» o «dependencias», con locales dentro o fuera del edificio central, que admiten algunos internos, y que se llaman «pórticos»: en árabe, *riwaq*; plural, *awriqa*. <<

[⁶⁶] Véase páginas 225 y 233. (Nota de la edición digital: no se considera necesario repetir dichas notas porque se han venido reproduciendo varias veces hasta esta parte y se da por enterado al lector). <<

[67] Los *Maqasid al-talibin fi usul al-din* son de Sa'd al-din Taftazani, de quien se habló en la página 233, y que es también el Sa'd en tercer lugar aludido. La *Hidaya* es de 'Alí ibn Abi Bakr Marginani (siglo XII). <<

[68] El Wafd es el famoso partido político egipcio. Este verso es de 1921. <<

[69] Los dos son obra de Muhibb Allah ibn 'Abd al-Sakur Bihari, muerto en los primeros años del siglo XVIII. <<

[70] Vivió en el siglo VIII, es autor del primer diccionario árabe y pasa por inventor de la sistematización de la métrica. <<

[71] Esta divertida anécdota es difícilmente traducible. Baste decir que entre los nombres propios árabes unos tienen tres desinencias casuales (-un, -in, -an) y otros sólo dos (-u, -a). <<

[72] Reciben este nombre, que literalmente significa «suspendidas, colgadas», y sobre cuyo origen se discute, siete poemas anteislámicos, que se consideran los mejores y más famosos. Entre ellos figuran el de Imru'-l-Qais (del que son los versos que siguen) y el de Tarafa, ambos citados a continuación. <<

[73] Hariri, que vivió a fines del siglo XI y comienzos del XII, escribió en prosa rimada una serie de cuadros aislados, sólo unidos por la persistencia del único protagonista —un pícaro charlatán e ingenioso— en centelleante y exquisito lenguaje. Son las llamadas *maqamas*, palabra de difícil traducción. El género fue introducido por Badi' al-Zaman Hamadhani, al que se alude un poco más adelante, y que murió en los primeros años del siglo XI. <<

[74] Esta colección, atribuida al califa 'Alí, yerno y primo de Mahoma, fue formada por su descendiente al-Sharif al-Murtada, que vivió entre los siglos X y XI. <<

[75] Poeta árabe del siglo x, que era de la familia de los Hamdaníes de Alepo y estuvo prisionero de los bizantinos en Constantinopla. <<

[76] El texto dice: «anna daran lasti min ahli-ha qafu». El error vino de leer: «anna dara l-sitti min ahli-ha qafu». <<

[77] *Hamasa* significa «valor guerrero», y da título, por empezar ambas con poemas bélicos, a dos antologías famosas, compuestas por dos grandes poetas del siglo IX: Abu Tammam y Buhturi. Aquí se alude a la primera, comentada en el siglo XI por Yahya ibn 'Alí Tibrizi. <<

[78] Véase página 233. (Nota de la edición digital: Zamajsharí, autor del *Mufassal*, es un célebre gramático de fines del siglo XI y comienzos del XII. Sibawaih, uno de los fundadores de la gramática árabe, es del siglo VIII). <<

[79] Véase página 181. (Nota de la edición digital: Célebre filólogo de Basora en el siglo IX. Su *Kamil* es una de las obras clásicas de la antigua filología árabe). <<

[⁸⁰] Véase página 249. (Nota de la edición digital: Reciben este nombre, que literalmente significa «suspendidas, colgadas», y sobre cuyo origen se discute, siete poemas anteislámicos, que se consideran los mejores y más famosos). <<

[⁸¹] Véase página 233. (Nota de la edición digital: como se ha citado dicha nota tan solo dos notas atrás, se da por enterado al lector). <<

[82] Véase página 146. (Nota de la edición digital: 'Abd al-Qahir Churchani, filólogo del siglo XI). <<

[83] Véase página 181. (Nota de la edición digital: dicha nota se ha reproducido tres notas atrás). <<

[84] Hombre de Estado y durísimo gobernador del 'Iraq, por los Omeyas, en el primer siglo de la hégira. <<

[85] Es decir, perteneciente a la gran escuela teológica que ha creado la dogmática especulativa del Islam, pero que es sospechosa a ojos de la ortodoxia posterior, a causa de su pretendido racionalismo. <<

[86] *Mugni al-Iabib 'an kutub al-a'arib*, otra obra del autor citado en la página 225. (Nota de la edición digital: 'Abd Allah ibn Yusuf ibn Hisham Chamal al-din fue un gramático egipcio, discípulo del español Abu Hayyan. Vivió en el siglo XIV). <<

[87] Ese periódico, cuyo director era Lutfi al-Sayyid Bajá, se publicó desde 1908 a 1914. <<

[88] Se trata de los autores de tendencia reformadora que con sus obras originales y sus traducciones de lenguas europeas han sido los precursores de la nueva literatura egipcia y de no pocos adelantos políticos, religiosos y sociales. <<

[89] Fundada en 1907. <<

[⁹⁰] Especie de Escuela Normal Superior. Hoy es una Facultad universitaria.

<<

[⁹¹] Se inauguró el 21 de diciembre de 1908. <<